

neo



*El
mar
de la
Tranquilidad*

KATJA MILLAY

KATJA MILLAY

El
mar
de la
Tranquilidad

Traducción de Miguel Trujillo

Plataforma
Editorial



Título original: *The Sea of Tranquility*,, publicado en inglés, en 2012,
por Atria Books, a Division of Simon & Schuster, Inc.
Published by arrangement with the original publisher, Atria Books, a Division of Simon & Schuster, Inc.
All Rights Reserved.

Primera edición en esta colección: marzo de 2015

© Katja Millay 2012

© de la traducción, Miguel Trujillo, 2015

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2015

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

Depósito legal: B. 6209-2015

ISBN: 978-84-16256-85-3

Diseño de cubierta: Tony Mauro

Adaptación de cubierta: Lola Rodríguez

Composición: Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Índice

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Agradecimientos

En recuerdo de mi padre,
porque él lo dijo.

Prólogo

Odio mi mano izquierda. Odio mirarla. Odio cuando se estremece y tiembla y me recuerda que mi identidad ha desaparecido. Pero la miro de todos modos, porque también me recuerda que voy a encontrar al chico que me lo arrebató todo. Voy a matar al chico que me mató, y cuando lo haga, voy a hacerlo con mi mano izquierda.

Capítulo 1

Nastya

En realidad, morir no está tan mal cuando ya lo has hecho una vez.

Y yo lo he hecho.

Ya no tengo miedo de la muerte.

Tengo miedo de todo lo demás.

* * *

El agosto en Florida significa tres cosas: el calor, una humedad opresiva y las clases. Las clases. No he ido a clase desde hace más de dos años, a menos que cuente sentarse a la mesa de la cocina mientras tu madre te enseña la lección, y yo no lo cuento. Es viernes. Mi último curso en el instituto comienza el lunes, pero aún no me he matriculado. Si no voy hoy, el lunes por la mañana no tendré mi horario, y me tocará esperar en secretaría a que me lo den. Creo que sería mejor saltarme la escena de película mala de los ochenta en la que llego a clase el primer día y todo el mundo tiene que dejar lo que está haciendo para mirarme, porque, aunque eso no sería lo peor que me ha pasado, sería un asco igualmente.

Mi tía entra en el aparcamiento del instituto de Mill Creek conmigo en el coche. Parece que hayan hecho el instituto con un molde de galletas. A excepción del color pútrido de las paredes y el nombre del cartel, es una réplica exacta del último al que asistí. Margot (me obliga a no llamarla «tía», porque la hace sentir vieja) apaga la radio que ha estado atronando durante todo el camino hasta aquí. Afortunadamente se trata de un viaje corto, pues los sonidos altos me ponen nerviosa. No es el sonido en sí mismo lo que me molesta, tan solo el hecho de que sea alto. Los sonidos altos hacen que sea

imposible escuchar los suaves, y son los sonidos suaves aquellos de los que hay que tener miedo. Puedo soportarlo porque nos encontramos en un coche, y normalmente me siento segura dentro de los coches. Fuera, la cosa cambia. Nunca me siento segura en el exterior.

—Tu madre espera que la llames por teléfono cuando acabemos aquí —dice Margot. Mi madre espera muchas cosas que nunca va a conseguir. En el esquema de las cosas, una llamada telefónica no es pedir demasiado, pero eso no significa que vaya a recibir ninguna—. Al menos podrías mandarle un mensaje. Cuatro palabras. «Matriculada. Todo va bien.» Si te sientes muy generosa, podrías incluso poner una de esas caritas felices al final.

La miré de reojo desde el asiento del copiloto. Margot es la hermana pequeña de mi madre, tiene unos diez años menos que ella y es lo opuesto a ella en prácticamente todos los sentidos. Ni siquiera se parece a ella, lo cual significa que tampoco se parece a mí, porque mi madre y yo somos como dos gotas de agua. Margot tiene el pelo rubio oscuro, con ojos azules y un bronceado perpetuo que mantiene fácilmente trabajando por la noche y durmiendo junto a la piscina durante el día, a pesar de que es enfermera y debería tener más cabeza. Yo tengo la piel pálida, los ojos de un marrón oscuro, y un pelo largo, ondulado y prácticamente negro. Parece que Margot se haya escapado de un anuncio de crema bronceadora. En mi caso, parece que me haya escapado de un ataúd. La gente tendría que ser estúpida para creer que somos parientes, incluso aunque esa es una de las pocas cosas sobre mí que son ciertas.

Todavía tiene esa sonrisa arrogante en el rostro, sabiendo que, incluso aunque no me haya convencido para aplacar a mi madre, al menos habrá plantado una semilla de culpabilidad. Es imposible que Margot te caiga mal, aunque lo intentes con todas tus fuerzas, lo cual me hace odiarla un poquito, ya que yo nunca seré una de esas personas. Se hizo cargo de mí, no porque no tuviera otro lugar adonde ir, sino porque no tengo ningún otro lugar donde soporte estar. Por suerte para ella, en realidad solo tiene que verme de pasada, porque en cuanto comiencen las clases rara vez estaremos en casa al mismo tiempo.

Aun así, dudo que hacerse cargo de una adolescente huraña y amargada sea precisamente el objetivo vital de una mujer soltera de treinta y pocos años. Yo no lo haría, pero, claro, yo no soy muy buena persona. A lo mejor es por eso por lo que huyo como si no hubiera mañana de las personas que más me quieren. Si pudiera estar sola, lo

estaría encantada. Preferiría estar sola a tener que fingir que estoy bien. Pero no me dan esa opción, así que me conformo con estar con alguien que al menos no me quiere tanto. Me siento agradecida por Margot, aunque no se lo digo. No le digo nada. No lo hago.

Cuando entro, la secretaria está sumida en la conmoción. Los teléfonos suenan, las fotocopadoras están en marcha, hay voces por todas partes. Hay tres colas que conducen al mostrador delantero. No sé en cuál de ellas debo esperar, así que escojo la más cercana a la puerta y espero tener suerte. Margot entra detrás de mí e inmediatamente me pasa el brazo por el costado y me hace alejarme de todas las colas, hasta llegar a la recepcionista. Tiene suerte de que la haya visto moverse, pues, de lo contrario, un segundo después de que su mano me tocara el brazo se habría encontrado en el suelo boca abajo, con mi rodilla sobre su espalda.

—Tenemos una cita con el señor Armour, el director —dice con voz autoritaria. Margot, la adulta responsable. Está haciendo el papel de mi madre hoy. Es un lado de ella que normalmente no veo, pues prefiere el papel de la tía guay. No tiene hijos, así que la situación le queda un poquito grande. Ni siquiera me había dado cuenta de que tuviéramos una cita, pero ahora veo que tiene sentido. La recepcionista, una mujer de unos cincuenta y pico años y aspecto desagradable, nos hace un gesto en dirección a un par de sillas junto a una puerta cerrada de madera oscura.

Tan solo tenemos que esperar unos pocos minutos, y nadie se fija en mí ni da muestras de reconocermé. El anonimato está bien, pero me pregunto cuánto tiempo durará. Me echo un vistazo. No me he arreglado para la visita de hoy: esperaba venir, rellenar algunos papeles, entregar los registros de vacunas y terminar con el tema. No me esperaba la multitud de estudiantes abarrotando la secretaria. Llevo unos vaqueros y una camiseta negra con cuello de pico, los dos un poco (bueno, bastante) más ajustados de lo que tendrían que ser, pero por lo demás bastante insulsos. En los zapatos me he esforzado. Son unos tacones negros, once centímetros de locura. No los uso tanto por la altura, a pesar de que la necesito de verdad, como por el efecto. No me hubiera molestado en ponérmelos hoy de no ser porque necesito practicar. Mi equilibrio sobre ellos ha mejorado, pero suponía que un ensayo no me haría daño. Preferiría evitar caerme de culo el primer día de clase.

Miro el reloj de la pared. La segunda manecilla está moviéndose una y otra vez dentro de mi cabeza, a pesar de que sé que es imposible que oiga el tictac por encima de todo lo que está sucediendo. Ojalá pudiera apagar el ruido de la habitación. Resulta

desconcertante. Hay demasiados sonidos a la vez, y mi cerebro está tratando de separarlos, de organizarlos en montoncitos pequeños y ordenados, pero es casi imposible con todas las máquinas y voces que se unen en un solo sonido. Abro y cierro la mano sobre mi regazo y espero que nos llamen pronto.

Tras unos pocos minutos que parecen una hora, la pesada puerta de madera se abre, y un hombre de cuarenta y pico años con corbata y una camisa que no es de su talla nos invita a entrar. Sonríe con calidez antes de volver a situarse tras su escritorio, sobre una silla de cuero demasiado grande. El escritorio es imponente, demasiado grande para ese despacho. Es obvio que los muebles están pensados para intimidar porque el hombre no lo hace. Incluso antes de que diga demasiado, lo identifico como una persona blanda. Espero tener razón. Voy a necesitarlo en esto.

Me siento sobre una de las dos sillas de cuero color borgoña a juego que hay frente al escritorio del señor Armour. Margot se hunde en la silla junto a la mía y comienza con su perorata. Escucho durante unos pocos minutos mientras le explica mi «situación excepcional». Situación excepcional, desde luego. Mientras entra en detalles, veo que el director me echa un vistazo. Sus ojos se ensanchan ligeramente mientras me examina con más atención, y capto el destello de reconocimiento en ellos. Sí, esa soy yo. Me recuerda. Si me hubiera alejado más, esto ni siquiera sería necesario. El nombre no significaría gran cosa. La cara significaría aún menos. Pero estoy a dos horas de la zona cero, y si tan solo una persona se da cuenta, volveré a estar justo donde me encontraba allí. No puedo correr ese riesgo, así que aquí estamos, sentadas en el despacho del señor Armour, tres días antes del comienzo de mi último curso. No hay nada como hacerlo todo en el último momento. Aunque esto, al menos, no es culpa mía. Mis padres no se enfrentaron a la mudanza hasta el final, pero finalmente acabaron cediendo. Puede que en parte tuviera que darle las gracias a Margot por eso, aunque pienso que el hecho de haberle roto el corazón a mi padre ayudó un poco a la causa. Y, probablemente, todos estuvieran simplemente cansados.

Ya me he evadido por completo de la conversación, y estoy ocupada inspeccionando el despacho de Armour. No hay demasiadas cosas para distraerme; un par de plantas de interior que parecen necesitar agua, y unas cuantas fotos familiares. El diploma de la pared es de la Universidad de Michigan. Su nombre de pila es Alvis. Vaya. ¿Qué clase de nombre de mierda es Alvis? Ni siquiera creo que signifique nada, pero sin duda voy a

comprobarlo luego. Estoy dando vueltas a posibles orígenes en mi cabeza cuando veo que Margot saca una carpeta y se la entrega.

Notas de médicos. Muchas.

Mientras el director examina los papeles, mis ojos caen en un afilador de lápices de mano hecho de metal, de la vieja escuela. Me resulta extraño. El escritorio es lujoso y majestuoso, nada que ver con esa mierda de escritorios industriales que tienen los profesores. Por qué alguien pondría encima un afilador de lápices tan antiguo es algo que se me escapa. Es una completa contradicción, y me gustaría poder preguntar al respecto. En lugar de ello, me concentro en el anillo de agujeros ajustables para los lápices, y me pregunto ociosamente si el meñique me cabría en alguno de ellos. Estoy pensando cuánto me dolería afilármelo y cuánta sangre podría haber, cuando noto que el tono del señor Armour cambia.

—¿Nada en absoluto? —Sueno nervioso.

—Nada en absoluto —confirma Margot. Su tono de voz resulta tajante.

—Ya veo. Bueno, pues haremos lo que podamos. Me aseguraré de que informen a sus profesores antes del lunes. ¿Ha rellenado ya el formulario de petición de clases? —Y así, como si todo siguiera un horario marcado, hemos llegado a la parte de la conversación en la que comienza a hablar como si yo no estuviera en el despacho. Margot le entrega el formulario y él lo examina con rapidez—. Se lo daré al departamento de Orientación para que puedan tener su horario para el lunes por la mañana. No puedo asegurar que entre en estas optativas. La mayoría de las clases ya están llenas.

—Lo comprendemos. También estoy segura de que hará todo lo que pueda. Apreciamos su cooperación y, por supuesto, su discreción —añade Margot. Es una advertencia. Adelante, Margot. Sin embargo, creo que con él la ha desperdiciado un poco. Tengo la sensación de que realmente quiere ayudarnos. Además, creo que lo pongo incómodo, lo cual significa que probablemente esperará verme lo menos posible.

El señor Armour nos acompaña hasta la puerta, le da la mano a Margot y me dirige un asentimiento de cabeza casi imperceptible, con una sonrisa cansada que creo que puede ser de lástima, o tal vez de desdén. Entonces, con la misma rapidez, aparta la mirada. Nos sigue de vuelta al caos de la secretaría, y nos pide que esperemos un momento mientras él baja por el pasillo hasta la oficina de orientación con mis papeles.

Miro a mi alrededor y veo que varias de las mismas personas que había visto antes todavía siguen esperando en la cola. Doy las gracias a cualquier dios que todavía crea en

mí por las citas. Preferiría limpiar el interior de un lavabo portátil con la lengua antes que pasar otro minuto más en esta cacofonía. Nos quedamos contra la pared, tan alejadas del barullo como podemos. Ya no quedan sillas vacías.

Echo un vistazo a la parte delantera de la cola, donde un muñeco Ken con el pelo de un rubio oscuro está mostrando su sonrisa más desarmante en dirección a la señorita Desagradable, al otro lado del mostrador. La señorita Desagradable está ahora reluciendo en el aura de flirteo del chico. No puedo culparla. Tiene la clase de belleza que transforma a mujeres que una vez se habían respetado a sí mismas en inútiles montañas de chorradas. Me esfuerzo por escuchar su conversación. Algo acerca de un puesto de auxiliar en el despacho. Aaah, capullo perezoso. Inclina la cabeza hacia un lado y dice algo que hace que la señorita Desagradable se ría y sacuda la cabeza, resignada. Ha logrado lo que quiera que estuviera tratando de conseguir. Observo cómo su mirada cambia ligeramente. Él también lo sabe. Casi estoy impresionada. Mientras espera, la puerta se abre y una chica de aspecto psicóticamente mono entra y examina la habitación, hasta que sus ojos caen sobre él.

—¡Drew! —grita por encima de la conmoción, y todo el mundo se gira. Ella parece inconsciente de la atención—. ¡No voy a quedarme sentada en el coche todo el día! ¡Venga ya!

La observo mientras ella lo mira, furiosa. Es rubia, como él, aunque no del mismo tono; su pelo es más claro, como si se hubiera pasado todo el verano bajo el sol. Es atractiva de la manera más obvia posible, y lleva un top rosa bien lleno y un bolso Coach de un rosa obsesivamente a juego. El chico parece un tanto divertido por su disgusto. Debe de ser su novia, y pienso que encajan. El Ken rompecorazones viene con una princesa Barbie a juego: ¡medidas inalcanzables, bolso de diseño y cara de enfado incluidos!

Él levanta un dedo en su dirección para indicarle que solo tardará un minuto. Si yo fuera él, escogería un dedo diferente. Sonrío con suficiencia al pensarlo, y al levantar la mirada veo que él imita mi sonrisa, con los ojos traviosos e iluminados.

Tras él, la señorita Desagradable garabatea algo en su formulario y firma la parte inferior. Se lo devuelve, pero él sigue mirándome. Yo señalo a la mujer y levanto las cejas. ¿No vas a tomar lo que has venido a buscar? Se gira y agarra el formulario de las manos de la mujer, le da las gracias y guiña un ojo. Le guiña un ojo a la señora menopáusica de la secretaría. Es tan descaradamente obvio que casi resulta inspirador.

Casi. Ella vuelve a negar con la cabeza y le hace un gesto para que salga por la puerta. Bien jugado, Ken. Bien jugado.

Mientras yo me he estado divirtiendo con el drama de la secretaria, Margot ha estado hablando con una mujer que supongo que es la asesora académica. Drew, a quien desesperadamente quería seguir llamando Ken, sigue todavía cerca de la puerta, hablando con otros dos chicos que están esperando en la parte posterior de la cola. Me pregunto si estará tratando de cabrear a Barbie a propósito. No parece que sea muy difícil.

–Vamos. –Margot reaparece y me conduce hasta las puertas principales.

–¡Disculpe! –grita una mujer de voz estridente antes de que lleguemos a la salida. Todo el mundo en las colas se gira al unísono, observando a la mujer que levanta una carpeta en mi dirección–. ¿Cómo se pronuncia este nombre?

–Nás-tia –pronuncia Margot, y yo me encojo internamente, consciente del público a nuestro alrededor–. Nastya Kashnikov. Es ruso.

Lanza las dos últimas palabras por encima del hombro, evidentemente complacida consigo misma por alguna razón, antes de que salgamos por la puerta con los ojos de todo el mundo clavados en nuestras espaldas.

Cuando llegamos hasta el coche, suelta un suspiro y su comportamiento cambia de forma visible para volver a ser la Margot que conozco.

–Bueno, pues ya hemos resuelto este asunto. Por ahora –añade. A continuación, me muestra su deslumbrante sonrisa de chica norteamericana–. ¿Un helado? –pregunta, y suena como si lo necesitara más que yo. Le devuelvo la sonrisa, pues, aunque sean solo las diez y media de la mañana, hay una única respuesta a esa pregunta.

Capítulo 2

Josh

Lunes, 7:02 de la mañana. Inútil. Así es como va a ser el día de hoy, al igual que los 179 días escolares que vendrán después. Reflexionaría acerca del desperdicio que supone todo eso si tuviera tiempo, pero no lo tengo. Ya llego tarde. Me dirijo hacia la habitación de la colada y saco algo de ropa de la secadora, todavía en marcha. Se me olvidó encenderla anoche, pero no tengo tiempo que perder, así que me veo obligado a ponerme unos vaqueros húmedos mientras camino tratando de no tropezar y caer al suelo. Qué más da. Ni que me sorprendiera.

Saco una taza de café del armario e intento llenarla sin derramarlo todo sobre la encimera y quemarme en el proceso. La dejo sobre la mesa de la cocina, junto a una caja de zapatos llena de medicamentos, justo a tiempo para ver a mi abuelo saliendo de su habitación. Su pelo blanco está tan despeinado que por un momento me recuerda a un científico chiflado. Camina de una forma alarmantemente lenta, pero lo conozco lo suficiente como para no ofrecerle mi ayuda. Odia que lo hagan. Antes era un tío genial, y ahora no lo es, y siente hasta el último gramo de esa pérdida.

–El café está en la mesa –digo, agarrando las llaves y dirigiéndome hacia la puerta–. Ya he puesto allí las pastillas y las he anotado. Bill vendrá dentro de una hora, ¿seguro que estarás bien hasta entonces?

–No soy un inválido, Josh –replica, prácticamente gruñendo. Intento no sonreír. Está enfadado, y que esté enfadado es bueno. Hace que las cosas parezcan un poco normales.

En cuestión de segundos ya estoy en mi camioneta bajando por el camino de entrada, pero no estoy seguro de que vaya a ser suficiente. No vivo muy lejos del instituto, pero la cola para entrar en el aparcamiento el primer día siempre es un coñazo. La mayoría de

los profesores harán la vista gorda hoy, pero yo no tendría que preocuparme de todos modos: nadie va a castigarme, llegue tarde o no. Piso a fondo y un par de minutos después ya estoy esperando para entrar en el aparcamiento. La hilera de coches serpentea hasta la carretera, pero al menos se mueve de forma periódica.

Únicamente tengo la energía de cuatro horas de sueño y una sola taza de café. Me gustaría haber tenido tiempo para servirme otra, pero no lo hice, y de todos modos lo más probable es que se me hubiera volcado encima para cuando llegara al instituto.

Saco mi horario mientras aguardo y vuelvo a comprobarlo. La clase de Carpintería no es hasta la cuarta hora, pero al menos no tengo que esperar hasta el final del día. El resto de las clases me importan una mierda.

Cuando finalmente llego al campus, Drew se encuentra en la parte delantera con sus seguidores habituales, contándoles todo tipo de trolas acerca de su verano. Sé que son todas trolas porque se ha pasado la mayor parte del verano conmigo, y sé a ciencia cierta que no ha hecho una mierda. Aparte del tiempo que se pasaba desapareciendo con cualquier chica con la que se estuviera enrollando, ha estado en mi sofá.

Al mirarlo ahora, no creo que nadie esté más feliz de volver al instituto. Pondría los ojos en blanco si no me pareciera algo tan de chicas, así que en lugar de ello me limito a mirar hacia delante sin expresión alguna en la cara y sigo caminando. Asiente con la cabeza en mi dirección cuando paso a su lado, y yo le devuelvo el gesto. Hablaré con él más tarde. Sabe que no me acercaré a él mientras siga rodeado de gente. Nadie más da muestras de haberme visto, y atravieso el resto de la multitud hasta llegar al patio principal justo cuando suena la campana de la primera hora.

Mis primeras tres clases bien podrían ser la misma. Lo único que hago es escuchar las normas, recoger los programas y tratar de permanecer despierto. Mi abuelo se despertó cinco veces anoche, lo que significa que yo también me desperté cinco veces anoche. Realmente tendría que empezar a dormir un poco más. «En una semana, lo harás», me digo con amargura, pero no me detengo a pensar en ello ahora.

10:45 de la mañana. Hora del primer almuerzo. Preferiría ir directamente a la clase de Carpintería: es un asco comer tan temprano. Me dirijo hasta el patio y me siento sobre el respaldo del banco más alejado del centro, el mismo donde me he sentado los dos últimos años. Nadie me molesta, porque es más fácil fingir que no existo. Preferiría pasarme la media hora barriendo serrín que sentarme aquí, pero todavía no hay ningún serrín que barrer. Al menos, es lo bastante temprano como para que los bancos de metal

no resulten abrasadores bajo el sol. Ahora tan solo tengo que esperar durante los próximos treinta minutos, que probablemente serán los más largos de todo el día.

Nastya

Sobrevivir. Eso es lo que estoy haciendo ahora, y no ha sido tan horrible como esperaba. Me dirigen muchas miradas de reojo, probablemente por cómo me visto, pero, aparte de eso, lo cierto es que nadie me habla. A excepción de Drew, el muñeco Ken. Me encontré con él esta mañana, pero fue prácticamente como si no lo hubiera hecho. Él habló. Yo caminé. Él se rindió. He logrado llegar hasta la hora del almuerzo, y esta es la verdadera prueba. En realidad, nadie ha tenido muchas oportunidades para socializar todavía, así que he podido pasar desapercibida, pero la hora del almuerzo es una dimensión infernal sin supervisión alguna. Evitar a todo el mundo parece mi mejor opción al principio, pero tengo que enfrentarme a las miradas y a los comentarios en algún momento. Personalmente, preferiría meterme un cactus por el culo, pero al parecer esa opción no está disponible, así que bien podría simplemente quitarme la tirita y acabar con todo. Tras eso, encontraré un lavabo vacío para retocarme el pelo y volver a pintarme los labios o, como nos gusta llamarlo a los cobardes, esconderme.

Trato de examinar mi ropa con disimulo para asegurarme de que nada esté donde no deba estar, y de no llamar la atención más de lo que había planeado originalmente. Llevo puestos los mismos zapatos de tacón del viernes, pero esta vez voy con un top corto de color negro y una falda prácticamente inexistente que hace que mi culo no esté nada mal. Me he dejado el pelo suelto, para que caiga hasta por debajo de mis hombros y me cubra la cicatriz de la frente. Tengo los ojos pintados con un grueso delineador negro. Sé que parezco una zorra, y probablemente solo resulte atractiva a las criaturas humanas más básicas. Drew. Sonríó para mí misma mientras recuerdo cómo me miró de arriba abajo en el pasillo esta mañana. Barbie se iba a enfadar.

No me visto así porque me encante, ni porque quiera que la gente se quede mirándome. Pero la gente va a quedarse mirándome por las razones equivocadas de todos modos, y si van a hacerlo por las razones equivocadas, entonces al menos yo debería elegir cuáles son. Además, unas cuantas miradas molestas es un pequeño precio que pagar a cambio de asustar a todo el mundo. No creo que haya ninguna chica en este

instituto que quiera hablar conmigo, y cualquier chico que esté interesado probablemente no se preocupará mucho por la conversación. ¿Qué más da? Si voy a obtener atención indeseada, será mejor que sea por mi culo y no por mi psicosis y mi mano jodida.

Margot no había vuelto a casa todavía cuando me marché al colegio por la mañana, o de lo contrario tal vez hubiera tratado de convencerme para que me cambiara de ropa. No la habría culpado. Creo que el profesor de la primera hora quería castigarme por violar el código de vestimenta cuando entré, pero, en cuanto comprobó mi nombre en la lista, me acompañó hasta un asiento y no volvió a mirarme durante el resto de la clase.

Tres años antes, a mi madre le habría dado un ataque, habría llorado o se habría lamentado por sus limitaciones como madre, o a lo mejor me habría encerrado en mi habitación si me hubiera visto ir así al instituto. Hoy, me miraría decepcionada, pero me preguntaría si eso me hacía feliz, y yo asentiría con la cabeza y mentiría para que pudiéramos fingir que no era un problema. Probablemente la ropa no fuera siquiera el mayor problema, pues no creo que le importara el uniforme de buscona tanto como el maquillaje.

A mi madre le encanta su rostro. No es por arrogancia ni por soberbia, sino por respeto. Se siente agradecida por aquello con lo que ha nacido, y debería estarlo. Es una cara genial, una cara perfecta, una cara etérea. La clase de cara sobre la que la gente escribe canciones, poemas y notas de suicidio. Es esa clase de belleza exótica por la que se obsesionan los hombres en las novelas románticas, incluso aunque no tengan ni idea de quién eres, porque «deben tenerte». Esa clase de belleza. Así es mi madre. Crecí deseando parecerme a ella. Algunas personas me dicen que me parezco, y quizás sea cierto, en algún lugar debajo de todo esto. Si me quitaras el maquillaje y me vistieras como una chica normal, en lugar de lo que parezco ahora: una golfa malhablada a la que han sacado de un fumadero de *crack* en *Cops*.

Me imagino a mi madre negando con la cabeza y dirigiéndome su mirada de decepción, pero estos días escoge bien sus batallas y no creo que esta pasara el corte. Mamá está comenzando a creer que tal vez sea una causa perdida, y eso es bueno porque sí lo soy, y me fui de su casa para que pudiera aceptarlo. Era una causa perdida hace mucho tiempo. La idea me pone triste por mi madre, porque sé que ella no ha pedido nada de esto. Pensaba que había obtenido su milagro, y yo era la única que sabía que no había sido así, sin importar lo mucho que hubiera querido dárselo. A lo mejor fui yo quien se lo arrebató.

Lo cual me lleva de vuelta al patio, donde sigo esperando en la periferia como si fuera una invitada de *Evitación extrema: edición de instituto*. Planeaba llegar lo bastante temprano como para atravesarlo antes de que el recreo estuviera en pleno auge, pero el profesor de Historia me entretuvo, y esos tres minutos significaron la diferencia entre un patio medio vacío y el patio abarrotado de estudiantes que estoy mirando ahora mismo. Me concentro en los bloques de ladrillo que cubren el patio por completo, cuestionándome seriamente el sentido común de haberme puesto unos tacones de once centímetros. Estoy calibrando las posibilidades de lograr atravesarlo con mis tobillos y mi dignidad intactos, cuando oigo una voz que me llama a mi derecha.

Me giro instintivamente, pero de inmediato sé que no debería haberlo hecho. Sentado en un banco, a un par de metros de distancia, se encuentra el propietario de esa voz, y me está mirando directamente. Está reclinado de forma indiferente, con las piernas más separadas de lo que deberían estar, en una descarada muestra de estar haciéndose ilusiones. Sonríe, y no puedo negar que sabe que es guapo. Si el amor propio fuera perfume, sería el chico junto al que no podrías soportar estar sin ahogarte. Pelo oscuro. Ojos oscuros. Como yo. Podríamos ser hermanos, o una de esas parejas tan escalofrantes que parece que pudieran ser hermanos.

Estoy enfadada conmigo misma por mirar. Ahora, cuando me giro y lo ignoro para atravesar el campo de batalla, puedo estar segura de que sus ojos (al igual que el resto de los ojos que hay en el banco) van a estar clavados en mi espalda. Y cuando digo mi espalda, me refiero a mi culo.

Vuelvo a examinar la inestable superficie de bloques. Sin presiones ni nada. Desvío los ojos a la tarea que tengo entre manos a tiempo para escuchar que el chico dice:

–Si estás buscando un lugar donde sentarte, mis piernas están libres.

Ahí está. Ni siquiera es inteligente ni original, pero sus amigos, tan descerebrados como él, se ríen de todos modos. Al traste mis esperanzas sobre nuestra floreciente afinidad fraternal. Bajo del saliente y comienzo a caminar, manteniendo los ojos fijos delante de mí, como si tuviera algún objetivo que no fuera simplemente sobrevivir al paseo.

Ni siquiera ha pasado aún la mitad del día. Todavía me quedan cuatro de las siete clases de este horario de mierda que tengo.

* * *

Llegué al instituto lo bastante temprano por la mañana como para pasarme por la secretaría para que me dieran mi horario. Por supuesto, si hubiera sabido en ese momento lo que encontraría allí, tal vez habría retrasado lo inevitable. Dentro era una locura, pero la señorita Marsh, la asesora académica, había dado instrucciones para que fuera a su despacho y me diera el horario personalmente... una más de las muchas ventajas de ser yo.

–Buenos días, Nastya... Nastya –dijo, repitiendo mi nombre con dos pronunciaciones distintas y mirándome de forma distraída en busca de confirmación, que yo no le di. Estaba demasiado alegre para ser el primer día de clase, o para ser las siete de la mañana de un día cualquiera. Definitivamente, no era natural. Probablemente hubiera una clase solo para asesores académicos: cómo emanar alegría inapropiada en la cara de un adolescente aterrorizado. Estoy bastante segura de que los profesores no asisten a ella, porque ni siquiera se molestan en fingir. La mitad de ellos están tan amargados como yo.

Me hizo un gesto para que me sentara, pero yo no lo hice, pues mi falda era demasiado corta para sentarme en una silla que no tuviera un pupitre delante. Me entregó un mapa del campus y mi horario. Lo examiné, básicamente para buscar las optativas, pues sabía cuáles iban a ser todas las asignaturas obligatorias. Tiene que ser una broma. Por un minuto estuve convencida de que debía de haberme dado el horario equivocado, así que comprobé la parte superior del papel. No, esa soy yo. No estaba segura de cuál era la reacción apropiada en esa situación. Ya sabes a qué me refiero, cuando el universo decide darte una vez más una patada en el culo con sus botas de punta metálica. Llorar quedaba descartado, así como gritar mientras intercalaba risas maníacas e insultos, lo cual me dejaba con mi única otra opción: un silencio aturdido.

La señorita Marsh debió de ver la cara que tenía, y apuesto a que tuvo que ser muy expresiva, porque de inmediato comenzó con una explicación detallada sobre los requisitos para la graduación y las optativas llenas. Casi sonaba como si estuviera disculpándose conmigo, y a lo mejor eso era lo que debería haber hecho, porque era un verdadero asco, pero deseaba poder haberle dicho que no pasaba nada para que dejara de sentirse mal. Sobreviviría. Haría falta algo más que unas cuantas clases de mierda para quebrarme. Tomé mi horario, mi mapa y mi terror desdichado y fui hacia el aula, leyéndolo una y otra vez mientras caminaba. Por desgracia, todas las veces seguía igual que antes.

Ya casi he llegado hasta la mitad. No ha sido tan malo, hablando relativamente, y todo en mi vida es relativo. Mis profesores no son horribles. Mi profesora de Inglés, la señorita McAllister, me mira de verdad a los ojos, como si estuviera retándome a que esperara que me tratara de forma diferente. Me cae bien. Pero lo peor todavía está por venir, así que aún no voy a empezar a sacar el champán.

Además, todavía tengo que superar el camino de lágrimas que es el patio. Si hay algo que soy, es cobarde, y no puedo seguir manteniendo el tipo mucho más tiempo. Llevo alrededor de dos metros, y no lo estoy haciendo demasiado mal. Estoy concentrada en mi objetivo, la meta, que es la entrada de puertas dobles al ala de Inglés, en el extremo opuesto de mi némesis cuadrado lleno de bloques.

Asimilo todo lo que puedo con mi visión periférica. El patio está abarrotado y hay mucho ruido. Un ruido insoportable. Intento dejar que todas las conversaciones separadas y las voces se fundan en lo que imagino que es un zumbido continuo.

Hay grupos pequeños alrededor de los bancos, sobre ellos y de pie a su alrededor. Algunos de los alumnos se sientan en los bordes exteriores de los parterres que hay diseminados por todo el patio. También están los listos, que se sientan en el suelo a la sombra del camino que recorre el perímetro. No hay suficientes lugares donde sentarse, apenas hay ningún sitio donde resguardarse del sol, y aquí fuera hace más calor que en el infierno aquí fuera. No puedo ni imaginarme la cafetería de mierda que debe de haber en este instituto para que tanta gente prefiera sudar el culo en el exterior a estar allí. Mi antiguo instituto era también así, pero nunca había tenido que enfrentarme a la locura de la hora de comer ni a ninguna de las decisiones que ello implicaba, como dónde sentarme y con quién. Me pasaba toda la hora de la comida practicando en la sala de música, y aquel era el único lugar donde quería estar.

Ya casi he llegado al otro extremo. Por el momento, tan solo he visto unas pocas caras que reconozco: un chico que estaba en mi clase de Historia, sentado solo mientras leía un libro, y un par de chicas de Matemáticas, que estaban riéndose con la furiosa Barbie que había soltado una diatriba en la secretaría. Puedo notar algunas de las miradas que me dirige la gente, pero, aparte del gilipollas ególatra con las piernas libres que estaba en el banco, nadie más me ha hablado.

Hay otros dos bancos por los que tengo que pasar para llegar hasta la puerta, y es el de la izquierda el que me llama la atención. Se encuentra vacío, a excepción de un chico, sentado justo en el medio. No me hubiera parecido extraño de no ser por el hecho de que cualquier otro banco de este lugar (en realidad, cualquier otro lugar donde alguien pudiera poner el culo de forma justificada) está lleno. Sin embargo, no hay nadie más sentado en el banco aparte de él. Cuando lo examino más atentamente, me doy cuenta de que ni siquiera hay nadie pasando el rato cerca de allí. Es como si hubiera un campo de fuerza invisible rodeando ese espacio, y él fuera el único en su interior.

La curiosidad me puede, y olvido mi propósito momentáneamente. No puedo evitar mirar al chico. Está sentado encima del respaldo, con sus botas de trabajo gastadas de color marrón firmemente plantadas sobre el asiento. Está inclinado hacia delante, con los codos descansando sobre las rodillas, cubiertas por unos vaqueros desteñidos. No puedo ver bien su cara. Tiene el pelo de un castaño claro que cae despeinado sobre su frente, y se mira las manos. No está comiendo, no está leyendo, no está mirando a nadie. Hasta que lo hace. Y de pronto me está mirando a mí. Mierda.

Aparto la mirada de inmediato, pero ya es demasiado tarde. No era como si tan solo le hubiera echado un vistazo. Estaba completamente quieta, en medio del patio, mirándolo fijamente. Tan solo estoy a unos pocos pasos del refugio más allá de esas puertas dobles, y me arriesgo a acelerar el paso tanto como puedo sin llamar la atención. Llego hasta la relativa oscuridad del saliente del edificio, llevo una mano hasta el picaporte de la puerta y tiro de él. Nada. No cede. Así que repito: mierda. Está cerrada, pero estamos a mitad del día. ¿Por qué iban a cerrar las puertas desde fuera?

—Está cerrada —dice una voz desde debajo de mí. No jodas.

Miro hacia abajo. Ni siquiera me había fijado en el chico con el cuaderno de dibujo sentado en el suelo junto a las puertas. Se encuentra oculto por un parterre grande, invisible desde el patio. Un chico listo. Su ropa es un desastre, y su pelo parece no haber visto un peine en una semana. Está sentado hombro con hombro con una chica de pelo castaño que lleva gafas de sol a la sombra y tiene una cámara en las manos. Levanta la mirada hasta mí brevemente antes de volver a dirigir su atención a la cámara. Aparte de las gafas de sol, es totalmente anodina. Me pregunto si debería haber seguido por ese camino, pero ya es demasiado tarde para pensármelo mejor.

—No quieren que nadie se cuele dentro para fumar en los baños durante el recreo —explica el chico del cuaderno de dibujo y la camiseta de un concierto con agujeros.

Ah. Me pregunto qué pasará si llegas tarde a clase. Supongo que simplemente te habrás quedado sin suerte. Echo un vistazo hacia el patio, a la manada de chicas revoloteando cerca de la puerta del lavabo. No, gracias. Estoy tratando de hallar alguna otra vía de escape cuando me doy cuenta de que el chico sigue estirando el cuello y mirándome. Me alegra no estar unos cuantos pasos más cerca, o estoy segura de que podría verme por debajo de mi falda casi imaginaria. Al menos llevo ropa interior mona; es lo único que llevo que no es negro.

Echo un vistazo a su cuaderno de dibujo, pero ha puesto el brazo por encima para que no pueda ver lo que está dibujando. Me pregunto si será bueno. Yo no soy capaz de dibujar una mierda. Asiento con la cabeza en señal de agradecimiento y me doy la vuelta para ver si encuentro algún otro lugar adonde ir. Antes de que pueda alejarme, dos chicas salen por la puerta disparadas, y están a punto de derribarme de mis increíbles zapatos. Están hablando a toda velocidad y ni siquiera se dan cuenta de que estoy ahí, lo cual está bien, porque logro colarme entre las puertas pasando junto a ellas. Entro en el fresco y vacío refugio del edificio de Inglés y recuerdo cómo respirar.

Capítulo 3

Josh

La cuarta hora está tardando demasiado en llegar. Estoy sudando por haber estado sentado al sol durante el recreo, y en el taller no hay aire acondicionado. Cuando entro, me siento en casa de inmediato, a pesar de que el lugar parece completamente distinto a como era en junio. No hay herramientas ni trozos de madera sobre cada superficie. No hay una capa de serrín cubriendo el suelo. No hay ninguna máquina en marcha. Es el silencio lo que me resulta enervante al principio. Se supone que aquí no debería haber silencio, y este es el único momento del año en que lo hay.

Las dos primeras semanas son un refrito de las normas para el uso del equipamiento y las medidas de seguridad que podría recitar al pie de la letra si alguien me lo preguntara. Nadie lo hace. Todo el mundo sabe que ya me las sé. Yo mismo podría dar esta clase si quisiera. Suelto los libros en la mesa de trabajo de la esquina más alejada, ante la que me siento cada curso, al menos durante el tiempo que se supone que debemos estar sentados. Antes de que pueda sacar el taburete de debajo de la mesa, el señor Turner me llama.

Me cae bien el profesor, pero a él no le importa que le caiga bien o no. Quiere mi respeto, y eso también lo tiene. Cuando me dice que haga algo, lo hago. Es una de las pocas personas a quienes no les importa esperar cosas de mí. Llegados a este punto, creo que he aprendido tanto del señor Turner como de mi padre.

Este profesor lleva dando la asignatura desde hace tanto tiempo que nadie lo recuerda ya, años antes de que yo llegara aquí, cuando no era más que una optativa que la gente usaba como asignatura facilona. Ahora, es una de las mejores clases del estado. La dirige como si fuera un negocio consistente en una lección magistral de artesanía. En las clases avanzadas, nuestro trabajo es lo que consigue el dinero para los materiales y el

equipamiento. Aceptamos pedidos y los cumplimos, y el dinero vuelve después a la asignatura.

No llegas a las clases avanzadas sin pasar primero por los niveles introductorios, y ni siquiera eso es una garantía. El señor Turner solo acepta a aquellos estudiantes que cumplen sus expectativas en cuanto a ética laboral y habilidades. Así es como consigue que las clases de los niveles superiores sean tan pequeñas. Necesitas su aprobación para entrar, y en un instituto con todas las optativas siempre llenas logra salirse con la suya porque es así de bueno.

Cuando llego hasta su escritorio, me pregunta qué tal me ha ido el verano. Está tratando de ser educado, pero me conoce lo bastante bien como para no tener que molestarse. He estado en una de sus clases cada año desde noveno. Sabe cómo soy, y me conoce bien. Lo único que realmente quiero hacer es construir cosas y que me dejen en paz, y él me permite hacerlo. Respondo con el menor número de palabras posible y él asiente con la cabeza, sabiendo que ya hemos acabado con la farsa.

—El departamento de Teatro quiere que construyan unas estanterías en su sala de almacenamiento de atrezzo. ¿Podrías ir allí, tomar las medidas, planearlo y hacer una lista de lo que necesitamos? No tienes que quedarte aquí para todo esto. —Coge un puñado de papeles, que supongo que serán los impresos acerca de las normas y los procedimientos, con una cantidad bien medida de aburrimiento y resignación. Lo único que él quiere también es construir, pero no quiere que nadie pierda un dedo—. Trae lo que se te ocurra al final de la clase y te buscaré los materiales que necesites. Probablemente lo tendrás terminado en una semana o así.

—No hay problema.

Reprimo una sonrisa. Estas mierdas preliminares son la única parte de la clase que no me gusta, y acaba de liberarme de ella. Podré construir, aunque solo sean estanterías. Y podré hacerlo lejos de todos los demás.

Garabateo mi firma en la parte inferior del permiso de exención y se lo devuelvo. A continuación, recojo mis libros justo a tiempo para ver a otros alumnos que entran. No debería haber demasiados estudiantes en esta asignatura, probablemente solo una docena o así. Conozco a todos los que han llegado hasta el momento, a excepción de una persona; la chica del patio, la que me estaba mirando. Es imposible que esté en esta clase. Ella debe de estar de acuerdo, a juzgar por la expresión de su cara mientras examina la habitación y lo observa todo, desde los altos techos hasta las herramientas

eléctricas industriales. Estrecha los ojos ligeramente con curiosidad, pero eso es lo único que veo, porque esta vez es ella quien se gira y me pilla mirándola.

Miro mucho a la gente. Normalmente no es un problema, porque nadie me mira de verdad y, si lo hacen, soy bastante bueno a la hora de apartar la mirada con rapidez. Con mucha rapidez. Pero, maldita sea, esa chica es más rápida. Sé que es nueva aquí. Si no lo es, ha sufrido una transformación drástica y desafortunada durante el verano, porque conozco perfectamente a la mayoría de la gente del campus, y aunque no fuera así, recordaría a una chica que va a clase con el aspecto de una puta no muerta. En cualquier caso, salgo por la puerta unos diez segundos después, y estoy bastante seguro de que le habrán arreglado el horario antes de que regrese.

Me escondo en la sala del atrezo del teatro durante toda la cuarta hora, midiendo y elaborando planes y listas de materiales para las estanterías que necesitan. No hay reloj, de modo que no estoy preparado cuando suena la campana. Meto el bloc de notas con lo que he escrito en la mochila y me dirijo hacia el ala de Inglés. Llego hasta el aula de la señorita McAllister y paso de largo junto a toda la gente que sigue deambulando por el pasillo, arañando hasta el último segundo para socializar antes de que suene la campana. La puerta se abre de golpe, y la señorita McAllister levanta la mirada cuando entro.

—Aaah, señor Bennett. Volvemos a encontrarnos.

Me dio clase el año pasado. Debían de haberla cambiado de dar las clases de Inglés del penúltimo curso al último.

—Sí, señora.

—Educado, como siempre. ¿Qué tal el verano?

—Es usted la tercera persona que me lo pregunta.

—Eso no es una respuesta. Vuelva a intentarlo.

—Caluroso.

—Sigues siendo muy hablador. —Sonríe.

—Sigue siendo irónica.

—Supongo que si algo somos es constantes.

Se pone en pie y se gira para recoger el listado y tres pilas de papeles de la parte superior del archivo que tiene tras ella.

–¿Podrías traerme ese pupitre hasta la parte delantera? –Señala un pupitre torcido que hay en una esquina del aula. Dejo mis cosas en uno de la parte posterior y camino hasta el de la esquina, que está roto, para llevarlo hasta la parte delantera–. Déjalo ahí. –Hace un gesto en dirección a la pizarra–. Tan solo necesito algo donde poner esto mientras hablo.

Deja las pilas de papeles sobre el pupitre mientras suena la campana de advertencia.

–Necesita un podio.

–Josh, tengo suerte de tener un escritorio con un cajón que funcione. –Señala con exasperación forzada y camina hasta la puerta abierta de la clase sin perder un instante–. Espero que no seáis tan estúpidos como para entrar después de que suene la campana, porque creo en castigar el primer día de clase, y mis castigos son por las mañanas, no por las tardes.

Dice las últimas palabras con voz cantarina, mientras una masa de alumnos entra apresuradamente en el aula, justo antes de que suene la última campana.

A la señorita McAllister no le gustan las gilipolleces. No la intimidan los alumnos populares, ni los que tienen padres ricos, y no intenta ser amiga tuya. El curso pasado, se las arregló para convencerme de que realmente había algo en su clase que merecía la pena aprender sin tener que hacerme hablar ni una sola vez.

En general, tengo dos tipos de profesores. Están los que me ignoran completamente y fingen que no existo, y están los que me hablan y dirigen su atención hacia mí porque creen que me beneficiará... o a lo mejor es solo porque les produce una especie de emoción controladora saber que pueden hacerlo. La señorita McAllister no pertenece a ninguno de esos dos tipos. Me deja en paz sin ignorarme, así que, en lo relativo a los profesores, es prácticamente perfecta.

Quita el tope de la puerta al mismo tiempo que Drew se cuele por ella.

–Hola, señorita McAllister.

Sonríe y le guiña un ojo porque no tiene vergüenza.

–Soy inmune a tus encantos, señor Leighton.

–Algún día nos recitaremos poesía el uno al otro.

Se sienta en el único pupitre vacío, justo en la parte delantera de la clase.

–Por supuesto que sí. Pero no empezaremos con la poesía hasta el semestre que viene, así que tendrás que guardarte los sonetos hasta entonces. –Vuelve a su escritorio, saca una hoja de papel amarilla de su cajón y camina otra vez hacia él–. No estés tan

decepcionado. Tenemos una cita mañana por la mañana. A las siete menos cuarto, en la sala multimedia.

Le devuelve el guiño mientras deja la hoja de castigo sobre su pupitre.

Nastya

La clase de Carpintería de la cuarta hora no ha sido tan horrible. El señor Turner prácticamente no me ha prestado ninguna atención en absoluto, lo cual resulta muy difícil de conseguir en una clase de catorce personas. Sí que comprobó mi horario de inmediato, para asegurarse de que estaba en el lugar correcto, y después me preguntó por qué me habían metido allí. Me encogí de hombros, y él también. Después me lo devolvió, diciéndome que no sería capaz de coger el ritmo de los demás, pero si quería quedarme podía dejar que fuera una ayudante o algo parecido. Es obvio que no quiere que participe, pero creo que me quedaré. Es una clase pequeña donde probablemente me dejarán en paz, que es todo lo que estoy preparada para pedir el primer día.

Llego hasta la quinta hora antes de que me toque enfrentarme a uno de esos juegos absurdos para que los alumnos se conozcan en mi horrible clase de Música; una clase de la que pronto estaré tratando de salir con uñas y dientes, sin importar lo que cueste. La profesora, la señorita Jennings, es una chica mona de veintipico años, con el pelo rubio corto, la piel pálida y unas odiosas manos perfectas de pianista. Nos hace sentar en círculo, un círculo al estilo de los de la escuela primaria. Esto nos permite a todos el mejor lugar posible para examinarnos los unos a los otros y, posteriormente, diseccionarnos. Ah, y conocernos mejor, por supuesto. Eso también.

Para ser un juego de conocerse, no es el peor que he tenido que soportar. Todo el mundo tiene que decir tres cosas sobre sí mismos, y una de ellas tiene que ser una mentira. Después, la clase trata de adivinar cuál de ellas es la mentira. Es una pena que no vaya a participar realmente en el juego, porque si lo hiciera sería impresionante. Entregaría alegremente grandes cantidades de dinero en efectivo para escuchar a mis compañeros y a la adorable profesora con aspecto de duendecilla rubia debatiendo acerca de la posible veracidad de cada una de mis respuestas.

«Mi nombre es Nastya Kashnikov.

»Era una pianista prodigio que no pinta nada en una clase de Introducción a la Música.

»Me asesinaron hace dos años y medio.

»Debatid.»

En lugar de eso, cuando llega mi turno, me quedo sentada, con el rostro inexpresivo y en silencio. La señorita Jennings me mira, expectante. «Comprueba el listado.» Sigue mirándome, y yo la miro a ella. Nos miramos la una a la otra de forma extraña. «Comprueba el listado. Sé que te lo han contado.» Estoy tratando de convencerla telepáticamente para que lo haga, pero por desgracia no tengo ninguna clase de superpoder.

—¿Te gustaría compartir tres cosas acerca de ti? —pregunta, como si yo fuera simplemente una imbécil que no tiene idea de lo que está pasando a su alrededor.

Al final decido dejárselo claro y niego con la cabeza tan ligeramente como puedo. No.

—Venga ya. No seas tímida, todo el mundo lo ha hecho ya. Es fácil, no tienes que revelar tus secretos más oscuros ni nada parecido —dice con ligereza.

Eso es bueno, porque mis secretos más oscuros probablemente le ocasionarían pesadillas.

—¿Podrías al menos decirme cómo te llamas? —pregunta, obviamente negándose a librar una batalla de fuerza de voluntad. Se le está acabando la paciencia y está tratando de ocultarlo.

Vuelvo a negar con la cabeza. No he roto el contacto visual con ella, y me parece que estoy comenzando a hacer que pierda un poco los papeles. Siento algo de lástima por ella, pero debería haber leído sus papeles antes de la clase. Todos los demás profesores lo han hecho.

—Vaaaleee... —Arrastra la palabra, y su tono cambia. Está comenzando a enfadarse de verdad, pero yo también. Echo un vistazo a las raíces de un castaño oscuro que se ven a través de su pelo, porque me da algo en lo que concentrarme mientras mantiene la cabeza gacha, examinando lo que supongo que es el listado de alumnos en un sujetapapeles que tiene delante—. Utilizaremos el proceso de eliminación. Debes de ser... —Hace una pausa, su sonrisa vacila un poco, y sé que es ahora cuando se ha dado cuenta de quién soy, porque es plenamente consciente cuando me devuelve la mirada y dice—: Lo siento mucho. Debes de ser Nastya.

Esta vez asiento con la cabeza.

—No puedes hablar.

Capítulo 4

Nastya

Cada decisión que he tomado desde que mi vida sufrió combustión espontánea ha sido cuestionada. Nunca me ha faltado gente cerca esperando para juzgar la forma que elijo de resolver las cosas.

La gente que nunca ha tenido que pasar por ninguna mierda siempre asume que saben cómo deberías reaccionar al haber visto destruida tu vida. Y la gente que sí ha tenido que pasar por mierda piensa que deberías superarla exactamente de la misma forma que ellos. Como si hubiera un manual para sobrevivir al infierno.

* * *

Para cuando subo por el camino de entrada de la casa de Margot, poco después de las tres de la tarde, estoy literalmente empapada de alivio, o quizás tan solo sea sudor, porque la humedad que hay aquí es absurda. En cualquier caso, no me importa, porque es la primera vez ese día que siento que puedo respirar. Después de todo, podría haber sido peor. El rumor se extendió muy rápidamente después de la quinta hora, pero al menos el día casi había terminado. Supuse que para mañana todo el mundo lo sabría ya y después podríamos seguir adelante.

Incluso la séptima hora, la broma cruel que es mi optativa de Oratoria y Debate, fue tan bien como podría esperarse, lo cual es decir mucho teniendo en cuenta la desventaja que tenía con toda la parte de la oratoria. Volvimos a hacer esa cosa tan guay del círculo, pero para entonces ya había quedado insensibilizada tanto a mi temor como a los susurros que ya habían comenzado a seguirme.

Mi buen amigo, Drew, también se encontraba allí. No se sentó a mi lado, cosa que me alegraba, porque sus comentarios eran bastante graciosos y fáciles de ignorar, pero temía que tuviera que apartarle las manos. Mi alivio solo duró hasta que me di cuenta de que se había sentado justo delante de mí en el círculo, de modo que cada vez que levantaba la cabeza no podía evitar verlo, con sus ojos de «puedo hacerte una mujer» y su sonrisa de suficiencia que decía «sé cómo eres debajo de la ropa». Apuesto a que practica delante del espejo. Seguro que podría dar una clase. Bajo la mirada hasta mi pupitre y recorro con los dedos los nombres grabados en la superficie para evitar sonreír, no porque me resulte atractivo, pues no hay forma de negar que lo es, sino porque me hace mucha gracia.

En realidad, me siento un tanto agradecida porque esté aquí. Es algo en lo que concentrarme que no sea las cosas de la clase que dan asco, como por ejemplo, todo. También debería mencionar que ese «todo» incluye al gilipollas de pelo y ojos oscuros sin encanto alguno del patio, cuyo nombre al parecer es Ethan. Por suerte, había suficientes pupitres libres en el aula, así que no he tenido que aceptar la oferta enormemente atractiva de sentarme sobre sus piernas. Pero tampoco he tenido tanta suerte, porque uno de esos pupitres vacíos se encontraba junto al mío, y es ahí donde se sentó. No hizo ningún comentario más, pero sí que sonrió con suficiencia muchas veces, y no se le daba tan bien como a Drew ni de lejos.

Entro en la casa, dejo la mochila sobre la mesa de la cocina y saco todas las cosas que necesito que Margot firme. Antes de que pueda sacarlo todo, mi móvil comienza a vibrar y tengo que detenerme para sacarlo. No me he molestado en dejarlo en un lugar accesible, pues no lo necesito muy a menudo. Tan solo pueden ser dos personas: mi madre o Margot. Nadie más utiliza ese número, ni siquiera mi padre lo hace ya.

Solo tengo el móvil para la forma más necesaria de comunicación: mensajes de texto, principalmente en un solo sentido, de ellas hacia mí. Cuando tengo que hacerlo, lo utilizo para decirle a Margot dónde estoy o si voy a llegar tarde. Eso era parte del trato para que me dejaran quedarme aquí. Se entiende que esa es toda la información que voy a proporcionar. Nada de «¿Cómo te ha ido el día?». Nada de «¿Has hecho algún amigo?». Nada de «¿Has buscado ya un terapeuta?». Tan solo hechos logísticos básicos. El problema nunca ha sido hablar. El problema es la comunicación.

El mensaje es de Margot. «He ido a por comida para llevar por ser tu primer día. Vuelvo enseguida.» Todavía estoy tratando de acostumbrarme a comer a las cuatro.

Margot trabaja en el turno de noche, lo que significa que cenamos temprano para que pueda ducharse e ir al trabajo. Sin embargo, al parecer aquí se come a las once menos cuarto de la mañana, así que supongo que todo funciona.

Me quito los instrumentos de tortura de los pies y me pongo la ropa de correr, para poder ir después de la cena temprana. Iría ahora, pero hace calor, y me aseguro de no estar nunca fuera en estos momentos del día, cuando el sol tiene la costumbre de perseguirme, de abrasar mi piel con los recuerdos. Ni siquiera salgo a comprobar si hay correo si no tengo que hacerlo. El móvil vuelve a vibrar, y miro la pantalla. Mamá. «Espero que haya ido bien tu primer día. Te quiero. M.» Vuelvo a dejar el móvil sobre la mesa. No espera que le responda.

Margot regresa con un cargamento de comida china, de modo que no tendremos que cocinar en una semana. Eso es bueno, porque yo no soy capaz de preparar comida de verdad ni aunque me maten, y tengo la sensación de que Margot tampoco sabe, a juzgar por el cajón lleno de menús de restaurantes de comida para llevar. Llevo aquí cinco días y creo que no hemos usado ni una vez la cocina. Al menos, las comidas no son incómodas con Margot. No tiene ningún problema en hablar lo suficiente por las dos. Lo que yo no consigo aportar a la conversación, ella lo compensa resueltamente. Ni siquiera estoy segura de que necesite que esté aquí sentada.

Después de menos de una semana, sé con quién ha salido los últimos tres años y con quién está saliendo ahora. Conozco todos los cotilleos acerca de su trabajo, a pesar de que no tengo ni idea de quiénes son esas personas. Estoy segura de que a Andrea no le haría mucha gracia el hecho de que Margot me contara sus problemas financieros, y Eric no querría que supiera que su novia le había puesto los cuernos, y Kelly se sentiría abatida si supiera que sé lo de su trastorno bipolar y toda la medicación que tiene que tomar. Pero, cuanto más habla Margot, menos incómodo resulta que yo no lo haga, y prefiero las conversaciones sobre gente que no me importa. Las veces que saca el tema de mi familia son peores, porque no quiero pensar en ellos, y no puedo decirle que cierre la puta boca.

Después de comer, Margot se apresura a ducharse para eliminar el sudor y el aceite bronceador de todo un día, y yo recojo envase tras envase de sobras y espero a que el sol baje para poder salir a correr.

Ni siquiera llego a salir por la puerta principal, porque el cielo se vuelve negro antes de la puesta de sol y se abre en una lluvia torrencial. No me importa correr bajo la lluvia,

pero esto es demasiado incluso para mí. Es demasiado difícil ver e imposible oír nada bajo un chaparrón así. Cuando miro por la puerta corredera de cristal de la parte trasera de la casa, parece que esté lloviendo de forma horizontal, y ni siquiera yo estoy lo bastante desesperada como para salir con los rayos que están cayendo. Me quito las deportivas y me siento, y después me pongo en pie, y vuelvo a sentarme y a ponerme en pie otra vez. El cerebro me está dando vueltas ahora mismo.

No tengo cinta para correr aquí, de modo que hago saltos de tijera hasta que me aburro, cambio a series alternas de *press* de pecho y ejercicios de escalada. Paso a hacer sentadillas, y a continuación hago tantas flexiones como puedo hasta que el brazo me cede y caigo de cara sobre la alfombra. No es la clase de cansancio extenuante que estoy buscando, pero por esta noche tendrá que servir.

Saco la ropa para mañana, recupero todos los papeles firmados y los meto en la mochila. Casi desearía tener deberes, pero no los tengo, así que me paseo por el salón. Margot tiene una pila de periódicos amontonados junto a la puerta principal, y me doy cuenta de que no he comprobado los anuncios de nacimientos desde hace casi dos semanas.

Tomo los periódicos y los hojeo hasta llegar a las secciones adecuadas. El primero es decepcionante. Nada nuevo. Todos los nombres clásicos demasiado utilizados y la misma mierda de moda que no le endosaría a un gato, y mucho menos a un niño. Mi nombre, por supuesto, nunca está allí, pero no es mi nombre lo que estoy buscando. Examino cuatro periódicos; hay tres Alexanders, cuatro Emmas, dos Sarahs, un montón de nombres de mierda acabados en «-den» (Jaden, Cayden, Braden, puaj), unos cuantos que no recuerdo, y uno merecedor de ir a mi pared. Lo recorto y enciendo el portátil. Entro en internet y espero a que la página de inicio se cargue. En cuestión de segundos, estoy mirando la encantadora página de nombres de bebés salpicada de rosa y azul que me da la bienvenida cada vez que me conecto.

Escribo en el buscador el nombre recién encontrado, Paavo, que resulta no ser nada más que la versión fina de Paul. Es un tanto decepcionante.

Me gustan los nombres. Los colecciono: nombres, orígenes, significados. Son algo fácil de coleccionar. No cuestan nada, y en realidad no ocupan ningún espacio. Me gusta mirarlos y fingir que significan algo, y tal vez no sea así, pero fingir está bien. Guardo la mayoría de ellos en las paredes de mi habitación de casa... de la casa donde solía vivir. Guardo aquellos que me llaman la atención. Buenos nombres, con significado, y no la

mierda que todo el mundo parece utilizar ahora. También me gustan los nombres extranjeros, esos poco habituales que raramente se ven. Si alguna vez tuviera un hijo, elegiría uno de esos, pero los bebés no son en realidad nada que pueda ver en mi futuro, ni siquiera el más lejano.

Doblo los periódicos para guardarlos y bajo la mirada una vez más. Por el rabillo del ojo vuelvo a ver a una de las Sarahs, y sonrío. Me recuerda a la única parte divertida de mi día.

Estaba corriendo hasta mi taquilla entre clase y clase, y tuve que ocultarme tras una esquina y esperar cuando vi a Drew manteniendo una acalorada discusión con Barbie, dos taquillas por debajo de la mía. Decidí que si tenía que escoger entre llegar tarde a clase y ponerme en medio de aquella batalla verbal, la tardanza era el menor de dos males. No fue tan difícil esquivar los avances poco sutiles de Drew cuando me encontré con él a solas, pero desde luego no quería arriesgarme a que me propusiera algo delante de su novia. Aquello estaba definitivamente en mi lista siempre creciente de cosas que no necesitaba. De modo que me recliné sobre la pared y aguardé a que se fueran.

—Dame veinte pavos —oí que le decía Drew.

—¿Por qué? —Al parecer, «enfadada» era la única cualidad que poseía su voz.

—Porque necesito veinte pavos. —Su tono indicaba que aquello debía ser razón suficiente.

—No.

Se oyó lo que debía de ser ella cerrando de un portazo la taquilla. Con fuerza.

—Te los devolveré.

«No lo harás.»

—No lo harás.

«Chica lista.»

—Es cierto. No lo haré. —Eché un vistazo y lo vi dirigiéndole esa sonrisa arrogante suya—. ¿Qué? Al menos soy sincero.

—¿Por qué no se los pides a alguna de tus putas?

«Hostia.»

—Porque ninguna de ellas me quiere tanto como tú.

—Puede que esa estúpida sonrisa funcione con cualquier otra chica de este instituto, pero ya sabes que conmigo no lo hará, así que olvídalo.

—Sarah, sabes que me los vas a dar, así que venga ya.

Sarah. Sonreí. No podía evitar apreciar la absoluta perfección del nombre: soso, común y nada original. Y lo mejor de todo es que significa «princesa».

Ella exhaló sonoramente y me incliné un poco al otro lado de la esquina para verla rebuscar en su bolso. ¿En serio? ¿Iba a darle dinero? Tendría que haber confiado más en Drew. Tal vez simplemente había confiado demasiado en Sarah. Puede que mi amor propio no sea algo espectacular, pero el de ella debe de ser casi inexistente. Sacó un billete de veinte dólares y se lo entregó bruscamente.

—Toma. Solo para que me dejes en paz. —Él lo tomó y comenzó a alejarse, pero no antes de que ella le gritara—: ¡Si no me lo devuelves, se lo voy a contar a mamá!

¿A mamá? Oh.

Aquella revelación fue divertida, aunque me hizo cuestionarme si mis dotes de observación me estaban fallando. ¿De verdad se me había escapado eso? Mi hermano Asher y yo solíamos discutir como nadie, pero nuestro umbral de hostilidad se encontraba varios niveles por debajo del de ellos.

Tiro el último periódico sobre la parte superior de la pila y vuelvo al ordenador, tratando de buscar algo más que pueda hacer en internet para matar el tiempo. Ya no estoy en Facebook ni nada parecido, así que eso no puedo hacerlo. Podría torturarme utilizando el nombre de Asher y su contraseña para cotillear sobre la gente de la que solía ser amiga, pero decido no hacerlo. No hay nada que quiera saber.

Los rayos destellan de forma incesante fuera de la ventana, burlándose de mí cada vez que iluminan el cielo. Mi móvil está sobre mi cama, susurrándome al oído como una botella de *whisky* a un alcohólico en rehabilitación, mientras la lluvia continúa riéndose de mí a carcajadas a través de la ventana. Puede que en realidad sí que esté lo bastante desesperada como para salir con este tiempo. Necesito demasiado correr.

Más saltos de tijera. Levantar algo de peso. Más flexiones. Levantar más peso. Puede que no consiga una cinta para correr aquí, pero creo que sí podría conseguir un saco de boxeo, aunque sea uno de esos portátiles. Dudo que Margot me deje colgar un saco pesado en su salón, pero no soy tan quisquillosa. Aceptaré cualquier cosa que pueda golpear.

Galletas. Necesito hacer galletas. Es lo mejor que puedo hacer, después de correr. En realidad no, pero me encantan las galletas, y no me gusta esa mierda que venden envasada, que es lo que compra Margot. Las Oreos son aceptables, porque son Oreos y hagas lo que hagas no puedes imitarlas. Confía en mí en esto. Me he pasado bastantes

días en la cocina tratando de hacer precisamente eso. No va a suceder. Así que las Oreos tienen un aprobado, pero las galletas con pepitas de chocolate industriales que tardan hasta seis meses en caducar son otra cosa. En realidad, la vida es demasiado corta para eso. Créeme, lo sé.

Rebusco en la cocina de Margot, y no tengo ni idea de por qué me sorprende que no tenga harina, ni bicarbonato, ni levadura, ni vainilla, ni básicamente ningún ingrediente que pueda necesitar para hornear algo. Sí que encuentro azúcar y sal y, milagrosamente, un juego de vasos medidores, pero con eso no voy a llegar muy lejos. Decido ir al supermercado durante el fin de semana. No duraré mucho tiempo sin galletas. Ni bizcochos.

Me rindo, me como media bolsa de gominolas, dejando las negras porque son un asco, y me dirijo hacia la ducha para quitarme la mierda que ha sido este día. Mantengo una fascinante conversación conmigo misma mientras dejo que el acondicionador actúe en mi pelo. Hablo acerca de mi horario de mierda. Me cuento la desafortunada ironía que es mi clase de Música, y me pregunto si eso supera la ridiculez de Oratoria y Debate. Reflexiono en voz alta si alguna mujer en el instituto, estudiante o profesora, será inmune a los encantos de cierto rubio llamado Drew. A continuación, me respondo: YO. Ah, y Sarah, por supuesto, aunque el chico parece capaz de darle la lata hasta que cede.

Mantengo estas conversaciones de forma periódica, tan solo para asegurarme de que mi voz todavía funciona, por si acaso quiero volver a utilizarla alguna vez. Siempre tuve planes de volver al mundo de lo vocal, pero hay días en los que me pregunto si alguna vez lo haré. La mayoría del tiempo no tengo noticias emocionantes, así que repito nombres o palabras al azar, pero hoy ha sido un día notable, así que requiere frases completas. A veces incluso canto, pero lo reservo para los días en que mi odio hacia mí misma está por las nubes y quiero hacerme daño.

Me meto en la cama, que está cubierta por un edredón color verde salvia con dibujos de flores, igual que el que tengo en mi habitación de casa. Probablemente fuera más obra de mi madre que de Margot. Creo que tiene problemas para captar el hecho de que estaba tratando de huir de aquel lugar, no de llevármelo conmigo. Levanto el colchón y saco el cuaderno que he escondido debajo. Tendré que encontrar un escondite mejor pronto. El resto está en la parte posterior de mi armario, guardado en una caja de cartón, debajo de unos libros viejos en tapa blanda y mis anuarios de secundaria. El que tengo en las manos es blanco y negro, con la palabra «Trigonometría» escrita con rotulador

rojo en la portada. Como todos los demás, las primeras páginas están llenas de notas falsas de clase. Tomo un bolígrafo y escribo. Exactamente tres páginas y media después, vuelvo a guardar el cuaderno en su escondite y apago la luz, preguntándome qué nuevo infierno traerá mañana.

Capítulo 5

Nastya

Vivo en un mundo sin magia ni milagros. Un lugar donde no hay clarividentes ni cambiaformas, ni ángeles, ni chicos sobrehumanos que te salven. Un lugar donde la gente muere, y la música se desintegra, y las cosas son un asco. Estoy tan aplastada contra la tierra por el peso de la realidad que algunos días me pregunto cómo sigo siendo capaz de levantar los pies para caminar.

* * *

El viernes por la mañana, lo primero que hago es ir a buscar mi horario corregido al departamento de Orientación. La señorita McAllister aprobó mi puesto como ayudante para la quinta hora, así que ahora he abandonado oficialmente Introducción a la Música, lo cual significa que puedo pasarme la hora haciendo fotocopias y entregando papeles en lugar de tener ganas de cortarme las venas hasta quedarme seca.

A estas alturas ya me he acostumbrado a los zapatos, aunque son demasiado estrechos en la parte delantera y mis dedos sueltan una ráfaga de improperios hacia mí cada vez que me los pongo. Escojo mi segundo conjunto más horrible para la misión de hoy: más negro sobre negro, porque de todos modos eso es en realidad lo único que tengo. Sigo poniéndome el grueso delineador negro, el pintalabios rojo y la pintura de uñas negra. Los tacones, como siempre, son los signos de exclamación de un conjunto que grita «¡Horrible!». Soy como un espectáculo de terror zorrón. Pienso en botones con forma de perla y faldas de encaje blancas y me pregunto lo que llevaría Emilia si siguiera viva.

He estado escondiéndome exitosamente en los pasillos y los baños durante la hora de la comida toda la semana. El chico artista desaliñado, cuyo nombre he descubierto que es

Clay (mirando subrepticamente la portada de su cuaderno de dibujo), fue lo bastante amable como para darme una lista básica que no le había pedido de los mejores lugares donde esconderme cuando me pilló tratando de volver a abrir las puertas del ala de Inglés el segundo día. He comprobado la mayoría de ellos. En unos días más, probablemente sea capaz de dibujar un mapa y marcar con estrellas los mejores lugares para desaparecer. Después, podré vendérselo a otros perdedores como yo.

En mis paseos diarios descubro que la disposición aquí permanece prácticamente igual. Uno pensaría que había un gráfico de asientos designados para el patio, porque nadie se aleja del lugar donde se había sentado el día anterior. Ya reconozco más las caras, pero incluso aquellas que conozco no dan muestras de verme. Me dejan felizmente en paz. He asustado, ofendido o incomodado a todo el mundo lo suficiente como para que se mantengan alejados. Misión cumplida. Incluso vale la pena toda la incomodidad de los zapatos. Si no hago nada mal, las cosas deberían permanecer de este modo.

Estoy planteándome en qué dirección ir hoy cuando paso junto al chico del campo de fuerza. Me pregunto cómo lo hará. Quizás sea capaz de averiguar su secreto, porque me gustaría tener uno para mí. A veces pienso que es invisible y yo soy la única que lo ve, pero supongo que ese no es el caso, porque de ser así estoy segura de que alguien habría ocupado ya ese banco. A lo mejor es un fantasma y nadie se acerca al banco porque lo ha embrujado.

Siempre se sienta en la misma posición, y permanece completamente inmóvil. Desde que me pilló mirándolo el lunes, he tratado de no mirarlo más que unos pocos segundos cada día. Él no ha vuelto a levantar la mirada hacia mí. Todavía tengo la sensación de que me está mirando, pero tal vez es solo que quiero que lo haga o algo así. Me quito la idea de encima rápidamente. Lo último que necesito es la atención de nadie.

Aun así, me gusta mucho mirarlo. Tiene bonitos brazos, no los de un imbécil que se mata en el gimnasio, sino simplemente brazos de trabajo. Lo vi el primer día en mi clase de Carpintería, pero solo durante un segundo, y después se marchó y nunca volvió. Ahora, el único momento en que lo veo es la hora de la comida. Ese puñado de segundos que paso cruzando el patio se convierte en la parte más intrigante del día. Para ser honesta conmigo misma, esos preciados segundos son la única razón por la que sigo cruzando este maldito lugar cada día.

El primer día, lo crucé para dejar las cosas claras. El segundo día, lo crucé para ver si el chico seguía allí sentado, y si todavía estaba solo. El tercer y el cuarto día, lo crucé

para ver si volvía a levantar la mirada hasta mí. No lo hizo. Hoy, tan solo quería mirar, así que eso es lo que estoy haciendo cuando el tacón de mi zapato se atasca en la grieta entre dos bloques de ladrillo. Estupendo.

Por suerte, como estaba caminando con patética lentitud para aprovechar al máximo mi experiencia de espionaje, no acabo cayendo al suelo de cara. Pero tampoco tengo tanta suerte, porque ahora estoy atrapada justo entre su banco y el de la princesa Sarah y sus damas de compañía. Intento sacar con indiferencia el tacón de donde se ha quedado atascado, pero no sale. Tendré que conseguir arrodillarme y tratar de sacarlo con las manos, lo cual pondrá a prueba mi equilibrio, pero desde luego inclinarme hacia delante no es una opción con este vestido.

Me arrodillo lentamente y saco el pie del zapato. A continuación, agarro el tacón con la mano derecha y tiro de él. Sale con mayor facilidad de lo que esperaba, y me levanto y vuelvo a meter el pie dentro. Echo un vistazo hacia mi izquierda y veo que el chico estatua todavía no se ha movido. Parece totalmente inconsciente de mi fiasco con el zapato. Es un pequeño milagro, pero los pequeños milagros son lo único que puedo esperar ahora mismo, así que lo acepto. Es una pena no haber pasado completamente desapercibida, porque lo siguiente que oigo...

—Creo que fabrican esos zapatos para hacer la calle, no para ir al instituto.

Sarah. Sus palabras son seguidas por unas risitas, y después otra voz femenina...

—Sí, ¿sabe tu padre que has salido del infierno vestida de ese modo?

—Pensaba que su padre estaba en Transilvania.

Más risitas. En serio.

Los insultos aquí son verdaderamente mediocres. Al menos podrían decirme algo medianamente entretenido si van a hacer que me gire. Miro a mi derecha para encontrar la fuente de sabiduría que me ha lanzado esa perla. Sarah está rodeada por varias chicas, y todas me están mirando y, sí, todavía riéndose. Supongo que me había felicitado un minuto o dos demasiado pronto. Examino mentalmente mis opciones: a) lanzarles el zapato; b) lanzarles insultos; c) ignorarlas y marcharme; d) utilizar mi sonrisa más demoníaca y trastornada. He elegido la d, la única opción real de todas. No voy a ignorar esto, al menos no alejándome con el rabo entre las piernas. Además, dado que al parecer soy el retoño de Satanás, o tal vez de Drácula, según a quién le preguntes, no puede hacer daño utilizar un poco de locura para que se lleven el mensaje a casa antes del fin de semana.

Las miro fijamente durante unos pocos segundos más, debatiéndome entre emplear la sonrisa de golpe y dejar que se extienda sutilmente por mi cara, cuando una voz detrás de mí me interrumpe.

—Basta ya, Sarah.

La boca de Sarah, que estaba abierta para lo que sospecho que era otra muestra de su feroz ingenio, se cierra de golpe con tanta rapidez que creo que oigo que sus dientes chocan. Me giro, a pesar de que creo que sé que la única persona que se encuentra cerca es la última que esperaría que acudiera como un caballero de brillante armadura. Aunque no es que la situación lo requiriera siquiera: prácticamente no era un ataque. Era más bien como una especie de versión cutre de karaoke de un insulto. Una actuación representada por principiantes. Algo de lo que te burlas en lugar de temer. Sé que estas chicas no se hubieran detenido ahí, y si yo fuera de las que dan importancia a estas cosas tal vez habrían herido mis sentimientos, pero me da igual y hace mucho tiempo que nadie hiere mis sentimientos.

Me he girado completamente, y los míos no son los únicos ojos que hay sobre el chico de la burbuja. De hecho, hay unos cuantos pares de ojos observándolo ahora, esperando para ver si sale algo más de su boca. Me siento como si me hubiera encontrado en mitad de un episodio de *Dimensión desconocida*, donde todo a mi alrededor ha quedado congelado y yo soy la única que puede moverse. Pero no lo hago.

El chico tiene clavados los ojos en Sarah, lanzándole una mirada a juego con el tono de «No me toques los huevos» de su voz. Su mirada se dirige hacia mí durante un segundo, y después vuelve a mirarse las manos como si no hubiera pasado nada. Estoy planteándome marcharme, pero parece que todavía no soy capaz de mover las piernas. Alejo la mirada del chico y veo que Sarah me está mirando fijamente. La expresión de su rostro no es de celos, ni siquiera de amargura, que es más o menos lo que hubiera esperado, sino que es un puro «¿qué mierda?» sólido como una roca. Por mucho que intente mantener la cara inexpresiva, tengo la impresión de que mi expresión tal vez se parece mucho a la suya, aunque probablemente por razones muy diferentes.

Parece perpleja de narices por ver que ha dicho algo. En realidad, no conozco a este chico lo suficiente como para saber si su intervención es el elemento más sorprendente de toda esta situación. Si alguien me preguntara, para mí lo extraño es cómo han reaccionado todas. Se han callado. No lo han cuestionado, no se han reído ni han preguntado por qué, no lo han ignorado y han continuado ridiculizándome, ni tampoco

han dirigido sus burlas hacia él. Simplemente se han detenido. Él ha dicho «basta ya», y ese ha sido el fin. «Porque yo lo digo. Fin de la historia. No voy a decíroslo dos veces.»

En los escasos segundos que me he quedado aquí plantada, todas han vuelto a hacer lo que estaban haciendo, y tal vez sea solo mi imaginación, pero el nivel de decibelios parece haber bajado tan solo un poquito, como si no quisieran que nadie las oyera hablando de lo que acaba de pasar. ¿Qué es lo que ha pasado?

Pensaré en ello dentro de unos minutos, o después de clase, o tal vez nunca, pero ahora mismo solo quiero salir cagando leches del patio. Logro atravesarlo sin ningún otro altercado con los zapatos, y alguien ha sujetado amablemente con un libro la puerta del edificio de Inglés, de modo que puedo pasar. Miro hacia abajo mientras atravieso la entrada y veo que es un libro de historia del arte y que se encuentra junto a Clay, que está sonriendo con suficiencia con el cuaderno de dibujo en la mano, como siempre. Realmente quiero preguntarle si sabe de qué ha ido todo eso, pero no puedo, así que me cuelo en el edificio. Llego hasta la mitad del pasillo, giro hacia la escalera y me apoyo contra la pared, agradecida por estar sola en el silencio.

Antes de que pueda procesar en mi mente lo que acaba de suceder, oigo que la puerta vuelve a abrirse. Presiono la espalda contra la pared de la escalera, tratando de pasar lo más desapercibida posible. Si presiono con la fuerza suficiente, a lo mejor consigo desaparecer.

Me concentro en la dirección de los pasos, que suenan cada vez más alto con cada segundo que pasa. El ritmo es lento, y un pie cae con una fuerza ligeramente mayor que el otro. Los pasos son sólidos, pero suaves. No son torpes ni patosos. Es un caminar grácil. Quienquiera que sea, es más alto que yo; no necesita tantos pasos para llegar al hueco donde me estoy ocultando. Espero a que la persona pase de largo, pero no lo hace. Se gira justo hacia mí, y ahora tan solo espero que, sea quien sea, simplemente me ignore. Bajo la mirada hasta el suelo para no tener que establecer contacto visual, y espero a que acabe.

Y entonces, antes de que recuerde contener el aliento, tengo un par de botas de trabajo muy gastadas delante de mí. Con las puntas de acero, si no me equivoco. No necesito alzar la vista para saber a quién pertenecen: llevo ya cinco días mirando esas botas sobre el asiento de un banco de metal industrial. Al parecer, la confusión y la curiosidad me han vuelto momentáneamente estúpida, porque, en contra de mi buen juicio, levanto la mirada, y es lo más cerca que he estado de él.

—No voy a volver a hacerlo —dice, clavándome sus ojos de un azul enfermizamente perfecto, como si deseara que yo no existiera. Pero no lo dice de forma enfadada, tan solo como si estuviera constatando un hecho. Está completamente calmado, y casi no hay inflexión alguna en su voz. No espera ninguna clase de reacción y de respuesta, incluso aunque ahora mismo podría estar lo bastante enfadada como para darle una, y ciertamente no sería un «gracias». Entonces cruza el hueco y camina hasta la puerta al otro lado de la escalera, como si nunca hubiera estado aquí.

¿«No voy a volver a hacerlo»? Nadie te ha pedido que lo hicieras, gilipollas. ¿De verdad piensa que acaba de hacerme un favor? ¿Que, al llamar la atención sobre mí y cabrear por mi causa a un puñado de chicas obsesionadas con la vanidad, chicas que sin duda tratarán de mantener las apariencias cuando él no esté, me ha ayudado? Es más iluso que yo. Me gustaría decírselo, y es una lástima no saber siquiera cómo se llama. Y, si tuviera una lista de preguntas ahora mismo, «¿Cómo te llamas?» seguramente no pasaría el corte siquiera.

Lo que quiero saber es por qué le han hecho caso. Se callaron como si un padre furioso les echara la reprimenda, porque así es exactamente como sonó. Es el mismo tono de voz que ha utilizado conmigo ahora. Casi me sorprende que no haya añadido un «jovencita» al final, por si acaso. Está claro que soy la única que no comprende por qué se supone que tengo que hacerle caso. Es como si su presencia exigiera alguna clase de respeto o reverencia. A lo mejor su padre es el director, o el alcalde, o un capo de la mafia, y nadie quiere cabrearlo. ¿Quién sabe? Lo único que sé es que yo sí estoy cabreada.

Capítulo 6

Josh

He pasado el resto del día sin volver a ver a la chica. Me he autoflagelado mentalmente por abrir mi estúpida boca durante la hora de la comida. Si hubiera habido alguna razón, tal vez podría ser menos duro conmigo mismo, pero en realidad la chica no parecía de las indefensas. A lo mejor tan solo estaba tratando de evitar que esas zorras se convirtieran en sus enemigas. A lo mejor tan solo quería que Sarah cerrara la boca porque sé que es mejor que eso. A lo mejor tan solo quería que la chica volviera a mirarme.

Los pasillos ya se están vaciando mientras me abro camino hasta la parte trasera del instituto, en sentido contrario a la corriente de estudiantes. Quiero llegar al ala de teatro antes de que cierren las puertas para recuperar el nivelador, porque me lo dejé ahí antes y lo necesito esta tarde. Además, no pienso dejarlo ahí toda la noche de todos modos. Es mío. Era de mi padre. Es viejo, de madera y antiguo, pero no pienso utilizar otro, y no voy a correr el riesgo de que desaparezca si lo dejo allí, así que vuelvo para llevármelo.

Cuando llego, se encuentra donde lo dejé, sobre una de las estanterías sin terminar en las que llevo trabajando toda la semana. Compruebo mi progreso y recorro los bordes con las manos. Habré terminado con todo para el miércoles que viene. Podría atrasar la cosa hasta el viernes, pero espero que el señor Turner haya acabado antes con toda esa mierda preliminar acerca de los procedimientos. Me gustaría volver al taller y trabajar en algo más interesante que unas estanterías. Recupero el nivelador y regreso al aparcamiento.

Casi he llegado hasta mi coche cuando oigo mi nombre.

—¡Bennett! ¡Josh!

Drew se corrige de forma casi instantánea, porque sabe que sonaría como un gilipollas llamándome por mi apellido. Se encuentra en la hilera más cercana de coches, y no está solo. Rara vez lo está, así que no me sorprende ver a una chica de pie a su lado mientras él se reclina sobre el coche en la pose que me he acostumbrado a ver, esa con la que trata de parecer indiferente mientras averigua la ruta más directa hasta los pantalones de una chica, la camiseta o su falda. Dependiendo del caso.

Lo que resulta sorprendente es la chica con la que está hablando. No necesito más que una mirada para saber de quién se trata: pelo negro demasiado largo, un ajustado vestido negro que apenas le cubre el culo o los pechos, unos zapatos de tacón negros, y porquería negra por los ojos. Unos ojos que ahora mismo están mirándome. Mientras me acerco, la cara inexpresiva que normalmente tiene cambia. Es sutil, y dudo que mucha gente se diera cuenta, porque el cambio tiene lugar principalmente en los ojos, pero puedo ver la diferencia. No está inexpresiva. Está cabreada, y si no me equivoco, está cabreada conmigo. No tengo muchas oportunidades de examinarla, porque se aleja antes de que pueda alcanzarlos.

—¡Llámame! —le grita Drew por encima del hombro, riéndose como si fuera alguna clase de broma.

—¿La conoces? —pregunto, dejando los libros y el nivelador sobre el capó de su coche. La mayoría del aparcamiento ya está casi vacío, porque por muy lento que se mueva el tráfico para entrar en este lugar por la mañana, el éxodo de la tarde casi no lleva ningún tiempo en absoluto.

—Planeo hacerlo —responde Drew sin mirarme, pues sigue viendo cómo se aleja la chica. Ignoro la indirecta. Si tuviera que responder a cada comentario sexual escasamente disimulado que sale de su boca, no hablaríamos de nada más, lo cual probablemente lo haría feliz.

—¿Quién es?

—Una tía rusa. Nastya no sé qué, aún no he aprendido a pronunciar su apellido. Estaba comenzando a preocuparme de haber perdido mi atractivo porque nunca me habla, pero al parecer no habla con nadie.

—¿Y te sorprende? Prácticamente está gritando que es antisocial.

Recojo el nivelador y lo giro entre mis manos, observando cómo el agua pasa de un lado al otro.

—Sí, pero no es eso. No habla, y punto.

–¿En absoluto? –Lo miro con escepticismo.

–En absoluto.

Niega con la cabeza, sonriendo con retorcida satisfacción.

–¿Por qué no?

–No lo sé. A lo mejor no habla inglés, aunque supongo que al menos sabría decir «sí», «no» y esas mierdas.

Se encoge de hombros, como si no importara.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque está en mi clase de Oratoria y Debate. –Sonríe con suficiencia ante la ironía de este hecho. Yo no respondo. Estoy tratando de procesar la información, y Drew puede continuar con la conversación por su cuenta–. Pero no me quejo. Me da la oportunidad de trabajar en ella cada día.

–No es muy buena señal que tengas que trabajar en ella. A lo mejor sí que estás perdiendo tu atractivo –respondo con sequedad.

–No seas ridículo –dice completamente serio, y baja la mirada hasta su reloj. Su sonrisa regresa–. Son las tres en punto. Será mejor que vuelvas a casa.

Y, tras eso, se mete en el coche y se aleja conduciendo, dejándome plantado en el aparcamiento, pensando en chicas rusas cabreadas y vestidos negros.

Capítulo 7

Nastya

Me siento como si estuviera esperando. Esperando algo que todavía no ha sucedido. Algo que todavía no existe. Pero eso es todo lo que siento, y nada más. No sé si yo existo siquiera. Y entonces alguien pulsa un interruptor y la luz desaparece, la habitación desaparece, la sensación de ingravidez desaparece. Quiero pedir que esperen, porque todavía no he terminado, pero no tengo oportunidad de hacerlo. No tiran de mí amablemente. No me persuaden. No me dan elección. Me arrastran. Me arrancan de ahí, como si tiraran de mi cabeza hacia atrás de golpe. Estoy en la oscuridad, y todo es dolor. Hay demasiadas sensaciones al mismo tiempo. Todas mis terminaciones nerviosas están ardiendo. Como la conmoción de nacer. Y entonces, hay destellos de todo. Colores, voces, máquinas, palabras duras. El dolor no aparece en destellos. El dolor es constante, continuo, infinito. Es lo único que conozco.

No quiero estar despierta nunca más.

* * *

Logro superar mi segundo lunes en el instituto. Uno pensaría que estaría agotada por el asco constante que es todo, pero al parecer no es así, porque sigo sin poder dormir. Llevo ya dos horas en la cama, sé que es después de la medianoche, pero no puedo ver el reloj desde donde me encuentro, así que no estoy segura de qué hora es exactamente. Pienso en el cuaderno escondido bajo el colchón, debajo de mí, y estiro el brazo y meto la mano debajo para tocarlo. Mis tres páginas y media están terminadas, ya he escrito cada palabra, pero todavía no puedo dormir. A lo mejor escribirlas otra vez me ayudaría, pero no me traerá el cansancio extenuante que está rogando mi cuerpo, así que saco la mano y

la dejo descansando sobre mi estómago, abriéndola y cerrándola al ritmo de mi respiración.

Puedo oír que la fuerte lluvia se ha detenido, así que salgo de entre las sábanas y miro por la ventana. Mi ventana da al jardín trasero, y fuera está demasiado oscuro como para ver si todavía está chispeando, así que me dirijo hacia la parte delantera de la casa y miro bajo la luz que emite una farola cercana. No veo lluvia en el resplandor amarillo que se refleja abajo en la acera mojada, y me quito el pijama improvisado antes de regresar siquiera a mi habitación, atolondrada por el pensamiento de correr para compensar los últimos días, golpeando la acera con mi hostilidad y dejándola atrás mientras avanzo. No tardo nada en ponerme los pantalones cortos de correr y una camiseta, y calzarme las deportivas. Mis pies vuelven a quererme. Echo un vistazo al reloj. Las doce y media. Engancho un bote de *spray* de pimienta a mi cadera y sujeto el *kubotan* que utilizo de llavero en la mano derecha, a pesar de que es un coñazo correr con él. Es mi dispositivo de seguridad. Aferrándolo entre los dedos me ofrece la ilusión de una seguridad que no existe.

Cierro la puerta detrás de mí y me obligo a bajar trotando el camino de entrada hasta llegar a la calle empapada por la lluvia, pero no es fácil. Quiero destrozar la calle con los pies hasta que no pueda respirar, hasta que no quede oxígeno suficiente en el mundo para evitar que me ahogue. La humedad es brutal, sobre todo unida a las temperaturas de finales del verano, pero no me importa. Tan solo significará más sudor, y eso puedo soportarlo. Cada gota es el estrés que libero, llevándose con él toda mi ansiedad y energía, de modo que pueda dormir esta noche, o esta mañana, o cuando demonios quiera que me meta en la cama. A lo mejor me quedo fuera hasta que sea la hora de ir a clase, y después pasaré el día como una sonámbula. Tanto mejor.

Los pies me desobedecen y rompen a correr a fondo tan solo unos segundos después de que llegue a la calle. Las piernas me odiarán más tarde, pero merecerá la pena. Corro rápido y lejos, tal como estoy acostumbrada a correr. Ojalá estuviera en una extensión larga y recta de carretera, para poder seguir avanzando hacia delante sin tener que girar, ni pensar, ni tomar decisiones de ninguna clase. En lugar de eso, giro hacia la derecha y sigo a mis pies sin pensar. No presto atención alguna a las casas ni a los coches. Mi cuerpo y mi mente han echado esto de menos el último par de semanas: primero con el drama de la mudanza a casa de Margot, y después con la constante lluvia nocturna que me deja atrapada dentro de la casa. Si esto es lo que tengo que hacer cada noche (esperar

hasta que el tiempo mejore, aunque sea de madrugada), entonces esto es lo que haré. No volveré a pasar tanto tiempo sin hacerlo.

La primera noche que corrí acabé vomitándolo todo sobre mis zapatos. Fue una de las mejores noches de mi vida. No comenzó así, sino conmigo peleando con mis padres, seguido por mí escuchando a mis padres pelear por mi causa. Me senté en la habitación y me senté en la habitación y me senté en la habitación, sobre la colcha que es exactamente igual a la que tengo aquí. Me senté en la habitación hasta que ya no pude quedarme sentada más tiempo. No podía quedarme en esa casa, escuchando otra pelea que había provocado yo. Mi padre preguntaría a mi madre por qué seguía culpándose a sí misma, y mi madre le preguntaría a mi padre por qué no le preocupaba, y mi padre le diría a mi madre que lo mataba por dentro, pero que no veía el sentido de ahogarse en ello, y mi madre le diría a mi padre que mientras yo estuviera ahogándome, ella también lo estaría. Siempre era la misma pelea, en un ciclo infinito.

Eran las nueve de la noche, y los primeros zapatos que logré encontrar fueron un par de deportivas, así que metí dentro los pies sin ponerme los calcetines y bajé corriendo la escalera, abrí la puerta de golpe y no me molesté en cerrarla. Era mi versión muy poco sofisticada y muy literal de salir corriendo. Corrí, corrí y corrí. No hubo un lento calentamiento. No hubo un ritmo ni un propósito. Lo único que había era correr.

No sé hasta dónde llegué aquella noche, probablemente no demasiado lejos, antes de que empezara a jadear y los pulmones me dolieran y mi estómago se convulsionara, y vomité ahí mismo, donde estaba. Y fue genial. Fue catártico y constructivo y destructivo y perfecto. Después, me senté en el suelo y lloré, la clase de llanto fea, cuando no dejas de tomar aliento de golpe y haces ese sonido horrible mientras el aire te araña la garganta. Después, me levanté y volví a casa.

Corrí cada noche después de ese día. Aprendí a controlarme, a calentar y a establecer un ritmo, pero siempre acababa presionándome demasiado, corriendo demasiado rápido, durante demasiado tiempo. Mi terapeuta les dijo a mis padres que era saludable. Quizás no tanto lo de vomitar, sino lo de correr en general. Era una «salida saludable». A mis padres les encanta la palabra «saludable».

Mi padre trató de ir conmigo un par de veces. Lo intentó, y lo hizo. Pero yo no me quedaba atrás para esperarlo, y él no era capaz de mantener mi ritmo. No creo que presionarse hasta el punto de que le dieran arcadas fuera tan atractivo para él como para mí. La única razón por la que corría era para extraer de mi interior hasta el último gramo

de energía, de modo que no quedara nada que pudiera utilizar para arrepentirme, o temer, o recordar. Ahora me cuesta mucho más cansarme. Cada día corro más. Se ha vuelto más difícil conseguir la fatiga extenuante que me encanta, porque si voy a correr quiero sentir que me han escurrido hasta dejarme seca, pero todavía funciona. Es la única terapia que tengo ahora.

Mis pulmones están bien, pero el estómago me da vueltas. He estado un poco fuera de servicio últimamente, así que espero que esta noche pueda cansarme con mayor facilidad. Con cada paso, pateo toda la mierda de mi cabeza hasta que ha desaparecido por completo. Volverá a la luz del día, cuando haya recobrado la energía suficiente como para pensar, pero por ahora está lejos, y por ahora es suficiente. Mis pensamientos se alejan a la deriva con los últimos vestigios de mi energía y mi adrenalina, dejándome con la sensación demasiado familiar de las náuseas que he aprendido a conocer tan bien. Ralentizo el ritmo hasta quedarme trotando, y después sigo caminando, tratando de mantener a raya a mi estómago, pero no funciona.

Mis pies se detienen, dándome un minuto para examinar la calle en busca de una alcantarilla o un seto bien situado donde poder vomitar, y por primera vez desde que salí corriendo por la puerta, me fijo en mis alrededores. No he estado antes en esta calle. No estoy segura de lo lejos que he corrido, pero no me resulta familiar. Es tarde. La mayoría de las casas están ya a oscuras, y trato de ralentizar mi respiración acelerada. Corro hasta el seto más cercano para vomitar en él, pero calculo mal la distancia y acabo metiéndome en él de lleno. Espinas. Por supuesto. Lo que me faltaba. Las espinas me atraviesan las piernas cada vez que me muevo, pero estoy demasiado ocupada vomitando como para sacarlas. Cuando mi estómago se ha quedado vacío por completo, levanto las piernas tan cuidadosamente como puedo, tratando de minimizar los daños, pero ya está hecho. Veo la sangre que comienza a filtrarse a través de la piel rasgada de mis pantorrillas, pero esa es la menor de mis preocupaciones ahora mismo.

Cierro los ojos, y después vuelvo a abrirlos. Me obligo a examinar mis alrededores, y a recordarme dónde estoy y, más importante aún, dónde no estoy.

Las náuseas de mi estómago son reemplazadas por una nueva clase de temor. Las casas son iguales, todas iguales. No encuentro ninguna señal en la calle, pero sé que he corrido rápido, y que he corrido lejos, y que no le he prestado atención a nada. He roto cada regla que tengo, y he obtenido lo que me merezco por ello. Estoy en mitad de la noche, sola, perdida y empapada de oscuridad.

Me toco el bolsillo instintivamente, buscando el móvil para poder utilizar el GPS. Vacío. Por supuesto que no me lo he traído. Salí corriendo por la puerta con tanta rapidez que me lo he olvidado, porque soy descuidada e impaciente, y no he pensado en nada más allá del aire y las zapatillas.

Sigo la acera. Debo de estar en el borde exterior de la comunidad que da a la reserva. Sé que lo más probable es que la acera recorra el barrio completo, lo cual debería ayudarme a orientarme, y que debería permanecer en él. Pero no puedo evitarlo. Quiero alejarme a toda prisa de estos árboles. No puedo ver lo que hay más allá, y no puedo controlar lo que saldrá de ellos, y hay demasiados sonidos para procesar.

No hay farolas donde estoy ahora, pero puedo ver el débil resplandor amarillo de una más adelante. Las casas al otro lado de la calle están sumidas en la oscuridad y el sueño. Como toda la gente cuerda a estas horas. Sigo teniendo el estómago revuelto, pero lo supera el miedo de haberme perdido.

Mi *kubotan* está balanceándose junto a mi costado hasta que mis llaves no son nada salvo un borrón. Escucho el silencio que cae a mi alrededor. Puedo oírlo todo: el zumbido de las farolas encima de mi cabeza, el sonido de los grillos, las voces ininteligibles que vienen de algún televisor en alguna parte, y un sonido que no soy capaz de situar al principio. Es rítmico y áspero. Sigo la dirección del sonido, echo un vistazo hacia abajo en la oscuridad y veo una luz que viene de una casa al final de la calle. Está más iluminada de lo que debería por la luz de las farolas que tiene enfrente. Me dirijo hacia la casa, sin saber lo que puedo esperar encontrar allí. Tal vez alguien despierto que pueda darme indicaciones. «Indicaciones que no puedes pedir, idiota.» En la distancia, el rítmico sonido como de arañazos continúa. Es suave y casi musical, y lo sigo. La casa se encuentra cerca y el sonido se oye ahora más fuerte, aunque todavía no sé de qué se trata, hasta un momento después, cuando llego a la casa.

Me detengo al final del camino de entrada enfrente de una casa de un amarillo pálido con un garaje abierto fuertemente iluminado. Quiero mirar en su interior para ver si hay alguien dentro antes de acercarme demasiado, pero mis pies no se detienen. Verlo me hace avanzar. En cuanto llego hasta el umbral me quedo congelada, y solo un pensamiento aparece en mi mente. «Conozco este lugar.» Me acerco un paso, dudosa, miro a mi alrededor y recuerdo los detalles de un lugar donde sé que nunca he estado. «Conozco este lugar.» El pensamiento invade mi cerebro una y otra vez y, mientras lo hace, finalmente distingo el sonido rítmico que sigue vibrando en mis oídos. Hay una

silueta sentada en un banco de trabajo en la pared más alejada del garaje. Su mano se mueve de adelante hacia detrás, lijando el borde estrecho de una viga de madera. Mis ojos se quedan clavados en esas manos como si me estuvieran hipnotizando. Aparto la mirada para seguir el polvo que cae al suelo, reflejando la luz mientras lo hace. «Conozco este lugar.» El pensamiento acude a mí otra vez, y tomo aliento al mismo tiempo, y tan solo necesito un segundo. Un segundo más para procesar lo que significa. «Conozco este lugar.» Pero, antes de que pueda pensar, las manos se han detenido, el sonido se ha detenido, y la persona del garaje se ha dado la vuelta para mirarme.

Y a él también lo conozco.

Capítulo 8

Nastya

Iluminado por la luz de los fluorescentes, Josh Bennett me examina desde el otro lado del garaje. No me he movido ni he apartado la mirada. No veo reconocimiento alguno en sus ojos, y me pregunto si sabrá quién soy. Me doy cuenta de que probablemente parezco una persona diferente. Llevo el pelo recogido en una coleta, y no tengo ni rastro de maquillaje en mi cara cubierta de sudor y probablemente muy sonrojada. Llevo ropa de correr y deportivas. No estoy segura de que me reconociera a mí misma si no supiera ya qué aspecto tengo por debajo de la mierda con la que me cubro para ir al instituto. Comienzo a desear llevar al menos el maquillaje, porque estoy sintiéndome muy expuesta bajo la luz de los fluorescentes, con ese chico mirándome. Me está atravesando con esos ojos y sé que está evaluándome de algún modo, aunque no estoy segura de cuáles son los criterios.

—¿Cómo sabías dónde vivo?

Está enfadado, y no se molesta en ocultar la acusación en sus palabras.

Obviamente, no lo sabía, porque este hubiera sido el último lugar de la Tierra al que habría venido, pero supongo que ahora piensa que soy una acosadora. Mi mano derecha aprieta el *kubotan*, a pesar de que no me parece que corra ningún peligro real, y la izquierda la imita, aunque no estoy sujetando nada con ella. Probablemente parezco loca, o confundida, o ambas cosas.

Sus ojos bajan hasta mis piernas, que están cubiertas por los arañazos ensangrentados que ha dejado ese arbusto infernal, y acto seguido vuelven a mi cara, y me pregunto lo que ve en ella. Me pregunto si nota lo derrotada que me siento. No planeaba que nadie me viera de este modo, y mucho menos Josh Bennett, a quien aparentemente tengo que

temer o venerar, aunque no sé por qué. ¿Lleva un anillo? ¿Está esperando a que me arrodille y se lo bese?

Uno de nosotros va a tener que pestañear primero, así que doy un paso dudoso hacia atrás, como si estuviera tratando de evitar a un depredador, esperando que no se dé cuenta de que me estoy moviendo hasta que ya me haya ido. Levanto el pie para dar otro paso.

—¿Quieres que te lleve a casa?

Aparta la mirada antes de decirlo, y su voz pierde parte del tono enfadado. Bajo el pie con más fuerza de lo que pretendo. Si tuviera una lista de las cosas que Josh Bennett podría decirme en esta situación, preguntarme si quiero que me lleve a casa no estaría siquiera entre las cincuenta primeras. Su voz carece de toda emoción, como siempre. Y para que conste, no, no quiero que me lleve a casa, pero creo que lo necesito. Y es un asco necesitar algo de alguien que te odia tan claramente, pero no soy tan orgullosa como para decir que no.

Asiento con la cabeza, abriendo y cerrando la boca con rapidez, porque realmente quiero decir algo, incluso aunque no sé qué es lo que quiero decir. Se pone en pie y camina hasta la puerta que conduce al interior de la casa, y la abre lo suficiente como para meter la mano y tomar unas llaves que debían de estar colgadas en la pared interior. Se gira para cerrar la puerta, pero miro hacia atrás y se detiene durante un momento, como si estuviera tratando de escuchar algo. Supongo que debe de estar comprobando si sus padres están despiertos, pero probablemente no lo están. Probablemente estarán dormidos, como el resto del mundo civilizado a estas horas. A excepción de mí. Y de Josh Bennett, a quien al parecer le gusta hacer trabajos de carpintería en mitad de la noche en su garaje. Miro a mi alrededor y trato de descubrir en qué estaba trabajando exactamente, pero solo me parece un montón de madera y herramientas, así que no lo sé. Echo un vistazo al garaje una vez más, memorizándolo, y por mucho que odie admitirlo, sé que voy a regresar aquí.

Salgo y espero en el camino de entrada, junto a la camioneta que hay allí. Es el único coche que hay aparcado, así que supongo que no tendrá el suyo propio. Es una camioneta muy bonita. Incluso yo soy capaz de admitirlo, y eso que no soy una gran admiradora de las camionetas. Su padre debe de cuidarla muy bien. Me gustaría que mi coche estuviera tan reluciente, pero odio lavarlo, así que tengo suerte de que todavía se note de qué color está pintado.

Josh se detiene junto a una pequeña nevera que hay en el suelo bajo uno de los bancos de trabajo y saca una botella de agua de su interior. Camina hacia delante y me la entrega sin decir palabra, antes de abrir con llave la puerta del copiloto. Tomo la botella de su mano y la miro, repentinamente consciente de lo mucho que debo de estar sudando. Me giro para subirme a la camioneta y me alegra no llevar falda, porque soy muy bajita y tengo que dar una zancada enorme para subir. Josh cierra la puerta detrás de mí, y después rodea la camioneta y se sube por el lado del conductor. Parece mucho más elegante haciéndolo que yo, como si hubiera nacido para subir y bajar de esa camioneta. Me pregunto si tengo permitido odiar a Josh Bennett, porque me parece que estoy empezando a hacerlo.

Y entonces nos quedamos sentados. No me mira, pero tampoco pone en marcha el vehículo. Me pregunto a qué demonios estará esperando, y creo que tal vez deambular perdida en la oscuridad no sea lo peor después de todo. Ahora mismo todo parece interminable. Mi estupidez me golpea en un lado de la cabeza un momento más tarde, cuando me doy cuenta de que no se ha quedado quieto para hacerme sentir incómoda, sino que simplemente no sabe adónde ir. Rebuscar en el coche algo con lo que escribir es inútil. No hay absolutamente nada. Es el coche más limpio que he visto nunca. Cuando me meta en mi coche mañana por la mañana, va a parecer un basurero en comparación con esto. Antes de que pueda rogarle con los ojos y esperar que me comprenda, él lleva las manos hasta el salpicadero para coger el GPS y me lo entrega para que pueda escribir la dirección.

El viaje es ridículamente corto. Tan solo tardamos unos minutos en llegar a casa de Margot, y me siento estúpida por haber hecho que me trajera. He prestado atención a todo lo que he visto por el camino. Me digo que es para no volver a perderme, pero en realidad es porque necesito volver a encontrar el camino a su casa.

Debería darle las gracias, pero él no lo espera, y tengo la sensación de que de todos modos se siente más cómodo con el silencio. Cuando sube por el camino de entrada, llevo la mano hasta la puerta casi antes de que aparque la camioneta, decidida a sacarnos a los dos de nuestra miseria. Salto al suelo y me giro para cerrar la puerta. No le doy las gracias. Él no me da las buenas noches, pero sí que habla.

—Pareces diferente —dice, y le cierro la puerta en la cara.

Capítulo 9

Nastya

Josh Bennett entra en el taller de Carpintería y se dirige directamente hasta mi mesa. Trato de no mirar, pero tengo muchas, muchas ganas de hacerlo. Sencillamente no quiero que sepa que estoy mirándolo. Pronto me quedo sin elección en el asunto, porque se planta delante de mí, mirándome a la cara. Le devuelvo la mirada y quiero gritarle «¿Qué?!». Casi puedo ver la palabra, con sus signos de exclamación e interrogación y todo, flotando desde mis labios en un fervor mudo, porque es la única persona que conozco que puede parecer molesto de verdad sin tener expresión alguna en el rostro. ¿Todo el mundo lo irrita tanto, o es tan solo un don especial que tengo? Parece inmensamente incomodado por el hecho de que yo exista siquiera, y encima ocupe el mismo espacio en su preciada clase de Carpintería.

—Yo me siento aquí —acaba diciendo, y otra vez no parece enfadado, sino que lo dice como si nada, como si así fueran las cosas y yo tuviera que saberlo, al igual que todos los demás. ¿Significa eso que se supone que tengo que levantarme? ¿Cambiar de sitio? ¿Adónde? Aquí es donde me puso el señor Turner, y estoy tratando de decidir si quiero tener una batalla de miradas con Josh Bennett o levantarme y moverme, porque nuestra disputa silenciosa ya tiene público. Antes de que pueda tomar una decisión, el señor Turner llama a Josh a su escritorio. Él deja los libros sobre mi (¿su?) mesa, en una muestra evidente de propiedad y negativa a ceder, y camina hasta la parte delantera de la habitación. Veo que el señor Turner mira en mi dirección y después nuevamente a Josh, y supongo que le estará diciendo que fue él quien me dijo que me sentara aquí. No sé si Josh va a salirse con la suya o no, pero, tal como parecen ser las cosas por aquí, esto es

normalmente lo que pasa. No voy a darle la oportunidad de ponerse engreído, así que me muevo antes de que se gire para volver.

No hay más mesas vacías. Aquella en la que estaba sentada era la última. Hay asientos vacíos en otras mesas, pero no quiero sentarme junto a nadie, pues es demasiado incómodo para mí y para la persona que tenga que quedarse sentada a mi lado. Además, me gusta sentarme en la parte de atrás, de modo que sepa que no hay nadie detrás de mí.

Hay una encimera por el perímetro de la habitación con armarios de materiales debajo, así que llevo mis libros y los coloco encima, con la esperanza de poder sentarme ahí arriba sin enseñarle las bragas a todo el mundo. Me impulso para subirme al mostrador y me giro para mirar hacia la parte delantera. Mientras lo hago, veo que Josh camina hacia atrás. No me mira, pero sí que habla. Le está dando la espalda al resto de la clase y su voz es baja, por lo que estoy bastante segura de que yo soy la única que puede oírlo.

—No iba a obligarte a marcharte.

No sé si debería estar enfadada porque suponga que tenía el poder de obligarme a marcharme, o si debería sentirme mal por haberlo malinterpretado. Creo que nunca voy a lograr entender a Josh Bennett, y después me pregunto por qué lo intento.

* * *

—Hay una fiesta esta noche en casa de Trevor Mason. ¿Quieres ir?

Miro a Drew. Estamos sentados en clase de Debate. Son casi las dos y media, y estoy tratando de encontrar en internet los últimos cinco datos que necesito para terminar mis deberes antes de que suene la campana, para no tener que hacerlos esta noche ni en ningún otro momento del fin de semana. No sé en qué está trabajando Drew, aparte de en mí misma, porque no creo que haya terminado nada en toda la clase. Sin duda sacará un sobresaliente por el no trabajo que quiera que haya hecho. Así es como funcionan las cosas para Drew por aquí.

¿Qué acaba de preguntarme? Es bastante directo, y para mi sorpresa no hay ningún doble sentido, de modo que me quedo momentáneamente perpleja. ¿Ir a una fiesta esta noche? No es lo que esperaba. Ha estado lanzándome indirectas muy cargadas sexualmente desde el primer día de clase. Podría considerarlo una charla animada, pero en realidad no lo es, puesto que mi contribución se limita a miradas mordaces y gestos con las manos, e incluso estos son escasos y muy espaciados. Intentó convencerme para

que contestara escribiéndole notas hace unos días, pero le paré los pies muy pronto. Las notas se escriben solo para dar información pertinente basada en actos, no para conversaciones.

¿Ir a una fiesta con Drew? ¿Por qué no? Me sorprende hasta a mí misma, pero, en serio, ¿por qué no? Vale, probablemente hay alrededor de un centenar de razones para no hacerlo. Porque, admitámoslo: seguramente no me lo está pidiendo por mi deslumbrante ingenio ni por mis divertidas anécdotas. Sin embargo, para disgusto mío, Drew es en realidad una de las pocas cosas de mi día que no espero atemorizada, porque al menos con él tengo cierta sensación de control. Puedo manejar a Drew. No me da miedo, y por ahora eso tal vez sea suficiente. He descubierto que, a pesar de que sea tan descaradamente mujeriego, arrogante y buenorro, me cae bien. No es que me caiga bien en el sentido de que me gusta, pero me cae bien, y me pregunto lo que dice eso acerca de mí. Es entretenido, y necesito entretenimiento desesperadamente. Asiento con la cabeza en su dirección. «Por supuesto, vamos a la fiesta, claro.» Parece sorprendido durante un momento. Joder, incluso me sorprende un poco a mí misma. Entonces la sorpresa desaparece y esa sonrisa segura de «por supuesto que ibas a decir que sí» se extiende por su rostro.

—¿Te recojo a las nueve? —me pregunta.

Asiento con la cabeza, saco un cuaderno de mi mochila y arranco una página. Le quito de la mano el bolígrafo que estaba sujetando para escribir la dirección, pues las direcciones son un material aceptable para las notas.

—Probablemente deberías ir de negro —se burla mientras escribo la dirección. No he llevado nada que no fuera negro las últimas dos semanas. Le entrego el papel, y veo que ese resplandor victorioso aparece en sus ojos. Inclino la cabeza hacia un lado y lo miro de arriba abajo, contemplando lo bueno que está, hasta que mis ojos vuelven a caer sobre su cara. A continuación me encojo de hombros y me voy.

Capítulo 10

Josh

Drew sube por el camino de entrada de mi casa justo después de medianoche, y sé de inmediato que nada bueno puede salir de esto. Bajo el lápiz que he estado utilizando para marcar las medidas y lo observo salir del coche y caminar en dirección al garaje.

—Tío, necesito un favor.

—Claro que lo necesitas.

—Necesito que Nastya se quede contigo.

¿Que Nastya se quede conmigo? Al principio me pregunto si querrá que la lleve a algún sitio, hasta que echo un vistazo hacia el camino de entrada y veo a qué se refiere.

—¿Qué? Ni de coña. —Miro más allá de él, a la figura oscura desplomada sobre el asiento del copiloto del coche—. ¿Qué le has hecho? ¿Está consciente siquiera?

—Nada. No —responde a la defensiva, siguiendo mi mirada hasta el coche. Estamos los dos de pie en el garaje, él con los brazos cruzados, yo con las manos metidas en los bolsillos, observando a través del parabrisas de su coche en busca de cualquier señal de movimiento—. Tan solo ha bebido demasiado.

—¿Demasiado qué?

—Lanzallamas. —Evita mirarme a los ojos cuando lo dice.

—¿Qué gilipollas le ha dado lanzallamas? —Me mira sin responder, lo cual es respuesta suficiente. Es un idiota. Un lanzallamas es alcohol etílico mezclado con Kool-Aid de sabor a cereza. Bien podría haberle puesto cloroformo—. ¿En qué estabas pensando? Pesa como quince kilos.

—Sí, vale, papá. Gracias por el sermón, pero eso no ayuda a resolver el problema. Además, ¿cómo se supone que iba a saber que no podía con ello? Parece una tía muy

chunga.

–Una tía muy chungu de quince kilos.

Es cierto. Sí que parece muy chungu. He visto sus brazos, y está fuerte, lo cual resulta un tanto extraño y da miedo al mismo tiempo, porque simplemente parece fuera de lugar en ella. Es muy pequeña, y de aspecto frágil, y al mismo tiempo es como si fuera alguna especie de mercenaria adolescente exótica, sólida como una roca, vestida de negro, lista para cargarse a alguien. Nada de ello tiene ningún sentido, y resulta un tanto desconcertante. Es como una ilusión óptica: la miras desde un ángulo y ves la imagen, y crees que sabes cómo es, pero entonces se mueve y la imagen cambia a algo totalmente diferente, y ya ni siquiera eres capaz de encontrar la imagen original. Es una verdadera paja mental.

–Josh, en serio. No puedo llevarla así a su casa, y si vuelvo a llegar tarde mi madre me cortará los huevos.

Como si fuera a ayudarlo utilizar eso como argumento. Pagaría gustoso con tal de ver a Drew llevándose por fin su merecido por algo. La madre de Drew es la mujer más dulce del mundo, pero hay una persona que puede cabrearla como nadie, y se encuentra de pie enfrente de mí, rogándome que la salve de la ejecución, o a lo mejor tan solo de la castración. No voy a decir que no. Lo sabía cuando vino aquí. Que me lo pida es solo una formalidad. Nunca le digo que no a Drew.

Camino hasta el coche y abro la puerta del copiloto. Trato de despertarla para preguntarle si puede llegar caminando hasta su casa, y ella se mueve un poco y abre los ojos. Ni siquiera estoy seguro de que se fijen en mí, y entonces la cabeza cae hacia delante sobre su pecho, como si fuera demasiado pesada para mantenerla en alto, y sé que ni de coña va a poder ir caminando a ningún sitio. Apenas se mueve siquiera cuando la saco del coche y la levanto para llevarla a casa.

–Joder, Drew –murmuro. Él se reclina contra su coche y exhala.

–Ya ves.

Nastya

Cuando abro los ojos, tardo un minuto en tratar de averiguar dónde estoy. Y lo intento, de verdad que intento averiguar dónde estoy, pero no tengo ni puñetera idea, y eso me

acojona completamente. Levanto una mano para apartarme el pelo de los ojos, para poder mirar a mi alrededor y tratar de averiguar qué demonios está pasando. Las únicas tres cosas que sé con certeza que sucedieron anoche son: uno, que unos pequeños elfos treparon por mi cuerpo y me enredaron el pelo en una masa de nudos; dos, que debo de haber dormido con la boca abierta, porque algo se ha metido dentro y ha muerto, y tres, que me absorbió un vórtice que me llevó hasta algún mundo animado donde me tiraron un yunque sobre la cabeza.

Me llevo una mano hasta la frente y presiono, tratando de aliviar parte de la palpitación mientras intento sentarme, no sin esfuerzo. Estoy en el sofá de alguien. El sofá de alguien. «El sofá de alguien.» Y en cuanto me acuerdo, desearía poder olvidarlo.

—¡Buenos días, sol!

El Josh Bennett de los huevos. Estoy bastante segura de que si encontrara su certificado de nacimiento, eso es exactamente lo que pondría. No tengo tiempo para averiguar por qué estoy aquí, ni por qué está usando esa alegría falsa y ansiosa, porque ni siquiera toma aliento, y me pregunto si los alienígenas habrán abducido al auténtico Josh Bennett, o si tal vez los elfos se lo habrán llevado en una carretilla tras terminar con mi pelo.

—Me alegra que estés despierta. Estaba empezando a preocuparme por ti después de que vomitaras a chorro anoche, ya sabes. —Hago una mueca, pero no sé si es por el dolor físico o la vergüenza. Ve mi incomodidad, pero no se detiene. Creo que, de hecho, lo anima un poco—: No, no hace falta que te preocupes por ello con tu bonita cabecita —dice con una sinceridad burlona, y a continuación hace una pausa y me examina—. Bueno, a lo mejor hoy no es tan bonita, y anoche definitivamente no era tan bonita, pero aun así no te preocupes por ello. Solo necesité cuatro o cinco toallas para secarlo todo, y creo que el olor desaparecerá dentro de un día o dos. Espero que no se te pegue demasiado al pelo. He hecho lo que he podido, pero probablemente una coleta hubiera sido de ayuda.

Josh Bennett me ha limpiado el vómito. Fabuloso. Ahora me la está devolviendo, y se lo está pasando demasiado bien haciéndolo. No puedo decidir qué es peor: el Josh en modo padre sarcástico, o el Josh sarcástico y burlón. Me gustaría pegarles un puñetazo a ambos en la garganta, pero no sé si puedo levantar el brazo.

¿Por qué demonios estoy aquí? Lo último que recuerdo es que estaba con Drew en una fiesta demasiado llena de gente, bebiendo algo que no sabía a alcohol de una forma sospechosa. Me echo un vistazo, eternamente agradecida por el hecho de que todavía

llevo la misma ropa que me puse anoche, aunque tiene lo que estoy segura de que son salpicones de vómito. Al menos, Josh Bennett no ha tenido que quitarme la ropa y dejar que me ponga sus calzoncillos. El pensamiento no resulta muy reconfortante. A lo mejor es porque me estoy dando cuenta de que, aunque sigo con la ropa puesta, mi sujetador ha desaparecido en combate misteriosamente. Trato de mirar a mi alrededor para ver si está tirado en el suelo o algo así, pero me duele de verdad mover la cabeza.

Josh no ha dejado de hablar, pero no tengo ni idea de lo que está diciendo, incluso a pesar de que su voz parece estar en el interior de mi cráneo. Sigue con el tema de la coleta. Algo que debería ser obligatorio para todas las chicas borrachas. No está haciendo ningún esfuerzo en bajar la voz. De hecho, tal vez crea incluso que se encuentra en un escenario en algún sitio, proyectando la voz hasta la parte trasera del teatro, porque así de alto está hablando.

Llevo los ojos hasta él. Tiene un aspecto terrible, y me pregunto si habrá dormido siquiera. Es evidente que está cabreado, ¿y por qué no debería estarlo? Es sábado por la mañana, al amanecer, y está levantado con una chica extraña en su sofá; la misma chica que vomitó a chorro en su cuarto de baño anoche, mientras él trataba de sujetarle el pelo. Creo que tendría que ser más tolerante con él, mucho más tolerante, sobre todo cuando va a la cocina y vuelve con un vaso de agua con hielo, que ahora mismo necesito desesperadamente. Miro el vaso que lleva en la mano, y él me lo ofrece. Es un vaso patético y muy pequeño. ¿Es Josh alguna clase de ecologista? Voy a necesitar unos dieciocho vasos como este. Lo tomo, lo llevo agradecida hasta mis labios, y me lo bebo de inmediato. El líquido llega a la parte posterior de mi garganta, y después vuelve a subir de inmediato. ¿Qué coño? Vodka. Lo escupo, sin fijarme siquiera en dónde cae, y comienzo a tener arcadas. El estómago se me contrae y se convulsiona, pero no sale nada más. Fulmino con la mirada a Josh Bennett, que me está mirando con una expresión de... ¿qué? ¿Incredulidad? ¿Arrepentimiento? ¿Miedo?

—¡Joder! No pensaba que ibas a bebértelo de verdad. —Me quita el vaso de la mano. ¿Qué pensaba que iba a hacer con él? ¿Bañarme?—. Pensaba que te darías cuenta. —Me mira en señal de disculpa—. Era una broma. Evidentemente, una broma de mierda —murmura entre dientes, mientras vuelve a la cocina y regresa con una toalla más. El chico se va a pasar todo el día haciendo la colada. Me pregunto cómo va a explicárselo a sus padres. Es un milagro que no estén todavía aquí, queriendo saber lo que está pasando. Le quito la toalla de entre las manos y me agacho para limpiar mi propio

desastre del suelo. Incluso aunque este haya sido culpa suya, preferiría no deberle nada más. Él permanece de pie por encima de mí mientras seco los restos del vodka que he rociado por todo el suelo. Me doy cuenta del aspecto que debo de tener, a cuatro patas en el suelo, con mi pelo, mi cara y mi ropa reflejando la cruel broma que fue anoche.

Levanto los ojos y lo miro con el ceño fruncido, enfadada por el hecho de que haya presenciado mi completa humillación y de que, por mucho que se haya regodeado en mi caída, le deba todavía algo de gratitud. Drew, por otra parte, es una historia diferente. A él le reservo un destino peor que la muerte. Creo que hubiera preferido que me dejara en el porche de mi casa para que me encontrara mi tía que dejarme a la merced de Josh Bennett. En cuanto la idea atraviesa mi mente, sé que quizás no sea cierto. Pero me parece que debería serlo. Me doy cuenta de que he estado fulminándolo con la mirada durante todo mi proceso mental, y me pregunto si mi cara me habrá traicionado, porque ahora me está sonriendo. Sonriendo. Y es casi una sonrisa de verdad, aunque no puedo estar segura, porque en realidad nunca lo había visto sonreír. En el instituto siempre emplea la misma expresión que nunca cambia, día tras día, como si nada en el mundo pudiera afectarlo a ningún nivel. Y eso me devuelve a mi teoría de la abducción alienígena, que estoy comenzando a considerar una opción real, cuando habla.

—Tienes muchas ganas de mandarme a tomar por culo ahora mismo, ¿verdad, sol? — Todavía no ha terminado de jugar conmigo. Estrecho los ojos cuando vuelve a llamarme «sol», lo cual es un error táctico, porque ahora sabe que me molesta, y tengo la sensación de que le gusta molestarme—. ¿Qué pasa? «Sol» pega contigo. Es brillante, y cálido, y feliz. Igualito. Que. Tú.

Y entonces es cuando pierdo los nervios. No puedo evitarlo. Por mucho que me sienta como una mierda ahora mismo, por muy estúpida que parezca, por muy enfadada que esté conmigo mismo, con Drew, con el Josh Bennett de los huevos y con las bebidas que saben engañosamente a Kool-Aid de cereza y a nada más. La ridiculez de toda esta situación me embiste de golpe y, por primera vez en muchísimo tiempo, me río. A lo mejor no es siquiera una risa de verdad. A lo mejor son solo las carcajadas dementes de una chica muy inestable, pero no me importa, porque me siento bien, y no creo que pudiera controlarlo ahora, incluso aunque lo intentara. La sonrisa ha desaparecido de su rostro. Ha pasado del suyo al mío, y ahora él lleva mi confusión. Me está mirando como a la chica loca que soy. Tal vez incluso lo haya sorprendido de verdad. Tú ganas, Josh Bennett. Te lo mereces.

Cuando mi risa histérica se sosiega, me quita la toalla empapada de vodka y regresa a la cocina. Examino la habitación por primera vez. Es sencilla. No hay demasiadas cosas modernas en su interior. Casi todo aquí a excepción del sofá está hecho de madera, lo cual no debería sorprenderme. No hay nada a juego. No creo que haya ni dos muebles en toda la habitación a juego. Cada uno es de un estilo diferente, de una clase de madera diferente, con unos acabados diferentes. Me pregunto si él habrá construido alguno de ellos.

Lo más extraño es que hay nada menos que tres mesas de centro. La que se encuentra enfrente del sofá donde me siento no es nada del otro mundo. Tiene los bordes cuadrados, es simple, y el barnizado se está desconchando en la superficie, probablemente por la gente que ha puesto vasos encima durante años sin utilizar posavasos. Tal vez no pareciera fuera de lugar de no ser por el hecho de que hay otras dos al otro lado de la habitación, y no son simples en absoluto. Las dos parecen de otro mundo, y camino hasta ellas para verlas más de cerca. Ni siquiera parecen mesas de centro en el sentido tradicional, pero no sé de qué otra forma llamarlas. Parecen antiguas. Ornamentadas y sencillas al mismo tiempo. No tengo ni idea de por qué las han dejado sin ceremonias contra la pared del extremo más alejado de la habitación. Me arrodillo y estiro un brazo para pasar los dedos por una de las patas curvadas de la mesa que tengo más cerca, pero entonces oigo que Josh vuelve y regreso junto al sofá. No necesito que piense que estoy... ¿que piense que estoy qué? ¿Acariciando sus muebles? No lo sé. Tan solo no quiero que piense nada.

Cuando Josh regresa, lleva una de esas enormes tazas de plástico de hospital. Tengo una colección completa en casa. Las mías son blancas, con letras de un verde azulado. La que él lleva en la mano es de color rojo sobre blanco. Me la entrega.

—Es agua. —Lo miro con escepticismo—. Esta vez es de verdad. Te lo prometo.

Consigo beberme toda el agua, además del ibuprofeno que me da junto a ella. Después me quita la taza sin decir palabra, vuelve a la cocina, y regresa un momento después, con la taza llena. Insiste para que también me la beba, lo cual no me hace mucha gracia, porque quiero salir de aquí. Tengo un aspecto de mierda, me siento como una mierda, y no tengo ni idea de las consecuencias que tendrá todo esto el lunes. Pero ya me ocuparé de ello más tarde, cuando la cabeza no me vaya a estallar y no esté en el sofá de Josh Bennett.

Me levanto para marcharme, y a continuación me miro y me digo si debería preguntarlo siquiera.

—Está en el suelo del cuarto de baño. —Sonríe a la alfombra, y no a mí, cuando lo dice—. Por alguna razón, parecías muy asqueada con él. Te lo quitaste por debajo de la camiseta, te lo sacaste por la manga en un movimiento fluido y lo tiraste al otro lado del baño. Fue impresionante.

Maravilloso. La cena de anoche, los restos chamuscados de mi dignidad, y al parecer también mi ropa interior. ¿Qué más me dejé en el suelo del cuarto de baño de Josh Bennett? Tengo que admitir que, incluso en mitad de una degradación tan absoluta, me parece divertido que ni siquiera parezca capaz de decir la palabra «sujetador».

Señala en dirección al baño y camino hacia allí tan cautelosamente como puedo. Cada paso provoca movimientos sísmicos que se propagan desde mis pies hasta mi cerebro. Cuando llego hasta allí, el sujetador se burla de mí desde el suelo de baldosas, en la esquina entre la bañera y el retrete. Al menos era uno muy mono de encaje negro, porque una ropa interior fea sería lo único que podría hacer que esta mañana fuera peor. Me arrodillo para recuperarlo, y en el proceso me pregunto si podría recobrar los restos perdidos de mi dignidad. Tal vez los necesite.

Josh no necesita que le diga la dirección esta vez. No dice nada en absoluto de camino a casa de Margot, y no soy capaz de decidir si me siento agradecida por ello o no. Me deja en la casa treinta minutos antes de que mi tía llegue del trabajo. Es el tiempo suficiente para que me duche, me cambie de ropa y finja que todo va bien antes de que entre por la puerta.

—Que te mejores, sol.

No me está mirando, pero puedo ver que una de las comisuras de su boca está levantada cuando cierro la puerta.

Pienso en el hecho de que me haya permitido dormir en su sofá cuando es evidente que Drew me dejó allí tirada. Me sujetó el pelo, limpió enormes cantidades de vómito, me llevó una pastilla y se quedó junto a mí mientras me obligaba a beber dos litros de agua para que no me deshidratara. No hay nada soleado ni brillante en mí, pero, después de anoche, se ha ganado el derecho a burlarse de mí esta mañana. Así que sí, creo que al menos durante un tiempo, Josh Bennett puede llamarme como le dé la gana.

Capítulo 11

Josh

El timbre suena a las cuatro de la tarde del domingo. Cuando abro la puerta, me encuentro a la madre de Drew en el porche, con un recipiente de plástico en la mano.

—Es domingo. He hecho salsa. Drew ha dicho que no ibas a venir a cenar, así que he querido pasarme por aquí.

Sabe que no sé hacer salsa para los espaguetis ni aunque me maten, y eso me cabrea, así que siempre me trae un poco.

—Gracias. —Me aparto a un lado y abro más la puerta para que pueda pasar—. Podrías haberle dicho a Drew que me la trajera. No hacía falta que vinieras hasta aquí.

—Drew ha desaparecido en algún sitio esta tarde. Probablemente habrá ido a ver a la chica que esté persiguiendo ahora. —Alza las cejas hacia mí, interrogativa, y yo mantengo la cara inexpresiva, preguntándome si sé exactamente de qué chica se trata. Tomo el recipiente de entre sus manos y me giro para meterlo en el frigorífico, mientras ella se sienta en el taburete que hay junto a la encimera de la cocina, enfrente del plato de galletas que apareció antes en mi puerta—. Además, ya sabes que de vez en cuando me gusta ver cómo estás y preguntarte cómo te va la vida. Aunque sé que no me vas a responder.

Sonríe y coge una galleta.

—Gracias —digo por segunda vez en unos pocos minutos, sin saber muy bien por qué le estoy dando las gracias: por venir, por querer saber cómo estoy, o por no esperar que le responda. Cualquiera de ellas. Probablemente podría pasarme el día entero dándole las gracias a la señora Leighton, pero dudo que ella espere que lo haga.

—Podrías ponérmelo fácil y simplemente mudarte con nosotros.

Ni siquiera trata de esconder la sonrisa de su cara. Me ha pedido que me mude con ellos cada semana desde que descubrió que mi abuelo iba a marcharse. Siempre obtiene la misma respuesta, pero nunca deja de preguntármelo. No sé cómo me sentiría si lo hiciera.

—Gracias —digo una vez más, y ya van tres. No necesito negarme más.

—Tan solo estoy siendo egoísta, ¿sabes? Necesito que seas una buena influencia para Drew. Alguien tiene que salvar a ese chico de sí mismo. No soy lo bastante vieja como para ser abuela.

Me mira intencionadamente.

—Creo que me sobrestimas.

—Josh, quiero a mi hijo, pero algunos días pienso que tal vez seas lo único bueno que tiene. Posiblemente seas la única razón por la que sigo con él. —Niega con la cabeza, y sé que no lo está diciendo en serio. Drew es un niño de mamá completamente, lo que pasa es que también es como una patada en el culo—. Has estado ocultándome cosas. ¿Cuándo has comenzado a hacer galletas?

Hace girar la galleta que tiene en la mano a medio comer, examinándola.

—No lo he hecho. —Me detengo y miro el plato. Ahora que parte del fondo es visible, puedo ver el estampado de color azul que recorre los bordes. Me pregunto si será parte de un juego y si debería devolverlo—. Alguien me las ha traído.

—¿Alguien? —pregunta con tono de sospecha. Me doy cuenta de que está interesada. Se cansó de preguntarle a Drew acerca de las chicas de su vida, porque van y vienen tan rápido que no sirve de mucho. Pero nunca ha dejado de preguntarme a mí, esperando el día en que por fin obtenga una respuesta—. Bueno. —Da otro mordisco a la galleta—. Pues «alguien» hace muy buenas galletas. Son deliciosas.

—No estoy siendo evasivo. —Sonrío y respondo a la pregunta que ha hecho sin expresarla—. No sé quién ha sido. Estaban en mi porche esta mañana.

—Ah —dice, y se saca la galleta de la boca. Su sonrisa ha desaparecido.

—Pero tengo idea de quién ha sido. Creo que estás a salvo. —Su expresión se suaviza y parece ligeramente aliviada. Sí que tengo idea de quién ha sido, pero no puedo saberlo con seguridad. No había una nota con las galletas cuando aparecieron, pero no podía evitar tener la sensación de que eran una especie de agradecimiento. Y, la verdad, no podría haber sido nadie más—. Además, ya me he comido como seis de ellas. Si alguien quisiera envenenarme, creo que ya lo sabríamos.

Hablamos durante unos cuantos minutos más antes de que se levante para marcharse, preguntándome una vez más si estoy seguro de que no quiero ir a cenar. No lo haré, y ella ya lo sabe. Todavía sigo enfadado con Drew por lo del viernes por la noche, y no me apetece ocuparme de su mierda todavía.

—La he esperado en el aparcamiento esta mañana —dice Drew cuando me encuentro con él antes de la campana de advertencia el lunes por la mañana. Me llamó anoche, pero no cogí el teléfono y borré el mensaje sin escucharlo. No he hablado con él desde que apareció el sábado por la tarde, preguntando qué había pasado con Nastya después de que la dejara tirada en mi casa. Podría decir que la llevó allí, pero los dos sabemos que eso no fue lo que pasó. Una cosa sería si se preguntara de verdad si había llegado o no bien a casa, o cómo se encontraba, pero su principal preocupación era descubrir lo enfadada que estaba con él, y no hice nada para tratar de tranquilizarlo. Espero que esté enfadada con él. Debería estarlo.

—No quiere hablar conmigo. —Se ríe mientras vamos hacia la primera clase—. Bueno, ya sabes, no quiere hacer ninguna expresión facial distintiva hacia mí. Sí que hizo un gesto con un dedo, pero podría haber sido tan solo un tic, o alguna clase de espasmo muscular.

—Por supuesto —respondo.

—¿Tú también sigues cabreado conmigo?

—Lo he superado.

—Deberías. Venga ya, dejé a una tía buena borracha que no habla en tu casa. Eso es como un regalo.

Dejo de caminar y lo miro, preguntándome una vez más por qué somos amigos. Lo conozco lo bastante bien como para saber que no lo dice en serio. Drew es un imbécil y un putón, pero no es un completo gilipollas. Aun así, no puedo evitar ponerlo en evidencia. Esta vez se lo merece.

—Lo siento. —Me disculpo con una falta total de convicción y sigo caminando—. Pensaba que tan solo me estabas pidiendo que te sacara las castañas del fuego. No me di cuenta de que estabas siendo un buen amigo y dándome una chica borracha inconsciente para que la violara. La próxima vez, sé un poco más claro para que no pierda una oportunidad tan magnífica.

No puedo ocultar el sarcasmo en mi tono, y tampoco lo intento.

–Sabes que era una broma. –Tiene la decencia de intentar al menos sonar como si se sintiera mal–. La dejé contigo porque sabía que no le harías nada.

Ahora parece que yo sea una especie de monje, y no creo que eso me guste mucho más.

–Ella no sabe eso. Probablemente pensará que hiciste exactamente lo que has dicho que hiciste. Dejarla tirada con un desconocido sin pensar dos veces en lo que podría pasar.

–¿Qué fue lo que pasó? Estabas tan cabreado conmigo el sábado que no me dijiste una mierda.

–A lo mejor porque me pasé despierto la mitad de la noche limpiando vómito y la otra mitad vigilándola para asegurarme de que no se ahogara con más vómito. –Dejo de caminar y lo miro para que se dé cuenta de que no estoy de broma. No hay nada de divertido en la cantidad de vómito a la que tuve que enfrentarme el viernes por la noche. Tal vez nunca vuelva a ser el mismo–. ¿Quieres saber lo que pasó? Vomitó. Mucho. Se desmayó. Se despertó. La llevé a su casa. Eso es todo.

–Tío, te debo una muy grande –dice, todavía encogido por la conversación sobre vómito.

–No tienes ni idea.

Nastya

Cuando llego a clase de Carpintería el lunes, el plato con el estampado azul de Margot se encuentra sobre la encimera, en la parte trasera del taller, donde normalmente me siento. Josh no está en su mesa habitual, pero debe de haberlo dejado allí. Lo veo al otro lado del taller, donde están todas las herramientas eléctricas. No quiero mirarlo durante el tiempo suficiente como para averiguar qué está haciendo, así que guardo el plato en la mochila antes de que regrese a su asiento. La campana suena y él se acomoda en su taburete sin dirigir una mirada siquiera en mi dirección, y las cosas vuelven a ser normales. Pero la normalidad no dura demasiado, lo cual no debería sorprenderme. No creo que nada sea normal en lo que respecta a Josh Bennett. Sin embargo, realmente no

debería juzgarlo sobre su normalidad, sobre todo cuando lo estoy observando desde los confines de mi propio y precario refugio de cristal.

—¡Oye, Bennett! ¿Es verdad que te has emancipado?

¿Emancipado? Miro a mi alrededor para ver quién ha hecho la pregunta. Es un *skater* idiota cuyo nombre creo que es Kevin, aunque no he prestado la atención suficiente como para saberlo con seguridad. Básicamente, lo que sé de él es que tiene el pelo demasiado largo por delante, siempre lleva los pantalones holgados y cree que es genial. En realidad no me importa quién ha hecho la pregunta, pero desde luego estoy interesada en la respuesta.

Josh asiente con la cabeza, pero no dice nada. Está mirando hacia abajo, trabajando en el dibujo a escala que nos encargaron el viernes. No se molesta en levantar la cabeza ni en hacer caso a Kevin ni a todos los que ahora han puesto su atención en él.

—Entonces, ¿eso significa que ahora eres libre para hacer lo que te salga de las narices?

—Parece que sí. —Gira la regla y dibuja una línea por el borde con un lápiz—. Por supuesto, no puedo matar a nadie, así que hay ciertos límites —añade secamente, todavía sin levantar la mirada. Tengo que reprimir una sonrisa, sobre todo cuando Kevin continúa, sin haberse dado cuenta para nada de la indirecta.

—Tío, eso es increíble. Yo haría fiestas todas las noches.

Kevin no parece pillar la indirecta de que Josh no tiene nada más que decirle y sigue presionando. En parte deseo que Josh le dé la hostia que tanto se merece ese chico, pero creo que eso es más mi estilo que el de Josh Bennett.

Oigo que alguien le dice a Kevin entre susurros que se calle. Los chicos a su alrededor parecen entre curiosos e incómodos, incluso completamente asombrados, por sus preguntas. Yo también siento mucha curiosidad, pero estoy tratando de actuar como si no me interesara. Me doy cuenta de que el señor Turner también lo ha pillado, porque no deja de mirar en esa dirección. No va a interferir, pero está clarísimo que quiere saber lo que decían. Casi parece asqueado. Sé que me falta algún fragmento vital de información, y no puedo preguntar a nadie lo que es. ¿Por qué se ha emancipado? ¿Lo maltrataban sus padres? ¿Estarán muertos? ¿En la cárcel? ¿Fuera del país? A lo mejor todo tiene algo que ver con una misión de un espía secreto.

Mi mente da vueltas mientras la conversación continúa. Todavía estoy tratando de averiguar por qué se ha emancipado Josh, y qué tiene eso que ver con el hecho de que todo el mundo permanezca apartado de su camino. Llevamos sentados aquí como

cuarenta y cinco segundos y aun así casi puedo sentir que el aire de la habitación se ha vuelto más pesado.

Josh

Puedo ver sus expresiones sin tener que mirar. Normalmente todo el mundo me ignora, pero cuando no lo hacen es peor. Como ahora. O bien recibo la mierda ignorante que sueltan imbéciles como Kevin Leonard, o bien miradas de «es un asco ser tú». Especialmente por parte de las chicas. Las chicas son las peores. Drew dice que debería utilizarlo a mi favor, que desperdicio las cartas de mierda que me han dado y que al menos tendría que sacar algo del hecho de ser una figura tan trágica. Pero no me gusta que nadie me tenga lástima. Es difícil desear a una chica que te mira como si fueras un cachorro perdido que quiere llevarse a casa para darle de comer, o un niño abatido que quiere aovillarse en su regazo y que le den mimos. No hay nada *sexy* en absoluto en una chica que sienta lástima por mí. Tal vez si estuviera desesperado, pero probablemente ni siquiera entonces.

Los adultos son incluso peores, porque les encanta hacer sus comentarios estúpidos sobre lo bien que voy, lo bien que me he amoldado, lo bien que lo llevo todo. Como si tuvieran la menor idea. Lo único que he aprendido a hacer es esquivar, pero todo el mundo prefiere pensar que todo va bien. De ese modo pueden volver a arrastrarse hasta debajo de la roca donde viven refugiados. Esa que piensan que la muerte no puede atravesar.

Es lo mismo incluso con los profesores. Puedo librarme de todos los deberes que quiera si utilizo la carta de la muerte. Con ella consigo que todos se sientan incómodos, así que hacen prácticamente lo que yo quiera para irse y poder fingir que no ha sucedido. Logran convencerse a sí mismos de que empatizan conmigo y de que han hecho su buena acción del día. Cuando tengo suerte, tan solo me ignoran porque de hecho es más fácil para todos. Más fácil que tener que recordar la muerte.

Una carta de la muerte podría ser más que suficiente para jugar a cambio de unos deberes olvidados, o para meterle mano a alguna chica, pero a estas alturas ya estoy acumulando una baraja completa, y probablemente podría salirme con la mía en

prácticamente cualquier situación. La gente comenzó a apartar la mirada hace mucho tiempo. Quizás yo también lo hice.

Cuando tenía ocho años fui a un partido de entrenamiento de primavera con mi padre. Una vez al mes, mis padres se dividían y uno se llevaba a mi hermana Amanda y el otro a mí para pasar el día fuera. Un mes iba con mi padre, y Amanda con mi madre. Al mes siguiente, nos cambiábamos. Era marzo, y me tocaba ir con mi madre, pero, como ese día era el partido, rogué que me dejaran ir con mi padre. Le dije a mi madre que podría ir con ella en abril y en mayo. Porque yo era un premio de cojones. Mi madre dijo que le parecía un buen trato, y me hizo darle la mano para sellarlo.

Mi padre y yo llegamos a casa a las seis. Me había quedado dormido en el coche, de camino a casa. Me desperté cuando mi padre aparcó, pero acabó llevándome en brazos hasta el interior de la casa, porque yo no quería sacar el culo del coche. Habíamos comido demasiado, reído demasiado, gritado demasiado. Me dolía el estómago. Tenía la cara quemada por el sol. Me había quedado sin voz, y no podía mantener los ojos abiertos. Fue el último día feliz de mi vida.

Cuando me desperté, ya no tenía madre ni hermana, pero al parecer todo iba a salir bien, porque acabamos teniendo más dinero del que íbamos a necesitar. Los abogados de la empresa de transportes dijeron que era un acuerdo generoso. Los abogados de mi padre dijeron que era justo. Justa compensación por la vida de mi madre. Justa compensación por mi hermana muerta. No consideraron el hecho de que, en realidad, también perdí a mi padre aquel día. Que algo dentro de él se rompió, se hizo pedazos, se fundió, ardió, se desintegró como el coche que conducía mi madre cuando un camión de dieciocho ruedas que transportaba refrescos le pasó por encima. Pero estoy seguro de que, si hubieran tenido eso también en cuenta, habrían determinado que también era más que justo. Generoso, incluso. No tengo una hermana de la que quejarme, ni una madre con quien hablar, ni un padre con quien construir cosas. Pero tengo millones de dólares casi sin tocar en cuentas bancarias y fondos de inversión, y la vida es justa de cojones.

—Es absolutamente genial —respondo, esperando que mi asentimiento consiga que Kevin se dé la vuelta y trate de impresionar a otra persona con su ignorancia y su charla sobre fiestas legendarias—. A nadie le importa una mierda lo que haga.

Es cierto en más de un sentido. Levanto la mirada y centro los ojos en los suyos, esperando que lo comprenda.

Vuelvo a concentrarme en el dibujo a escala en el que estoy trabajando para terminarlo, contento de que la atención de todo el mundo haya regresado a cosas más importantes, como exámenes de matemáticas y tías buenas. El señor Turner está recorriendo el taller, mirando por encima del hombro de todo el mundo para comprobar su progreso. Pasa junto a mi mesa y echa un vistazo detrás de mí.

—Nastya, no puedes dibujar sentada ahí arriba. ¿Por qué no te mueves y utilizas el asiento vacío junto a Kevin?

Suena casi como si estuviera disculpándose por pedirle que se mueva. Me sorprende que espere siquiera que haga la tarea. Hasta ahora, ha estado actuando como si ella no estuviera en la clase, y ambos sabemos que no debería estar. Pero supongo que ha tenido que quedarse con ella, porque sigue aquí. Creo que pone a la gente tan incómoda como yo. El señor Turner nunca ha estado incómodo conmigo, pero desde luego lo está con ella. Tal vez sea por su ropa, o quizás su falta de ella, porque siempre parece tener un poco de miedo de mirarla. Había olvidado que ha estado detrás de mí todo este tiempo y que debe de haber oído toda la conversación con Kevin. Comienza a recoger sus cosas y el señor Turner vuelve a dirigir su atención hacia mí.

—Pinta bien —dice, examinando el boceto que tengo delante—. ¿Qué vas a utilizar?

—Fresno europeo, probablemente. Barnizado natural —respondo. Él asiente con la cabeza, pero permanece allí un segundo más.

—¿Va todo bien? —pregunta, y sé que se refiere a la situación con Kevin, lo cual es una estupidez, porque ya no dejo que esa mierda me moleste.

—Todo bien —le contesto, y pongo la regla sobre el papel mientras él vuelve a su escritorio. Detrás de mí, oigo que Nastya baja de un salto de la encimera, y sus tacones producen un chasquido al golpear el suelo. Pasa junto a mí y rodea mi mesa para ir hasta la de Kevin Leonard, que se está partiendo el culo felicitándose a sí mismo. Todo el mundo está trabajando ya por su cuenta, y el nivel de ruido ha aumentado de forma considerable, así que no sé si estoy imaginando cosas o si tan solo estoy loco cuando escucho una palabra.

«Mientes.» Ni siquiera es un susurro. Flota hasta mi conciencia con tanta suavidad que casi no tiene forma, como si estuviera hecha de aire y anhelo, pero juro que la oigo de todos modos. Cuando levanto la mirada, la única persona que podría haberla dicho se está sentando en un taburete junto a Kevin Leonard, y me reprendo por pensar

ridiculeces, porque sé que no puede ser real, y que el anhelo del que ha nacido esa palabra es mío.

Llego a clase de Arte por los pelos, y me cuelo en el aula y me siento en un pupitre vacío en el fondo, detrás de Clay Whitaker. No se me da muy bien el arte, pero no podía matricularme en una clase de carpintería extra. Ya había hecho todos los cursos, así que necesitaba una optativa diferente para llenar mi horario, preferiblemente una en la que no mandaran deberes ni hiciera falta pensar. La ley del mínimo esfuerzo es mi especialidad. La señora Carson me deja salirme con la mía entregándole bocetos de muebles que me gustan, o lo que quiera que esté diseñando para construir en algún momento. A veces dibujo cosas que veo en tiendas de antigüedades. Cosas que me gustaría tener el talento suficiente para hacer. Quizás algún día. No soy tan bueno en lo que respecta a dibujar. Se me da bien. No soy terrible, ni tampoco impresionante. Echo un vistazo a la mesa que tengo enfrente. Clay Whitaker es impresionante. Con un cuaderno y un carboncillo puede hacer lo que a mí me gustaría poder hacer con un trozo de madera y herramientas. Me quito la mochila y busco en su interior la foto que encontré en internet e imprimí anoche. Apenas he comenzado cuando Clay se gira.

—¿Qué estás dibujando?

Inclina la cabeza para ver mejor la foto que tengo delante. Se trata de una mesa de mitad del siglo XVIII, estilo Jorge II, con la parte superior de mármol. Nuestra tarea era traer una fotografía para recrearla, y esto es lo que he escogido.

—Una mesa —digo.

—Algún día deberías tratar de dibujar algo con dos piernas en lugar de cuatro.

Dibujar gente no me interesa; además, se me da de pena.

—¿Qué estás dibujando tú? —pregunto.

—A quién, no qué —me corrige. Clay rara vez dibuja algo que no sea gente. Está obsesionado con los rostros humanos. Si yo me paso la vida dibujando muebles, él se pasa la vida dibujando gente. Y además se le da endiablidamente bien. Casi resulta espeluznante lo realistas que parecen sus dibujos. Hay una cualidad arcana en ellos, algo que te hace mirar más allá de la cara en sí misma para ver en su interior. Lo he visto hacer interesantes hasta las caras más simples y poco inspiradoras de formas que ni siquiera podría expresar con palabras. Me siento celoso por su talento. Si no tuviera algo

mío que me gustara del mismo modo, sentiría unos celos terribles. En realidad, puedo apreciar su habilidad sin odiarlo a él por ello, pero sé que hay unas cuantas personas en la clase que no pueden. Creo que la misma señora Carson es una de ellas. Debe de resultar un tanto deprimente tener que dar clase a alguien que supera tus habilidades en todos los niveles.

Mi atención regresa a Clay mientras toma de la mesa una fotografía de 10 x 15 centímetros y me la pasa con una sonrisa de gilipollas en la cara, como si supiera algo que yo no sé. Le quito la foto de las manos y la miro. No estoy seguro de quién esperaba que fuera, pero desde luego no era la chica cuya cara estoy mirando ahora mismo. Aun así, no puedo decir que me sorprenda. Si hay una cara interesante en este instituto, esa es la de Nastya Kashnikov; tal vez porque nunca abre la boca para romper el misterio. Miro la fotografía durante un segundo más de lo que debería. Está mirando en la dirección general de la lente, pero no directamente hacia ella. La cámara debe de haber hecho *zoom*, porque no está muy bien enfocada, y es obvio que no sabía que estaban sacándole una foto.

—¿Por qué ella? —pregunto, devolviéndosela de mala gana.

—Su cara es una pasada, incluso a pesar de toda esa mierda con la que se la cubre. Si puedo hacerle justicia, nunca más voy a tener que dibujar a otra chica.

Está mirando la foto como si estuviera imaginando el aspecto que debe de tener sin maquillaje. Quiero decirle que tiene razón. El aspecto que muestra en la foto no es nada en comparación con cómo es sin rastro de maquillaje y con el pelo apartado de la cara. De eso es de lo que me gustaría tener una foto, en lugar de tener que confiar en mi recuerdo de ella, perdida y sudando en mi garaje a la una de la madrugada.

—No creía que fuera tu tipo.

Aparto la atención de los pensamientos que no debo tener y vuelvo a centrarme en él esperando que a lo mejor no se dé cuenta, pero Clay siempre se da cuenta. Clay también es un marginado por aquí, y sé que él también es observador. He visto suficientes dibujos suyos como para saber a cuánta gente examina cuando no saben que los está mirando. Y cuando Clay mira a alguien, lo ve de verdad, y eso es lo más desconcertante de todo.

—Mi polla no tiene que desearla. Tan solo mi lápiz.

Vuelve a sonreírme, como si supiera algún secreto sobre mí. Probablemente sea así. Siempre me observa como si nunca captara el mensaje de dejarme en paz. Por alguna

razón, no me importa. Permanece al margen y, a excepción de las tonterías que todavía tiene que soportar ocasionalmente por haber salido del armario, pasa desapercibido. Vuelvo a mi propio dibujo de mierda, y me reprendo a mí mismo cuando abro de nuevo la boca.

—¿Cómo has conseguido la foto?

—Michelle. —El nombre es una respuesta por sí mismo. Michelle, la del anuario. Clay es el único que no añade «la del anuario» después de pronunciar su nombre. Se sienta con él cada día a la hora de la comida, con la cámara prácticamente unida quirúrgicamente a sus manos—. Conseguí que se la sacara un día en el patio, cuando Nastya no estaba mirando.

Se encoge de hombros, con aspecto de sentirse un poco culpable, aunque sin arrepentirse en absoluto. Utiliza su nombre como si la conociera, y me pregunto cómo de bien.

—Te pegaría una patada en el culo si supiera que se la has sacado.

Es una idiotez decir algo así. No la conozco lo suficiente como para saber lo que haría, y estoy hablando de ella como si lo hiciera. Está lo bastante fuerte como para pegarle una patada en el culo a Clay, y también a mí. De hecho, tendría que haberme pegado una patada en el culo por darle un vaso de vodka cuando tenía resaca, pero en lugar de eso se rio en mi cara, así que, ¿qué demonios sé yo?

—Mucha gente quiere pegarme una patada en el culo —responde con aire despreocupado, como si tan solo estuviera constatando un hecho. Es cierto que muchos de los gilipollas de este instituto quieren darle una paliza, pero quererlo y hacerlo son dos cosas diferentes. Todavía dicen idioteces acerca de él, pero nadie ha vuelto a ponerle la mano encima desde octavo, y tanto él como yo sabemos por qué.

Cuando mi madre murió, pasé por una etapa de enfado. No pasa nada, por supuesto, porque el enfado es aceptable cuando estás de duelo por alguien, sobre todo si eres un niño de ocho años. La gente elabora un montón de excusas para ti. Superé mi enfado aceptable haciendo cosas inaceptables, como dar palizas a los otros niños cuando me cabreaban, y no era muy difícil cabrearme. Era bastante liberal sobre la clase de cosas que bastaban para hacerme explotar. Resultó que incluso las cosas inaceptables que hacía con los puños se consideraban aceptables, y los demás hacían la vista gorda.

Le pegué dos puñetazos a Mike Scanlon en la cara, porque dijo que a mi madre se la estaban comiendo los gusanos bajo tierra. No creía que hubiera quedado suficiente de su

cuerpo después del accidente como para alimentar a un gusano, pero no discutí con él. Simplemente le pegué en la cara, y lo dejé con el ojo morado y el labio roto. Se lo dijo a su padre, y él fue a mi casa y yo me escondí en una esquina, escuchando y preguntándome si iba a meterme en un lío muy gordo. Pero ni siquiera estaba enfadado, y le dijo a mi padre que no pasaba nada, que lo comprendía. No comprendía una mierda, pero no me metí en un lío. Y eso era lo que siempre sucedía.

La única vez que realmente tuve que responder por algo fue cuando pasó en el colegio. Le pegué un puñetazo a Jake Keller en el campo de fútbol, durante Educación Física, y pensaba que me la había cargado. El director me hizo ir a su despacho, que era algo que nunca me había pasado en la vida. Por suerte para mí, él también lo comprendía, y me libré con una advertencia y unas cuantas visitas al psicólogo del colegio. Todos los niños a los que pegaba aprendieron que nadie iba a tocarme por nada de lo que hiciera. Podría pegarles a plena luz del día con diez testigos e incluso sus propios padres les dirían que me dejaran en paz.

Mi etapa de enfado había terminado cuando llegué a octavo, justo a tiempo para que a mi padre le diera un infarto. Para entonces, prácticamente todo el mundo me dejaba en paz. Nadie me daba una excusa para que me enfadara con ellos. Entonces, un día estaba volviendo a casa desde el instituto y me encontré con tres mierdas dándole una paliza a Clay Whitaker. Ni siquiera lo conocía todavía, pero estaban dándole una buena paliza, y necesitaba una excusa para pegar a alguien. Tenía un montón de furia saludable y aceptable acumulada, y ellos fueron una buena terapia. Eran tres, y yo ni siquiera era demasiado grande. Podrían haberme dejado hecho polvo en la acera sin sudar siquiera. Sin embargo, a ellos solo los alimentaba una crueldad común y corriente. Yo tenía una furia pura y sin adulterar.

Clay estaba sentado en el suelo cuando los otros chicos finalmente salieron corriendo. Sentía dolor y me faltaba el aliento, así que yo también me senté, porque no sabía adónde ir y no me importaba si alguien acudía en mi busca. Nadie lo hizo. Probablemente también le habría pegado. Clay no me dio las gracias, y tampoco dijo nada en absoluto, lo cual era bueno, porque no me merecía ningún agradecimiento. No lo había hecho por él. No tenía ninguna intención noble.

No me importaba si me metía en un lío. No me importaba Clay Whitaker, sentado a un par de metros, ensangrentado y llorando. Simplemente no me importaba. Esa fue la última vez que pegué a alguien. Después de ese día, decidí esperar hasta que alguien me

diera una buena razón. Pero no importaba, porque todo el mundo ya había aprendido que me saldría con la mía si lo hacía. Ni siquiera estaba seguro de cuál sería una buena razón, pero supuse que lo sabría cuando llegara el momento. Y tal vez nunca lo haría.

No le dije una palabra a Clay, y finalmente me levanté y fui a casa, y jamás hablamos sobre lo que había sucedido. Estaba acostumbrado a que la gente no me molestara, pero después de ese día nadie molestó tampoco a Clay Whitaker.

—Comienzo a comprender la sensación —murmuro, y él sabe que no estoy hablando en serio, pero levanta las manos y capta la indirecta.

—Vale. Te dejaré con tu absorbente mesa. Yo voy a dibujar a una chica —dice con suficiencia, y se gira para abrir su cuaderno de dibujo.

Capítulo 12

Nastya

Solía pasar cantidades excesivas de tiempo pensando en lo que estaría haciendo los próximos veinte años o así. Normalmente tenía algo que ver con tocar el piano en salas de concierto por todo el mundo. Aquello significaría un montón de viajes que incluirían estancias en hoteles glamurosos y fabulosos, con toallas mullidas y fabulosas, y albornoces aún más mullidos. También habría príncipes increíblemente guapos, con talento musical y causantes de desmayos que irían de gira conmigo e inevitablemente se enamorarían de mí de forma obsesiva. Porque esas cosas pasan. Me venerarían por el talento que he heredado de la rama de la familia de mi padre y por la belleza de la de mi madre. Llevaría vestidos elegantes de colores que todavía no se habían imaginado siquiera, y todo el mundo conocería mi nombre.

Ahora me paso el tiempo pensando en lo que haré durante las próximas veinte horas o así, y deseando que en ellas haya algo parecido a dormir.

* * *

Desde hace una semana ya he podido salir a correr todas las noches. El tiempo ha cooperado, y mis piernas están regresando. Me presiono más de lo que debería, pero no he vuelto a vomitar desde la primera noche. Mi cuerpo está recordando. Lo mejor de todo es que puedo agotarme a mí misma, drenar todo lo que se acumule a lo largo del día, y así logro dormir. Todavía no consigo dejar de lado los cuadernos, pero correr ayuda. Me da algo, o quizás sea más apropiado decir que me quita algo. No me importa. Sé que dependo demasiado de ello, pero es una de las pocas cosas de las que puedo depender.

Ejercicio, cuadernos, odio. Las cosas que no me defraudan.

Ya me oriento por las calles. Puedo prestar atención sin prestar atención. Me he aprendido de memoria los sonidos ambientales. Sé qué cosas están fuera de lugar y cuáles no. Sé dónde están desiguales las aceras, dónde ha quedado levantado el asfalto por las raíces de un árbol furioso. Mi mente ha aprendido lo que puede esperar de la noche que salgo a correr. Siempre salgo a la misma hora cada noche, pero nunca corro por la misma ruta dos veces. Puedo llegar a casa desde una docena de caminos diferentes desde cualquier dirección, si lo necesito. No me siento cómoda. Nunca me sentiré cómoda volviendo a salir de la casa, pero me siento preparada, y eso es mejor a cómo estaba la última vez, y lo mejor que puedo esperar sentirme.

Las seis últimas noches he evitado a propósito la casa de estuco de amarillo pálido de Corinthian Way. La que tiene el garaje abierto de forma perpetua. Paso corriendo por la calle cada noche, pero no puedo ignorar la tentación que siento de al menos mirar hacia el otro lado de la calle desde la esquina. Puedo saber por el dibujo de las luces si el garaje está abierto o no, y de momento no me ha decepcionado. No lo he visto cerrado ni una vez, sin importar la hora que fuera. Siempre me pregunto lo que diría si volviera a aparecer por allí. Sé que no sería demasiado, pero de todos modos me pregunto cuáles serían las palabras. ¿Diría algo? ¿Me ignoraría y seguiría trabajando como si yo ni siquiera estuviera allí? ¿Me diría que me marchara? ¿Me pediría que me quedara? No, sé que no haría eso. Josh Bennett no le pide a nadie que se quede. Podría pensar un centenar de posibilidades, pero en realidad no puedo decidir cuál de ellas se acercaría más a lo posible. Entonces, durante un momento, pierdo la concentración. Dejo de pensar en lo que me diría y comienzo a plantearme lo que le diría yo. Ese es el momento en el que comienzo a correr con rapidez en dirección contraria, para alejarme de Corinthian Way y de mis pensamientos absurdos y autodestructivos.

Llego a casa de Margot a las nueve y veinticinco, y me dirijo directamente a la ducha. Me hablo más en esa ducha de lo que lo he hecho en meses. Dentro de la seguridad de una casa vacía, bajo el agua que corre y amortigua el sonido, me recuerdo todas las complicaciones que ocasionaría si abriera la boca. Trato de sacarme todas las palabras de mi sistema. Le digo a Ethan Hall que es un imbécil, mientras me visualizo dándole un golpe perfectamente ejecutado en la cara con la palma de la mano. O clavándole un tenedor en el ojo, lo cual resulta igual de atractivo. Le digo a la señorita Jennings que, contrariamente a la creencia popular, Bach no fue más prolífico que Telemann; tan solo

se lo recuerda más. Le digo a Drew cuáles de sus frases para ligar funcionan mejor, y con quién pienso que debería utilizarlas realmente en lugar de desperdiciarlas conmigo. Le digo a mi padre que todavía puede llamarme Milly porque, a pesar de que es un asco de mote, le hace feliz, y eso me hace feliz de una forma que ya no sé cómo conseguir. Doy las gracias a mis terapeutas, pero les digo que nada de lo que digan o hagan o traten de hacerme decir me ayudará. Hablo hasta que se gasta el agua caliente y noto la voz ronca por utilizarla demasiado. Espero que sea suficiente como para ayudarme a mantener la boca cerrada. No le he dicho una palabra a otra persona en 452 días. Escribo mis tres páginas y media, guardo mi cuaderno y me meto en la cama, sabiendo lo cerca que he estado de no llegar a 453.

* * *

He tenido bastante éxito a la hora de evitar a Josh en el instituto. Además de en la quinta hora, el único momento que tengo que verlo es en clase de Carpintería, que siempre resulta una experiencia aleccionadora, ya que todos en la clase saben utilizar la madera y las herramientas eléctricas, y yo tengo suerte de poder identificar un martillo, y tal vez ni siquiera eso. El otro día un chico llamado Errol me pidió que le diera uno, y cuando lo hice me miró como si fuera idiota. Al parecer, hay como cuatrocientas clases distintas de martillos, y no le había dado el correcto. Ahora nadie me pide que le dé cosas.

Podría haber tratado de abandonar la clase, pero decidí escoger mis batallas con el departamento de Orientación, y Carpintería era un mal menor en comparación con Oratoria y Debate e Introducción a la Música. Entre esas dos, supuse que podría sobrevivir a Oratoria, dado que el señor Trent me había dicho que podía aprobar haciendo investigación y buscando material de interpretación. Además, tenía al buenorro de Drew para que me divirtiera, y aceptaré toda la diversión que pueda conseguir. Y, para ser completamente honesta conmigo misma, cosa que por lo general me empeño en evitar, sabía desde el primer día que tenía que largarme de Introducción a la Música. Esa clase era como algo a punto de estallar justo por debajo de la superficie de mi mente inestable. Prefería evitarla. Se me da bien evitar.

Y, además, ser la ayudante de la señorita McAllister en la quinta hora ha sido mucho más entretenido de lo que podría haber imaginado. Es como el equivalente escolar de ver *Gran Hermano*: puedo cotillear todos los dramas que ocurren sin verme afectada

mentalmente por ninguno de ellos. Drew va a esa clase, al igual que Josh, el imbécil de Ethan, el gilipollas de Kevin Leonard, y una chica muy chungu llamada Tierney Lowell, con quien Drew discute continuamente. No creo que le caiga muy bien. No me lo ha dicho, pero me fulmina con la mirada como si me pasara todo mi tiempo libre asesinando cachorritos, así que tengo mis motivos para pensarlo.

La clase de Carpintería en realidad tampoco está tan mal, incluso a pesar de que la mayoría del tiempo me hace sentir inepta e inútil. Nadie me molesta, y el señor Turner no espera que haga gran cosa. Allí, Josh es al parecer alguna clase de dios. Se pasea por allí como si él hubiera construido el taller. Deberían darle una línea telefónica exclusiva para él, porque, cada vez que el teléfono suena, pasa lo mismo: Turner responde, Turner llama a Josh, y Josh se marcha. Lo manda fuera muchas veces. ¿Hay que reparar unas estanterías? Que llamen a Josh Bennett. ¿Los cajones se han atascado? Buscad a Josh. ¿Necesitas un juego de comedor exquisitamente construido a medida? Josh Bennett es tu hombre.

Tan solo no le pidas que hable. No me ha dirigido la palabra en el instituto desde el día en que me dijo que no iba a obligarme a abandonar mi sitio en su mesa en plan déspota benevolente. Yo, obviamente, no le he dicho nada a él.

Capítulo 13

Josh

Drew llega sobre las once y diez el domingo por la mañana. Me olvidé de cerrar la puerta con llave cuando salí a buscar el periódico, así que entra directamente. Tengo que cancelar la estúpida suscripción. No lo leo. Es otro recuerdo de cuando mi abuelo vivía aquí. Traté de convencerlo para que lo leyera en internet, pero estaba empeñado en que no. Decía que le gustaba la sensación de tenerlo en las manos y el olor del papel. Yo odio la sensación del periódico, y el olor me gusta aún menos. Tomo nota mentalmente para llamar más tarde y pedir que dejen de enviarlo. No quiero tener que ver ni uno más en mi camino de entrada.

—¿Qué pasa? —pregunto mientras él se pone cómodo.

—Sarah. Casa. Chicas. Demasiadas. —Suspira y se derrumba en el sofá, mirando al techo.

—No creía que en tu mundo fuera posible que hubiera demasiadas chicas.

—En lo que respecta a las amigas de Sarah, hago excepciones.

—Tú nunca haces excepciones.

—Vale. Cierto. Pero debería.

No lo culpo. Las amigas de Sarah son penosas. Están bien físicamente, pero todas lo saben, lo cual disminuye un poco el atractivo. Tienen todas las cosas de chicas de instituto que no soporto, y Sarah se está volviendo igual que ellas. Supongo que tengo suerte de intimidarlas, porque después de que traten de flirtear una vez normalmente se dan cuenta de que no van a obtener una reacción y no vuelven en busca de más.

—Ya has intentado ligarte al menos a tres de ellas. ¿Has aprendido por fin la lección?

–Creo que son ellas quienes la han aprendido. Además, Sarah se puso seria y me dijo que se había acabado lo de tontear con sus amigas. Fuera de los límites.

–¿De verdad piensa que vas a hacerle caso?

–Se puso seria con ellas. Soy yo quien está fuera de los límites.

–Qué deprimidas deben de sentirse.

–No te burles. Es cierto. Soy como un rito de iniciación.

–¿Por qué estás aquí? –pregunto.

–Te lo he dicho. No puedo estar en mi casa. Noto que mis niveles de testosterona bajan con cada segundo que paso allí.

–Sí, pero ¿por qué estás aquí?

Mi casa no es normalmente el primer refugio al que escapa Drew cuando tiene que huir de la suya. Solía serlo hace unos cuantos años, pero ya no. Creo que tiene algo que ver con el hecho de que yo posea el cromosoma Y.

–No tengo ningún otro lugar adonde ir.

–Podrías ir a por algo de alcohol etílico. Hacer una ofrenda de paz.

–No voy a volver allí solo. Quizás nunca encuentren mi cuerpo después.

–¿Tan pronto te rindes?

Hay un centenar de chicas que podría tratar de conseguir; no entiendo cuál es su problema con esta en concreto.

–No. Tan solo tengo que cambiar mis tácticas. ¿Alguna idea?

No tengo ninguna idea, y si la tuviera no lo ayudaría. Sin embargo, sí que tengo preguntas, y parece que se me ocurren más con cada día que pasa.

–¿Por qué crees que no habla?

–Nadie lo sabe. Empleé con ella algunas de mis frases favoritas, y a juzgar por la mirada que me lanzó, no tiene ningún problema en comprender nuestro idioma. Yo voto por que no tiene cuerdas vocales.

Sé a ciencia cierta que eso no es cierto. Se rio cuando estuvo aquí, se rio de verdad. Busqué información después, y necesitas tener cuerdas vocales para producir un sonido así, de modo que sé que no se trata de eso. A lo mejor sigue siendo alguna cosa física. No sé una mierda sobre nada de eso, pero algo me dice que no es físico, y eso hace que me lo pregunte aún más. ¿Qué razón necesita alguien para no hablar? ¿Ha hablado alguna vez? A lo mejor jamás ha pronunciado ni una sola palabra. No lo sé. Lo que sí sé es que presta atención; siempre observa a todo el mundo todo el tiempo, incluso cuando

ni siquiera está mirando. No creo que se le escape nada en absoluto. Podría parecerme escalofriante si no lo entendiera un poco. Me pregunto si ve cosas que yo no veo, pero no va a decírmelo, y de todos modos yo jamás le preguntaría.

—No me parece que sea tu tipo —digo. Salvo contadas excepciones, Drew suele ir por el camino de las chicas simples, monas y populares. Siempre escoge el camino más fácil en lo que respecta a las chicas, y por suerte para él, ese camino parece llevar prácticamente a cualquier chica del instituto. No creo que lo hayan rechazado jamás, incluso a pesar de que todas conocen su reputación y nunca haya hecho nada para tratar de ocultarla. Nunca ha utilizado la carta del amor y fingido tener alguna clase de sentimiento hacia una chica para conseguir acostarse con ella. No tiene que hacerlo. Lo hacen de todos modos sin necesidad de ninguna persuasión emocional por su parte. Ellas ya proporcionan todo eso por su cuenta.

La mayoría de las chicas piensan que ellas serán con la que acabe quedándose, pero eso nunca sucede. Cualquiera pensaría que al menos una de ellas lo pondría en evidencia públicamente, que trataría de hacerlo responsable de sus acciones para que admitiera su culpa. Pero ninguna lo hace, porque al fin y al cabo saben que Drew hace exactamente lo que quiere, y la mayoría de ellas se dan cuenta de que probablemente nunca deberían haber tenido esa fantasía de reformar a un gilipollas.

Me gustaría culparlo, pero es difícil cuando no niega nada, ni pone excusas, ni se disculpa. Es lo que es. Tómalo o déjalo. Yo no podría hacer lo que él hace, aunque no es que no haya cierto atractivo en ello. Mentiría si dijera que no es algo sobre lo que he pensado, pero es demasiada responsabilidad para mí. Hay demasiados sentimientos que salen de esas chicas, y a mí no se me da bien esquivarlos. En Drew, parecen rebotar directamente. Las lágrimas, los gritos de su nombre y la amargura ni siquiera lo inmutan. Yo soy demasiado responsable, y no necesito tener que preocuparme de los sentimientos de nadie. Enterré los míos hace mucho tiempo, y ni de coña voy a ocuparme de los de otra persona.

—Es chica. Está buena. Cumple los requisitos —dice sin rodeos.

—Parece que te odie.

Parece que odie a todo el mundo, pero no me molesto en decir eso. En realidad, estoy tratando de averiguar por qué pierde su tiempo con esa chica. No va con él. Debería haberse rendido hace tiempo.

—Entonces, es un desafío.

—Exactamente. ¿Esforzarte no va en contra de tu filosofía personal?

—Pues sí, pero a lo mejor estoy entrando en una fase de crecimiento personal. Tratando de mejorarme a mí mismo. —Sofoco una risita, o un sonido de ahogamiento. No estoy seguro de cuál de los dos—. Tu falta de fe es insultante. Además, no todos tenemos algo seguro en el bolsillo sin necesidad de hacer ningún esfuerzo.

Me mira deliberadamente, y no puedo negárselo. No tiene sentido actuar en plan superior cuando yo ni siquiera tengo que preocuparme por conseguir que una chica se acueste conmigo.

Tengo a Leigh, aunque ya no está por aquí tanto como antes ahora que va a la universidad, pero eso solo hace las cosas más fáciles. Tan solo está a un par de horas de distancia, y se pasa por aquí cada vez que vuelve a casa los fines de semana y en vacaciones. Después vuelve a marcharse. No me dice que me quiere. No me pregunta si yo la quiero. No la quiero, y nunca lo haré. Tenemos un acuerdo sencillo y sin emociones: nos utilizamos el uno al otro, y nos vamos a casa. Es tan perfecto como puede ser una situación. Incluso aunque no tuviera a Leigh, no creo que estuviera tan desesperado como para ponerme al nivel de Drew. Por supuesto que me gusta echar un polvo, pero conociéndome me sentiría como un imbécil de todos modos y acabaría saliendo con la chica durante varios meses por el sentimiento de culpa.

—No puedes juzgarme. De hecho, a la luz de mis objetivos de automejoramiento recién encontrados, voy a superar mi miedo de que me desollen vivo y voy a ir ahora mismo a su casa.

Se levanta de un salto del sofá y se dirige hasta la puerta.

—Buena suerte —digo, aunque no se la deseo en absoluto.

Me paso el resto de la tarde esquivando distintos tipos de cosas. Finalmente cogí el teléfono para cancelar la suscripción del periódico, lo cual no creía que fuera a hacer realmente. Después supuse que, ya que me estaba ocupando de las cosas, podría llamar al hospital de cuidados paliativos para que se llevaran la cama que enviaron para mi abuelo hace dos meses. Se fue hace dos semanas, pero parece que ha sido una eternidad. Si no hubiera tantas llamadas telefónicas que hacer, me preguntaría si realmente llegó a estar aquí.

Cuando cuelgo tras hablar con el hospital, miro el teléfono y pienso en llamar a mi abuelo. Pensé en llamarlo ayer, y anteayer, y el día anterior. Pero no lo he llamado. Hablé con él la semana pasada, y fue un asco. Está cien veces peor que cuando se marchó de aquí. Su mente ya no es suya. Pertenece a la oxicodona, la morfina y cualquier otro analgésico que puedan inyectarle para ponérselo más fácil. Hablar con él ya ni siquiera es hablar con él. Es un cuerpo al otro lado del teléfono, su mente prácticamente ha desaparecido. Casi puedo oír a su cerebro esforzándose por procesar las palabras mientras le hablo. No logra comprenderlas, y sé que eso le resulta frustrante, y si hay alguna parte de mi corazón que todavía no está rota, se rompe con su confusión. Aun así, a veces me vuelvo egoísta y lo llamo de todos modos. Por mí. Y hablo. Le digo cosas que no le diría a ninguna otra persona con vida, porque sé que en cuanto cuelgue será como si jamás se las hubiera dicho a nadie.

Incluso la última conversación real que tuvimos, el sábado por la noche antes de que vinieran mi tío abuelo y su mujer a recogerlo, estaba envenenada por las drogas. Me hizo sentarme para darme los consejos que pensaba que todavía necesitaba. Me dijo que me sentara en el sofá, y él se sentó en el sillón reclinable delante de mí, tal como había hecho durante años cuando impartía cualquier conocimiento que consideraba que necesitaba en ese punto de mi vida. Yo nunca lo escuchaba de verdad, porque no creía que necesitara su conocimiento. Aquella noche me senté. Y escuché. Escucharía cualquier cosa que quisiera decirme. Lo codiciaba, estaba desesperado por cualquier palabra que le quedara para decirme, incluso aunque lo hiciera a través de la neblina ocasionada por las drogas.

Me contó muchas cosas aquella noche, y las recuerdo todas. Habló de mujeres y cosas imperdonables, columpios en el porche, y casas de ladrillos rojos, y recuerdos que todavía no existían.

Tengo que estar en casa de Drew para cenar a las seis, lo que significa que necesito meterme en la ducha ya y encontrar una ropa mejor para ponerme. A la madre de Drew le gusta que te arregles para la cena del domingo por la noche. No es nada elegante, pero, según la señora Leighton, vestirse bien hace que sea especial, así que eso es lo que hacemos. He intentado escaquearme para no ir, pero ella no me lo ha permitido. Hace tres semanas que no voy a cenar un domingo. No lo odio. De hecho, la mayor parte del

tiempo es divertido. Puedo comer comida de verdad que no tengo que cocinar, y Drew no actúa como si fuera un imbécil delante de su familia. Es solo que, cuando llego allí, me siento como si estuviera en un episodio de *Barrio Sésamo*, atrapado en el cuadrante superior de la pantalla del televisor mientras ellos cantan que una de las cosas está fuera de lugar. La normalidad de todo me recuerda en detalle lo jodida que está realmente mi vida. Podría pasarme aquí todo el día pensando en todas las razones para no ir, pero sé que no voy a librarme de ello, así que me aguanto, saco algo de ropa decente del armario y me meto en la ducha.

Capítulo 14

Nastya

Hay veintisiete huesos en tu mano y en tu muñeca. Veintidós de los míos se rompieron. En definitiva, mi mano es una especie de milagro. Está llena de placas y tornillos, e incluso después de varias operaciones, todavía no tiene el aspecto adecuado. Pero funciona mejor de lo que pensaban que lo haría. Y no es como si no pudiera hacer nada con ella; tan solo no puedo hacer la única cosa que quiero. Lo único que me ha hecho ser yo.

* * *

Nunca he tenido demasiada vida social, ni siquiera antes. Después de clase, pasaba las horas en el conservatorio o en clases particulares, y los sábados los pasaba tocando el piano en bodas. Algunas veces, durante la temporada de bodas, tenía tres en un mismo día. Salía corriendo de una iglesia, me metía en el coche en el que mi madre había estado esperando delante, y nos apresurábamos a llegar a la siguiente. A veces era una locura, y apenas tenía un fin de semana libre, pero el dinero estaba genial, el tiempo que tenía que dedicarle era mínimo, y resultaba sencillo.

La mayoría de los organizadores de bodas y novias no son muy originales. Tenía unas cinco piezas de música que iban rotando: las típicas que suelen oírse en las bodas. Daba por sentado que podría tocarlas hasta dormida. Tenía tres vestidos que iba rotando, al igual que la música; todos conservadores y femeninos, con distintos grados de formalidad dependiendo de cómo fuera la boda. Me pregunto lo que habrían hecho si alguna vez hubiera ido vestida como voy hoy.

Cuando no tocaba en bodas, tocaba en centros comerciales y restaurantes lujosos. Al principio era una novedad bonita, y todo el mundo me mimaba. No sé si alguien sabía realmente mi nombre, básicamente me llamaban «la pianista de Brighton», lo cual estaba bien, porque esa era quien era. Cuando me hice mayor, todo el mundo estaba acostumbrado a verme aquí y allá, pero, cuando empecé, a los ocho años más o menos, la gente normalmente me miraba dos veces. Llevaba mis vestidos con volantes, y siempre tenía el pelo apartado de la cara con un lazo a juego. Sonreía y tocaba piezas de Bach, o de Mozart, o cualquiera excesivamente utilizada que me pidieran tocar. Todo el mundo me conocía, y la gente siempre aplaudía cuando terminaba, y me saludaban cuando me veían. Me encantaba cada segundo.

Para cuando me vi obligada a parar, ya tenía bastante dinero guardado. Estaba ahorrando para pagar el conservatorio de música de Nueva York durante el verano, por el que llevaba tres años babeando, y finalmente, con quince años, era lo bastante mayor para hacer mi solicitud. Mis padres me habían dicho que si quería ir tenía que trabajar para conseguir el dinero, pero aquello era una broma, porque «trabajar» significaba «tocar», y tocar nunca era un trabajo. Entre eso, el instituto, las clases particulares y los recitales, no me quedaba demasiado tiempo para llevar vida social, pero era un sacrificio menor. Además, para ser honesta, probablemente no fuera siquiera un sacrificio. No iba a fiestas, y era demasiado joven para conducir. Me gustaba Nick Kerrigan, pero la mayoría de las veces simplemente nos mirábamos y luego apartábamos la mirada.

No tenía muchas amigas con las que ir al centro comercial, y de todos modos mi madre me compraba la mayoría de la ropa. Incluso a los quince años, tenía menos de quince años. Mi estilo era de escuela dominical. El par de amigas que tenía eran como yo. Pasábamos todo nuestro tiempo libre ensayando, porque eso era lo que éramos. Pianistas. Violinistas. Flautistas. Eso era lo normal. Mis notas no eran geniales, y me encontraba en el extremo opuesto de lo popular, pero no me importaba. Era mejor que ser normal. Nunca me importó una mierda ser normal. Yo quería ser extraordinaria.

La gente normal tenía amigos. Yo tenía música. No me faltaba nada.

Estos días, me falta todo. La música me atormenta; música que puedo oír, pero que jamás podré tocar. Melodías que se burlan de mí nota por nota, mofándose por el simple hecho de existir.

Todavía tengo todo el dinero que ahorré para el conservatorio. Tenía más que suficiente, pero nunca llegué a ir. Me pasé aquel verano entrando y saliendo de

hospitales, recuperándome en terapia física, aprendiendo a coger monedas de una mesa y hablando con terapeutas de por qué estaba enfadada.

Ahora ya he recuperado el control suficiente en la mano como para que probablemente pueda sacarle algo al piano si lo intentara, pero nunca será lo que solía ser, lo que debería ser. La música debería fluir de modo que no sepas dónde acaba una nota y comienza la siguiente; la música debería tener elegancia, y no queda elegancia alguna en mi mano. Hay tornillos de metal y nervios estropeados y huesos destrozados, pero no hay nada de elegancia.

Hoy es domingo y no tengo ningún sitio adonde ir. Nunca tenía ninguna boda en la que tocar los domingos, pero normalmente pasaba las mañanas ocupando algún puesto vacante en la iglesia luterana si me necesitaban. No era religiosa, tan solo era un favor para uno de los amigos de mis padres, así que lo hacía. Normalmente pasaba las tardes en el piano de cola de la planta superior del centro comercial que había fuera de Nordstrom. Después ensayaba las cosas de verdad por las tardes, y de vez en cuando hacía los deberes.

Ahora, los deberes son prácticamente lo único que tengo que hacer, así que milagrosamente los hago. Pero siguen dándoseme como el culo.

Margot se pasa las tardes junto a la piscina hasta que tiene que prepararse para ir al trabajo. Yo no puedo tomar el sol. No es muy buena idea teniendo la piel translúcida, y además no se me da muy bien quedarme sentada y quieta. A veces me embadurno con crema protectora, me trenzo el pelo y hago unos largos en la piscina hasta que no puedo mover las extremidades. No puedo salir a correr por las tardes, así que es la única buena alternativa.

Voy por el largo número veinticinco cuando levanto la cabeza del agua y veo a Margot de pie al borde de la piscina, junto al perpetuamente sonriente Drew Leighton. Me quedo asombrada durante un momento, preguntándome cómo sabía dónde vivía, cuando recuerdo que vino a buscarme para esa fiesta desafortunada de la semana pasada.

Me miro a través de la superficie del agua y me doy cuenta de que no voy a lograr escapar a corto plazo. Ni de broma voy a salir de la piscina totalmente empapada y casi desnuda delante de él. Puedo ir al instituto medio desnuda, pero medio desnuda y casi desnuda son dos cosas completamente diferentes, y no tengo intención de definirle la diferencia con un bikini muy pequeño. Ya es bastante malo que no tenga el maquillaje puesto, pero ahora no hay nada que pueda hacer al respecto, así que tengo que

aguantarme. Tomo las gafas de sol que he dejado en el borde de la piscina y lo compenso manteniéndome tan alejada de él como puedo.

—Soy la tía de Nastya —se presenta Margot—. Supongo que os conocéis.

Se gira y sonríe intencionadamente en mi dirección. Desde el primer día de clase ha estado presionándome para que haga amigos y tenga alguna clase de vida social, así que esto debe de resultar infinitamente emocionante. Drew está empleando su encanto juvenil de una forma con la que estoy segura de que se habrá ganado a más de una madre desconfiada. Probablemente necesitará trabajar un poco más en Margot. Es más joven y mona, y está acostumbrada a que ligen con ella. Se da cuenta de a qué está jugando Drew, pero la sospecha se ve moderada por el hecho de que quiere que yo tenga alguna clase de vida. Se aleja de allí, dejándome con él, y vuelve a su silla y su ejemplar de *Cosmopolitan*. Sin embargo, a mí no me engaña: sé que va a esforzarse por escuchar cada palabra.

Si no estuviera atrapada en la piscina por mi falta de ropa, podría disfrutar de la situación un poco mejor. Drew no puede emplear conmigo su arsenal de indirectas sexuales ahora que tiene una carabina. Se quita los zapatos y se sienta en el borde de la piscina, metiendo los pies en el agua.

—Creo que ya he cumplido mi castigo. Deberías perdonarme.

Me limito a mirarlo fijamente, sin molestarme siquiera en cambiar mi expresión. Va a tener que esforzarse un poco si quiere que desperdicie expresiones faciales con él.

—Ni siquiera me has mirado en una semana. Estás cargándote mi reputación.

Tengo la sensación de que ni una bomba nuclear podría cargarse su reputación ahora mismo, y mucho menos iba a hacerlo una semana sin mi atención, pero aprecio que confíe tanto en mí.

—Déjame compensártelo. Ven a cenar a mi casa. Esta noche.

Esto me hace sospechar, y estoy bastante segura de que queda claro. La inocencia no le pega a Drew. No encaja con la pura sexualidad sin adulterar que gotea desde sus poros. Lo miro a los ojos y espero a que lo pille.

—Ni siquiera vas a tener que estar a solas conmigo. Toda mi familia estará allí.

A lo mejor piensa que con eso va a convencerme, pero no es así. Me dan igual los padres. De hecho, solían dárseme muy bien los padres. Ahora probablemente no tanto, pero no son los padres los que me preocupan. Es su hermana a quien no pienso acercarme: ya estoy en su radar. Lo estaba incluso antes del heroísmo indeseado en el

patio de cierta persona llamada Josh Bennett, y no tengo ninguna prisa en volver a meterme en el ojo de esa tormenta apareciendo en una cena familiar del brazo de su hermano. Ni de broma. No va a pasar. Nunca.

—Seguro que le encantará ir —interviene Margot por encima de su revista. Sí que ha durado fingiendo que no estaba escuchando. Mi desafiante convicción ha durado únicamente tres segundos—. Yo tengo que trabajar. No tiene sentido que te quedes aquí a cenar sola.

Gracias, Margot. Le dirijo la sonrisa que reservo para mis enemigos mortales y ella me mira, con la cara inocente y los ojos traviosos, sabiendo que estoy arrinconada. Maldito silencio autoinfligido. ¿Esta es una palabra siquiera? No importa. Niego con la cabeza, pero no puedo ofrecer una excusa y de todos modos tampoco tengo una, aunque estoy segura de que fácilmente se me podría ocurrir algo creíble: deberes, vaciar las bacinillas del asilo, el cólera. Maldita sea, se me quedan todas atrapadas en la garganta mientras miro, indefensa, cómo mi destino de esa noche queda decidido por mi tía entrometida y un chico arrogante. Margot sabe que no tengo nada que hacer, y de todos modos Drew no va a darme la oportunidad de salir de esta. Se pone en pie al instante, apresurándose antes de que pueda cambiar de opinión.

—La cena es a las seis, así que te recogeré a las seis menos cuarto. Vístete bien. A mi madre le gusta fingir que somos civilizados una vez por semana.

Dirige una sonrisa conspiradora en dirección a Margot. Sabe que tiene que darle las gracias a ella por esto. No es ningún misterio que, si me hubiera dado elección, yo jamás habría aceptado. Estoy más enfadada conmigo misma. En esta ocasión, me he cavado mi propia tumba. Si renuncias a hablar, renuncias a tu libre albedrío. Me pregunto lo que pensaría Margot si supiera la verdad sobre Drew Leighton, el volcán sexual al que acaba de sacrificarme.

—No te levantes; puedo salir yo solo. Encantado de conocerte. —Se gira hacia mí—. Nos vemos luego.

Suena como una amenaza.

Si Margot simplemente no hubiera oído el timbre, podría quedarme feliz y cómodamente sola esta tarde, tal como debería estar. No me hallaría en este dilema, a las cinco de la tarde, mirando mi armario y preguntándome qué es lo que se pone una para ir a cenar un

domingo a casa de alguien que no es su novio. Me he pasado la tarde alternativamente postergando la decisión y pensando heridas autoinfligidas que pudieran sacarme de esta.

En cuanto acepté mi destino, maté la mayor parte del día en la cocina, haciendo una tarta de chocolate de tres capas y glaseándola. Mi madre me hubiera dedicado unas cuantas palabras si apareciera en una cena como invitada con las manos vacías, y los postres son prácticamente la única cosa de mi repertorio. He retrasado lo inevitable tanto tiempo como he podido, pero, a menos que vaya con la toalla con la que me he envuelto, necesito escoger algo rápidamente. Me estoy quedando sin tiempo.

Fiel a su palabra, Drew llama a la puerta exactamente a las seis menos cuarto. Me sorprende un poco que no se haya limitado a tocar el claxon y esperar a que saliera corriendo. Vale, en realidad no. Por mucho que me duela decirlo, en realidad sus modales son sorprendentemente buenos. Supongo que así le resulta más fácil meterse bajo las faldas de las chicas, así que tampoco voy a darle demasiada importancia.

Tomo la tarta y la sujeto por delante de mi cuerpo, como si pudiera protegerme, para evitar que Drew vea lo que llevo puesto. Es un simple vestido sin mangas con un escote muy sutil y una falda acampanada que me llega justo por encima de las rodillas. Es lo más conservador que tengo en el armario. Mi madre me lo compró antes de que me marchara, junto con unos cuantos vestidos más que nunca me he puesto. Me lo quedé porque era negro, pero esa era prácticamente la única razón. Me siento como si fuera a una entrevista de trabajo. No creo que tenga un aspecto ni siquiera remotamente adecuado para una cena de domingo, pero supongo que es mejor que lo que me pongo para ir al instituto.

Me abre la puerta del coche y me meto dentro, con la tarta sobre el regazo.

—No tenías que molestarte. —Inclina la cabeza en dirección a la tarta, y yo me encojo de hombros. No me importaba. Me gustan las excusas para hacer postres y no las tengo muy a menudo estos días, lo cual significa que sigo haciendo postres, pero acabo comiéndome la mayoría yo sola. El azúcar tiene un lugar muy grande y especial en mi pirámide alimenticia—. Pero ganarás puntos con mi madre. Está embarazada. Otra vez —añade enfáticamente—. Y le encanta el chocolate.

Unos diez minutos después llegamos hasta el camino de entrada de Drew. Vive en una urbanización a unos pocos kilómetros de la casa de Margot. Aparca el coche y apaga el motor, pero no se mueve para salir. Parece incómodo, lo cual me pone incómoda. Espero que no intente ligar conmigo en el coche delante de la casa de sus padres, porque tendría

que cabrearme y probablemente la tarta no sobreviviría. Se gira hacia mí y toma aliento. No está sonriendo, y cuando habla, el tono de su voz es completamente diferente al que estoy acostumbrada a oír en él. La arrogante confianza en sí mismo ha desaparecido, y me pone nerviosa. Estoy acostumbrada a su confianza atrevida y excesiva. Estoy preparada para ella, y nos pone en terreno neutral, como si ninguno de los dos fuera real.

—Lo siento de verdad.

La sinceridad de sus palabras me pilla desprevenida. Hubiera estado preparada para un ataque completo de encanto y avances creativos, pero no lo estoy en absoluto para la disculpa completamente inocente que estoy recibiendo. Quizás esta sea una nueva faceta de su personalidad. Dirige los ojos hasta el parabrisas, y me alegro, porque me siento más cómoda cuando no me está mirando directamente.

—Estabas bien con Bennett, ¿sabes? Josh es la mejor persona que conozco. No te hubiera dejado en ningún otro sitio. Sé que estuvo mal, y probablemente tendría que haberte llevado a casa y haberme ocupado de ti yo mismo, porque para empezar era culpa mía. Si hay dos elecciones, normalmente voy a escoger la incorrecta, pero de verdad que no lo hice para ser un gilipollas. Tan solo me sale de forma natural. —Deja de hablar y se queda en silencio durante un minuto antes de volver a mirarme—. ¿Estamos bien?

Inclino la cabeza y lo examino. ¿Lo estamos? Sí, creo que sí. Por mucho que me gustaría cuestionar sus motivos, también quiero creer que no es una persona completamente horrible. Entonces, al menos tendría una excusa para el hecho de que al parecer no puede caerme mal.

—¿Lo suficientemente bien? —prueba. Asiento con la cabeza. Sí, lo suficientemente bien—. Suficientemente bien —repite, esta vez sin preguntar, y el tono burlón y ligón regresa a su voz. Su postura se vuelve menos tensa, y parece relajarse. Está de nuevo en territorio familiar—. Vamos dentro antes de que ceda a la fantasía que estoy teniendo de cubrirte con esa tarta y lamer el glaseado.

Lo fulmino con la mirada. En cierto modo, me alegra haber recuperado a este Drew. Pongo los ojos en blanco y niego con la cabeza, y él se encoge de hombros, resignado.

—Lo siento. La naturaleza es una zorra. No puedes luchar contra ella demasiado tiempo.

Da la vuelta para abrir la puerta del coche y se ofrece a llevar la tarta por mí, pero niego con la cabeza. Necesito sujetarla. Me aferro a la tarta como si fuera un salvavidas

mientras camino hasta la casa, esperando que mi mano izquierda no decida ahora temblar y hacer que se me caiga. Una tarta de chocolate de tres capas cubierta de caramelo y adornada con pilas de virutas de chocolate negro probablemente ha sido demasiado, pero espero que cumpla su trabajo y se fijen en ella, y no en mí.

Entramos en un vestíbulo de techo elevado que se abre hasta un salón exquisitamente amueblado. Está imaculado, y me siento como si tuviera que quitarme los zapatos para que los tacones no arañen la alfombra, pero eso probablemente sería extraño. Además, por mucho que los zapatos me hagan daño en los pies, me dan consuelo. Solía actuar delante de una audiencia, y ahora me escondo detrás de una tarta y unos tacones altos. Drew me conduce hasta un comedor formal en cuya mesa cabrían al menos diez personas. Ya está puesta, con una vajilla de porcelana y servilletas de tela dobladas en forma de cisne. Drew parece darse cuenta de que la estoy mirando boquiabierto.

—Te dije que a mi madre le gusta fingir que somos civilizados una vez por semana. — Una cosa es ser civilizados, pero esto es algo completamente diferente—. Normalmente no es tan malo. Creo que se le fue un poco la mano porque le dije que ibas a venir. Normalmente solo estamos nosotros y Josh, y él no cuenta como invitado.

¿Qué demonios...? No sé muy bien por qué parte de su pequeña explicación debería sentir pánico primero: la parte en la que su madre parece haberse preparado para la visita de una reina por mí, o la parte en la que Josh Bennett va a venir a cenar. Las dos son igualmente horribles, pero creo que la peor es la de Josh. Por mucho que tema el escrutinio de la madre de Drew, es un poco peor imaginarme cenando en la misma mesa que el chico que limpió mi vómito y me vio quitarme el sujetador y lanzarlo al otro lado del cuarto de baño. Me he pasado la mayor parte de la tarde como loca pensando qué ponerme y temiendo tener que enfrentarme a la hermana de Drew, pero la idea de que Josh Bennett podría estar aquí ni siquiera se me había pasado por la cabeza. No tengo más tiempo para acostumbrarme a la idea porque suena el timbre, y entonces la puerta se abre antes de que alguien haya tenido tiempo para llegar hasta ella. Por supuesto, Josh no cuenta como invitado aquí, así que ha abierto la puerta él mismo.

Antes de que sepa lo que está pasando, la madre de Drew viene hacia mí y toma la tarta de entre mis manos. Quiero aferrarme a ella, mantenerla delante de mí tan solo un poquito más, pero no es una opción, así que se la cedo. Noto las manos muy vacías.

—¡Tú debes de ser Nastya!

Su sonrisa se extiende por todo su rostro. No hay duda de dónde han sacado Drew y Sarah su aspecto, porque su madre es preciosa. No puedo evitar bajar la mirada hasta su estómago. Debe de estar embarazada de pocos meses, porque apenas se le nota. Me pregunto qué edad tendrá, e imagino que al menos cuarenta años. Me resulta extraño pensar por qué querría nadie otro bebé a esa edad, pero supongo que, si puedes, ¿por qué no? Comienza a cambiar las cosas de sitio en el frigorífico para hacerle espacio a la tarta. No le he pedido que lo hiciera, pero me alegra. El calor y la humedad ya han comenzado a hacer de las suyas a la capa de caramelo durante el camino.

—Cielo, es encantador por tu parte que hayas traído el postre. Es preciosa —dice mientras cierra el frigorífico y se gira hacia mí. Un momento después cruza el espacio entre nosotras y, antes de que pueda comprender lo que está haciendo, me abraza. Yo no abrazo a nadie. No me gusta que la gente me toque, incluso cuando no supone ninguna amenaza. Es demasiado íntimo, y me molesta. Ella no parece darse cuenta de lo rígidos que están mis brazos a mis costados, y me suelta un segundo más tarde, cuando Drew comienza a hablar.

—¿Cómo es que a ella la llamas «cielo» y conmigo nunca utilizas palabras cariñosas? —pregunta, fingiendo gimotear.

—Sí que lo hago —asegura la señora Leighton, y le da una palmada en la mejilla al pasar a su lado—. La semana pasada te dije que ibas a ser mi perdición.

—Es cierto —asiente él—. Fue un buen día.

Es difícil no querer sonreír al observarlos. No ha pasado tanto tiempo como para olvidar cómo eran las cosas cuando mi familia también era feliz.

Tan solo transcurren unos segundos hasta que Josh Bennett nos encuentra. A juzgar por la expresión de su rostro, él no sabía que yo iba a estar aquí, al igual que yo no tenía ni idea de que iba a venir. Creo que ha dado un paso hacia atrás al verme, literalmente.

La señora Leighton se interpone entre nosotros antes de que surja una incomodidad excesiva. Lo abraza, y él le devuelve el abrazo de verdad. Me parece como si estuviera mal. Estoy acostumbrada a ver a Josh alejado por un radio de dos metros de cualquier contacto humano, así que me cuesta un minuto procesar el hecho de estar viéndolo aquí, con aspecto cálido y vivo, y dejándose tocar por la madre de Drew. Espero no haberme quedado boquiabierta. Voy a tener que correr al menos quince kilómetros esta noche para asimilar todo lo que está pasando. No solo tengo que procesar a un Drew inesperadamente sincero, sino también a un Josh Bennett no tan intocable.

Sarah llega a la cocina un momento después. Obviamente, ya sabía que yo iba a venir, porque no hay sorpresa en su cara, tan solo desdén.

—Supongo que ya os conocéis todos —dice la señora Leighton, salvándonos de tener que fingir que nos llevamos bien—. La cena estará preparada en diez minutos. Sarah, sirve las bebidas. Drew, ve con Josh a vigilar a tu padre en la barbacoa. Asegúrate de que no vuelve a dejar demasiado hechos los filetes. Nastya, tú puedes ayudarme a llevar la comida desde la cocina.

Asiento con la cabeza, agradecida porque me haya dado algo que hacer, de modo que no tenga que quedarme ahí plantada, sintiéndome no solo fuera de lugar, sino también inútil. La sigo hasta el fogón, y ella me entrega un par de salvamanteles para poner sobre la mesa. Hay algo al mismo tiempo reconfortante e inquietante en el hecho de que me pida ayuda. Como si no me tratara como a una extraña. Esta mañana, mis planes consistían en comer caramelos mientras veía gente desesperada por un poco de fama atragantándose con testículos de búfalo en viejas reposiciones de *Factor miedo*. Ahora estoy con unos zapatos negros de tacón en mitad de un cuadro de Norman Rockwell. Más pensamientos para procesar más tarde. Debería comenzar a escribir una lista, para no olvidarme de nada.

La cena resulta ser lo más divertido que he hecho en meses. A pesar de la pompa y circunstancia de la mesa, los padres de Drew tienen los pies completamente en el suelo. Su padre se ríe de sí mismo y es muy gracioso. Su madre es aguda como un clavo, y no aguanta tonterías de ninguno de ellos. Drew puso en marcha el encanto y la buena educación y dejó de lado las insinuaciones en cuanto entramos en la casa. Está sentado junto a mí, y Josh se encuentra a su otro lado, de modo que en realidad ni siquiera puedo verlo durante la comida. Tomo nota para tener en cuenta esta bendición en particular esta noche. Sarah está sentada enfrente de mí, así que no puedo evitar verla. No me dice nada, y tampoco habla apenas con nadie más, pero con toda la conversación en la mesa, parece pasar desapercibida. Sí que la pillo mirándome mucho, y no logro descubrir si está enfadada o incómoda. A lo mejor tiene miedo de que salga a la luz cómo me trató en el instituto, y no quiere que sus padres descubran que es una zorra estereotipada. Deben de tener alguna idea. He visto cómo actúa con Drew, y no puede ocultar eso todo el tiempo. A lo mejor la rivalidad entre hermanos es aceptable aquí, pero tratar a otras personas como si fueran basura no lo es.

En cuanto terminamos de cenar y todos ayudamos a recoger los platos, la señora Leighton lleva mi tarta hasta la mesa, junto con una tarta de manzana. Sarah la sigue con una pila de platos y tenedores, y un envase de helado de vainilla, y la ayuda a servir el postre.

—Esto está delicioso, Nastya. ¿Dónde la has comprado? Necesito postre para la cena de una fiesta en un par de semanas y me encantaría tener una de estas. —Niego con la cabeza y me señalo—. ¿La has hecho tú? —No parece tan impresionada como intrigada. Asiento con la cabeza—. ¿Desde cero?

Vuelvo a asentir con la cabeza. Tan solo hago postres desde cero. No tengo nada en contra de los preparados, es solo que me parecen hacer trampa, y no creo que pudiera llevarme el mérito si los utilizara. Es solo una tarta. No es música, pero es algo.

—Yo no soy capaz de hacer ningún postre —dice, pero estoy segura de que sí puede. No es tan difícil, tan solo tienes que conocer las proporciones, y en cuanto las dominas, puedes jugar con ellas. Básicamente se reduce a matemáticas y ciencia, lo cual es gracioso, porque yo doy pena con las matemáticas y la ciencia—. Josh conoce a alguien que sabe hacer postres, ¿verdad?

Le echa un vistazo, y tengo la sensación de que la pregunta no es completamente inocente. Bajo la mirada y empujo la tarta por mi plato, hasta un charco de helado medio derretido.

—Es solo alguien del instituto.

Suena tan incómodo como yo me siento. Deseo mentalmente que dejen el tema, y me parece que Josh está haciendo exactamente lo mismo. De ningún modo quiero que explique las circunstancias que ocasionaron que esas galletas acabaran en su porche. Es obvio que no ha tenido ningún problema en suponer que eran de mi parte, lo cual significa que sabe exactamente por qué las dejé allí.

—¿Quién? —pregunta Drew con la boca llena de tarta de chocolate. Es interesante, aunque no del todo sorprendente. No se lo ha dicho a Drew, así que me pregunto cómo lo sabrá su madre. Josh está tardando ligeramente más de la cuenta en responder, y veo que la mirada de la señora Leighton pasa desde él hasta mí. Parece satisfecha: ha obtenido su respuesta.

—Drew, si vuelves a hablar con la boca llena, te pondré a servir en mi próxima reunión del club de lectura.

Lo señala con el tenedor, y él cierra la boca de golpe. Es obvio que aquello es una amenaza de proporciones monumentales. Levanta las manos hacia ella en señal de rendición.

En cuanto terminamos de retirar los platos del postre, la señora Leighton hace café y todos nos sentamos en unos enormes sofás blancos en el salón. Rechazo el café. No lo bebo, porque, por mucho azúcar que le ponga, sigue sabiéndome como el culo. A lo mejor es tan solo que mis papilas gustativas están tan insensibilizadas a lo dulce que nada que no tenga al menos un noventa por ciento de azúcar me sabe bien. Incluso aunque fuera adicta a la cafeína, en un futuro distópico donde el café fuera una sustancia ilegal controlada y yo no lo hubiera probado en tres días, lo habría rechazado de todos modos. No sería capaz de superar el horror si mi mano decidiera aflojar su agarre mientras sujetaba una taza llena de café sobre uno de esos sofás blancos de brocado. Sarah tampoco lo toma, así que supongo que no parece extraño. Josh se bebe tres tazas, aunque no las estoy contando.

Escucho hablar a todo el mundo hasta que la conversación mengua y la cafetera se queda vacía. El teléfono suena, proporcionándole a Sarah una huida que debía de estar esperando desesperadamente, a juzgar por lo rápido que salta del sofá al oírlo. Drew va hasta su madre y se lleva su taza vacía. Josh toma la del señor Leighton y sigue a Drew hasta la cocina. Yo no tengo una taza que utilizar como excusa para largarme, así que me siento en un silencio incómodo, esperando que no se queden demasiado tiempo en la cocina. Examino la mesa de centro, sin deseo alguno de establecer contacto visual con los padres de Drew. Me resulta familiar. Inclino la cabeza para examinar las patas, y me doy cuenta de que es casi idéntica en estilo a la que había visto en el salón de Josh la mañana que será mejor no mencionar. Las similitudes en el diseño son claras, pero esta mesa es evidentemente más nueva. La superficie de la madera y el acabado son impecables. Ni siquiera me doy cuenta de que me he inclinado y estoy recorriendo con el dedo la madera curvada de la pata cuando el padre de Drew habla.

—Es bonita, ¿verdad? La ha hecho Josh. —Está mirando con orgullo la mesita, y agradezco que no sea a mi cara. Mi mano deja de moverse, pero no aparto la mirada de la mesa. Retiro el brazo y me arrellano en el sofá justo a tiempo de ver a Josh en el umbral de la puerta que da a la cocina, observándonos. El señor Leighton levanta la mirada—. ¿Qué fue, Josh? ¿Un regalo de Navidad?

—El cumpleaños de la señora Leighton.

Josh tiene las manos en los bolsillos y está mirando hacia la mesa, más allá de nosotros. No entra en la habitación hasta que Drew llega detrás de él, obligándolo a moverse.

–Tu culo gordo no me deja pasar –dice, dándole una palmada a Josh en la espalda–. Lo siento, mamá.

Se gira y parece un tanto arrepentido por su vocabulario, a pesar de que he oído cosas mucho peores salir de su boca. Me pregunto si piensa que estará engañando aunque sea remotamente a su madre, porque apuesto a que lo conoce bastante bien.

–Club de lectura –amenaza ella, y levanta una mano como si estuviera manteniendo una bandeja en equilibrio.

–Tomo nota –responde, y dirige su atención de nuevo hasta Josh–. ¿Podrías, por favor, apartarte de mi camino para que pueda llevar a Nastya a su casa? –le pide con sarcasmo.

–¿No me habías dicho que vive en el barrio de Josh? –pregunta la señora Leighton. Me parece que puedo oír cómo carga las balas al hacer esa pregunta. «Oh, no. No, no, no, no, no, no, no. Por favor, no»–. Josh, ¿podrías llevarla a su casa? Es una tontería que vayáis los dos en la misma dirección cuando Josh ya va a ir hacia allí de todos modos.

Parece mirarnos a todos al mismo tiempo. ¿Cómo lo hace? Ni siquiera estamos los tres juntos. Es más que desconcertante.

Entre Josh y yo, no sé cuál de los dos parece más horrorizado. Los dos estamos en igualdad de condiciones en esta ocasión. Josh asiente con la cabeza, resignado, y yo trato de dar la impresión de que me parece un buen plan. Un plan bueno, lógico, práctico y para nada incómodo.

Drew y sus padres nos acompañan hasta el camino de entrada. Sarah no ha vuelto a aparecer tras la llamada telefónica, lo cual me parece bien. Josh abre la camioneta con el mando a distancia y Drew me abre la puerta, mientras trato de averiguar cuánto tendré que alzarme el vestido para subirme sin romperlo. No me gustaría terminar la noche enseñándole mi ropa interior con lunares y corazones rosas al padre de Drew. En cuanto logro subirme, la madre de Drew va hasta el lado del copiloto. Afortunadamente, ya estoy sentada, de modo que no tengo que preocuparme porque vuelva a abrazarme, pero lo que ocurre a continuación es casi peor.

–Gracias por venir. Me ha encantado conocerte. ¿Nos vemos el próximo domingo a las seis? –Es una pregunta que en realidad no espera respuesta alguna. Inclina la cabeza

hacia un lado para mirar más allá de mí, hasta Josh—. Puedes recogerla de camino hasta aquí, ¿verdad?

Ha vuelto a hacerlo. Es buena. Trato de negar con la cabeza. Podría escribir una nota para esto. La situación se merece una nota. Miro a mi alrededor frenéticamente en busca de un trozo de papel, pero la camioneta está tan vacía como la primera vez que monté en ella. Nada. Espero que tal vez Josh me salve, que nos salve a los dos. A lo mejor ya tiene planes, y tendrá que negarse y yo podré asentir al unísono. Pero no tengo tanta suerte.

—No hay problema. Gracias por la cena, señora Leighton, señor Leighton.

Hace un gesto con la cabeza en dirección al padre de Drew.

—Algún día conseguiremos que nos llames Jack y Lexie —se ríe él, negando con la cabeza como si supiera que eso nunca va a pasar—. A lo mejor cuando tengas treinta años.

—Buenas noches, señor Leighton —responde Josh.

Drew se despide con la mano desde el porche principal, ya hablando por el móvil, mientras Josh da marcha atrás con la camioneta por el largo camino de entrada. Diez minutos dentro de un coche con Josh Bennett parecen mucho más tiempo que diez minutos en un coche con Drew. Este llena todo el silencio sin darse cuenta siquiera de que lo está haciendo. Josh se funde en el silencio, como si formara parte de él. No dice una palabra durante todo el camino a casa, hasta que sube por el camino de entrada de Margot por tercera vez ya.

—Podrías escaquearte si quisieras, ¿sabes? Pero deberías ir. Le caes bien.

Asiento con la cabeza y abro la puerta de la camioneta. No llego hasta el suelo, y tratar de saltar con estos zapatos, sin importar lo corta que sea la distancia, no va a acabar con mis tobillos intactos. Me inclino hacia delante y me quito el zapato izquierdo, seguido por el derecho, y salto al camino de entrada y me giro para cerrar la puerta.

—Vas a necesitar zapatos mejores si quieres acercarte a las herramientas. El señor Turner no te dejará acercarte a la zona de construcción con esas cosas.

Sacude la cabeza, como si no pudiera creerse que me haya dicho eso. Me parece que le hace daño físico hablar conmigo. No sé cuál es la respuesta adecuada a sus palabras. No creo que el señor Turner tenga planes de dejar que me acerque a las herramientas, da igual los zapatos que lleve. Asiento otra vez con la cabeza y cierro la puerta.

Ya son casi las diez. A estas horas, normalmente estaría poniéndome las deportivas y la ropa para correr. Estoy dividida entre necesitar correr y saber que no servirá del todo

esta noche. Por primera vez en dos semanas, no estoy realmente segura de que quiera correr. Pienso mejor cuando estoy en movimiento, y tengo mucho en lo que pensar esta noche, pero ese es el problema. No tengo una cinta para correr aquí, de modo que debo salir, pero cuando corro fuera tengo que fragmentar mi mente. Tengo que mantener una parte de ella constante y agudamente consciente de cada sonido, cada eco, cada movimiento que haya a mi alrededor. Me hace más difícil resolver las cosas que tengo que resolver. Es lo mismo que cuando tengo que dividir mi concentración cada vez que estoy con otras personas, para no responder por accidente a algo o a alguien. Es natural querer hablar, y tengo que permanecer alerta constantemente para no cometer un desliz. Pensaba que se volvería más fácil. Debería haber sido más difícil cuando empecé a dejar de hablar, pero es lo contrario. Cuando empecé a no hablar, no había absolutamente nada que quisiera decir. No había tentación alguna en absoluto. Ahora, encuentro más y más cosas que estoy desesperada por decir. Bombardean mi mente constantemente, y tengo que tragármelas. Es agotador.

Decido no enfrentarme al asalto a mis sentidos y me quedo en casa. La noche ya ha sido lo suficientemente extenuante.

Capítulo 15

Josh

—Fiesta en casa de Kara el viernes por la noche. ¿Te apuntas? —Miro a Drew como si fuera una pregunta retórica—. En algún momento conseguiré que vengas conmigo. —«No, no lo harás»—. Está bien. Tengo un plan B. Y allí está.

Levanto la mirada y veo que Nastya está bajando el pasillo en dirección a nosotros. Todavía lleva puestos esos zapatos. Pronto comenzaremos a construir cosas de verdad, y lo que le dije era cierto. El señor Turner no la dejará acercarse al taller a menos que tenga unos zapatos decentes que le protejan los pies. Es evidente que no le importa.

—¿No debería ser yo el plan B?

—Tú probablemente no serías ningún plan, pero algún día te convenceré.

—Si la emborrachas otra vez, puede vomitar sobre tu sofá.

—¿No vas a superarlo nunca?

—No.

Es cierto. Creo que las cosas que vi aquella noche me perseguirán para siempre.

—¡Eh, Nastypants!

Drew acelera el paso y se separa de mí para alcanzar a Nastya justo antes de que llegue a la puerta del taller. Casi espero que la mirada con la que lo empala lo mate al instante.

—¿Qué pasa? —oigo que dice inocentemente mientras me acerco—. Es un nombre cariñoso.

Si esta es su nueva táctica, tengo miedo por él. Antes de que pueda preocuparme demasiado por su seguridad, la cara de Nastya cambia sutilmente. Creo que se está enfrentando a ello, pero pierde, porque le dirige una media sonrisa de verdad. A lo mejor

ni siquiera es una sonrisa. Sus labios apenas se levantan por las comisuras, pero destaca en su cara por la rareza de que eso ocurra. Me decepcionaría que la mierda de Drew esté funcionando realmente en ella, pero no creo que sea eso. Creo que le hace gracia. La sonrisa desaparece en cuestión de segundos, y entra en el taller dejando a Drew en el pasillo justo cuando yo llego hasta él. Ni siquiera le ha preguntado lo de la fiesta.

–Te ha salido bien.

–No me ha hecho daño.

Sonríe, al parecer satisfecho con los resultados.

–Debería.

Tierney Lowell está cerrando su taquilla al otro lado del pasillo y girándose hacia nosotros. En realidad, se está girando hacia Drew. No creo que a mí me vea en absoluto. Lleva unos vaqueros tan ajustados que me pregunto si le estarán cortando la circulación, y tiene un sujetador negro bajo una camiseta blanca que se levanta por encima de la cintura, mostrando la cantidad suficiente de piel como para resultar provocadora. Tiene un cuerpo como para que le salga bien, y no es tímida con él. Los dos estuvieron liados durante un tiempo el año pasado, y el resultado no fue especialmente bonito. Tierney no se tomó demasiado bien que la dejara tirada. Eso no me sorprendió, pero lo que sí me sorprendió fue el hecho de que hubiera sucedido, para empezar. Ella es muy dura, y él es Drew. Nunca tuvo sentido para mí. Drew ni siquiera me contó que había sucedido hasta que se corrió la voz, y para entonces ya había terminado. Drew estaba siguiendo adelante con otra chica, Tierney estaba enfadada, y la gente hablaba de lo tonta que estaba siendo ella por sorprenderse. Yo no creo que ella pareciese sorprendida, tan solo decepcionada.

Drew no le responde, y ella se aleja sin decir nada más.

–Ella fue un error desde el principio –dice.

Si me preguntara, para mí la mayoría son un error. No creo que merezca la pena el drama constante. Entro en clase y Drew se va hacia la secretaría, donde pasará la próxima hora lanzando insinuaciones, flirteando en los pasillos, y en general evitando cualquier clase de responsabilidad.

Nastya se ha sentado junto a Kevin Leonard, en la mesa que el señor Turner le dijo que utilizara hace una semana. Me alegra que se haya quedado ahí, porque me ponía nervioso tenerla detrás de mí todo el tiempo. Me gusta poder observar a todo el mundo sin que ellos me observen a mí. En cualquier caso, la mayoría de la gente sabe que es

mejor no mirarme, pero Nastya no ha sido como la mayoría de la gente desde que llegó aquí.

Cuando suena la campana, el señor Turner comprueba visualmente que estemos todos. Después pide a una persona de cada mesa que vaya hasta la parte delantera de la clase para coger una caja de materiales. Yo soy el único de mi mesa, así que me levanto. En todas las demás mesas hay dos personas, a excepción de la de Nastya, donde hay tres: Nastya, Kevin y Chris Jenkins. Ella no se mueve para levantarse, y Chris va a por la caja. Dentro hay varios trozos de madera, un martillo, clavos de diferentes tamaños, papel de lija y algunos otros objetos que parecen variar según la caja. Kevin se la quita de las manos a Chris y la vuelca sobre la mesa. La caja de clavos se abre al golpear la superficie, y salen rodando por todas partes. Eso atrae la atención de todo el mundo, pero nadie se mueve para recogerlos.

–Recógelos, Leonard –le dice el señor Turner, que no parece en absoluto sorprendido por su idiotez. Sé por qué el señor Turner lo ha admitido en su clase. Por mucho que me gustaría ignorar este hecho, Kevin es bastante bueno en lo respectivo a construir cosas. No tiene demasiado sentido de lo artístico ni del estilo, pero tiene una comprensión innata de la construcción y el equilibrio. Es una pena que sea tan gilipollas.

Nastya se ha arrodillado en el suelo, y está recogiendo clavos y sujetándolos en su mano izquierda. Chris está reuniendo los de la mesa y volviendo a meterlos en su caja. Kevin se está riendo. Nastya ha recogido casi todos los clavos del suelo, y su mano está casi llena. Me parece que está a punto de levantarse cuando los clavos están por el suelo otra vez. No estoy seguro de lo que ha pasado, es como si simplemente los hubiera soltado. Ni siquiera parece sorprendida, tan solo comienza a recogerlos otra vez, y creo que soy el único que se ha dado cuenta. Nadie la ayuda. Ni siquiera yo.

El señor Turner continúa explicándonos nuestra tarea. Tenemos el día de hoy, y las tres próximas clases, para diseñar, planear y construir algo que resulte o bien útil o estéticamente agradable con los materiales que encontremos en la caja que hayamos elegido. Podemos añadir hasta dos objetos adicionales de nuestra elección, pero nada más. Yo ya he examinado el contenido de mi caja y sé lo que voy a construir. Me paso el resto de la hora midiendo, haciendo bocetos y planeando mientras todos los demás se quedan sentados a mi alrededor, discutiendo sobre quién tiene la mejor idea y qué deberían hacer. Mañana comenzaré a construir. Los demás probablemente seguirán peleándose.

Me he pasado la última hora rebuscando en cada cajón de cada armario de herramientas de mi garaje y todavía no logro descubrir dónde he puesto mi localizador de vigas. Cierro de golpe el cajón inferior del último armario y miro el reloj de la pared. Son las diez y media, y ya es demasiado tarde para ir a comprar otro. No es que lo necesite realmente esta noche, pero no tengo nada más pendiente ahora mismo, y es algo que hacer.

Vuelvo a incorporarme y me doy la vuelta, buscando algo con lo que ocupar mi tiempo, y la veo en la parte superior de mi camino de entrada, justo al otro lado de la puerta del garaje. Me alegra no haber jadeado ni nada igualmente patético, porque si lo hubiera hecho probablemente tendría que cortarme los huevos y entregárselos. Ya no merecería tenerlos.

Su aspecto es prácticamente el mismo que la primera vez que apareció aquí, salvo porque no está perdida ni asustada: ha venido a propósito. Nos miramos el uno al otro durante un minuto y me doy cuenta de que estoy esperando a que diga algo, lo cual obviamente no va a pasar. No estoy seguro de qué se supone que tendría que decirle, así que, en un movimiento audaz y sin precedentes, no hago nada. Me doy la vuelta y continúo buscando el localizador de vigas que sé que no está aquí. Finjo que no me importa lo que está haciendo, pero soy plenamente consciente de cada aliento que toma. Me doy cuenta del segundo en que decide no quedarse más tiempo allí plantada, solo que no se gira y se marcha como espero que haga, sino que entra en el garaje.

Ya no puedo fingir que no me doy cuenta de su presencia. La observo para ver lo que va a hacer. Está mirando a su alrededor otra vez, al igual que hizo la noche que apareció toda sudada, perdida e increíble. Ahora no me mira; está mucho más interesada en lo que hay a su alrededor. Tan solo es un garaje con un montón de madera y herramientas. No sé qué es lo que tiene que sea tan fascinante, pero no voy a discutirse, porque, mientras ella está ocupada examinando el lugar, yo puedo examinarla a ella. Esta noche tampoco lleva maquillaje y tiene el pelo recogido, de modo que puedo verle la cara. Incluso cuando fue a cenar a casa de Drew, tenía todo el maquillaje puesto: el delineador negro, los labios de un rojo oscuro y demás. Es horrible, y no tiene sentido cuando ves lo que hay debajo.

No está tan empapada ni falta de aliento como la última vez, pero todavía parece que haya estado corriendo. Me pregunto si irá a correr cada noche. Sus piernas son todo músculo, al igual que sus brazos. Todavía no acaba de encajar con su cara. Su cara me recuerda a las muñecas de porcelana que aún permanecen en hileras en las estanterías de la habitación de mi hermana. Infantil. Suave y dura y perfecta y frágil.

Camina por ahí, pasando la mano por las encimeras, deteniéndose en el torno de banco de una de las mesas de trabajo. Lo gira unas cuantas veces, observando cómo se cierra, antes de meter la mano entre las placas y continuar cerrándolo. Ni siquiera puedo moverme porque estoy preguntándome lo que está pasando, pero, cuanto más lo gira, más fuerte se vuelve el agarre de su mano, y no sé cuánto tiempo más voy a poder ignorarlo antes de tener que intervenir y preguntarle si se le ha ido la olla. Tengo la sensación de que estoy en mi garaje observando a esta chica decidir si va a aplastarse o no la mano. Se detiene cuando está a punto de hacerlo, y suelta el torno tan solo lo suficiente como para que le libere la mano, y después continúa inspeccionando la habitación.

Aparto los ojos antes de que vea que estoy mirándola, y continúo buscando en los mismos cajones que ya he investigado dos veces esta noche, antes de comenzar a dirigirme hacia las encimeras. La mesa de trabajo que mi padre y yo construimos juntos hace años recorre el perímetro del garaje. Según Mark Bennett, nunca tienes suficientes superficies de trabajo. Cuantas más haya, mejor. Así que construimos tantas como cabían en el garaje. Creo que a lo mejor simplemente era algo que hacer.

La oigo moverse mientras estoy de espaldas a ella, y cuando me giro veo que se ha sentado en la mesa de trabajo al otro lado del garaje. Simplemente se ha plantado ahí encima y se ha puesto cómoda. Vale. Me está haciendo flipar un poco que esté sentada en mi garaje, observándome, porque eso es lo que está haciendo. Me está observando, y ni siquiera se molesta en tratar de ocultar el hecho de que lo está haciendo. Tengo ganas de gritarle que se largue de aquí, pero también tengo ganas de que se quede. Lo cual me convierte en el imbécil que soy.

Acabo sentándome para comprobar las líneas de corte de unas vigas que necesito para un encargo, y después las cepillo. Es un trabajo silencioso, de modo que puedo hacerlo aunque sea de noche, y además tengo que mantenerme ocupado, o de lo contrario acabaré enzarzado en un concurso de miradas con esta chica en un triste intento de leerle la mente o algo. A medianoche, se baja de un salto de la mesa y vuelve a descender por

el camino de entrada, sin decir palabra ni mostrar ninguna clase de reconocimiento, exactamente igual que al llegar.

* * *

No presto demasiada atención a las tres primeras clases, y nadie se da cuenta. Durante la hora de la comida la busco, preguntándome si me mirará. No llego a verla cruzando el patio, pero cuando me levanto para ir al aula de Carpintería justo antes de la campana, la veo reclinada contra la pared con Clay Whitaker. Camino en dirección contraria.

Recupero la caja de materiales de la clase del lunes, la llevo hasta mi mesa y saco mis planos. Ella entra y se dirige hacia la encimera trasera que se encuentra detrás de mi mesa para recuperar la caja con la que está trabajando con Kevin y Chris, ninguno de los cuales ha aparecido todavía.

–Buenos días, Sol.

Ni siquiera me molesto en pensar las palabras antes de que abandonen mi boca, pero al menos no lo digo lo bastante alto como para que nadie que no sea ella las oiga. Probablemente no debería haberlo hecho, no debería haber reaccionado en absoluto a lo de anoche, pero no he podido evitarlo. Me siento como si anoche ella se hubiera metido conmigo, y ahora yo quiero devolvérsela y meterme con ella. No me gusta que piense que puede aparecer en mi casa y jugar a joderme la cabeza cada vez que le apetezca.

Está detrás de mí, pero casi puedo sentir cómo se pone rígida ante las palabras. Bien. Si no quiere que le recuerde la noche que vomitó hasta los intestinos en mi cuarto de baño, a lo mejor se lo pensará dos veces antes de volver a mi casa como si fuera la suya. Me pregunto cuánto le costará darse cuenta del hecho de que vive en el mismo mundo que todos los demás, y en este mundo la gente me deja a mi puta bola.

Se recupera rápidamente, y vuelve a su mesa sin mirarme. Kevin y Chris aparecen un minuto más tarde, y la campana suena. El señor Turner nos pone a todos a trabajar y el taller se llena de ruido casi de inmediato. Es increíble la cantidad de ruido que pueden producir catorce alumnos cuando empiezan a serrar y martillear.

A mitad de la clase, Nastya no se ha movido de su asiento, pero no puede fingir desinterés. Ha estado observando todo lo que están haciendo Chris y Kevin. En un momento dado, estira el brazo y toma el dibujo a escala que Chris ha hecho para ponerlo frente a ella, y lo examina durante unos pocos minutos antes de devolvérselo. Ellos no le

dicen nada, pero me doy cuenta de que Kevin le mira la camiseta cuando se inclina hacia delante, y me entran ganas de pegarle un puñetazo en la cara.

Kevin se levanta de su asiento poco después y va hasta el escritorio del señor Turner. Él garabatea algo en un permiso para salir y se lo entrega, y Kevin sale del aula, dejando a Chris con Nastya. Es evidente que Chris necesita otro par de manos, y no deja de mirarla como si no estuviera seguro de si puede pedirle ayuda. Finalmente, la frustración se apodera de él y oigo que le pide que sujete en su sitio las piezas en las que está trabajando para que pueda unir las con un clavo. Él le muestra dónde poner las manos y ella asiente con la cabeza, colocándolas a cada lado, tal como él le ha enseñado. Una vez que Chris las une, pasan al siguiente par. Parece que hay cuatro piezas idénticas que está uniendo de la misma forma. Examino lo que han hecho hasta ahora, pero no puedo ver lo que hay en el dibujo y trato de averiguar lo que estarán haciendo. Parece guay.

En ese momento, Kevin entra de nuevo en el taller, arruga el permiso y lo tira en la papelera de la esquina.

—Espero que no hayáis perdido el tiempo mientras no estaba —dice, sin molestarse siquiera en mirar a Chris antes de darle una palmada en la espalda. Me gustaría decir que lo que ocurre a continuación pasa a cámara lenta, como cuando algo catastrófico sucede en una película, donde todo se ralentiza para que puedas ver exactamente lo que sucede y cómo. Nada se ralentiza, pero lo veo de todos modos. La mano de Kevin golpea la espalda de Chris. Este ya estaba moviendo el martillo, y el impulso que había reunido, unido a la palmada de su espalda, hace bajar el martillo con más fuerza, solo que no donde se suponía que tenía que caer. El martillo golpea el dedo anular de la mano izquierda de Nastya, que ha estado pegada a la mesa, con el pulgar sujetando la madera en su sitio.

Me concentro en su cara. Veo que sus ojos se ensanchan de manera casi imperceptible con la impresión inicial del dolor antes de que vuelvan a estrecharse. Los ojos se le llenan de humedad, y se quedan vidriosos con lágrimas que no se escapan. ¿Cómo demonios es posible que no esté llorando? He visto lo fuerte que le ha dado el martillo. He oído lo fuerte que le ha dado el martillo. Creo que incluso yo podría haber llorado. Después me hubiera sentido estúpido, pero probablemente habría sucedido de todos modos. Ha tenido que dolerle mucho, pero ni siquiera se mueve, y tampoco lo hacen Chris y Kevin. Tan solo la miran fijamente, con la mano todavía sobre la mesa. Traedle un puto hielo. Chris parece horrorizado. Kevin parece como si no tuviera ni idea de lo

que acaba de suceder. Ella se mueve al fin para mirarse la mano, pero la mantiene en su sitio, observándola fijamente. Realmente espero que alguien se levante y le traiga pronto algo de hielo, o voy a tener que hacerlo yo. Lo hubiera hecho ya, pero por alguna razón yo también me he quedado paralizado. ¿Por qué no llora? Chris finalmente parece salir de su trance y corre hasta el congelador que hay en el taller con el único propósito de tener hielo a mano. El señor Turner ya está en la mesa, examinándole los dedos. La veo hacer una mueca mientras él comprueba que pueda moverlos, pero por lo demás su cara parece de piedra. O tal vez porcelana.

Chris regresa con una bolsa de hielo y se la ofrece. Ella parece sorprendida, como si estuviera a punto de rechazarla. Me recuerda a lo del torno de banco, y me pregunto si estará loca. Entonces veo cómo cambia de opinión y acepta la bolsa sin ninguna otra reacción ni dar las gracias. Me alegra que no le dé las gracias. Él parece sentirse terriblemente culpable. Al mirarle la cara uno pensaría que le duele a él más que a ella, pero todavía no se ha disculpado. Kevin es quien debería estar suplicándole que le perdonara, pero no creo que eso vaya a suceder. El señor Turner vuelve de su escritorio con un permiso para la enfermería y envía con Nastya a Valerie Estes, la única otra chica que hay, para que le sujete los libros.

No pueden haber pasado más que unos pocos segundos entre que el martillo cayó sobre sus dedos y Chris le trajo el hielo, pero ha parecido mucho más. A lo mejor el tiempo sí que se ralentiza. Hasta que se marcha del taller y todo queda de nuevo en calma, no vuelvo a reproducir la escena en mi cabeza. Es entonces cuando me doy cuenta de que incluso cuando el martillo la golpeó, cuando toda la fuerza del golpe cayó sobre sus dedos y el dolor tuvo que ser insoportable, no produjo ni un sonido.

«Tiene que ser coña.»

Ese es mi pensamiento inicial cuando la observo entrar en mi garaje otra vez, por segunda noche consecutiva. Mis ojos van hasta su mano de inmediato, y veo que tiene dos dedos entablillados. Hoy no duda. Al principio pienso que va a sentarse sobre la mesa donde se sentó anoche, y por un minuto parece que ella también lo piensa. Entonces se sienta en el suelo con las piernas cruzadas, y apoya la espalda contra los armarios que tiene detrás. No parece importarle la capa de serrín que cubre el suelo, pero sigo preguntándome por qué ha decidido sentarse allí. No es que la mesa esté

particularmente limpia, pero no está tan mal como el suelo. Entonces me doy cuenta de que probablemente no podría subirse con una sola mano.

Vuelvo a lo que estaba haciendo antes de que llegara y permanecemos así, en silencio, durante al menos media hora. Yo trabajando y ella observando.

—¿No te dolió? —pregunto finalmente, porque quiero saberlo, aunque sé que no va a responder. Gira la mano delante de ella, como si estuviera tratando de decidir si le dolía o no, pero se encoge de hombros. Buena respuesta. ¿Qué esperaba? Aguardo unos pocos minutos más, tratando de concentrarme en recalibrar mi sierra de banco, y entonces hago la verdadera pregunta—: ¿Qué es lo que quieres?

Las palabras salen de una forma más desagradable de lo que tenía intención, pero probablemente sea lo mejor. Nada. Me está volviendo loco preguntarme qué es lo que la lleva a seguir viniendo aquí. Yo no soy particularmente simpático. A lo mejor esta noche pilla la indirecta y ya no regresa. Trato de convencerme de que me alivia esa posibilidad, pero no estoy muy seguro. Aparto el pensamiento e intento concentrarme en la sierra.

El silencio continúa. No sé durante cuánto tiempo planea quedarse por aquí, observando. Es como tener un fantasma en el garaje. Siento como si el garaje estuviera embrujado. Con todos los seres queridos que han muerto, podría pensar que uno de ellos se quedaría rondándome. De hecho, antes solía desearlo. Que hubiera un fantasma parecía un regalo. Rezaba por ello. Mi madre, mi hermana, mi padre, mi abuela. Después de que cada uno de ellos muriera, esperaba que regresaran, aunque solo fuera una vez, y me dejaran verlos otra vez. Que me dieran una señal. Que me hicieran saber que había algo más, que era algo bueno y que estaban bien, pero ninguno de ellos regresó jamás. Mi abuelo me aseguró antes de marcharse que había vida después de la muerte, una que había vislumbrado tan solo brevemente, hacía mucho tiempo. Yo lo escuché, pero no lo creí. Era una historia nacida de la enfermedad y los analgésicos, no de los recuerdos y la verdad. Morirá cualquier día de estos, y yo ya no estaré esperando una señal. Tan solo estaré aliviado por no tener nadie más a quien perder.

A las diez y media la chica fantasma se levanta, se sacude el serrín de los pantalones con la mano buena, y entonces vuelve a desaparecer.

Capítulo 16

Nastya

Josh aparece el domingo a las seis menos cuarto, puntualmente. Corro hasta el frigorífico mientras él sube por el camino de entrada. He hecho tiramisú para el postre, ya que a todo el mundo parece gustarle el café, a excepción de Sarah, y ella no podría importarme menos. Tengo los dedos todavía entablillados, de modo que cojo el plato con una sola mano, lo cual resulta difícil. Margot lo metió en el frigorífico por mí por la mañana, pero se ha ido pronto al trabajo, así que estoy yo sola. Es difícil, pero logro pasar la mano por el borde y sujetarlo con fuerza suficiente. El timbre de la puerta suena justo cuando llego hasta ella, pero tengo el plato en la mano derecha y no puedo sujetar el picaporte con la izquierda, de modo que me quedo allí plantada durante un minuto, sujetando el tiramisú y mirando la puerta. Finalmente, pongo el plato en el suelo de modo que pueda utilizar la mano derecha para girar el picaporte.

Josh está esperando en el porche, con las manos en los bolsillos y con aspecto de estar recogíendome para una cita. El pelo, como siempre, le cae por encima de la frente, un poco más largo de lo necesario. Como un chico que no tiene una madre que le insista para que vaya a cortárselo. Odio admitir lo bien vestido que va, con un polo color borgoña y unos pantalones de vestir color caqui, aunque no es que me molesten los vaqueros gastados que normalmente lleva. Todavía me sorprende ver que no calza las botas de trabajo. Comenzaba a pensar que estaban pegadas a él físicamente.

Vamos a tener que apresurarnos para adelantarnos a la lluvia. Puedo ver la tormenta formándose en el cielo tras él. Me he pasado todo el día en la cocina, así que no me había dado cuenta. Normalmente me gusta sentarme tras la ventana delantera y ver cómo

se mueven las nubes y se encapota el cielo, porque pasa con tanta rapidez por aquí que puedes ver el cambio en cuestión de minutos.

Hoy estaba demasiado ocupada haciendo el tiramisú, reprendiéndome por no haber ido al centro comercial a comprar un vestido nuevo, y finalmente tratando de pensar en un plan brillante para librarme de la cena. La disentería se encontraba en el primer lugar de mi lista de excusas hoy. Habría sido mucho más fácil si los padres de Drew me hubieran mirado por encima del hombro la semana pasada y todo el asunto hubiera sido incómodo y forzado, pero no lo hicieron y no lo había sido. Aun así, jamás encajaré con ellos tal como ellos fingen que lo hago, y ni siquiera estoy segura de por qué volvió a invitarme su madre. Lo único que aporté a la noche fue la tarta. Sin embargo, según Drew, uno nunca podía subestimar el poder de una tarta con su madre. Supongo que me aceptan por el bien de Drew y, si ese es el caso, probablemente no esperan que esté por ahí demasiado tiempo. Me pregunto cuántas chicas habrán pasado por la cena dominical de los Leighton, una sola vez, y no han vuelto a aparecer.

Al final no me molesté con la farsa de un vestido bonito, inocente y conservador. Supuse que cuanto antes llegáramos a la verdad, antes podríamos acabar con todo esto. Llevo una camiseta escotada corta y una minifalda negra (con énfasis en el «mini»), y unas botas de cuero negras hasta las rodillas con tacones de aguja. Si parecía fuera de lugar el domingo pasado, no es nada en comparación con esto. Después de esta noche, las cosas podrán volver a la normalidad. Drew podrá encontrar una buena chica que tenga sexo sin ataduras con él, y yo podré volver a una existencia cómoda y libre de expectativas.

Josh me examina durante un minuto, asimilando mi apariencia como si estuviera buscando la respuesta a una pregunta que no ha formulado. Su saludo consiste en una palabra:

–Sol.

El mío consiste en ninguna palabra.

Me arrodillo para recoger el tiramisú del suelo del vestíbulo, pero no puedo meter los dedos por debajo para hacer palanca. Me encuentro maldiciendo en silencio los martillos y a los chicos ineptos. Estoy a punto de tratar de utilizar la palma de mi mano izquierda para empujar el plato hasta mi derecha cuando Josh entra en la casa y se arrodilla, demasiado cerca de mí, y toma el plato. No huele a serrín, y eso no está nada bien. Sin

importar el buen aspecto que tenga ahora mismo, a Josh Bennett le falta algo sin las botas de trabajo y el olor a serrín.

Subimos por el camino de entrada de la casa de los Leighton y tengo el tiempo suficiente para salir de un salto y correr mientras el cielo se abre. Rodeo el plato con el brazo y lo pego contra mi pecho. De algún modo, tanto el tiramisú como mis tobillos sobreviven intactos al salto. Cuando llego al suelo, Josh está junto a mí y me quita el plato de las manos y corre al refugio del saliente que hay encima del porche. Logramos llegar sin quedar completamente empapados. Antes de abrir la puerta, me devuelve el tiramisú y después estira un brazo y recorre mi cara con las manos, pasando los pulgares suavemente por la piel debajo de mis ojos. Creo que debo de haberme quedado boquiabierta, porque no tengo ni idea de qué demonios está haciendo.

—Porquería negra —dice a modo de explicación, y me doy cuenta de que el maquillaje debe de haberseme corrido. A continuación, me abre la puerta sin decir nada más.

Cuando entramos en la casa, todo sucede casi exactamente igual que la semana pasada. La mesa no está puesta de un modo tan elegante, lo cual me alegra, porque significa que esta semana no soy una novedad. Pero entonces tengo que enfrentarme al hecho de que, si no soy una novedad, significa que tengo un lugar aquí, y eso no es en absoluto lo que quiero.

Entramos en la cocina, más allá del comedor, donde me doy cuenta de que hay un asiento más junto a la mesa, y me pregunto quién más vendrá. Drew se está peleando con el equipo de música, porque al parecer esta noche es su turno de escoger la música para la cena, y no puedo imaginarme lo que pondrá.

Cuando entro en la cocina me preparo para la mirada de repulsión que sé que me lanzará la señora Leighton cuando vea mi ropa, pero nunca llego a recibirla. Simplemente sonrío y se dispone a reorganizar el frigorífico para hacerle sitio al plato, al mismo tiempo que me dice que no tenía que molestarme. Siento una monstruosa sensación de *déjà vu*, y sé que en un minuto voy a recibir un abrazo, me guste o no.

Sentadas en dos taburetes altos junto a la barra de desayuno de granito al otro lado de la cocina se encuentran Sarah y una chica que reconozco del instituto. Estoy bastante segura de que se trata de la que me acusó de ser la hija de Drácula. Se están riendo y tratando de atarse el pelo. Es la cumbre de la inmadurez adolescente femenina. Quiero burlarme de ellas por eso, pero me siento aturdida por el hecho de que me pone triste.

Por un momento me siento como una superviviente en algún mundo posapocalíptico, mirando a través de una ventana, imaginando una parte de mi vida que ya ha desaparecido. Me pregunto lo que sería tener siquiera una sola amiga. Solía tener un par, pero tampoco eran de este modo. Estaban completamente obsesionadas con la música, al igual que yo. Era lo que nos unía. Otras chicas hablaban de colores de pinturas de uñas y de los chicos que les gustaban, y nosotras hablábamos de piezas de audición. Nuestra amistad nunca fue lo primero, porque la música era siempre más importante. Si quito la música de la ecuación, no sé siquiera si tenía algo en común con ellas. Incluso aunque lo tuviera, después de lo que pasó habría cortado los lazos de todos modos. Dolía demasiado estar con ellas.

Mi amiga Lily continuó llamándome durante meses, pero lo único de lo que quería hablar siempre era de las audiciones, los recitales y los ensayos. Yo trataba de alegrarme por ella, pero no podía. Me sentía celosa y enfadada. Era como ver a mi mejor amiga saliendo felizmente con mi exnovio, de quien todavía seguía locamente enamorada, observándola tener todo lo que yo quería pero ya no podría tener jamás. En otras palabras, era doloroso, deprimente y malsano. Y si hay algo que soy, eso es sana.

Incluso aunque hablara (porque, admitámoslo, esto de permanecer en silencio es sin duda alguna una barrera a la hora de hacer amigos), probablemente no tendría ninguno. Perdí casi por completo mi decimosexto año de vida. Mientras que las otras chicas de mi edad estaban pensando en bailes de principio de curso, clases de conducir y perder la virginidad, yo pensaba en terapia física, ruedas de identificación policiales y ayuda psiquiátrica. Salía de casa para ir a las consultas de doctores, no a partidos de fútbol. Hablaba con detectives de la policía, no con el encargado de Old Navy.

Finalmente, mi cuerpo se curó tanto como podía hacerlo. Mi mente también comenzó a recobrase. Me parece que lo que pasó fue que las piezas volvieron a su sitio un tanto desordenadas. Parecía que cuanto más sanaba mi cuerpo, más fracturada se volvía mi mente, y no hay suficientes cables y tornillos como para arreglar las fisuras que hay en ella.

Así que no hice las cosas normales que se suponía que tenía que estar haciendo a los quince y a los dieciséis. A la edad en que la mayoría de los adolescentes están tratando de descubrir quiénes son, yo estaba ocupada tratando de descubrir por qué era así. Ya no tenía cabida en este mundo. No es que quisiera estar muerta, simplemente sentía que

debería estarlo. Y por eso es difícil que todo el mundo espere que te sientas agradecida simplemente por el hecho de no estarlo.

Me dejó mucho tiempo para pensar, mucho tiempo para enfadarme y sentir lástima por mí misma. Para preguntarme «¿Por qué yo?». Para preguntarme simplemente «¿Por qué?». Tengo el cinturón negro de la autocompasión. Era una experta en ese campo. Sigo siéndolo. Es una habilidad que jamás olvidas. No hace falta decir que todo lo que pensé y todas las preguntas tampoco sirvieron de mucho. Fue entonces cuando comencé a centrarme en la furia. Dejé de preocuparme por ser educada, por no herir los sentimientos de la gente y decir lo que se suponía que tenía que decir, por sanar como se suponía que tenía que sanar para que todo el mundo creyera que volvía a estar bien y pudieran continuar con sus vidas. Mis padres necesitaban creer que estaba bien, así que durante mucho tiempo traté de convencerlos de que lo estaba. También traté de convencerme a mí misma, pero eso era mucho más difícil, porque conocía la verdad. No estaba bien en absoluto. Me di cuenta de que iba a sentirme como una mierda de cualquier forma. Probablemente iba a sentirme como una mierda durante el resto de mi vida, una vida que ni siquiera debería estar viviendo todavía. Una vida que debería haberme abandonado. Así que me enfadé. Después, me enfadé mucho. Y después me enfadé todavía más. Pero no puedes estar enfadada eternamente sin aprender a odiar. Dejé de lamentarme tanto por mí misma y en su lugar comencé a odiar. Gimotear era patético, pero odiar hacía que pasaran cosas. Odiar reforzaba mi cuerpo y daba forma a mi resolución, y lo que yo estaba resuelta a hacer era vengarme. El odio me parecía saludable de narices.

Sin embargo, he aprendido que, aunque el odio es bueno para algunas cosas, no sirve para hacer amigos. Me alejo de Sarah y de la chica que me han presentado como Piper. «Piper». Le doy vueltas al nombre en mi cabeza. Es un nombre absurdo, un nombre sin significado (salvo que tenga en cuenta que en inglés significa «gaitero», y esa idea me hace reír porque, en fin, significa «gaitero»), un nombre para alguien como ella. Mientras camino hacia el comedor, no me confunde en absoluto el hecho de no tener ningún amigo.

A pesar de la presencia de Sarah y de Piper, la cena vuelve a ser divertida. Hablamos (bueno, ellos hablan) acerca de las solicitudes de acceso a la universidad, construir la carroza para el baile de principio de curso, las audiciones para el teatro, y lo drásticamente que están cambiando las leyes sobre los impuestos. Este último tema es

cortesía del señor Leighton, que es contable. Me desconecto llegados a ese punto, porque las complejidades de las leyes sobre los impuestos se escapan un poco de mi esfera de comprensión, pero entonces la conversación comienza a dirigirse hacia el debate.

—Tenemos un campeonato dentro de dos sábados —les cuenta Drew a sus padres.

—¿Sobre qué vais a debatir? —pregunta el señor Leighton, mientras vuelve a llenarse la copa de vino. Su mujer la mira como si quisiera arrebatarla de la mano, pero supongo que lo tiene prohibido. No debe de ser bueno beber vino estando embarazada. Sin embargo, no puedo culparla: yo también tengo ganas de arrebatarla de la mano.

—No estoy seguro exactamente. Algo sobre la importancia de la conservación del entramado social. —Mira en mi dirección, centrándose en mi ropa, o más bien en mi falta de ella, mientras les miente—. El señor Trent le ha dicho a Nastya que me ayude con la investigación, así que quería escoger algo por lo que sintiera pasión.

En ese momento Sarah se atraganta con lo que tiene en la boca. El señor Leighton continúa haciendo girar el vino dentro de la copa, como si realmente creyera las palabras de Drew y estuviera considerando argumentos relevantes sobre el tema. Piper ni siquiera parece haber pillado la broma. Veo por el rabillo del ojo que la mandíbula de Josh se mueve, la única señal de que está sentado a la misma mesa que todos los demás, escuchando la conversación. Sigo observándolo mientras se esfuerza por permanecer estoico e imperturbable cuando oigo el sonido del zapato de la señora Leighton golpeando la espinilla de Drew.

Capítulo 17

Josh

Mi padre comenzó a enseñarme a construir cosas después de que mi madre y mi hermana murieran cuando yo tenía ocho años. No sé si es porque realmente quería hacerlo, o si no tenía otra elección porque yo no dejaba de seguirlo a todas partes. Él pasaba todo el tiempo encerrado en el garaje, y si quería verlo tenía que ir hasta allí. En realidad, nunca hablaba, pero yo aceptaba lo que obtenía. Al principio, básicamente lo miraba. Aprendí muchas cosas simplemente prestando atención, pero una vez que tuve las herramientas en mis manos me di cuenta de lo poco que sabía. Lo primero que construí fue un comedero de pájaros torcido. Acabé haciendo cuatro antes de que me saliera uno bien. Llevo casi diez años haciendo esto y todavía hay días en los que me siento como si no supiera nada.

Me pregunto cuánto estará aprendiendo Nastya. Observa todo lo que sucede en el taller, aunque no ha vuelto a tocar ni un clavo desde el incidente con el martillo. Ha estado observándome aquí por la noche las últimas dos semanas. No he conseguido que se marche, así que me he rendido. Anoche intenté ser completamente maleducado. Supuse que si decirle que se fuera a su puta casa no funcionaba, nada lo haría, así que eso fue lo que le dije. No se fue a su puta casa, al menos no hasta que le dio la gana, una hora después.

Vuelve a estar sentada en su lugar habitual ante la mesa, observándome ahora mismo, así que supongo que esa es mi respuesta. No deja de balancear las piernas desde atrás hacia delante, burlándose de mí como si dijeran «Ja, ja, estamos aquí y no puedes hacer que nos marchemos, así que chúpate esa». Me parece que lo dicen con una voz burlona,

juguetona y cantarina. Quiero decirles que cierren la boca. Estoy sacando la batería del taladro y poniéndola en el cargador mientras trato de averiguar...

—¿Por qué tienes tantas sierras?

Uno pensaría que me daría la vuelta al instante en una especie de frenesí aturrido, pero es casi como si hubiera estado esperando que me hablara desde el día en que nos conocimos, y tan solo me hubiera estado preguntando lo que iba a decir. Puedo asegurar que se me han pasado más de un par de escenarios posibles por la cabeza, y en ninguno de ellos me preguntaba acerca del número de sierras que tenía. Sí que me giro porque necesito verla, pero lo hago con mucha más lentitud y de una forma mucho más controlada de lo que incluso yo estaba planeando.

—Cada una está diseñada para un propósito diferente, para trabajos diferentes, para clases de madera diferentes. Es complicado. Tardaría horas en hablarte de todas ellas.

Vale, en realidad no es complicado. Tan solo requeriría una explicación muy larga, tediosa y aburrida, y ahora mismo no quiero pensar en sierras. No puedo creer que sea esto de lo que estamos hablando. La palabra «surrealista» no es suficiente.

—Creo que no quiero nada, pero me marcharé si quieres que lo haga.

Me lleva un minuto atar cabos y darme cuenta de que está respondiendo a la pregunta que le hice hace más de una semana. ¿Se está dando cuenta de que le he mentado? Miro al suelo en busca del guante que ha arrojado, porque es obvio que está esperando para ver si lo recojo. Tengo que decidir si de verdad quiero que se vaya, porque, si le digo que lo haga esta vez, no tengo dudas de que ya no volverá.

Debería decir que sí. Joder, sí. He estado tratando de librarme de ti desde que apareciste, pero eso es mentira y ambos lo sabemos. No estoy preparado para darle una respuesta todavía, así que le respondo con otra pregunta. Está hablando, y quiero que siga haciéndolo. Una parte de mí sabe que hay una posibilidad muy real de que cuando se marche de aquí esta noche tal vez no regrese, sin importar lo que le diga, y quizás nunca volveré a oírla hablar. Entonces me doy cuenta una vez más de lo mucho que me recuerda a un fantasma, y cómo en cualquier momento podría simplemente desvanecerse.

—¿Quién más sabe que hablas? —pregunto, y no solo para que siga hablando, sino porque realmente quiero saberlo. ¿Lo sabe Drew y no me lo ha dicho? ¿Habla con su familia? Drew dijo que vivía con su tía (en realidad, dijo que su tía estaba muy buena), pero eso es todo lo que sé.

–Nadie.

–¿Has hablado alguna vez? ¿Antes de ahora?

–Sí.

–¿Vas a decirme por qué has hecho este voto de silencio?

–No –responde, mirándome directamente a los ojos. Ninguno de los dos rompe el contacto visual–. Y tú no vas a preguntármelo nunca. Jamás.

–Vale. No voy a preguntártelo nunca. Apuntado –digo despreocupadamente–. ¿Y por qué he aceptado no hacerlo?

–No lo has hecho.

–¿Y por qué debería?

–No sé si deberías.

–Así que no he aceptado guardarte el secreto y tú no puedes darme ninguna razón de por qué debería hacerlo. No son muy buenos argumentos. ¿Qué te hace pensar que no voy a decírselo a nadie?

–No creo que quieras hacerlo.

Y aquí es donde gana, incluso aunque ella no lo sepa todavía. Tiene razón. No quiero decírselo a nadie. Quiero su secreto solo para mí mismo, pero ella no tiene forma de saberlo.

–Eso es correr un gran riesgo.

–¿Lo es?

Inclina la cabeza hacia un lado y me examina.

–No tienes ninguna razón para confiar en mí.

–No, pero confío en ti de todos modos –replica, caminando en dirección al camino de entrada.

–¿Y se supone que yo tengo que confiar en ti? –le pregunto a su espalda. Esta chica realmente está loca si piensa que puede venir aquí, salir de ninguna parte y esperar que haga eso.

Se detiene y se gira para mirarme antes de hablar.

–No tienes que confiar en mí. Yo no conozco ninguno de tus secretos.

Se marcha antes de que pueda responder. Apenas ha llegado a sentarse siquiera, pero en los pocos minutos que ha estado aquí, todo ha cambiado. A lo mejor me ha dado tiempo para decidir si quiero esto, sea lo que sea. ¿Su secreto? ¿Su amistad? ¿Su

historia? A lo mejor no lo quiero. Lo que sí sé es que no debería quererlo, y que eso debería ser mi decisión.

Sé algo sobre ella que nadie más sabe. No he tenido un secreto desde hace años. Todo el mundo conoce mi historia. Mi madre y mi hermana mueren en un accidente de coche. «Trágico.» Mi padre tiene un ataque al corazón. «Muere.» Mi abuela lucha contra un cáncer de ovario. «Pierde.» Un año más tarde, mi abuelo recoge el testigo del cáncer. No sé si se supone que ahora yo también tengo que morir, o si simplemente se supone que debo ser el último que quede con vida.

Algunos días no puedo evitar preguntarme si alguna vez mi nombre significará algo más.

No voy a decirle nada sobre ella a nadie. Eso lo sé. Todavía tengo un centenar de preguntas agolpándose en mi mente, pero solo hay una que no deja de volver una y otra vez. «¿Por qué yo?» Es la pregunta obvia, la pregunta que todavía me persigue incluso horas después de que se haya marchado. Es la única pregunta que no hago, porque, sin importar cuál sea la respuesta, no la quiero. Simplemente no me importa.

* * *

Han pasado unos días desde que hablé conmigo. Esperaba que apareciera la noche siguiente, pero no lo hizo. Ni la noche de después. Ni la noche después de esa. La he visto en el instituto todos los días, pero ella no ha mirado ni una vez en mi dirección. Estoy comenzando a pensar que he imaginado todo el encuentro. A lo mejor es a mí a quien se le ha ido la olla. He pasado los últimos días tratando de hacerme creer que me alegra que haya dejado de venir y que no podría importarme menos. Después de todo, es lo que quería. Me he expuesto varios argumentos a mí mismo, pero no he resultado demasiado convincente.

Ni siquiera tuve la excusa de verla en casa de Drew el domingo. Leigh vino aquí durante el fin de semana, y estuve con ella. Debería haberme puesto las cosas más fáciles, pero creo que podría haberlas empeorado.

—No tienes acento.

Cuando finalmente aparece, exactamente una semana después de haberme hablado, esto es lo primero que le digo.

—No.

–Pensaba que lo tendrías. Por tu nombre.

No puedo soportar su nombre. No le pega. Pero quizás nada en ella lo hace. Ella piensa en ello y durante un minuto creo que va a decir algo, pero no lo hace. Simplemente sigue paseándose por mi garaje, tocando herramientas y pasando las manos sobre las piezas a medio construir de unos muebles, y está comenzando a cabrearme.

–¿Eres rusa? –pregunto, esperando distraerla.

–Tú hiciste las preguntas la última vez. Esta noche es mi turno.

No ha respondido a mi pregunta, pero al menos parece haber apartado la atención temporalmente de todas mis cosas.

–No recuerdo haber aceptado eso.

–No recuerdo haberte dado elección.

Y vuelve a pasearse otra vez por mi garaje. Examinándolo. Me entran ganas de agarrarme el paquete y ver si sigo teniendo huevos, porque creo que están en el bolsillo de Nastya y necesito recuperarlos. Esto ha sido divertido, o diferente o intrigante durante un ratito, pero ya no lo es. Una cosa es que se siente y me observe, pero si quiere comenzar con el interrogatorio y el inevitable psicoanálisis de chica adolescente, paso.

–¿Sabes a quién le gusta hablar? A Drew. ¿Por qué no vas a su casa y le alegras el día?

Necesito alejarme. Finjo que tengo que sacar algo del baúl de herramientas que hay al otro lado de la habitación. Ella se sube a la mesa de trabajo y comienza a balancear las piernas de inmediato.

–Creo que preferiría hacer otras cosas con mi boca.

No hay nada coqueto ni sugerente en su tono. Lo dice como si estuviera hablando de ayudarlo a estudiar trigonometría.

–¿De verdad acabas de decir eso?

–Eso creo –dice de forma insulsa.

–Bueno, pues si lo haces podrías alegrarle la semana.

–Podría alegrarle el año si quisiera.

Una chica confiada. Me hace preguntarme si será capaz de demostrarlo, y sé que no debería estar pensando en eso en absoluto. Sus piernas siguen balanceándose y me están volviendo loco.

–¿Quieres hacerlo?

No es lo que planeaba decirle. Me pregunto cuánto me dolería cortarme la lengua.

–Yo hago las preguntas.

–No, a mí no.

Eso.

–¿Vives aquí solo?

Pues sí que ha durado.

–Sí.

–¿Por qué te has emancipado?

–Necesidad.

–¿Es duro?

–¿Qué?

–¿Es duro emanciparse?

Sabía que era eso lo que estaba preguntando. De verdad, lo sabía.

–No. Es vergonzosamente fácil.

No contesta de inmediato, lo cual, irónicamente, ahora es inusual. La miro mientras me examina.

–¿Qué?

–Estoy tratando de descubrir si estás siendo sarcástico.

–No, de verdad es vergonzosamente fácil. Básicamente se reduce a dos cosas: edad y dinero. Y, en realidad, el dinero es lo más importante. Creo que el estado te dejaría libre a los doce años si supiera que no les costaría un centavo mantenerte.

–Entonces, ¿qué tuviste que hacer?

Si estas son las preguntas que va a hacerme, entonces puedo soportarlo. Mientras permanezca alejada de cualquier cosa personal, le contaré lo que quiera saber. Ella vive con su tía. A lo mejor quiere emanciparse, aunque debe de tener casi dieciocho años, así que no parece que tenga demasiado sentido que lo haga ahora. Mi abuelo y yo nos ocupamos de ello hace un año, en cuanto descubrió que estaba enfermo.

–Rellenas algunos papeles, entregas documentación que demuestre que tienes al menos dieciséis años y medios financieros para mantenerte. Después tu tutor lo firma, se hace una vista rápida, y eres libre.

Asiente con la cabeza, como si la explicación le pareciera aceptable. No pregunta acerca del dinero. A lo mejor tiene algunas habilidades sociales.

–¿Quién era tu tutor legal?

Una pregunta interesante, pero no voy a abrir esa puerta. Podría preguntarle a cualquier otro, ya que todo el mundo conoce la historia, pero no creo que esté en peligro todavía. Acabará descubriéndolo más pronto que tarde. No soy lo bastante iluso como para pensar que no va a enterarse, pero es bonito tener una persona que no conozca toda mi mierda trágica. Al menos durante un tiempo.

—¿Por qué te importa?

—Tan solo me preguntaba quién vino a visitarte el domingo. Drew dijo que tenías compañía y que por eso no fuiste a la cena.

Sí que tenía compañía, y desde luego no era mi abuelo, pero no voy a hablar con esta chica de mi situación con Leigh. Ni ahora, ni nunca.

—Una amiga estaba en el pueblo.

Espero otro asalto de preguntas, pero no me hace ninguna más. Yo tengo unas cuantas para ella, pero parece haber terminado de hablar, y temo que si continúo con la conversación probablemente seré yo quien se arrepienta.

Después de unos diez minutos de balancear las piernas y silencio, comienza a hacer preguntas otra vez. No son lo que espero, pero nada con esta chica lo es. Y esas preguntas no me importan. Me pregunta acerca de herramientas, y madera, y construir muebles. No sé cuántas preguntas me hace, pero sé que tengo la voz ronca para cuando acaba la noche.

Cuando se baja de la mesa (su señal universal de «me voy ya»), le digo lo que he estado pensando toda la noche.

—No eres como esperaba que fueras.

Capto su mirada, y realmente parece un poco sorprendida y muy curiosa, lo cual creo que trata de ocultar.

—¿Cómo esperabas que fueras?

—Silenciosa.

Capítulo 18

Nastya

La voz de mi madre. Es lo primero que recuerdo después de abrir los ojos.

«Mi niña preciosa. Has regresado a nosotros.»

Pero se equivocaba.

* * *

Si Edna St. Vincent Millay tenía razón y la infancia es el reino donde nadie muere, entonces mi infancia acabó cuando tenía quince años. Lo cual supongo que es más de lo que tuvo Josh, porque, por lo que he oído decir a Drew, la suya acabó a los ocho. No sé más que eso, porque no le hago a Josh preguntas que yo misma no estoy preparada para responder.

Tengo que ir a casa este fin de semana. Mi madre esperaba que fuera a verla hace un mes. Me sorprende que no se haya presentado aquí: no es del estilo de Charlotte Ward esperar cuando quiere algo.

En realidad, no tengo muchas cosas que meter en la maleta. He dejado allí la mayoría de mi ropa vieja. No voy a ver a nadie, a excepción de mi familia y un terapeuta, así que voy a dejar mi atuendo de Hollywood en casa de Margot, lo que significa que mis pies serán felices al menos durante un par de días. Tengo que perderme las clases el viernes para poder llegar a Brighton lo bastante temprano como para asistir a la cita con el terapeuta que ha concertado mi madre. Pensé en decirle a Josh que me iba, pero al final acabé no mencionándolo por un montón de razones, principalmente porque no soy responsable de él. Probablemente podría volver antes de las seis del domingo para llegar a tiempo a la cena, pero creo que es mejor que me la salte esta semana.

Cuando atravieso la puerta principal del edificio de estilo victoriano muy fuera de lugar en el que crecí, me siento en casa, pero la sensación solo dura un momento. No es real. Tan solo es una reacción espontánea, un eco de un sentimiento que solía existir. Por una vez, me gustaría ir a mi casa y que esta fuera lo que solía ser. Claro que a lo mejor tan solo estoy imaginando alguna clase de pasado mejor que existe más en mis recuerdos de lo que jamás existió en la vida real.

Mi madre está en la mesa del comedor que nunca utilizábamos, salvo en vacaciones. Tiene pruebas esparcidas por toda la superficie. Mi madre es fotógrafa, lo cual resulta un tanto divertido, porque es espectacular, pero en realidad ella nunca está en ninguna de las fotos, porque siempre es la que las saca. Trabaja de forma independiente, y nunca le faltan encargos porque es muy buena, lo que significa que puede establecer sus propias normas, aceptar los trabajos que quiera, ir y venir como desee. Las paredes de mi habitación en el piso superior solían estar cubiertas con fotos suyas. Todas mis favoritas. Me sentaba a la mesa y miraba las pruebas con ella y escogía las que me llamaban la atención. Siempre había una que destacaba por encima de las otras, y yo la señalaba y ella me hacía una copia. Era nuestro ritual. Ni siquiera recuerdo la última fotografía que escogí. No sabía que iba a ser la última. Podría caminar hasta ella, sentarme en la mesa y señalar una ahora mismo, pero no lo hago. Mis paredes están cubiertas de papel de pared nuevo.

Se levanta de la silla en cuanto me ve. No creo que tarde más que tres pasos en llegar hasta el umbral y rodearme con los brazos. Le devuelvo el abrazo porque lo necesita, aunque yo no lo haga. Es diferente de abrazar a la señora Leighton, pero no de la forma que uno pensaría. Abrazar a mi madre es mucho más incómodo. Se aparta y veo la expresión de sus ojos, a la que tanto me he acostumbrado, la que he visto un millar de veces en los últimos tres años. La expresión de alguien que está mirando por la ventana, esperando a alguien que sabe que no va a volver nunca.

Yo no soy la única que ya no es la misma persona. Ninguno de nosotros lo es. Desearía poder haber hecho las cosas diferentes para ellos, haberles dado todo lo que creían que habían recuperado aquel día, cuando me encontraron viva en vez de muerta. ¿Quién sabe cómo seríamos ahora si mi madre hubiera podido ver cómo me desvanecía y me alejaba de ella? Habría perdido a su niña de todos modos, solo que más tarde y de forma gradual. No de la forma en que sucedió: de un golpe repentino. Incluso aunque las cosas no hubieran ocurrido como lo hicieron, la parte infantil dentro de mí hubiera

desaparecido de todos modos con el tiempo, de forma imperceptible. Simplemente crecí demasiado, y demasiado rápido. Todo de golpe.

Y ella no estaba preparada para decirme adiós.

Me salva la aparición de mi hermano, Asher, que baja la escalera dando saltos. Es un año más joven que yo, y parece medio metro más alto. Me da un abrazo de oso y me levanta del suelo. Le he escrito unas cincuenta notas diciendo que no me gusta que me toquen, pero o bien no se ha molestado en leerlas, o simplemente no le importa. Se niega a adherirse a ninguna regla ni a someterse a ningún límite en lo que respecta a mí. Molesta a mis padres y a mí me toca los ovarios de una forma que solo un hermano puede hacerlo. Asher me dice lo que piensa, y yo se lo permito. Es el único que lo hace. No tiene miedo de perderme ni de alejarme, porque sabe que ahora mismo no puedo estar más lejos, y supone que no tiene nada que perder.

Dispongo de una hora antes de tener que ir a terapia. Asher dice que me llevará él en coche, y yo me encojo de hombros. Puedo ir yo sola, pero mi cita es a las tres y media, que para mí es la hora maldita, así que me vendrá bien la compañía, y además, lo echo de menos. Puede que Asher sea mi hermano pequeño, pero no creo que él se dé cuenta. Le daría una paliza al mundo entero por mí si eso hiciera que mejoraran las cosas, y creo que siente que ha fracasado porque no es así.

Durante el camino, me cuenta historias acerca del instituto. Está en tercero, y es popular. Es lo que tiene jugar al béisbol en lugar de tocar el piano. Está saliendo con una chica llamada Addison, y me gustaría decirle que su nombre tiene el desafortunado significado de «hijo de Adán». De todos modos, le daría igual, porque según él «está buenísima», aunque tengo la sensación de que esa no es la historia completa. Puede decir lo que quiera para quedar bien, pero conozco lo bastante a Asher como para saber que «estar buenísima» tan solo sirve hasta cierto punto, y más allá la chica debe tener algo de sustancia. No tiene que preocuparse. No voy a delatar su fracaso a la hora de ser un imbécil. Hay suficientes imbéciles en el mundo, y me alegra que mi hermano no sea uno de ellos. Va a dos clases avanzadas este curso, lo cual supone dos más que yo, y hará los exámenes de aptitud escolar en unas pocas semanas, así que ha estado empollando como si no hubiera mañana, y estoy invitada a ayudarlo durante el fin de semana si quiero. No sé lo que implicaría esa ayuda, pero tengo la sensación de que estaría entorpecida por mi silencio, así que lo dejaré solo. Durante el viaje de quince minutos, me veo envuelta en

las últimas siete semanas en el mundo sin complicaciones de Asher Ward. No me extraña que su nombre signifique «bendecido».

Asisto a mi sesión de terapia, aunque no digo nada, porque todo el mundo es muy tolerante conmigo cuando lo hago. No sé qué clase de bien pueden hacerme unas sesiones de terapia muy de vez en cuando, pero al parecer que vaya demuestra que estoy haciendo un esfuerzo. No es cierto. El único esfuerzo que estoy haciendo es hacer lo mínimo imprescindible para que me dejen en paz.

Soy una experta en toda clase de terapia. En lo único en lo que no soy experta es en conseguir que funcionen. Mis padres me metieron en terapia antes de que saliera siquiera del hospital, lo cual es lo recomendable cuando el diablo encuentra a tu hija de quince años y el más allá la escupe de vuelta al mundo de los vivos.

Estuve en terapia el tiempo suficiente para saber que nada de lo que me pasó fue culpa mía. Yo no hice nada para invitarlo ni para merecerlo. Pero eso tan solo hace que las cosas sean peores. Tal vez no me culpe a mí misma por lo que sucedió, pero cuando te dicen que algo pasó de forma total y completamente fortuita, también te están diciendo algo más: que nada de lo que hagas importa. No importa si lo haces todo bien, si te vistes de la forma apropiada y actúas de la forma apropiada y sigues todas las normas, porque el mal te encontrará. El mal tiene muchos recursos.

El día que el mal me encontró, yo llevaba una blusa de seda rosa con botones en forma de perla y una falda de encaje blanca que me llegaba hasta las rodillas, y me dirigía al instituto a grabar una sonata de Haydn para mi audición para el conservatorio. Lo triste es que ni siquiera necesitaba hacerlo. Ya la había grabado una vez, junto a un estudio de Chopin y un preludio y fuga de Bach, pero no estaba contenta con la sonata, y quería grabarla otra vez. Tal vez si hubiera podido vivir con esa pequeña imperfección, no estaría ahora viviendo con una tan enorme.

En cualquier caso, de todos modos no estaba haciendo nada malo. Estaba fuera, a plena luz del día, y no merodeando en la oscuridad. No estaba saltándome las clases ni escapándome. Estaba yendo exactamente adonde se suponía que tenía que ir, exactamente cuando se suponía que tenía que hacerlo. Él no me estaba persiguiendo. Ni siquiera sabía quién era yo.

Te dicen que fue algo fortuito para que no te culpes. Pero lo único que oigo es a ellos diciéndome que no tengo control, y si no tengo control, entonces estoy indefensa. Habría preferido tener la culpa.

También he hecho lo del grupo de apoyo, pero lo odiaba incluso antes de dejar de hablar. Nunca comprendí cómo se suponía que escuchar las historias de la mierda de los demás iba a hacerme sentir mejor por la mía. Todo el mundo se sienta y se lamenta por la mala suerte que ha tenido. A lo mejor es simplemente que no soy una sádica. No me consuela ver a otra gente tan destrozada como yo. No hay seguridad alguna en ello. Solo más miseria, y ya tengo bastante yo solita.

Además, los grupos de apoyo se vuelven un tanto antagónicos cuando no hablas. Es como si estuvieras robando el dolor de todos los demás, tomándolo, pero sin ofrecer nada a cambio. Me tratan como si fuera una especie de ladrona. Una vez, una chica rubia llamada Esta (un nombre para el que no pude encontrar ningún significado que no fuera el del demostrativo castellano) me dijo que tenía que «aportar algo o cerrar la boca», y no estaba segura de cómo reaccionar ante eso, pero habría merecido la pena hablar solo para preguntarle qué demonios se estaba fumando. Después descubrí que su madre la había apuñalado, y reírme de ella dejó de ser divertido.

Escuché cosas acerca de violaciones, heridas de bala y delitos raciales, gente que conocía a sus atacantes, gente que no, gente cuyos agresores fueron castigados y gente cuyos agresores no lo fueron. No hay ningún consuelo en ello. Si se supone que cotillear en las pesadillas de alguien tiene que hacerme sentir mejor, prefiero seguir sintiéndome como una mierda. No creo que contarle a nadie mi historia de terror vaya a servirme de nada. Y, además, se supone que ni siquiera tengo una historia que contar.

Y así es como fue semana tras semana. Me sentaba en un círculo y un puñado de personas que habían pasado por tanta mierda como yo me miraban como si me hubiera colado en el club sin pagar la inscripción. Y me entraban ganas de gritar y decirles que la había pagado igual que todos los demás de la habitación, simplemente no tenía ganas de ir enseñando el recibo.

Hoy mi terapeuta no me habla sobre la culpa. Me habla sobre hablar. Me gustaría poder decir que la escucho, pero me paso la mayor parte del tiempo pensando cómo mejorar mi receta de pastel de ángel, y también en técnicas de *kickboxing*.

En el viaje de vuelta a casa, escucho lo que sabía que estaba por llegar.

—Mamá sigue pensando que a lo mejor vuelves. —Asher no me mira cuando lo dice. Ni siquiera sabe si se refiere a volver a casa o simplemente volver—. No vas a hacerlo. —Ni siquiera se molesta en que suene como una pregunta. Después, mejora más todavía—. Quieren que vuelvas a hablar con la detective Martin. —Por supuesto que Ash iba a ser el

encargado de soltar la bomba. Sé que odia que lo pongan en esta posición, pero, de algún modo, Asher se ha convertido en el camino más fácil para mí—. Vendrá a casa si quieres, para que no tengas que ir a la comisaría, pero quieren enseñarte algunas fotos. Saben que no recuerdas nada, pero quieren que las mires de todos modos, por si acaso algo te vuelve a la memoria.

Miro por la ventana para no tener que mirarlo a la cara mientras le miento con mi silencio. No necesito que nada me vuelva a la memoria. La memoria vuelve a mí. Lo recuerdo todo.

Cada detalle.

Cada noche.

Los últimos 473 días.

El sábado me encuentro con la detective Martin. Miro las fotos. Compruebo los dibujos. Niego con la cabeza. No está allí. Nunca está. No tienen ni idea de lo que están buscando. Nos da otra tarjeta de presentación. No sé cuántas tenemos ya.

Debería contarle. Sé que debería. Pero es mío. No quiero que tenga la oportunidad de escapar. Quiero que pague, y quiero ser yo quien decida cómo.

El domingo por la mañana mi padre hace tortitas para desayunar, tal como siempre solía hacer. Bajo y me encuentro con el olor del beicon friéndose, y sé que dentro de dos días todavía se podrá oler el aroma de la grasa del beicon en la casa. Yo ya no estaré aquí dentro de dos días para olerlo, pero el aroma seguirá aquí aunque yo no lo esté.

Asher baja llevando solo un bañador, sin camiseta, y mi madre lo envía enseguida a su habitación para que se ponga una. Él gruñe ante la orden, pero sube de todos modos. Va a ir a la playa con la famosa Addison Hartley, que lo recogerá en menos de una hora. Lo cierto es que me emociona conocer a la chica que hace que mi hermano trate de actuar como si no actuara como un tonto enamorado. Me alegro por él, porque ir a la playa con alguien de quien estás estúpidamente enamorado es una cosa increíblemente normal. Me invita a ir con ellos, pero me niego rotundamente.

—Ven con nosotros. Será divertido —intenta convencerme. Estoy segura de que sería divertido, si tan solo fueran Asher y su novia. Aunque estoy terriblemente pálida, todavía podría habérmelo planteado, de no ser por todos los otros chicos que sé que estarán ahí.

Puede que me haya ido, pero en Brighton no me han olvidado. Vuelvo a negar con la cabeza.

—Ve con él. Todos tus antiguos amigos estarán ahí —dice mi madre, esperanzada. Es difícil ver esperanza en la cara de tu madre cuando sabes que vas a matarla. No sé por qué es más ilusa: por pensar que eso va a convencerme, o por pensar que realmente tengo antiguos amigos. Las únicas antiguas amigas que tengo probablemente se pasarán el sábado con un instrumento musical, no corriendo por la playa medio desnudas.

—Nada te impide que vayas, Mil... —dice mi padre, y se detiene antes de terminar. Claro, papá, nada salvo el hecho de que tengo que llevar una camiseta todo el tiempo para esconder las cicatrices y esquivar miles de preguntas que no querría responder incluso aunque hablara. Que me empalaran con una lanza sería menos doloroso.

Si tuviera que decidir para quién ha sido más difícil toda esta situación de mierda, diría que mi padre. Mi padre mola, aunque sea silencioso. Es gentil, protector y, si tiene que serlo, feroz para defender a sus hijos; como todos los padres deberían ser. El problema es que no me protegió, porque no pudo. Nadie pudo. Pero no creo que él lo vea de ese modo.

—Tienes que volver a unirme al mundo en algún momento —comienza, y me doy cuenta de que va a darme su lección de «sin excusas». A Asher y a mí nunca nos han permitido poner excusas para nada, ni siquiera ahora. Tengo la sensación de que está hablando de algo más que de ir a la playa—. No tuviste elección en lo que te sucedió; ninguno de nosotros la tuvo. Pero tú tienes elección en lo que pasa ahora. Nosotros no la tenemos. Eres tú quien tiene el control, y lo único que podemos hacer los demás es sentarnos a un lado y observar, incluso aunque no dejes de equivocarte una y otra vez. —Estamos entrando obviamente en terreno peligroso—. No vamos a obligarte a hacer nada para lo que no estés preparada. Ya te han obligado a demasiadas cosas. Pero debes tomar una decisión sobre cuánto tiempo vas a dejar que eso defina tu vida.

Ahora me parece que mis padres se han arrinconado a sí mismos por culpa de su insistencia, mientras crecíamos, de que Asher y yo teníamos que tomar nuestras propias elecciones, ser conscientes de ellas y vivir con las consecuencias. Ahora no pueden retirarlo. Ahora tienen que permitirme tomar mis propias decisiones, incorrectas o no, y observarme vivir con ellas, porque eso es lo que me han enseñado a hacer.

No pasaba nada cuando ser la pianista de Brighton definía mi vida. Cuando estaba tomando las decisiones correctas. Cuando todas mis decisiones estaban influenciadas por

lo que mis padres querían que decidiera. Dejé que su corriente me condujera, que me puliera y me diera forma, como una piedra empujada por la arena, hasta que fuera perfecta. Y en cuanto lo fui, me arrancaron del agua, me lanzaron y me quebraron en un millar de fragmentos que no puedo volver a unir. No sé adónde han ido. Y faltan tantos que los que aún me quedan ya no encajan entre ellos.

Creo que me quedará hecha pedazos. Puedo moverlos, reorganizarlos dependiendo del día, dependiendo de lo que necesite ser. Puedo cambiar de golpe y ser muchas chicas diferentes, y ninguna de ellas tiene que ser yo.

Nos sentamos a la mesa y comemos tortitas hechas con una mezcla ya preparada. Ni siquiera Asher dice nada más. Después del desayuno, voy a mi habitación y busco más nombres que añadir a las paredes. Veo por la ventana que Addison llega, pero no bajo. No tengo la oportunidad de conocerla, pero Asher tiene razón: está muy buena.

* * *

Entro en mi coche justo después de las cinco, el domingo por la tarde. Todos me acompañan fuera. Mi madre me recuerda que le envíe un mensaje cuando regrese a casa de Margot, para saber que he llegado bien. Mi padre me abraza y cierra la puerta de mi coche, ahora muy limpio, pues ayer obligó a Asher a que lo ayudara a limpiarlo. Cierro las puertas en cuanto entro, enciendo la radio y me marchó.

Ir a casa es como un choque cultural. Diferente casa, diferente cara, diferente ropa, diferente nombre. La misma colcha. A veces pienso que no me importaría meter a Asher en una caja y llevarlo a casa de Margot conmigo, pero entonces vería cómo soy allí. Que probablemente he empeorado en lugar de mejorar, y tendría que enfrentarme a las mismas decepciones y esperanzas perdidas de las que huí en primer lugar. Además, una vez que me mirara dos veces y me reconociera, probablemente le pegaría una paliza a cualquier chico que me mirara en toda mi gloria de Blancanieves en lencería.

Para cuando llegue a casa de Margot, serán más de las siete. Lo he planeado así a propósito, para no tener que decidir si ir o no a casa de Drew. Estoy comenzando a sentirme culpable por el hecho de que ni Josh ni yo hemos hecho intento alguno de hablarle de la cantidad de tiempo que pasamos juntos. No es que me importe realmente que Drew lo sepa; creo que finalmente ha aceptado el hecho de que no hay alcohol suficiente en el mundo para conseguir que me acueste con él, así que ese no es el

problema. El problema es que inevitablemente comenzaría a preguntarse cómo es posible que Josh y yo pasemos tanto tiempo juntos sin hablar, e incluso aunque sus sospechas no tengan confirmación alguna, siguen siendo sospechas que preferiría evitar. Además, para ser honesta, las horas que paso en ese garaje con Josh, lejos del instituto, de Margot y de todo lo demás, son mías. Simplemente no quiero compartirlas aún, y al parecer Josh tampoco ha dicho nada todavía.

Capítulo 19

Josh

—Nastya no llegará a tiempo para la cena. Me ha pedido que trajera esto aquí de camino al trabajo.

La mujer rubia de la puerta me entrega una tarta helada muy alta y elaborada. Puedo ver el estampado azul en el borde del plato. La última vez que vi este plato, estaba en mi porche, lleno de galletas.

—¿Te lo ha pedido? —pregunto con escepticismo. ¿Habla con otra gente y ha estado mintiéndome? No sé por qué, pero eso me molesta. Mucho.

—Ha escrito esta dirección debajo de las palabras «llevar», «domingo» y «17:45». Debajo añadió «por favor». Es el mensaje más largo que me ha dado en años.

Parece irritada por tener que explicarse.

—Vale. Gracias.

Tomo la tarta de entre sus manos, y ella me mira como si estuviera esperando algo.

—¿Quién eres? —pregunta.

—Josh Bennett.

«¿Quién eres tú?»

—¿Puedo pasar?

La petición me pilla un poco por sorpresa, pero no quiero ser maleducado. Vuelvo a mirarla. Es muy delgada, de piel morena y cabello rubio, y no me recuerda ni remotamente a ningún asesino en serie. Tampoco se parece a Nastya, pero supongo que es la tía de la que ha hablado Drew, así que abro más la puerta y dejo que entre. No sé qué es lo que quiere de mí, a no ser que Nastya se esté burlando de mí de más formas de las que imagino y esta mujer sepa cosas que yo no sé.

—Margot Travers. Nastya vive conmigo. —Extiende la mano, y yo levanto la tarta como respuesta—. Escucha, no voy a andarme con rodeos porque tengo que estar pronto en el trabajo y, sinceramente, no es mi estilo. —Vale...—. Incluso aunque no hubiera tenido que traerte la tarta, me habría pasado este fin de semana de todos modos para descubrir qué está pasando. —No puedo decidir si estoy más nervioso o curioso, pero desde luego estoy escuchando—. Hay un rastreador en el móvil de Nastya. —Se detiene durante un segundo, supongo que para darme un momento para reaccionar. No lo hago—. Lo compruebo periódicamente, y hace unas pocas semanas apareció esta dirección, así que comencé a comprobarlo más a menudo, ¿y sabes lo que encontré? —Por supuesto que lo sé, y tú sabes que lo sé. Tan solo quieres preguntarlo para dar efecto dramático, pero me lo vas a decir de todos modos—. Esta dirección aparecía una vez, y otra, y otra... a las nueve de la noche, a las diez, a las once. A veces a medianoche. —Suenas correcto. No lo niego ni lo confirmo. Dejaré que siga hablando hasta que me pregunte algo directamente—. ¿Hay algo que quieras decirme? —pregunta expectante.

—¿Hay algo que quieras saber?

Me siento como si estuviera en séptimo curso, en mitad de una batalla de miradas.

—¿Qué está pasando?

—¿Por qué no se lo preguntas a ella?

Me mira como si dijera «Sí, claro».

—No habla conmigo.

Cada vez que se detiene, sus ojos examinan la habitación, como si estuviera buscando mi colección de porno o la entrada a mi laboratorio de metanfetamina secreto. Me siento un tanto insultado por el hecho de que esta mujer casi empujara por la puerta a Nastya para que se fuera con Drew, y ahora esté aquí sometién dome a un tercer grado. A lo mejor es porque Drew aparece, llama a la puerta y la invita a una cena con carabinas el domingo por la noche, mientras que yo dejo que se oculte a escondidas en mi garaje, por la noche, sin supervisión de ningún adulto por ninguna parte.

—Entonces, ¿por qué debería hacerlo yo? —respondo, porque ahora estoy simplemente comportándome como un niño. Pero entonces me doy cuenta de lo que está preguntando realmente, lo que de verdad quiere saber. Y no es mi primera sospecha. Porque esta mujer no está tratando de averiguar si su sobrina se escapa aquí para acostarse conmigo. Quiere saber si está «hablando» conmigo. Tomo aliento, porque ahora quiero que esto acabe, y si le doy cualquier clase de respuesta, a lo mejor me dejará en paz. Además,

tengo la sensación de que va a comenzar a establecer normas o amenazas, y lo cierto es que no llevo bien ninguna de las dos. Puede que no sepa si quiero o no que Nastya esté por aquí todo el tiempo, pero no me gusta la idea de que otra persona tome esa decisión por mí. Puedo darle una respuesta, pero lo estoy haciendo por mi beneficio, no por el suyo—. Está en mi clase de Carpintería. Está muy por detrás de todos los demás, así que viene por aquí por la noche cuando sale a correr y me observa trabajar.

Me mira durante el tiempo suficiente como para hacer que me pregunte cómo va a responder.

—¿Eso es todo? —Sueno decepcionada, y vuelve a entrecerrar los ojos—. ¿A tus padres no les importa que esté aquí tanto tiempo?

—No les importa en absoluto.

No es una mentira. En realidad, no.

—¿Dónde está Nastya?

Me encuentro con el padre de Drew prácticamente nada más entrar en la puerta para la cena. El comentario hace que su madre doble la esquina un segundo después. La música ya está puesta, y sé que es la de Sarah. Preferiría escuchar una sierra circular, pero no tenemos permitido meternos con la música de nadie cuando le toca ponerla esa semana.

—¿Nastya no viene? —pregunta la señora Leighton, quitándome la tarta de las manos y sonando verdaderamente decepcionada—. Entonces, ¿de dónde ha salido esto?

—Su tía la dejó en mi casa esta tarde y me dijo que quería que la trajera.

—¡Es lo más dulce del mundo! —exclama, llevándola hasta la cocina. No sé si hay otra persona en la Tierra que se refiera a Nastya como lo más dulce del mundo, y me pregunto si ve algo que el resto de nosotros no vemos.

Acabamos cenando solos los cinco, como tantas veces en el pasado. No hablamos de Nastya en absoluto, hasta que llega el momento del postre y sacan la tarta.

—Es muy rarita —dice Sarah, contenta de poder por fin hablar a sus espaldas. Me mira cuando lo dice, y yo aparto la mirada porque me está cabreando.

—Sarah, no todo el mundo ha tenido una vida tan fácil. Algunas personas tienen problemas, y necesitas aprender a empatizar, no a juzgar.

La señora Leighton la atraviesa con la mirada que nos ha mantenido a los tres a raya durante años, cuatro si cuentas al señor Leighton.

–¿Es por eso por lo que la invitas?

Mierda. Me pregunto si mi voz habrá sonado tan cabreada como me parece.

–No, nos cae bien de verdad.

Suena sorprendida por la pregunta. Su respuesta es sincera, pero es la sinceridad lo que me cabrea. Antes de que tenga la oportunidad de responder, Sarah abre su boca maliciosa y me salva de mí mismo, aunque solo sea durante un momento.

–Habla por ti.

–Cierra la boca, Sarah –contraataca Drew con la frase que debe de salir de su boca cien veces al día.

–¡Drew!

La señora Leighton deja su tenedor junto al plato, y es evidente que le duele no estamparlo sobre la mesa.

–¿Qué? ¿Ella puede ser una zorra, pero yo no puedo decirle que cierre la boca?

Se pone en pie y aparta la silla de la mesa.

–Siéntate, Drew.

La calma forzada en la voz de su madre es una advertencia, y él se sienta. Está preparándose para que le eche la bronca, pero yo todavía no he terminado.

–¿Cómo puede caerte bien? Ni siquiera la conoces.

Debería dejar el tema. Sé que debería, pero no lo entiendo. Es como si fuera una novedad, o una mascota. «Mirad a la chica muda atormentada y perdida que hemos acogido. ¿No somos increíblemente generosos y comprensivos?» Lo odio, y no me gusta que salga de la madre de Drew.

–No sé lo bien que puedes conocer realmente a una chica que no puede hablar –dice comprensivamente.

«Que no habla», la corrijo en silencio. Puede, pero no lo hace. Eso lo sé.

La atención de la señora Leighton está ahora sobre mí. Está tratando de explicármelo a mí, y también a ella misma. Quiere convencerme, pero no necesita hacerlo. Yo ya lo sé. La respuesta es «No puedes». No puedes conocerla en absoluto, al menos no a Nastya, porque no te da nada, y lo que te da no es real. Puede que a mí sí me hable, pero yo tampoco la conozco.

–Entonces, ¿cómo puedes decir que te cae bien?

Ya no estoy tan enfadado, pero quiero saberlo.

—Es evidente que es una buena chica. Tiene modales. Nunca viene a cenar con las manos vacías. —No sabía que los modales equivalieran a ser buena persona, pero mantengo la boca cerrada, porque estar enfadado con Sarah es una cosa, pero estarlo con la madre de Drew es algo completamente distinto. No creo que nunca antes haya hecho nada para cabrearme, y la sensación es un asco. Ni siquiera sé de dónde viene—. Está claro que está pasando algo en su vida, y no podemos juzgarla...

—Entonces, ¿por qué es? ¿La invitas porque te da pena, o porque la estás usando para enseñar a Sarah a ser mejor persona?

He tenido que cortarla. Se estaba acercando demasiado al punto donde comenzaría el psicoanálisis, y no quería que eso sucediera. No quería oírlo. Me sentiría demasiado como si estuvieran psicoanalizándome a mí, abriéndome por dentro y diseminando cada acción, decisión y motivación, para poder sentirse superiores y cuerdos. No quería que se lo hicieran a ella cuando ni siquiera está aquí. Por supuesto, me siento como si acabara de abrirme por completo a ellos, como si les hubiera evitado el problema y sacado mis sentimientos para que pudieran esparcirlos por la mesa del comedor y empujarlos con un palo.

—Josh.

Dice mucho con esa palabra. Como si estuviera llamándome la atención, y juzgándome, y cuestionándome, y sintiendo lástima por mí. Todos me miran, pero no puedo culparlos. Yo los he invitado a ello siendo un cabrón estúpido que no es capaz de mantener la boca cerrada. Ni siquiera he estallado. Ni siquiera he alzado un poco la voz. No creo que mi tono haya cambiado siquiera lo más mínimo, pero aun así no están acostumbrados a ello. Es el equivalente de Josh Bennett a tatuarme su nombre en el pecho. Deplorable, estúpido y, la verdad, jodidamente vergonzoso.

—Lo siento —continúa la señora Leighton, y ahora me doy cuenta de que piensa que me estoy engañando a mí mismo. Pero yo no soy quien adopta animales extraviados. Yo no estoy tratando de salvar a nadie.

—No es un mono de feria.

Vuelvo a cortarla porque no quiero las disculpas de la señora Leighton. No tiene por qué dárme las. Debería dejar el tema ahora que puedo, pero eso sería algo inteligente, y hoy no estoy siendo inteligente.

—Se viste como uno.

Evidentemente, Sarah tampoco está siendo inteligente.

—A mí me gusta cómo se viste.

No sé si Drew está tratando de hacer que nos calmemos recordándonos a todos lo idiota que es, o si simplemente es tan solo un idiota.

—Menos trabajo para ti —responde ella.

—¿Qué problema tienes, Sarah? —replico.

—¿Qué problema tienes tú? Mis padres no pueden portarse bien con ella, y yo no puedo portarme mal con ella. Eres tú quien tiene problemas.

A Sarah no le importa alzar la voz. Lo peor es que tiene razón. Soy yo quien tiene un problema, y ni siquiera sé de qué problema se trata.

No sé cómo la cena ha acabado convertida en el desastre en el que estamos ahora, pero tengo la sensación de que yo tengo la culpa. Podría haber mantenido la boca cerrada, escuchar cómo jugaban a tratar de comprenderla y dejarlo estar. Pero no lo he hecho.

La señora Leighton se las arregla para arrinconarme junto a mi camioneta antes de que pueda marcharme, y desearía que se limitara a dejarme en paz como hace todo el mundo. Al parecer, esta mujer me ha reclamado, me guste o no.

—¿Quién de los dos está saliendo con esa chica?

—No creo que ninguno de los dos esté saliendo con ella. —Quizás Drew, pero no lo creo. Al menos, «saliendo» no sería la palabra para ello, pero no quiero pensar demasiado en eso—. Drew, supongo.

—Eso lo dudo.

Me dirige una mirada llena de intención.

—Entonces, ¿por qué me lo preguntas?

—Josh. —Me gustaría que dejara de decir mi nombre de esa forma. Suave y dudosa, como si estuviera lamiendo un cristal roto—. Mira cómo se viste, cómo se cubre la cara con ese maquillaje, y el hecho de que no hable. Puede que permanezca en silencio, pero está pidiendo ayuda a gritos.

Me siento como si estuviera viendo un episodio de *Hospital General*.

—Entonces, ¿por qué no se la da nadie?

—A lo mejor nadie sabe cómo hacerlo. A veces es más fácil fingir que nada va mal que enfrentarse al hecho de que todo está mal, pero eres incapaz de hacer algo al respecto.

Me pregunto si estará hablando de mí, y si piensa que está siendo sutil.

–¿Por qué me dices esto a mí? ¿No deberías estar hablando con Drew?

–A Drew no le importa.

Su acusación está clara, así que le respondo.

–Y a mí tampoco.

Capítulo 20

Nastya

Odio mi mano izquierda. Odio mirarla. Odio cuando se estremece y tiembla y me recuerda que mi identidad ha desaparecido. Pero la miro de todos modos, porque también me recuerda que voy a encontrar al chico que me lo arrebató todo. Voy a matar al chico que me mató, y cuando lo haga, voy a hacerlo con mi mano izquierda.

* * *

Clay Whitaker me persigue de camino a la primera clase del jueves, con el pelo tan desastroso como su ropa, y con aspecto de ser un refugiado de la Isla de los Chicos Marginados. Su cuaderno de dibujo está cerrado y metido debajo de su brazo, como de costumbre, como si estuviera pegado a él o algo. Todavía me encantaría ver lo que hay en su interior. Me pregunto cuántos tendrá, y lo rápido que los llenará. No puede ser siempre el mismo cuaderno. A lo mejor utiliza tantos cuadernos de dibujo como yo cuadernos de composición en blanco y negro. Su armario probablemente tenga una pila desde el suelo hasta el techo, y apuesto a que si los miraras todos no encontrarías la misma imagen exacta en cada página. No como mis cuadernos. Los suyos probablemente son como un álbum de fotos de recuerdos, donde puede mirar hacia atrás y saber exactamente en qué estado de su mente se encontraba cuando hizo el dibujo. Los míos no son así. No puedo pasar las páginas, leer lo que escribí y decir lo que estaba pasando en mi vida, en mi mente, en ese momento. Solo puedo decir lo que pasó un día en particular, y es el día que se supone que no debo recordar.

—¡Eh, Nastya!

Está jadeando cuando me alcanza, y sonriendo con la respiración entrecortada. Me detengo y me aparto a un lado de modo que no estemos en mitad del pasillo. Siento curiosidad, porque Clay me saluda si nos encontramos, pero nunca me busca.

—Quería pedirte un favor, y supuse que como más o menos me lo debes, dirías que sí.

¿En serio? No me importa qué favor quiera, pero estoy tratando de descubrir por qué se lo debo. Lo miro estrechando los ojos, pero su sonrisa permanece allí.

—¿Cuántas veces has entrado en el ala de Inglés a la hora de la comida porque cierto libro estaba sujetando la puerta? Un libro que, por cierto, está hecho un asco y probablemente voy a tener que pagarlo, así que supongo que me lo debes el doble.

Lo acepto. «Venga ya. Suéltalo». Hago un gesto con mi mano.

—Quiero dibujarte.

No es lo que esperaba, pero la verdad es que no me había detenido a pensar en lo que esperaba. No es una petición tan inusual, teniendo en cuenta que proviene de Clay Whitaker, pero no sé por qué quiere dibujarme a mí. Espero que no piense que voy a posar desnuda para él, porque eso no va a pasar. Doy un golpecito en su cuaderno de dibujo y hago un gesto para que lo abra. Me moría de curiosidad por saber lo que hace, y no podría haberme dado una excusa más perfecta. Su sonrisa se ensancha más si es posible, pero ahora además es genuina. Ya no está tratando de venderme nada, incluso aunque eso es exactamente lo que van a hacer sus dibujos.

Hemos estado mirándonos cara a cara, pero él se mueve para colocarse a mi lado, y apoya la espalda contra la pared de modo que se queda hombro con hombro conmigo. Deja la mochila en el suelo y abre el cuaderno. El primer dibujo es de una mujer mayor, con una cara llena de arrugas y los labios delgados. Tiene los ojos hundidos, y resulta horriblemente deprimente. Lo miro y veo que está esperando mi reacción. No sé qué reacción darle, así que hago un gesto para que pase la página. El siguiente dibujo es la cara de un hombre. Parece una versión mayor de Clay, y debe de ser su padre, a menos que se trate de alguna especie de autorretrato del futuro. Al igual que el primer dibujo, es perturbadoramente real. Juraría que puedo mirarlos a los ojos y saber lo que estaban pensando. No solo es que sean dibujos inspirados, es que casi dan miedo. La siguiente es de una mujer cuyos ojos me doy cuenta de que están inyectados en sangre, a pesar de que el dibujo está en blanco y negro, y mi reacción es casi visceral. Puedo sentirlo. Quiero tocarla y descubrir lo que le pasa. Pero no es nada comparado con lo que siento cuando veo la siguiente página que me enseña.

Me estoy mirando a mí misma. El dibujo es de mí, pero no soy yo. Es una yo que él nunca ha visto. Mi cara parece más joven, y mis ojos están limpios. No hay ni rastro de maquillaje en mí, y mi pelo está recogido en una coleta que llevo por encima del hombro. Este dibujo sí que lo toco. No puedo evitarlo. Mi mano simplemente va hacia allí. La aparto en cuanto mis dedos tocan el papel. Me gustaría que no me hubiera enseñado aquí este dibujo. No puedo seguir mirándolo. Cierro el cuaderno y se lo devuelvo.

Ahora no estoy tan segura de que el segundo dibujo no sea realmente un autorretrato del futuro, después de todo. Estoy convencida de que podría fácilmente mirar una cara y envejecer no solo la piel, sino también a la persona que hay tras ella. Es lo que me ha hecho a mí, pero al revés. Me ha devuelto al pasado. Ha quitado los días y los años y todo lo que sucedió en ellos y me ha dibujado tal como era.

Cuando me giro para mirarlo, no sé lo que hay en mi expresión. Podría ser cualquiera de un millar de emociones que no quiero tratar de asimilar ahora mismo, en un pasillo antes de la primera hora. La campana va a sonar pronto, y el pasillo se está llenando a nuestro alrededor.

Clay me mira fijamente. Está esperando, y ya no sonríe. Debe de haberme observado todo el tiempo mientras yo miraba el cuaderno, calibrando mis reacciones mientras me mostraba su alma. Sin importar lo orgulloso que pueda sentirse, sé que mostrarme su trabajo tiene que ser como quitarse la ropa, dar vueltas desnudo delante de mí y esperar a que lo juzgue. Yo solía sentirme del mismo modo cuando tocaba algo que había compuesto yo.

—¿Y bien?

Saco un cuaderno de espiral de la mochila. La primera de las dos campanas de advertencia antes de clase acaba de sonar por el pasillo, y tengo que entrar en el aula. Escribo «¿Hora y lugar?» y se lo entrego, justo cuando Michelle, la del anuario, llega corriendo y lo coge del brazo para llevárselo.

—¡Venga! ¡Vamos a llegar tarde!

No creo que se haya dado cuenta de que estaba hablando conmigo.

—¡Búscame a la hora de la comida! —grita por encima del hombro mientras me alejo en dirección contraria, atormentada por mi propia cara.

* * *

—A la derecha. Solo un poquito. Un poco más. Déjalo, esta luz es un asco. Volvamos abajo. La cocina es el único lugar de esta casa que tiene suficiente luz natural decente.

Clay recoge su cuaderno de dibujo, sus carboncillos y algunos otros utensilios, y lo sigo mientras baja la escalera de la casa adosada en la que he pasado los últimos días. Está obsesionado, pero no puedo culparlo. Lo reconozco. Conozco la abrumadora necesidad de crear algo. Lo observo dibujar, y lo odio un poco por ello. No me siento mal por ello, sino que me parece justificado, pues lo echo de menos. Tengo tantas ganas de recuperarlo que volvería a destrozarme la mano solo para darme algo más que sentir. A veces el anhelo casi me mata de nuevo.

Resulta un tanto devastador estar rodeada de gente que puede hacer lo que tú ya no puedes hacer. Gente que crea. Gente cuyas almas ya no viven en sus cuerpos, porque se han entregado demasiado a su trabajo. Josh. Clay. Mi madre. Quiero robarles para poder vivir.

—¿Otra vez abajo?

Maddie Whitaker ha estado aquí cada día que he venido. Se dedica a introducir datos y trabaja desde casa, por lo que Clay dice que siempre está por aquí. Ve a su padre los fines de semana al otro lado del pueblo, lo cual es el motivo por el que me ha hecho sentarme para él durante la semana.

—Luz de mierda —dice, y es respuesta suficiente para ella.

Sonrío mientras paso a su lado y entonces recuerdo que no llevo nada de maquillaje, y miro hacia abajo instintivamente. En cuanto entré el primer día, Clay enseguida me mandó al baño a que me lavara «esa cosa» de la cara. No me lo pidió. Simplemente me lo dijo. Al parecer, eso también se lo debía. Podría haber discutido, pero he visto lo que las manos de Clay pueden hacer y no quiero meterme en su camino.

Permanezco sentada durante la hora siguiente, observando a Clay con el carboncillo en la mano, con las cejas unidas tal como se le ponen cuando está concentrado. Todavía no me ha dejado ver nada de lo que ha hecho. Ni siquiera sé cuántos dibujos ha hecho ya. Pensaba que había aceptado posar para uno, tal vez dos, pero parece que ya hemos sobrepasado esa cifra. Por unos ochenta números.

Finalmente se apiada de mí y me permite levantarme para ir al baño.

Escribo «¿cuántos más?» en un taco de notas adhesivas que encuentro en la encimera de la cocina, para retrasar el momento de tener que sentarme otra vez.

—No lo sé. Lo sabré cuando los tenga todos, pero no sabré cuántos más quedan hasta que acabe.

Le respondo garabateando «qué críptico». Si voy a pasar tanto tiempo con él, al menos tengo que poder comunicarme un poco. Además, Clay no va a delatarme.

—No estoy tratando de serlo. A algunas personas puedo capturarlas en un dibujo. Para la mayoría son dos o tres. Para ti es más.

Ahora lo ha conseguido. Me ha convencido. «¿Por qué necesitas tantos dibujos para capturar una cara?»

—No estoy tratando de capturar una cara. Estoy tratando de capturar todas las caras. — Se detiene para ver si lo he entendido—. La mayoría de la gente tiene más de una. Tú tienes más que la mayoría.

Desmenuza las caras y vuelve a unir las en una sola, tal como yo hacía con una pieza de música. Podía tocarla de cien maneras distintas, imbuirla de una emoción diferente cada vez, y tratar de encontrar su verdad. Él hace eso con las caras, salvo que no les aporta la verdad, sino que la saca dibujando. Está buscando la verdad acerca de mí. Me pregunto si la encontrará y, si lo hace, tal vez pueda mostrarme dónde se encuentra ahora.

Capítulo 21

Josh

La fresadora va mal por segunda noche consecutiva. Pensaba que anoche la había arreglado, pero ahora está volviendo a cabrearme. Quería acabar esta silla para cuando terminara la semana, porque tengo tres proyectos más esperando que deberían haber sido prioritarios a esto. Pero quería construir la silla, y no he podido sacármela de la cabeza, así que ahora estoy atrasado y estaré viviendo aquí el próximo par de semanas, tratando de volver a recuperar el ritmo. No me importa. Podría estar en lugares peores.

El silencio que hay aquí es extraño, aunque no debería serlo. Estoy acostumbrado al silencio, pero solo he necesitado unos días sin ella para sentirlo. Es inquietante. Años de trabajar aquí yo solo destrozados por menos de dos meses de su compañía. Y ahora lleva días sin pasarse por aquí. A lo mejor es algo bueno, porque obviamente necesito darme de bruces con la realidad. Intento trabajar con la puerta del garaje cerrada, solo para saber que puedo hacerlo. No voy a permitirme volver a acostumbrarme a nadie. Puede venir aquí. Puede sentarse en mi garaje, darme las herramientas, hacerme preguntas. Puede utilizarme para sacarse el habla de dentro. Puedo soportar la compañía, siempre que no llegue a esperarla demasiado. Y no lo haré. No sé cuándo va a volver, pero me pregunto durante cuánto tiempo podré mantener la puerta del garaje cerrada antes de que comience a ahogarme.

Nastya

He estado corriendo más kilómetros esta semana que las anteriores. He pasado buena parte de mi tiempo de correr en cierto garaje, y estoy tratando de controlarme. Pero lo

echo de menos. No es como si hubiera pasado unos pocos días sin ver a un amigo, sino que él es el único amigo ahora mismo. Tengo a Drew, y parece que he conseguido a Clay en algún momento del camino, pero Josh es mi vía de escape. Es mi escondrijo.

Llevo días sin ir a la casa de Josh. He pasado toda la semana sentada en una silla en casa de Clay, sintiéndome inquieta y ridícula, y con ganas de levantarme y moverme. Odio estar sentada e inmóvil. Cuando te pasas meses en una cama para dejar que tu cuerpo sane y después te sientas en una silla tratando de hacer que tu mano funcione, te hartas rápidamente y lo único que quieres es huir. Así que cada día, cuando acabo en casa de Clay, tengo que correr. Es lo único que mantiene intactos los desgastados límites de mi cordura. Y, dado que Margot cedió hace unas semanas y me permitió comprar un saco de boxeo portátil, ahora tengo algo que golpear, y también me paso una buena parte de mi tiempo haciendo eso.

El viernes por la noche no puedo evitarlo. Ni siquiera sé si estará en su casa, pero los pies me llevan hasta allí de todos modos. Me pregunto si él también me ha echado de menos. Ralentizo el paso antes de alcanzar el camino de entrada. Se encuentra en la parte posterior, ajustando una de las sierras, y está de espaldas a mí. Miro a mi alrededor en busca de un lugar donde subirme a la mesa de trabajo, pero no hay ninguno. Cada centímetro de espacio está ocupado. Montañas de trozos de madera, herramientas y cajas que lo cubren todo. Nunca ha estado esto tan lleno. Josh es meticuloso, lo que significa que ha hecho esto a propósito, y me pregunto si será un mensaje. A lo mejor se ha dado cuenta de lo mucho que ha disfrutado de no tenerme ocupando su espacio. A lo mejor ha vuelto a familiarizarse con su soledad y ha descubierto que la echaba de menos.

No estoy lista para marcharme todavía. Si va a rechazarme, quiero que lo haga por completo, con humillación y todo. Me gustaría que saliera de detrás de esa estúpida sierra y me dijera algo, pero no parece que tenga mucha prisa en hacerlo. Por el rabillo del ojo veo que, frente a la puerta lateral donde termina la mesa de trabajo, se encuentra la silla en la que lo vi trabajando la semana pasada. Reconozco las patas, el diseño que repitió concienzudamente en cada una de ellas. Debe de haberla terminado esta semana, y me pregunto si la habrá hecho por encargo o porque ha querido. Es exquisita, y cada vez que veo algo que ha hecho, lo odio un poco más. Mis celos son algo vivo. Algo que se mueve, que cambia, que crece. Como mi furia y el arrepentimiento de mi madre.

Paso las manos por el arco del respaldo y me arrodillo para examinar las patas. Los reposabrazos son anchos y están curvados, a juego con las líneas del respaldo. Me

pregunto si ya habrá comenzado a construir otra, porque debería formar parte de un juego. Mis dedos están todavía recorriendo el otro lado y, antes de que pueda pensarlo mejor, me siento en la silla, y entonces es cuando me golpea su perfección. Porque esta silla no debería ser cómoda, pero no quiero levantarme nunca de ella. Mis brazos están descansando en los laterales y me reclino hacia atrás, y levanto la mirada para encontrarme a Josh observándome. Es enervante la forma que tiene de mirarme, sin importar lo mucho que me haya acostumbrado a él, y en parte desearía que no fuera tan guapo, porque me resulta difícil apartar la mirada.

La expresión de su rostro es casi ansiosa, pero también hay algo parecido a una expresión traviesa. Es la misma expresión que tenía Clay cuando me enseñó el dibujo que había hecho de mí. Está esperando una reacción, mi aprobación. Bajo la mirada a la silla en la que estoy sentada y después la levanto de nuevo hacia él, pero ya no está mirándome.

Ha continuado ajustando la sierra, como si todo hubiera vuelto a como debía ser, y entonces es cuando me doy cuenta. Se ha asegurado de que no tenga sitio para sentarme en la mesa de modo que me vea obligada a utilizar la silla. Porque la ha hecho para mí.

Darme cuenta es suficiente como para levantar el culo de la silla de inmediato. Josh alza la mirada, sobresaltado por el movimiento repentino, y por un momento simplemente nos miramos el uno al otro. Debo de parecer un animal enloquecido, listo para salir corriendo, como la primera noche que vine aquí. Puedo decir lo que estoy pensando, pero no necesito hacerlo. Ya lo sabe.

—Solo es una silla.

Está tratando de calmarme.

—No puedo aceptarla.

Intento que parezca que es él el que está siendo irrazonable por dármele.

—¿Por qué no?

—Deberías venderla.

—No necesito hacerlo.

—No voy a aceptarla. Dásela a otra persona.

—Necesitas algún lugar donde sentarte. Estoy cansado de que lo muevas todo y te pongas en mi camino siempre que estoy trabajando. Ahora tienes un sitio donde sentarte, así que siéntate.

Hace un gesto en dirección a la silla con la cabeza y yo me siento, y parece más perfecta que hace unos momentos. Se inclina sobre mí y coloca las manos encima de las mías, sobre los reposabrazos, y me mira directamente a los ojos, lo cual me resulta un tanto extraño.

—Es una silla. Deja de analizarla. No voy a venderla y no voy a dársela a nadie más. La he hecho para ti. Es tuya. —Se aparta y se pone recto. Cuando sus manos sueltan las mías, me doy cuenta de que es la primera vez que me ha tocado realmente, y me gustaría que volviera a ponerlas donde estaban—. Además, ya tiene tu nombre escrito.

—¿Dónde?

—Mira debajo. Iba a ponerlo en el respaldo, donde realmente pudieras verlo, pero no quedaba bien.

Me bajo de la silla y me agacho tanto como puedo, de modo que pueda girar la cabeza y ver de lo que estaba hablando. Y cuando lo hago, es inconfundible. Allí, en la parte baja del asiento, hay un sol grabado.

En este momento sé lo que me ha dado, y no es una silla. Es una invitación, una bienvenida, el conocimiento de que soy aceptada aquí. No me ha dado un lugar donde sentarme. Me ha dado un lugar donde encajo.

Capítulo 22

Nastya

Me impresiona el miedo que tiene la gente a lo que pueda pasar en la oscuridad, pero no piensan dos veces en su seguridad durante el día, como si el sol proporcionara alguna clase de protección definitiva de todos los males del mundo. No lo hace. Lo único que hace es susurrarte, arrullarte con su calidez antes de tirarte contra la tierra de cara. La luz del día no te protege de nada. Las cosas malas suceden todo el tiempo, no esperan hasta después de la cena.

* * *

Nunca he estado en casa de Josh durante el día. Parece diferente por la tarde. No estaría aquí si la batería de mi coche no hubiera estado completamente muerta cuando salí hoy del instituto. Vivo lo bastante cerca del campus como para ir caminando, pero no voy a ir caminando a ninguna parte durante la tarde. Por las mañanas no me importa, pero hay un periodo de tiempo por la tarde en el que odio estar fuera. Ni siquiera la noche me molesta tanto. La oscuridad no me produce miedo del mismo modo que lo hace la luz del día. El sol de la tarde tiene una forma de seguirme, de grabarme los recuerdos a fuego en la espalda. Josh siempre se ofrece a llevarme a casa desde la suya. Piensa que debería ponerme nerviosa correr sola por la noche, y así es. No soy lo bastante estúpida como para pensar que alguna vez estoy a salvo en el exterior, en cualquier parte, en cualquier momento del día. Es solo que me siento más nerviosa durante el día.

Así que ahora estoy aquí, en el sofá de Josh Bennett a las tres y cuarto de la tarde, viendo *Hospital General*. Josh se ha pasado la última pausa publicitaria explicándome todo lo que ha podido en tres minutos y medio sobre lo que ha sucedido en la serie

durante la última década, mientras yo me comía tantos regalices como podía. Cuando terminaron los anuncios, se detuvo abruptamente y me dijo que me contaría el resto en la siguiente pausa. No creo que haya pasado demasiado tiempo viendo la tele de verdad. Principalmente he estado mirando a Josh, tratando de descubrir quién demonios es. He desarrollado la teoría de que Josh en realidad son gemelos y hay dos de ellos, porque estoy convencida de que no es la misma persona cada día. Es como esa película de Christian Bale en la que unos gemelos comparten la misma vida y nunca sabes con cuál de ellos estás. Así es como me siento con él.

Arrugo el envoltorio vacío de celofán y voy hasta la cocina.

—¿Dónde está la basura?

A pesar del tiempo que he pasado en esta casa, en realidad nunca había entrado. Prácticamente vivimos en el garaje.

—Bajo el fregadero —dice sin apartar la mirada del televisor—. ¿Alguna vez comes algo que no sea azúcar?

Repaso mentalmente lo que he comido hoy: dos barritas de proteínas, dos paquetes de M&M's de cacahuete (aunque eran paquetes pequeños, así que en realidad es como si solo me hubiera comido uno), además de los regalices que acabo de comerme.

—A veces —respondo.

En realidad, ni siquiera me molestaría con las barritas de proteínas si no las necesitara después de hacer ejercicio. Cuando vivía con mis padres nos sentábamos de verdad a comer, comidas auténticas, como cuando cenamos en casa de Drew los domingos. Margot no cocina, y además siempre tenemos que comer temprano para que llegue a tiempo al trabajo, y normalmente no estoy de humor. A lo mejor cuando tenga ochenta años me guste cenar a las cuatro de la tarde, pero ahora no me hace mucha gracia.

Me siento otra vez en el sofá, junto a él, y seguimos viendo la serie. Hacia las cuatro ya sé más de lo que nunca hubiera pensado acerca de los Quartermaine y los Spencer. No debería burlarme. Cuando estuve atrapada recuperándome todos esos meses, yo también vi una buena cantidad de telenovelas malas. Y programas de concursos malos. Y programas de debates malos. Soy una experta en todo lo que haya en la televisión durante el día, es solo que nunca vi *Hospital General*. Después de hoy, sé lo suficiente como para fingir que sí lo he hecho.

Cuando termina, nos subimos al coche de Josh para que pueda llevarme a comprar una batería para el coche. Tenemos que detenernos en el aparcamiento del instituto por el

camino, porque sé cuál es el fabricante y el modelo de mi coche, pero ahí es donde termina mi conocimiento, y al parecer esa no es información suficiente para decirme qué clase de batería necesito.

Josh mira mi coche, escribe algo, y después me quita las llaves y abre el capó. Sigo cargando la mochila con todos mis libros, así que salgo de su coche para dejarla en el mío, de modo que no tenga que seguir llevándola. En cuanto lo hago deseo no ser tan perezosa, porque es entonces cuando veo a Tierney Lowell caminando hacia nosotros por el aparcamiento. No es la única. Hay unos cuantos alumnos saliendo del edificio, y me doy cuenta de que son poco más de las cuatro, y la mayoría de los entrenamientos y reuniones de clubes están terminando. Sin embargo, es en ella en quien me fijo, porque por alguna razón parece odiarme. Vale, a la mayoría de las chicas no les caigo bien, y soy un blanco fácil por la ropa. Lo entiendo. Pero ella me lanza puñaladas por los ojos, como si acabara de pillarme dándole chocolate a su perro. Normalmente eso no me importa, porque puedo ignorarlo fácilmente y puedo esquivarla sin demasiado esfuerzo. Sin embargo, ahora mismo estoy bajándome de la camioneta de Josh Bennett, y él está junto a mi coche, y en un minuto nos marcharemos juntos, y ese es un acto de exhibicionismo que no estaba planeando llevar a cabo todavía.

Volvemos a la camioneta inmediatamente, con la necesidad tácita y compartida de salir de allí lo antes posible. En cuanto nos alejamos, miro por la ventana, examinando los coches a nuestro alrededor. Las ventanas de Josh están tintadas, pero aun así no voy a correr ningún riesgo. Cuando me siento lo suficientemente segura de que no nos están observando, formulo la pregunta que he estado aguantando desde que salimos de su casa.

—¿Ves *Hospital General*?

En realidad, no necesito que me lo confirme. Sé a ciencia cierta que lo ve. No me mira, pero veo que sus labios se curvan en la media sonrisa que pone cuando se siente avergonzado por algo, que es en realidad una sonrisa de verdad que está tratando de reprimir.

—Sí —dice. Vale, ha respondido a mi pregunta, pero lo que de verdad quería saber era por qué, o cómo, o algo que me lo explique, porque ¡venga ya! Pero si hay algo más sorprendente para mí que el conocimiento recién adquirido de que es un adicto a las telenovelas, es el hecho de que realmente sigue hablando y me ofrece una explicación, una que no he tenido que pedirle—. Mi madre solía verla. Religiosamente. Nunca se perdía un episodio, y mi padre y yo nos burlábamos de ella todo el tiempo. Cuando

murió, no dejaba de pensar que a lo mejor volvería, y cuando lo hiciera quería poder contarle todo lo que había pasado, para que no se perdiera nada. Así que empecé a verla. Todos los días. Después de un tiempo me di cuenta de que no iba a volver, pero para entonces ya me había enganchado. Simplemente no dejé de verla.

Se encoge de hombros como si hubiera aceptado este hecho, solo que no estoy segura de si está aceptando el hecho de que su madre no vaya a volver, o de que ve *Hospital General*. A lo mejor él tampoco está seguro.

—¿Cuántos años tenías?

—Tenía ocho, lo que supongo que es edad suficiente como para comprenderlo. Es solo que realmente no quería... No lo sé. Mi padre trató de que lo entendiera, pero en realidad no hay una forma de explicar cómo una persona que has visto cada día de tu vida simplemente ya no está. Alguien ha presionado el botón de «Borrar» y ha desaparecido. Me costó mucho asimilar que podía llegar a casa una noche y descubrir que la persona que se había reído y me había abrazado por la mañana simplemente había dejado de existir. No quería creer que eso era posible... así que sí, *Hospital General*.

No aparté la mirada de él ni una vez mientras me contaba la historia. Es la primera cosa real que me ha dicho nunca. Me hace sentir avergonzada, porque yo nunca le he dicho nada real. Ni siquiera mi nombre.

Se gira y me mira durante un segundo con lo que casi parece una expresión de disculpa en el rostro. ¿Resignación, tal vez? Después vuelve a dirigir su atención a la carretera, y entramos en el aparcamiento de la tienda un minuto más tarde.

Ahora tengo uno de los secretos de Josh Bennett. Me lo ha dado él. Me gustaría poder devolvérselo.

Capítulo 23

Josh

Cada vez que alguien llama a mi puerta, una parte de mí prácticamente espera todavía que traiga alguna clase de comida. En los días y semanas posteriores a la muerte de mi hermana y mi madre, tuve un curso intensivo de duelo. Aprendí cómo funciona: una parte consistía en cómo esperaban los demás que reaccionara, pero la mayor parte consistía en cómo se suponía que tenían que reaccionar los demás. No creo que haya una serie de normas escritas, pero bien podría haberlas, porque todo el mundo parece hacer lo mismo. Gran parte tiene que ver con la comida. Una vez mi abuela me explicó la psicología detrás de todo eso, pero no la escuché, porque en realidad no me importaba. La gente debería saber que el hecho de que necesites comer no significa que quieras que vayan sin parar a tu casa, utilizando guisados y tartas de café como excusa para cotillear en tu dolor.

Me adoctrinaron para todos los absurdos rituales de condolencias a los ocho años, y acabé dándome cuenta de que en realidad nunca cambian. Siempre podría contar con un montón de comida y simpatía que no me serían de utilidad.

A veces la gente trata de decirte algo divertido que recuerdan, que normalmente no es divertido en absoluto, tan solo triste. Después os miráis el uno al otro con incomodidad, hasta que finalmente se levantan para marcharse, y tú les das las gracias por venir, aunque únicamente han hecho que te sientas peor.

Después está la gente que tan solo quiere una excusa para pasarse y ver lo roja que tienes la cara de llorar, ver si ya te has derrumbado, para poder hablar de ello con los vecinos. «¿Has visto al pobre Mark Bennett y al niño? Menuda tragedia. Es tan triste.» O algo igual de cutre. Pero te traen comida, así que tienen derecho a hacerlo.

Diez minutos después el timbre vuelve a sonar, y comenzamos una vez más. Sigue del mismo modo durante días. Demasiadas disculpas y una cantidad de comida de la hostia. Sobre todo lasaña.

A lo mejor algunas personas encuentran el consuelo en palabras obligatorias y comida que pueden recalentar, pero mi padre y yo simplemente no éramos esas personas. De todos modos, dimos las gracias a todo el mundo. Aceptábamos sus platos envueltos en papel de aluminio y sus condolencias. Después lo tirábamos todo y pedíamos *pizza*. Me pregunto si habrá una sola persona en la Tierra que se consuele con un guiso.

Entonces pienso en Leigh y sé que, a veces, alguien aparece en tu puerta ofreciendo algo mejor que palabras y comida. A veces, alguien te trae algo que necesitas de verdad, y no es una puta tarta de café.

Cuando conocí a Leigh, estaba en el porche de entrada de mi casa, con el delator plato cubierto de papel de aluminio en las manos. Mi abuela había muerto dos días antes, y para entonces tenía unos seis en el frigorífico, y unos cuantos más sobre la encimera. Tenía quince años, y creo que resoplé con repugnancia visible al verlo. Pero no al verla a ella. Llevaba un vestido veraniego verde muy corto y estaba muy buena. Esos son los únicos detalles reales que recuerdo. La reconocía del instituto, pero estaba dos cursos por encima de mí, y nunca habíamos hablado. Ni siquiera sabía su nombre hasta ese día.

Tomé el plato que llevaba, que en realidad era de parte de su madre, que conocía a mi abuela. La invité a entrar, porque había aprendido que eso era lo que se suponía que tenías que hacer. Mi abuelo no estaba en casa, así que yo me encargué de hacer de anfitrión en duelo. Pasamos por toda la conversación requerida, asegurándonos de tocar todos los puntos principales y todos los tópicos. Después de unos pocos minutos de permanecer de pie en la cocina, luchando por el título del más incómodo, me preguntó si había alguien en casa, y si quería ir a mi habitación. Creo que era su forma de decir que lo sentía, y mi forma de darle las gracias por el guiso.

Esa fue la primera vez que Leigh fue a mi casa. Pero no fue la única. Nunca salimos. Nunca quedábamos. Ella venía y se metía a hurtadillas en mi habitación por la noche, o acabábamos en su coche en alguna parte, pero hasta ahí llegaba nuestra relación, y ha sido así desde hace ya tres años. Incluso ahora que está en la universidad, nos las arreglamos para mantener la constancia. A veces hablamos, pero nunca de nada real.

A lo mejor estaba mal. A lo mejor está mal. Pero, lo esté o no, yo no me siento mal al respecto. Llevaba ya cuatro muertes cuando ella apareció, y me quedaba una más por

llegar. Necesitaba algo normal, y Leigh me lo proporcionó, y no requería ninguna emoción, ni sentimientos ni ataduras. No tenía que quererla. Me gustaba, aunque no creo que hubiera cambiado nada si no hubiera sido así. Creo que a ella le daba igual que me importara o no. Todavía teníamos una política de utilización mutua, sin hacer preguntas. Ella es dulce y despreocupada, y guapa de narices. Pero, si se marchara mañana, no la echaría de menos. La gente desaparece todo el tiempo. Tal vez ni siquiera me daría cuenta.

* * *

No es una tarta de café lo que trae Nastya cuando entra en mi garaje justo después de las ocho en punto. Aunque, si lo fuera, estoy seguro de que la habría hecho ella misma, y estaría cubierta de canela e increíblemente buena. Lleva dos bolsas de plástico de la compra. Camina junto a mí sin decir palabra y estira un brazo para abrir costosamente la puerta que da al interior de la casa sin soltar la bolsa.

—¿Sol? —No responde, así que la sigo y la encuentro abriendo el congelador y metiendo no menos de cuatro tarrinas de dos litros de helado en su interior—. ¿Qué estás haciendo?

—¿Qué es lo que parece? —suelta.

—¿Te han dejado embarazada?

Se gira rápidamente.

—¿Qué?

Supongo que no. Extiendo las manos, abiertas, en señal de rendición. Es evidente que no está de humor.

—Lo siento, es solo que... —Hago un gesto en dirección al congelador abierto, con su mano todavía en el interior, por encima de una de las tarrinas—. Es mucho helado.

—Claro, porque tengo que estar embarazada para querer helado. Después me preguntarás si tengo la regla, porque esa es la única razón que tienen las chicas para estar enfadadas, pero claro, como eres un tío no dirás realmente «la regla», sino alguna estupidez como «esos días del mes».

Cierra de un portazo la puerta del congelador. Ahora podría ser el momento de jurar profusamente que no tenía intención alguna de mencionar su regla de ninguna manera, y

mucho menos utilizando las palabras «días del mes», pero me siento más seguro manteniendo la boca cerrada por el momento y dejando que siga a lo suyo.

Con cualquier otra chica, probablemente podría emplear el clásico truco a prueba de fallos de caminar hacia ella, rodearla con los brazos y dejar que apoye la cabeza sobre mi hombro. Es barato, pero funciona. Drew jura que lo hace. Pero tengo miedo de que en este caso en particular vaya a acabar en una de estas dos cosas: una sarta de nuevos e innovadores insultos, o su rodilla en mis huevos. Apuesto por la rodilla.

—Me gusta el helado, pero tú nunca tienes. Suceden cosas malas cuando paso mucho tiempo sin helado —dice, y suena ligeramente más calmada.

—¿Estás segura de que tienes suficiente?

—Que te jodan.

—A lo mejor deberías abrir ahora una de esas tarrinas —sugiero.

Así que eso es lo que hacemos. Salvo que no abrimos solo una, sino que abrimos las cuatro y comemos directamente de las tarrinas, en la mierda de mesa de centro que hay delante de mi sofá. La tengo ahí porque es una mierda de mesa y no me importa lo que le pase. No tengo que preocuparme por utilizar posavasos ni porque Drew ponga los zapatos encima. Supongo que lo tendré aquí hasta que se marche para ir a la universidad, o hasta que alguna chica lo mate por fin.

Nastya no come desde el centro de la tarrina como una persona normal. Es decir, una persona normal que no coma helado de un cuenco. Espera hasta que comienza a derretirse y rebaña la parte derretida del borde de la tarrina. Según ella, el helado medio derretido sabe mejor que el completamente congelado. No sé si tiene razón, porque me obliga a comerme la parte congelada del centro, y me amenaza si trato de comer la de los bordes. Hacemos un gran agujero en cada una de las tarrinas, y desde luego es mucho más como un sol y mucho menos desagradable después. Tomo nota mentalmente para recordar que la próxima vez que se cabree, en lugar de antidepresivos tendré que utilizar helado.

Nos entra un subidón de azúcar después de todo el helado, y acabamos de vuelta en el garaje, porque tengo una lista de proyectos por terminar. Supongo que va a salir a correr, porque ese es normalmente su *modus operandi* cuando está llena de hidratos de carbono, pero no se marcha.

–Dame algo que hacer –dice, con tan solo un indicio de recelo.

–¿Qué es lo que quieres hacer? –pregunto, evaluándola.

–Nada con las herramientas eléctricas ni nada parecido. Algo que pueda hacer con la mano derecha.

–¿Quieres lijar? –sugiero—. Es un asco, pero...

–Lijaré. Tan solo enséñame cómo hacerlo.

Busco un trozo de papel de lija y le demuestro cómo unirlo al bloque para lijar.

–Tenemos que lijar esto con el lado rugoso.

Le tomo las manos para mostrarle cuánta presión utilizar, y son tan suaves que odio acercarse siquiera al papel de lija a ellas.

–¿Cómo sabes cuándo has terminado? –pregunta mientras comienza a trabajar.

–La regla de mi padre es que cuando piensas que has terminado, probablemente estás a medio camino.

Inclina la cabeza hacia un lado y me mira como si fuera un inútil.

–Entonces, ¿cómo sabes cuándo has terminado?

Sonrío.

–Tú simplemente enséñamelo cuando pienses que ya está. Comenzarás a saberlo cuando lo hayas hecho unas cuantas veces.

Mantiene los ojos sobre mí durante un segundo más de lo que necesita antes de volver a la madera. Sé que las preguntas están ahí. Las he visto en sus ojos en cuanto he mencionado a mi padre. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Qué sucedió? Pero no pregunta nada. Simplemente continúa lijando, y yo no voy a detenerla. Odio lijar.

No paramos hasta después de la medianoche. Ni siquiera sé cómo sus manos han podido aguantar tanto tiempo. Ha lijado concienzudamente todo lo que le he dado. En ningún momento he preguntado qué era lo que le pasaba antes.

Capítulo 24

Nastya

Cuando llego a su casa a las ocho menos veinte, Josh está en el camino de entrada, reclinado contra el lateral de su camioneta. En cuanto me ve, quita el seguro del coche y gira para abrirme la puerta del copiloto.

–Ya era hora, Sol –dice–. Estaba a punto de darme por vencido.

–No sabía que teníamos una excursión planeada –respondo una vez que me he sentado en el coche y he cerrado la puerta.

–Tengo que ir a Home Depot antes de que cierren.

–No tenías que esperarme.

De verdad que no tenía que hacerlo. No es como si fuera a ponerme triste por haberme perdido el aprovisionamiento semanal en la tienda de herramientas.

–No. Pero sabía que ibas a aparecer antes o después, y mi garaje estaría cerrado, y tú te sentirías abandonada, y entonces yo me sentiría culpable, y odio sentirme culpable. Así que era más fácil esperarte.

La comisura de su boca se levanta.

–Tu vida es muy dura –digo secamente.

–Eres la única persona que pensaría siquiera en decirme algo parecido.

Suena extrañamente complacido por ello.

–El campo de fuerza todavía no me ha mantenido alejada.

–¿Qué se supone que significa eso?

Le dirijo una mirada significativa, porque estoy segura de que puede averiguarlo. Sigue mirándome fijamente, así que al final me encojo de hombros y después suelto un suspiro, para que sepa que estoy exasperada por tener que explicárselo.

–En el instituto nadie se acerca a ti. La primera vez que te vi en el banco del patio, me pregunté si estabas rodeado por alguna clase de campo de fuerza. Me entraron ganas de tener uno para mí. Puedes esconderte a la vista de todos. Es genial.

–Un campo de fuerza –repite, como si la idea le hiciera gracia–. Bien podría serlo. La gente solía llamarlo «la zona muerta» –añade, pero no explica nada más–. A lo mejor tú tienes poderes especiales.

Supongo que se refiere a mi habilidad de romper su campo de fuerza, pero no respondo.

No tengo ningún poder especial. Estoy segura de ello, porque he pasado mucho tiempo lamentándome por no tenerlo. Sí que tengo una habilidad asombrosa para la amargura y dirigir erróneamente mi ira, pero no creo que eso cuente. Me siento un tanto engañada. He pasado la hostia de tiempo durante los dos últimos años leyendo libros y viendo películas, y en todos ellos, cuando mueres y después regresas a la vida, las habilidades sobrenaturales son simplemente una parte del trato. «Sentimos que no hayas ganado el gran premio de la paz eterna, pero ¡no vas a marcharte con las manos vacías!» Puede que vuelvas rota y mal, pero al menos tienes algún premio de consolación cósmico, como la habilidad de leer la mente, o hablar con los muertos, u oler las mentiras. Algo guay como eso. Yo ni siquiera puedo manipular los elementos.

Por supuesto, si creyera los libros al pie de la letra, también tendría que creer que todos los chicos adolescentes van por ahí llamando «nena» a las chicas, porque al parecer ese es el tren expreso hacia el romance. Ha sido un gilipollas hace un minuto, pero entonces te llama «nena» y todo ha terminado. Se activan el embelesamiento incontrolable y la renuncia a toda clase de amor propio. «Ooooh, me ha llamado “nena”. ¡Tengo las bragas mojadas y lo amooooo!» ¿Los chicos de verdad realmente llaman «nena» a las chicas? No tengo experiencia suficiente como para saberlo. Lo que sí sé es que si alguna vez algún chico me llamara «nena», probablemente me reiría en su cara. O lo ahogaría.

Josh mete la camioneta en el aparcamiento y espera a que salga antes de dirigir la marcha a través de las puertas automáticas que dan a la tienda. Lo sigo por un pasillo tras otro. Se siente casi tan cómodo aquí como en el garaje. Es como si tirara de él un hilo invisible que lo condujera hacia todo lo que está buscando. Está en piloto automático, sin pensar siquiera. Debe de pasar la mitad de su vida en esta tienda.

–Compraré la madera la próxima vez –dice–. No me apetece hacerlo hoy. Además, de todos modos creo que vamos a tener que ir al almacén de madera para lo que necesito.

El «vamos» de su frase se me queda clavado en la mente.

–¿Qué vas a hacer? –pregunto, echando un vistazo al pasillo para asegurarme de que está vacío antes de hablar.

–Tengo un trabajo para uno de los profesores del instituto. Después tengo que hacer dos sillas Adirondack.

–¿Vendes todo lo que haces?

–Algunas cosas las regalo. Otras las vendo. Así es como pago la madera y las herramientas.

–¿Es por eso por lo que no has enviado ninguna solicitud para la universidad?

–¿Eh? –dice, metiendo dos latas más de barniz en el carro.

–Escuché a la señora Leighton hablando contigo. Todavía no has enviado ninguna solicitud. ¿No quieres ir?

–Nunca me han gustado demasiado las clases.

–¿Tus padres no querían que fueras?

–No lo sé. Nunca llegamos a hablar de ello.

–Entonces, ¿qué es lo que vas a hacer?

–Probablemente lo mismo que hago ahora. Solo que más.

Lo entiendo. Yo solía pensar exactamente igual, pero él puede hacerlo realmente.

–¿Puedes permitirte? –pregunto. Estamos enfrente de un expositor de cajoncitos llenos de tornillos de todos los tamaños imaginables, y los está sacando sin mirar siquiera.

–Puedo permitirme prácticamente todo lo que esté dispuesto a pagar.

No estoy segura de lo que quiere decir con eso exactamente, pero su forma de decirlo es amarga, y si hay algo que lo hace sonar de ese modo, no quiero entrar en ello.

Llegamos hasta la caja donde puedes escanear tú mismo lo que compras. Comienzo a sacar cosas del carro y a dárselas de una en una mientras él las pasa por el escáner. Me sorprende lo completamente doméstico que parece todo esto. Podría haber venido sin mí, porque en realidad no le he sido de ninguna utilidad. Yo podría haber empleado el tiempo para correr, que es probablemente lo que debería haber hecho. Es lo que habría hecho si hubiera ido a su casa y no lo hubiera encontrado allí. Habría corrido hasta quedarme exhausta. Tiene razón acerca de una cosa, y me pregunto si sabría exactamente

cuánta razón tenía, y si es por eso por lo que me ha esperado. Si hubiera ido a su casa y hubiera visto el garaje cerrado, me habría sentido abandonada, y tal vez no habría regresado nunca.

Cuando regresamos a su casa, poco después de las nueve, lo ayudo a llevar las bolsas al garaje y lo observo mientras guarda el material. Es todo gracilidad y fluidez en este lugar; no hace ningún movimiento en balde. Todo lo que hace tiene su propósito. No me siento incómoda por observarlo, pues él también me observa. Tenemos un acuerdo tácito: yo dejo que me observe y él me deja observarlo. Nunca nos llamamos la atención al respecto. Es un regalo que nos hemos entregado. Sin ataduras, sin expectativas, sin leer entre líneas. Somos como misterios el uno para el otro. A lo mejor, si puedo resolverlo a él y él puede resolverme a mí, podremos explicarnos el uno al otro. A lo mejor es eso lo que necesito. Alguien que me explique.

Cuando lo guarda todo, cierra la puerta del garaje y entra en la casa, y espera a que lo siga antes de cerrar la puerta.

—¿Has cenado? —me pregunta.

—Sí, antes de venir. ¿Y tú?

—Sí. Te hubiera calentado algo si tuvieras hambre. Entonces, ¿has cocinado de verdad esta noche?

Me observa escépticamente, y yo resoplo, porque resoplar es atractivo.

—No.

—¿Qué has cenado?

—Galletas de mantequilla de cacahuete.

—No necesito preguntarte si lo dices en serio, ¿verdad? No sé cómo puedes hacer tanto ejercicio con lo que comes.

—La mantequilla de cacahuete tiene proteínas —respondo, llena de falsa indignación—. Además, estaba jugando con la receta. Tenía que comerme unas cuantas para saber si me habían salido bien.

—¿Y te han salido bien? —pregunta, sacando una botella de agua del frigorífico y bebiéndose la mitad antes de entregármela.

—No lo sé. Te traeré unas cuantas y tú me lo dices.

—Me comeré tus galletas si me dejas darte comida de verdad primero.

–¿Vas a cocinar para mí?

Casi me atraganto con el agua antes de devolverle la botella.

–Cocino de todos modos. ¿Qué diferencia hay si tú estás aquí?

–No hace falta que te molestes.

–No lo haré.

Sonríe mientras camino junto a la encimera y tomo el reproductor de MP3 que hay junto al teléfono.

–¿Qué estabas escuchando? –pregunto mientras lo enciendo.

–Nada. Lo he sacado para ti, no lo utilizo. Pensaba que a lo mejor querías utilizarlo para correr.

Oh. Lo apago sin mirar y lo dejo otra vez en su sitio.

–No pasa nada. No lo necesito, pero gracias.

–¿Y eso? Eres la única persona que he visto correr sin música. ¿No es aburrido?

Es una pregunta válida, pero no me resulta aburrido. Nunca hay el silencio suficiente como para que sea aburrido, y desde luego no pienso meterme esa mierda en las orejas como si fuera una invitación por escrito para que alguien me asalte. Me encojo de hombros, empujo el MP3 más hacia atrás en la encimera y me doy la vuelta.

–La verdad es que no. He oído que mi tía y tú habéis tenido una charla muy agradable –digo sarcásticamente, yendo hacia el sofá. Me quito los zapatos y pongo los pies por debajo de mi cuerpo.

–Me preguntaba si te diría algo al respecto.

–¿Por qué no lo hiciste tú?

Se encoge de hombros. Entre los dos, nos encogemos mucho de hombros. A lo mejor es por eso por lo que acabé empezando a hablar con él. Simplemente se me cansaron los hombros.

–¿Qué te dijo? –pregunta, sentándose junto a mí.

–Dijo que no era estúpida y que no debería tratarla como si lo fuera.

–Entonces, ¿se supone que no puedes estar aquí ahora?

–No, no le importa. Tan solo espera que de ahora en adelante le diga dónde estoy. Mientras le mande algún mensaje, todo irá bien.

Es cierto. Margot hizo que me sentara para darme la charla. Se aseguró de que sintiera completamente mi falta de consideración hacia ella, y de que comprendiera que si me pasaba algo sería ella quien tendría que enfrentarse a la ira de mi madre, una mujer de

metro sesenta que podía aterrorizar a un guerrero vikingo. Pero, bendita sea Margot, porque tampoco iba a obligarme a quedarme en una esquina con reglas y ultimátums, lo cual era bueno, porque los habría ignorado. No porque quisiera rebelarme contra ella, ni porque no quisiera que nadie me dijera lo que tenía que hacer, sino porque no iba a dejar de sentarme en ese garaje.

—Mira, Em —había dicho—, no soy ingenua. Yo también fui joven. Tengo treinta y dos años y todavía tengo una lista de historias que nunca voy a contarle a mi madre, y si Charlotte fuera mi madre, esa lista sería aún más larga, así que créeme, lo entiendo. Pero también necesitas entender que eres mi responsabilidad, y además de eso, te quiero. —Me parece que hice una mueca tras eso, pero ella me ignoró y continuó hablando—. Dentro de poco cumplirás dieciocho años, y sé exactamente lo inútil que será que te prohíba hacer nada, pero necesito que me respetes lo suficiente como para hacerme saber dónde estás, con quién, y lo que estás haciendo. Si lo haces, estaremos bien. Si no, no dudaré en contárselo a tu madre.

Se aseguró de añadir que sabía que era una chica lista, y que las chicas listas a veces hacen las cosas más estúpidas, y después me abrazó y me dijo que podía contarle lo que fuera, y que no me juzgaría. Creo que era su versión de la charla sobre el sexo.

Le devolví el abrazo porque era la única forma que tenía de darle las gracias por dejarme seguir con él sin tener que pelear. No iba a ponerme difícil que lo viera, y necesitaba desesperadamente algo en mi vida que no fuera difícil.

Capítulo 25

Josh

—¿Cómo has aprendido a cocinar?

Sus piernas se balancean esta noche desde la encimera de mi cocina, no desde la mesa de trabajo. Ahora come aquí todo el tiempo. A veces me ayuda. A veces me observa. Siempre habla.

Estiro el brazo y abro el armario encima del frigorífico, donde mi madre guardaba todos sus libros de cocina. Ella levanta la mirada hasta el estante repleto. En realidad, solo utilizo algunos de los que están en la parte delantera, pero el armario es bastante profundo y los libros ocupan tres hileras.

—¿Has aprendido a cocinar leyendo libros de cocina?

Levanta las cejas.

—¿No es así como lo hace la mayoría de la gente?

—No la mayoría de los chicos de diecisiete años.

—No creo que muchos chicos de diecisiete años aprendan siquiera a cocinar.

No me responde a esto. No lo he dicho para hacer que se sienta mal, pero creo que se siente mal, porque ese silencio se apodera de ella. El silencio que todo el mundo piensa que debe llenar, pero no pueden, porque están ocupados tratando de averiguar qué decir. Así que mientras permanecen sentados pensando en ello, el silencio se extiende hasta que ya no quedan palabras que no vayan a hacer las cosas más incómodas. Todas las cosas que es adecuado decir quedan disueltas en el silencio mientras estaban ocupados pensando.

—Si está asqueroso, ¿podemos pedir *pizza*? —pregunta. El silencio no puede ganarla. No la intimida en absoluto. Cuando te pasas más de un año sin hablar con nadie,

supongo que aprendes a manipular los vacíos.

—No va a estar asqueroso —respondo.

—Qué confiado, ¿no? —se burla.

—¿Acaso te he dejado morir de hambre antes?

—Sorprendentemente, no. Pero eso parece discutible. —Echa un vistazo a la tabla de cortar que tengo delante.

—¿Las verduras?

—En efecto.

—¿Cuántos años tienes? ¿Ocho? —pregunto.

—¿Cuántos tienes tú? ¿Cuarenta? —replica.

—No va a estar asqueroso —repito—. Confía en mí. Llevo un tiempo cocinando.

—¿Cuánto tiempo?

—Tres años, más o menos.

Fue en la misma época en que mi abuela se puso demasiado enferma como para seguir haciéndolo. La misma época en la que tuve que aprender a utilizar la lavadora y a vaciar la aspiradora.

—¿Desde que tenías catorce años? ¿Por qué?

—Me harté de comer cereales secos de la caja para cenar cada noche, así que un día saqué los libros y comencé a leer.

—Yo no sé cocinar una mierda.

—Puedes hacer postres.

Y tanto si puede hacer postres. La semana pasada trajo esas galletas de mantequilla de cacahuete, cubiertas de azúcar y con un dibujo entrecruzado encima. En cuanto las miré recordé que mi madre también solía hacerlas, pero me había olvidado por completo. Y eso me hizo preguntarme de cuántas otras cosas sobre ella me habría olvidado.

—No es lo mismo.

—Podrías aprender a cocinar si quisieras. Incluso puedo prestarte un libro de cocina si quieres —digo, medio sarcástico. No parece muy entusiasmada con la idea—. No es tan difícil.

—A lo mejor no para ti. No todos podemos ser increíbles en todo, como Josh Bennett.

Lo dice como si fuera un imbécil integral.

—¿Sabes con cuántas comidas la cagó el increíble Josh Bennett al principio?

Ahora soy yo quien me hace parecer un imbécil integral.

–Ilumíname.

–Digamos simplemente que no dejé de comer cereales los primeros meses. E incluso entonces, mi abuelo y yo comimos mucha comida seca y demasiado cocinada.

–Podrías haber cenado en casa de Drew todas las noches.

–Sí, si hubiera querido aguantar a Drew todas las noches.

No era tan masoquista, pero tiene razón: siempre me invitaban.

–Es tu mejor amigo. Aunque no tengo ni idea de cómo ha sucedido eso.

–Jugábamos juntos al béisbol. Cuando todo el mundo comenzó a morir y todos los demás comenzaron a ignorarme, él no lo hizo. No dejaba de volver y volver, incluso cuando yo trataba de librarme de él. Finalmente me di cuenta de que no iba a irse a ninguna parte.

–Suenas como Drew. –«También suenas como tú, Sol»–. ¿Jugabas al béisbol? –pregunta con una sonrisita.

–No duré mucho –digo–. Cuando me di cuenta de que estaba más interesado en averiguar cómo hacer un bate que en cómo golpear con él, lo dejé.

Me observa mientras corto verduras, pero sé que no va a ofrecerse a ayudarme con nada que implique manos y cuchillos afilados.

–A mí también me salían mal todos los postres que hacía al principio –me cuenta, volviendo a nuestra conversación anterior. Me resulta difícil de creer. Imagino que nació directamente con un *cupcake* y una espátula en la mano.

–¿Cuándo empezaste?

–Cuando tenía quince años. –Baja la vista hacia la mano izquierda, la gira y la mira fijamente. Supongo que ha terminado de hablar, porque estoy acostumbrado a que me responda con una cantidad mínima de información acerca de ella. Lo máximo que suelo lograr es una respuesta intencionalmente vaga, pero me sorprende y continúa hablando–. Me destrocé la mano y tuve que hacer un montón de terapia física. Me sugirieron que amasara masa de pan para recuperar la fuerza. En algún momento supuse que si iba a pasar tanto tiempo amasando pan, también podría cocerlo.

Suelta una risita que parece una tos.

–Es más fácil decirlo que hacerlo, supongo.

–Ya lo creo. –Sonríe espontáneamente, algo totalmente diferente a lo que estoy acostumbrado con ella–. La primera vez creo que ni siquiera subió en absoluto. Era una cosa plana y dura con forma de disco. Mi padre se lo comió de todos modos, y dijo que

no estaba tan mal. Tendrías que haber visto su cara tratando de masticarlo. No sé cómo lo conseguí.

No ha dejado de sonreír mientras me cuenta esto. Estoy observando el recuerdo cruzando su cara, y me reparo en que he dejado de cortar las verduras, y simplemente estoy mirándola. Me obligo a comenzar a cortarlas otra vez antes de que se dé cuenta.

—Lo intenté una vez más, y otra, y otra. Siempre había un problema u otro. Simplemente no me salía, y me cabreaba muchísimo.

—¿Acabaste rindiéndote? —pregunto, y me mira como si la idea fuera ultrajante.

—Ni de coña iba a dejar que me derrotara un estúpido pan. Gasté un montón de harina, y mi madre tuvo que empezar a comprar levadura a kilos. Una vez me enfadé tanto que lancé la masa al techo. Pensaba que mi madre iba a prohibirme entrar otra vez en la cocina cuando me encontró con la escalera, tratando de limpiarlo con un raspador. Pero finalmente lo conseguí. Me llevó meses, pero acabé haciendo un pan decente. —Se encoge de hombros, baja la mirada hasta su palma y flexiona los dedos—. Mi mano también se volvió más fuerte.

La observo mientras examina su mano y me pregunto a qué se referirá cuando dice que se la destrozó. Si la miras de cerca, los dedos no están exactamente rectos, y a veces la mano le da una sacudida, o se le cae algo. Ninguno de los dos lo menciona cuando sucede. Y después están las cicatrices, algunas más finas que otras, pero las conozco todas. Me paso tanto tiempo mirándole las manos que incluso podría dibujar cada una de ellas.

—¿Sigues haciéndolo? —pregunto—. El pan.

—Ni de broma. —Resopla como si fuera la pregunta más absurda que hubiera podido hacer jamás—. Es un coñazo. Se tarda demasiado, y es casi imposible que salga bien con la humedad que hay aquí. Tan solo tenía que saber que podía hacerlo si quería. De todos modos, me gustan más las cosas que están llenas de azúcar. —Señala con la barbilla la tabla de cortar que tengo delante—. Creo que te has pasado cortando eso.

Bajo la mirada hasta los pimientos rojos que he aniquilado mientras la escuchaba hablar.

—No es culpa mía que seas tan distrayentemente guapa.

Tengo que tomarme un minuto para confirmar a la parte cabreada de mi cerebro que todavía funciona que sí, de hecho acabo de decir eso. Y no sé si «distrayentemente» existe siquiera. Si existe, es una palabra estúpida. Como yo. Ignorarlo y fingir que nunca

ha sucedido parece el mejor plan posible por el momento, y espero que ella siga adelante con él, pero hace lo siguiente mejor en la lista.

—Drew dice que soy *sexy* de cojones.

Se encoge de hombros como si nada, librándome del aprieto.

—Eso también. —Sonríe sin mirarla a los ojos mientras reúne lo que queda de los pimientos rojos. Vierto aceite en el fondo de una sartén para saltear y reúne las verduras sobre la encimera—. Sube hasta el ocho el fogón delantero.

Señalo los fogones, y ella se inclina para hacerlo justo al tiempo que se abre la puerta principal, callándonos a los dos.

—Ey, ¿qué pa..?

Drew se detiene en mitad de la frase cuando ve a Nastya. No sé si el aturdimiento que hay en su rostro se debe al hecho de que se encuentre aquí, sentada en la encimera como si fuera la dueña de la casa, o al hecho de que resulte casi irreconocible para él. Lleva unos pantalones cortos de color blanco y una camiseta rosa, y ni rastro de maquillaje en la cara, que puedes ver realmente porque tiene el pelo recogido y trenzado. Parece más joven, como siempre que está así, y por la línea del nacimiento del pelo se ve la cicatriz dentada que siempre está tratando de ocultar. Estoy acostumbrado a esta Nastya, pero sé que Drew nunca la ha visto con un aspecto remotamente parecido al de una chica de verdad, y yo nunca se lo he mencionado.

No sé si no decírselo ha sido una traición. Si lo es, debería sentirme culpable, y hay una parte de mí que lo hace. Pero también siento que tengo justificación. Incluso aunque sea egoísta. Seguiría valiendo la pena.

Nastya se baja de la encimera y creo que va a irse y dejar que yo me ocupe de las explicaciones, pero no lo hace. Cruza la cocina, abre el armario superior donde tengo la vajilla, y saca un plato más. A continuación, busca unos cubiertos extra del cajón y los coloca sobre la mesa. Drew camina hasta la mesa, aparta una silla y se sienta en ella. Todavía no ha apartado los ojos de Nastya. Como si estuviera tratando de descubrir la verdad sobre ella. Es la ilusión óptica otra vez. Mis ojos se han acostumbrado a ella, pero él sigue tratando de enfocar los suyos.

—Entonces, ¿me vas a presentar a tu novia? —pregunta, mirándome ahora a mí directamente. Hay más curiosidad que malicia en la pregunta. También puede que esté un poco impresionado.

—No es mi novia.

Con una mano, le paso a Nastya los salvamanteles para que los coloque en la mesa, y sigo removiendo con la otra. No la miro a la cara a propósito.

—Bueno, en ese caso... —Se estira y lleva a Nastya hasta su regazo mientras ella coloca los salvamanteles sobre la mesa—. ¿Qué hay para cenar?

Capítulo 26

Josh

—¿Cómo sabes que Dios no existe? —le escupe Tierney Lowell a Drew, a los veinte minutos de un intenso debate que comenzó desde que sonó la campana de la quinta hora. Empezó con una discusión sobre un relato que habíamos leído la semana anterior, y de algún modo evolucionó hasta una pelea a gran escala sobre la existencia de Dios.

—¿Cómo sabes que sí existe? —replica Drew. Ni siquiera lo está intentando. Esto es pereza, o tal vez simplemente apatía. Lo he visto practicar para la clase de Debate, y esto no es nada para él. Tan solo está metiéndose con Tierney por diversión.

—Yo nunca he dicho que lo supiera. La fe no viene del conocimiento. Por eso es por lo que se llama fe, gilipollas. De ahí viene la expresión «acto de fe».

—¿Señorita Lowell?

—Imbécil, estúpido, idiota, tonto, Drew —suelta Tierney. Es la regla de la señorita McAllister. Si utilizas una palabra inaceptable, tienes que decir otras cinco para reemplazarla. Ignora la parte de Drew.

—¿Cuándo te has vuelto tan religiosa?

Drew no pierde el tiempo. Todo el mundo está prestando atención, girando las cabezas de un lado a otro, como el público en un partido de tenis. A la gente siempre le gusta ver a personas inmorales debatiendo sobre la existencia de Dios. Sobre todo cuando añades una tensión sexual palpable. El único otro sonido en el aula es el golpeteo periódico de la grapadora que está utilizando Sol en la esquina. Ha estado ordenando papeles desde que comenzó la clase. Está de espaldas, pero casi puedo verla escuchando.

—Odio la religión. Creo en Dios.

—Creer en Dios es para los débiles.

Drew casi suena aburrido, pero es evidente que está disfrutando de esto.

–Entonces es un misterio que no creas.

Tierney se reclina en su asiento, pero él no muerde el anzuelo.

–La gente cree en Dios porque no creen en sí mismos. Necesitan a alguien más de quien depender o a quien culpar en lugar de responsabilizarse de toda su mierda... caca, excremento, desperdicios, errores, fallos.

–Muy apropiado viniendo de alguien que no se responsabiliza de nada.

–Yo nunca he negado mis acciones.

–Lo que te convierte en un ejemplo de moral.

–¿Moral? –Drew se atraganta con la palabra, que probablemente le quema la lengua–. ¿Eso no es como si un fumeta se mete con un drogadicto? –Kevin Leonard y los otros porreros de la clase creen que es lo mejor que han oído nunca–. No me des lecciones, T., yo me responsabilizo de todo lo que hago.

–De todo no.

–Si vas a hacer acusaciones, muestra tus motivos. Utiliza alguna razón. De lo contrario, tus argumentos no significan nada.

–No estamos en clase de Debate, Drew.

No parece intimidada por él. Parece traicionada.

–Como si lo estuviéramos. Las reglas son las mismas, si quieres decir algo, arguméntalo. Si no, no sueltes las cosas así porque sí, porque entonces tus argumentos son débiles. Un poco como la gente que cree en Dios.

La señorita McAllister cambia de tema y pone fin a la discusión. Es sorprendente que la haya dejado continuar tanto tiempo. Puede que la conversación haya terminado, pero las miradas envenenadas entre Drew y Tierney continúan hasta el fin de la clase, y me pregunto si empezarán a destrozarse la ropa el uno al otro ahí mismo.

Nastya

–Ve a sentarte. Yo me encargo.

Josh me aparta del fregadero después de que hayamos recogido los platos de la cena. Ahora hay más días en los que como aquí que días en los que no. Son las únicas veces que como algo de verdad. Él me prepara una comida de verdad, y yo le hago postres.

–Has cocinado tú. Yo puedo fregar los platos.

–No. No puedes.

Me quita el estropajo de las manos y cierra el grifo mientras yo voy a la mesa para recoger los platos que quedan y meterlos en el fregadero. Hemos caído en un extraño patrón doméstico, y es un tanto patético cuando te detienes a pensar el motivo.

–¿No puedo lavar los platos? –pregunto, incrédula.

–No.

Niega con la cabeza.

–¿Por qué no?

–Porque lo haces de pena.

–¿Que lo hago de pena?

¿Quién lava los platos de pena? No es como si fuera una cirugía cerebral. Es limpiar la comida de una sartén.

–Sí. ¿Cómo es posible que no lo sepas? Tengo que volver a limpiar los platos cada noche después de que te marches.

–No es verdad. –¿Es verdad? Me mira y sé que lo es—. Eres muy obsesivo.

–Sí, me gusta comer en platos limpios. Tengo ese problema –se burla.

Pienso en lo bajo que he caído. Ni siquiera tengo la capacidad de limpiar un plato correctamente. Él cocina, lava los platos y hasta hace muebles. Me siento una inútil por aquí. La secadora vibra y supongo que hay algo que puedo hacer.

–Vale. Iré a doblar la ropa.

Me giro para ir a la sala de la colada.

–No, no vas a hacerlo. Siéntate y ya está.

–¿Tampoco puedo doblar la ropa?

–Ni de broma vas a doblar mi ropa interior.

–Estás de coña.

–No. Es extraño. –Estira el brazo por delante de mí y abre un cajón lleno de trapos con la mano goteante—. Toma. Seca.

Me tira un trapo al pecho, salpicándome de agua en el proceso. Se lo quito de las manos.

–A lo mejor cojo tus bóxers y seco los platos con ellos.

No estoy por encima del infantilismo.

–¿Cómo sabes que utilizo bóxers?

–Tan solo era una esperanza.

La alternativa es demasiado poco atractiva. Se encoge de hombros y me entrega un plato.

–Adelante. Eres tú quien tendrá que comer en ellos.

–No le caes bien a nadie –respondo, porque murmurar entre dientes como una adolescente malhumorada es muy guay.

Acabo utilizando el trapo, y Josh tiene razón. Sí que lava los platos mejor que yo, principalmente porque soy muy vaga para todo lo que tenga que ver con limpiar, pero él no necesita saber eso.

–¿Qué pasaba hoy en clase de Inglés con Drew y Tierney? –pregunto.

–¿El qué? ¿Lo de Dios? Drew y Tierney siempre están discutiendo. Drew argumentaría a favor del celibato si Tierney estuviera en contra.

–A lo mejor. Parecía algo personal.

–A Drew le gusta cabrearla. Hoy solo estaba metiéndose con ella. Podría haberla aplastado con sus argumentos si hubiera querido.

–Me sorprende que no lo hiciera. Destruye a todo el mundo en clase de Debate.

Es impresionante. Si le apetece, es capaz de atacar verbalmente a alguien hasta el punto de que el otro apenas puede tenerse en pie cuando acaba. Ganó todas las rondas de un torneo al que fuimos hace unas semanas, y ni siquiera tuvo que emplear su arsenal completo de encanto.

–No tenía que hacerlo. Ella no tiene ninguna oportunidad contra él. Ni siquiera valía la pena el esfuerzo.

Es cierto. Así es Drew. Hace las cosas por diversión, hasta que se aburre. Es como un gato que manosea a una lagartija hasta que está demasiado mutilada como para seguir jugando.

–¿Por qué lo permitió la señorita McAllister? Ni siquiera era el tema que se suponía que teníais que estar tratando.

–Así es como conoce a todo el mundo. Puede aprender cómo eres con mucha más facilidad si simplemente te deja tranquilo y escucha. Así averigua cómo piensas, y aprende cuáles son tus puntos fuertes y débiles.

Es como una misión de reconocimiento. Estoy impresionada. Pero no es la forma más eficaz cuando solo hay dos personas discutiendo.

–Nadie más se metió –señalo.

—Nadie más es lo bastante estúpido como para debatir acerca de la existencia de Dios. Es una discusión que no se puede ganar.

Termina metiendo los últimos platos limpios de nuevo en el armario.

—¿Por qué parte?

—Ambas.

—¿Tú crees en Dios?

—Sí —responde sin dudar. Mi expresión debe de traicionarme, porque pregunta—: ¿Qué?

—Tan solo estoy sorprendida. No pensaba que fueras creyente.

—¿Porque estoy maldito y todo el mundo se muere a mi alrededor? —dice sin emoción alguna. No quiero confirmárselo, pero es lo que estaba pensando—. Sí que creo en Dios, Sol. Siempre he creído que Dios existe. —Y lo que dice a continuación no es autocompasión, ni furia, ni melodrama. Es la verdad—. Tan solo sé que me odia.

Tal vez lo que dice debería dejarme abatida, pero ni siquiera me hace pestañear. A lo mejor debería intervenir de inmediato y decirle que no tiene que pensar de ese modo. Que por supuesto que Dios no lo odia. Que es una ridiculez pensar algo parecido. Salvo porque no lo es. Nada de ello es ridículo. Cuando ves a todas las personas que quieres desapareciendo de tu vida de forma sistemática hasta que ya no te queda nadie a los diecisiete años, ¿cómo vas a pensar algo diferente? Tiene tanto sentido de una forma tan perfecta que lo único que me sorprende es que yo no haya pensado eso antes.

Capítulo 27

Josh

—Estás ridícula.

Sol ya está en mi garaje a las ocho en punto, vestida para ir a una fiesta con Drew. Odia las fiestas, pero él siempre la convence para que vaya.

Nuestra rutina se ha convertido, bueno, en una rutina. Hacemos los deberes, hacemos la cena, y después pasamos el rato en el garaje. A veces se marcha a correr un rato antes de volver aquí otra vez para lijar madera o mirar por encima de mi hombro y hacerme un centenar de preguntas acerca de cada una de las cosas que hago. Lija absolutamente todo lo que le pido, pero no se acerca siquiera a ninguna de las herramientas eléctricas, porque no confía en su mano.

—¿Qué? ¿No crees que me quede bien? No voy a volver a cambiarme.

Baja la mirada hasta las viejas botas de trabajo gastadas que le he prestado. Le quedan enormes, y se las ha atado con tanta fuerza como ha podido para mantenerlas sujetas. Antes apareció con el vestido negro más torturador que se puede imaginar y unos zapatos con la parte de los dedos abierta. Hoy estoy utilizando muchas herramientas, así que solo le he permitido quedarse si se cambiaba de zapatos. Una parte de mí esperaba que escogiera la opción de marcharse, para no tener que seguir mirándola con ese vestido y esforzándome por mantener la polla bajo control, pero no me sacó de mi miseria. Hace semanas, cuando finalmente acepté el hecho de que no iba a irse a ninguna parte, me prometí a mí mismo que no me acercaría siquiera a ella. No soy tan autodestructivo. Pero los días que entra con un vestido negro y ajustado y mis botas de trabajo, me pregunto durante cuánto tiempo seré capaz de mantener esa promesa.

—¿Estás seguro de que no quieres venir? —pregunta, tal como siempre hace cuando va a algún sitio con Drew. Pero no voy a someterme a eso, ni siquiera para estar cerca de ella.

Drew aparca en el camino de entrada y me salva de tener que responder.

—Bonitas botas. Me gustan. A lo mejor te dejo quedártelas puestas. —Ella le hace un corte de mangas, pero no significa nada—. Deberías venir —me dice—. Puedo liarte con alguien.

—Líate tú con quien quieras. Yo estoy bien así.

—Sí, ya lo sabemos. —Echa un vistazo a Nastya—. Yo también estoy bien. Tengo mi propio Sol personal para mantenerme caliente.

Algo dentro de mí estalla con eso. Sale con ella, la toca, le dice mierdas que nadie debería tener permitido decirle, pero no puede llamarla «Sol». Estoy dando martillazos a un tablón para no estallar. Saldrán de aquí en un minuto, y entonces habrá terminado. Me gustaría que se fueran de aquí ya.

—Como vuelvas a llamarme «Sol», te mato, chupapollas.

No sé quién gira la cabeza antes, si Drew o yo, pero ahora soy yo quien se ha quedado mudo en el garaje. En cuanto asimilo las palabras, mi impresión tiene que competir con mi diversión, y reprimo una sonrisa porque es evidente que no le gusta que la llame «Sol» más de lo que me molesta a mí.

No sé cuándo tomó la decisión de hablar con él, pero sé que no ha sido en este momento. Puede que no haya averiguado demasiadas cosas acerca de ella, pero sí que he captado el hecho de que todo lo que hace es por elección. Considera las repercusiones de cada acción que lleva a cabo: esta chica no comprende la palabra «espontaneidad». Planea cada aliento que toma.

—¿Has hablado? ¡Has hablado! ¡Ha hablado!

Me mira esperando mi reacción, pero no hay ninguna. Estoy sorprendido, pero no impresionado. Todavía estoy tratando de reprimir una sonrisa. Sus ojos se ensanchan más aún, si es que es posible.

—¡Cabronazo! ¡Ya lo sabías!

Nos mira alternativamente a Sol y a mí, incapaz de decidir a quién mirar. Ninguno de los dos está mirándolo.

Recupera la compostura, y soy lo suficientemente consciente como para caminar hasta la puerta del garaje para cerrarlo. Mi casa está justo al final de la calle, de modo que en

realidad nadie puede vernos, pero Drew está siendo demasiado ruidoso, y no necesitamos tener público.

—Bueno, bueno, bueno. —Ahora está complacido consigo mismo, aunque no hay razón para ello. Drew es capaz de encontrar la forma de convertirlo todo en su propio triunfo personal. Es obvio que sus encantos son tan irresistibles que puede hacer que una chica que no está muda del todo hable. O a lo mejor simplemente piensa que ha descubierto algo—. ¿Cuánto tiempo? —pregunta, y no estoy seguro de a qué se refiere hasta que hace un gesto en dirección a Nastya y a mí—. Vosotros dos. ¿Cuánto tiempo?

—Nosotros dos, nada. Hablamos... eso es todo.

Mira hacia donde se encuentra ella, reclinada contra la mesa de trabajo. No deja de mirarme. No sé si quiere que diga algo, o si quiere que haga algo. Siento una mezcla de alivio y resentimiento. Me alegra dejar de ocultarle esto a Drew, pero no puedo evitar la sensación de que he perdido algo irrecuperable, y de que ella es quien lo ha entregado sin preguntarme.

—¿Eso es todo? No ha hablado con nadie desde que está aquí. Ni una palabra. A excepción de ti, al parecer. ¿Y eso es todo?

—No quería decepcionarte.

Creo que soy yo quien está decepcionado. Sé que ahora es un poquito menos mía de lo que lo era hace unos cuantos minutos.

—Ni siquiera tiene acento.

Vuelve la atención de nuevo hacia Nastya.

—¿Decepcionado?

Su voz suena como miel empapada de arsénico. No se parece en nada a la que emplea cuando habla conmigo.

—Muchísimo. Pensaba que sería *sexy*. Nunca antes había oído a nadie gritando mi nombre con acento. Tenía muchas ganas.

—Eres un canalla.

Hay más diversión que repulsión en sus palabras.

—Llevas mucho tiempo esperando decirme eso, ¿verdad? ¿Te sientes bien?

—No tan bien como creía.

Arruga la nariz mientras piensa en ello, y está insoportablemente mona. Es obvio que ha terminado de hablar, porque camina hasta la parte posterior del garaje para apretar el botón que vuelve a abrir la puerta.

–¡Eh! –la llama Drew antes de que pueda presionarlo, como si acabara de recordar algo muy importante–. ¿Acabas de llamarme «chupapollas»? –pregunta.

Sus ojos se iluminan para él y un lateral de su boca se eleva en el levísimo amago de una sonrisa.

–Pues sí.

La travesura de los ojos de él concuerda con los de ella, y su sonrisa es una mezcla de orgullo e incredulidad, y comprendo por qué ha decidido hablar con él.

–Bienvenida a la fiesta, Sol.

Capítulo 28

Nastya

La fiesta en casa de Jen Meadows es muy cutre, y sabemos en cuanto llegamos que probablemente no nos quedaremos mucho rato. Es un alivio, porque a pesar de que la celebran dentro de la casa, el ruido de estas cosas siempre me pone de los nervios. Es demasiado difícil filtrar los sonidos y de dónde vienen. He llegado al punto de poder relajarme un poco si estoy en el interior con gente a mi alrededor, pero, si me dieran a elegir, preferiría el silencio.

Drew me mantiene junto a él de una forma mucho más diligente de lo habitual. Por lo general, me pasa un brazo por encima de los hombros mientras entramos, en una típica y tónica exhibición de propiedad, y en cuanto esta se ha establecido, me libera. Nunca permite que me aleje demasiado, y yo nunca me aventuro a apartarme más que un par de metros de él, pero esta noche no quiere que me aleje en absoluto.

No deja de mirarme de reojo, sonriendo como si estuviéramos conspirando. Debería arrepentirme de lo que he hecho, pero no lo hago, incluso a pesar de que se ha pasado todo el camino hasta aquí tratando de convencerme para que le dijera por qué no hablo, hasta que finalmente le expliqué con todo detalle el destino que le aguardaría si volvía a preguntar. No lo ha hecho, y creo que tiene algo que ver con el amor que siente por sus partes masculinas.

Me pasa un brazo por la cintura y me empuja contra una pared, justo a tiempo de mirar por encima de su hombro y ver a Tierney Lowell entrando por la puerta. Chris Jenkins le pone un vaso en la mano y ya le está hablando al oído antes de que pueda atravesar la habitación.

Drew me baja la mano por el brazo y entrelaza los dedos con los míos, conduciéndome hacia la escalera que hay a plena vista de toda la habitación. Tengo dos opciones: puedo pararle los pies delante de todo el mundo, lo cual consistiría en quedarme de pie y negarme a avanzar mientras él intenta hacerme subir la escalera, o puedo ir con él. La opción A es la que atraerá más la atención. Nadie va a alzar ninguna ceja por vernos a Drew y a mí desapareciendo en dirección a una habitación en una fiesta. Al parecer, llevamos semanas follando, pero no me molesta. Drew ha tenido muchas oportunidades para tratar de aprovecharse de mí, y nunca lo ha hecho. Además de pasarme un brazo por encima de los hombros y a veces cogerme la mano, no me toca en absoluto. Nada de intentar meterme mano como quien no quiere la cosa. Drew me mantiene cerca por alguna razón, pero, sea lo que sea, estoy segura de que no se trata de sexo.

—¿Por qué quieres que todo el mundo piense que estamos juntos? —le susurro cuando me lleva a través de la puerta de una habitación vacía y la cierra detrás de mí. Baja el brazo para cerrar el pestillo. La única luz viene de debajo de la puerta y de una farola en la calle, al otro lado de la ventana. Estamos en una habitación de invitados con una cama que obviamente ya han ocupado una vez esta noche. La música sigue estando tan alta que no tengo que preocuparme porque nadie nos oiga, pero mantengo la voz baja de todos modos, y Drew también lo hace.

—Porque deberíamos estarlo.

Se reclina contra la puerta y cierra los ojos. Ha dicho su frase, pero no piensa de verdad ni una palabra.

—Tú nunca «estás» con nadie. Solo te van los rollos de una noche.

—Podría hacer una excepción.

Me mira de arriba abajo, pero no lo hace en serio, y no sé ni por qué se molesta.

—Podrías, pero, si lo hicieras, no sería conmigo.

—¿Qué harías si te besara ahora mismo?

—Probablemente te dejaría, solo para ver a qué viene tanto rollo. Después te arrancaría los labios y te los haría comer, lo cual sería un poco difícil porque, ya sabes, no tendrías labios.

Asiente con la cabeza sin mirarme.

—Das miedo.

—¿Así que no vas a besarme?

—No. Pero no por lo de arrancarme los labios, aunque eso influye.

—Tienes que tener una razón muy buena para cargarte tu reputación por ella.

—Yo no tengo que cargarme nada. ¿Qué es lo que te crees que estamos haciendo ahora? ¿Charlar? Tú ni siquiera hablas, así que eso limita las opciones. Todos los que están en la fiesta saben que te estoy follando ahora mismo.

Se quita la camiseta y se arruga la ropa.

—¿Y me está gustando?

—Soy lo mejor que te ha pasado nunca —dice hipnóticamente, como si estuviera utilizando trucos mentales de Jedi conmigo.

—Sin duda alguna. Entonces, ¿por qué no hacemos lo que estamos haciendo de todos modos?

—Podría contar tu secreto, ¿sabes?

Abre un ojo para mirarme.

—Pero no lo harás. —Me sentiría un tanto decepcionada si no estuviera tan aliviada—. Al menos deberías decirme por qué. Yo te lo mostré.

—Si yo te mostrara lo mío, probablemente tú también te quitarías la ropa.

No va a decirme nada, a pesar de que obviamente hay algo que decir.

—Entonces, ¿qué sentido ha tenido el último par de meses si nunca has tenido ninguna intención de seguir hasta el final?

—Si la gente piensa que estoy liado contigo, no esperarán que me folle a todo lo que camine sobre dos piernas.

—Pero ¿eso no es lo que haces?

En realidad, nunca me creí toda su fachada, al menos no tanto como para asumir que eso es todo lo que hay en él. Pero era él quien vendía esa imagen. Me inducía a creer que si buscabas «bajeza moral» (o tal vez simplemente «putón»), en la definición aparecía Drew Leighton. Esto está destrozando esa imagen.

—Me gustabas mucho más cuando no hablabas.

—Sí, ya lo sé. Lo hecho, hecho está. No sabes lo que tienes hasta que lo pierdes. El pasado siempre es mejor. Responde a la pregunta.

Pone los ojos en blanco y suspira, para asegurarse de que experimento el peso completo de su enfado.

—Es lo que se supone que tengo que hacer. Si dejo de hacerlo, todo el mundo querrá saber por qué. Comenzarán a especular. El subterfugio es mucho más fácil.

—¿Por qué yo?

—Supuse que nunca le dirías a nadie la verdad. —Se encoge de hombros y, si Drew Leighton pudiera parecer tímido, diría que lo estaba intentando, pero se escapa un poco de sus habilidades—. Lo siento. No fue así como comenzó. Si te hace sentir mejor, sí que planeaba realmente utilizar contigo los mismos trucos de siempre. Si hubieras caído, nos habríamos liado a la primera oportunidad que tuviéramos y no estaríamos aquí ahora. Pero tú parecías tomártelo todo como si simplemente fuera una broma, y resultó un alivio. Me sentí aliviado por no tener que seguir adelante, y cuanto más te perseguía, menos en serio me tomabas tú. Así que la pregunta de verdad es: ¿por qué me has seguido tú el juego?

—Por la misma razón que tú. Si la gente pensaba que yo estaba contigo, darían por hecho que estaba fuera de su alcance. Aparte del arrogante de Ethan, los demás me dejan en paz. Todos ganamos.

Realmente no me importa lo que diga la gente acerca de mí. Me da igual que haya rumores y mentiras. Es la verdad lo que no quiero que se sepa.

—¿Y dónde encaja Josh en todo esto? —pregunta, mirándome finalmente a los ojos.

—No estamos hablando de Josh.

—Ah, ¿no? —inquieta.

—Josh se está tirando a otra.

Y hay que añadir a eso el hecho de que no quiere que nadie más vuelva a importarle una mierda, y que es una especie de sueño imposible.

—¿Y qué? Josh Bennett tiene una follamiga. —Se encoge de hombros como si simplemente acabara de decirme que Josh lleva pantalones. Es el mismo tono que utilizó cuando me soltó la bomba la primera vez, y sigue siendo una mierda tener que escucharlo—. ¿Cómo te crees que se las ha arreglado para mantener las manos alejadas de ti todo este tiempo? No significa nada. —La mirada que le lanzo dice lo contrario—. No te pongas a juzgarlo. Es un buen tío, pero no es un santo.

—¿Qué significa ella para él?

Trato de no sonar celosa, ni como si estuviera tratando de averiguar información, pero ambas cosas son ciertas.

—Ella... —dice mirándome el pecho, porque sigue siendo Drew, antes de levantar la mirada otra vez hasta mis ojos—. Es el sol de un hombre pobre.

Me cuesta mucho creer eso, porque Josh nunca se ha acercado a mí siquiera.

—Ni siquiera me mira de reojo, y mucho menos trata de tocarme.

—Tienes razón. No te mira de reojo. Te mira directamente, y ni siquiera trata de esconderlo. Lo único por lo que lo he visto babear tanto antes tenía cuatro patas y estaba hecho de caoba, pero no creo que tenga planeado pedirle salir en ningún momento cercano.

—No le permitas hacer eso, Drew. Conmigo no. A ti te escuchará.

—No. No lo hará. —Se detiene para levantar los ojos desde el suelo hasta mí—. Ese árbol ya está talado, Nastya.

—¿Qué árbol?

—Sí, que ya es demasiado tarde, el barco ya ha zarpado, ya no hay forma de volver atrás. Estaba tratando de expresarlo en términos de carpintería, pero mi marco de referencias es limitado. No ha funcionado, ¿no?

—La verdad es que no.

—No te preocupes. A Josh le gusta mantener su vida libre de complicaciones innecesarias. Creo que estarás a salvo durante un tiempo.

Levanta un brazo y se revuelve el pelo a propósito.

—¿Cuánto tiempo más tenemos que quedarnos aquí?

Estoy cansada de la conversación acerca de Josh. Algunas cosas es mejor dejarlas correr, y esta es la definición de una de esas cosas. Miro las sábanas enredadas de la cama y decido no sentarme allí. Me siento en el suelo con la espalda pegada a la pared, junto a Drew, y cruzo las piernas. Él pone mi cabeza sobre su hombro, y me deja reclinarme contra él.

—Al menos otros veinte minutos. Tengo una reputación que mantener.

Capítulo 29

Josh

—¡Mierda!

La hoja de la sierra me corta la mano y, en cuestión de segundos, tengo los pantalones empapados de sangre en la zona donde estoy presionando con la palma de la otra mano. No se me da bien la sangre. De hecho, soy completamente terrible en lo respectivo a la sangre, así que esta situación básicamente es un asco para mí.

Me siento en el suelo y me reclino contra los armarios. Tengo que detener la hemorragia, pero sentarme es prioritario, porque creo que voy a desmayarme.

—¡Joder, Josh! —Nastya me toma la mano, y quiero decirle que se detenga porque hay demasiada sangre, pero acabo maldiciendo otra vez—. Ya está. —Comienza a presionar el corte, y yo trato de estirar el brazo derecho para coger la toalla que hay encima de la encimera. Ella la aparta—. Está cubierta de grasa y serrín. ¡Mierda! —dice cuando la sangre comienza a correrle por el brazo, mientras su mano permanece sobre la herida—. ¡Sujeta esto!

Me toma la mano derecha y la presiona contra el corte sangrante de mi palma izquierda. Cometo el error de mirar antes de que lo cubra con la mano, y me mareo de verdad. La sangre es mi kryptonita. Puedo soportar enormes cantidades de vómito, pero no puedo soportar la sangre. Sobre todo si es la mía.

—Hay mucha sangre —señalo sin aliento.

—No es tanta —replica, presionando la mano por encima de la mía.

—Sí que lo es —logro decir, porque esta vez tengo razón. Si estoy sentado en el suelo como una nenaza porque hay sangre, voy a insistir en que es un montón.

—No —asegura enfáticamente, y no me da opción a discutir cuando me mira directamente a los ojos, obligándome a concentrarme en ella—. En realidad no lo es. —No deja de mirar a su alrededor, en busca de algo para detener la hemorragia—. ¿Puedes levantarte?

Joder. Si me obliga a levantarme ahora, voy a desmayarme delante de ella. Antes de que pueda asimilar completamente la humillación de esa idea, distrae mi atención. Quitándose la camiseta. Se la quita de un solo movimiento y me envuelve la mano con ella antes de que pueda preguntarle qué coño está haciendo. Es casi más impresionante que la maniobra del sujetador.

—¿No debería ser yo quien se quite la camiseta? —pregunto para suavizar el momento. Al menos para mí: ella no parece afectada en absoluto.

—Si pensara que podías quitártela sin perder medio litro más de sangre, créeme, hubiera ido por ahí. —Aprieta la camiseta alrededor de mi mano y la mantiene así—. Además, tengo que concentrarme, y si te viera sin camiseta a lo mejor me pondría a hiperventilar, y entonces los dos acabaríamos desmayados.

Listilla sarcástica.

—Yo no me he desmayado.

Todavía.

—Todavía. —Sonríe y me levanta la mano para observar su trabajo—. Al menos ahora no llenarás la alfombra de sangre. Vamos dentro —ordena, pero estoy demasiado ocupado mirando su pecho, con un sujetador de encaje rosa. No sé si me impresiona más el hecho de que estoy mirándole las tetas o el hecho de que sea rosa, y no negro, pero al menos he dejado de pensar en la sangre. Y entonces, antes de que pueda siquiera levantarme, mi polla traidora se mueve. Me estoy desangrando en mitad del garaje. Hace diez segundos mi mayor miedo era desmayarme delante de ella, pero ahora ya no lo es. Vuelve a moverse, y ya no hay forma de negar que se me ha puesto dura. Ahora intento pensar en la sangre, pero ella está justo delante de mí, ofreciéndome su ayuda para levantarme, y ya es demasiado tarde. Mira hacia abajo. Por supuesto que mira hacia abajo.

—Estás de coña, ¿verdad? —Me mira a la cara y, si me quedara algo de sangre de sobra, probablemente se me pondría roja. Afortunadamente, entre mi mano y mi polla, tengo toda la sangre ocupada—. ¿En serio? ¿Justo ahora? ¿En este momento? ¿En serio? —Sacude la cabeza y se ríe, y casi merece la pena toda la vergüenza—. Debe de ser un verdadero asco ser un tío.

–Es culpa tuya. Eres tú quien se ha quitado la camiseta.

–Si metes el culo en la casa, podré ponerme otra.

Me tira suavemente del antebrazo.

Me pongo en pie con tanta lentitud como puedo. Por suerte, la camiseta está atada lo suficientemente fuerte a mi mano como para mantener la hemorragia bajo control, y logro entrar en la casa sin sacrificar lo que queda de mi cromosoma Y.

Unos cuantos minutos después, sale de mi habitación con una de mis camisetas puesta, y casi es peor que verla sin nada en absoluto. Pone el kit de primeros auxilios sobre la mesa, enfrente de nosotros.

–¿Esto es lo único que tienes? Creo que voy a necesitar más.

–Baño de invitados. Bajo el lavabo.

Ahora tenemos una enorme botella de agua oxigenada y más gasas. Me mira con nerviosismo antes de desenvolverme la mano.

–No mires. ¿Vale?

–Pensaba que no era para tanto.

–No lo es. Pero creo que te desmayarías hasta si te cortaras con un papel, así que será mejor que cierres los ojos, o mires a otro lado, o algo.

Escojo el «o algo». Estiro la mano buena y levanto el dobladillo de la camiseta que lleva para recorrer con el pulgar una de las cicatrices de su abdomen que antes no había podido examinar de verdad por estar demasiado ocupado mirándole el pecho. Se le corta el aliento de forma casi imperceptible con el contacto, y a continuación me da un golpe en la mano para que la aparte y suelto la camiseta.

–No has perdido tanta sangre como para que no vaya a pegarte. Y si te pego, te dolerá. No lo dudo ni por un segundo.

–¿De qué es? La cicatriz.

–Cirugía.

–Y una mierda, Sol. ¿Qué hay de la que tienes junto al pelo? Llevo siglos queriendo preguntártelo. La otra la he descubierto esta noche, junto a un sujetador de encaje rosa y unos abdominales que son una locura.

–Pelea de gatas.

–Eso me lo puedo creer.

–Bien. Deja de hablar. Me temo que vas a desmayarte como sigas así.

–Entonces háblame tú.

Reclino la cabeza hacia atrás y cierro los ojos mientras comienza con mi mano.

—¿Sobre qué?

—No lo sé. Cualquier cosa que no sea sangre. Cuéntame una historia.

—¿Qué clase de historia te gustaría?

Me está hablando como si fuera un niño de cinco años, que es exactamente como estoy actuando ahora mismo. La culpa es de la pérdida de sangre.

—La de verdad.

—Dijiste que no querías oír nada acerca de sangre.

No sé lo que quiere decir con eso, pero sé que significa algo. Es otra pieza del puzle que es ella. Pero, cuantas más me da, más abstracta se vuelve. Es como si fueran piezas de tres puzles diferentes. Intentas juntarlas, pero no encajan, y si las fuerzas, el dibujo no sale bien.

Me ha desenvuelto la mano, y la miro a la cara mientras me la limpia. No parece afectada en absoluto. Una vez ha desaparecido parte de la sangre, no puedo evitar mirar. El corte me recorre la palma en diagonal, desde la base del pulgar hasta la muñeca. Duele de cojones. Me lo cubre con alguna mierda antibiótica y lo envuelve con gasas, porque no hay tiritas lo bastante grandes como para cubrirlo.

Desaparece en la cocina y la oigo abrir el frigorífico y rebuscar en los armarios. Cuando regresa, me entrega una lata de refresco y una chocolatina. Además del helado, ha comenzado a guardar aquí también más golosinas. Me pregunto cuánto tiempo pasará antes de que tenga un estante en el armario de las medicinas y un cajón en mi cómoda. Y cuando eso suceda, me pregunto cuánto tiempo pasará antes de perderla.

—¿Me estoy muriendo? —pregunto.

—Creo que sobrevivirás. ¿Por qué?

Le ha hecho gracia.

—Porque entregar tu azúcar es como entregar tu vida. Supongo que debo de estar muriéndome.

—Considéralo una transfusión. Estás tan pálido como yo ahora mismo. Da miedo.

—No creía que nada te diera miedo.

—Ver sangre, no. Al contrario que a otros.

Me dirige una sonrisita de suficiencia.

—Te debo una camiseta. No hacía falta que hicieras eso.

–Estabas sangrando como si no hubiera mañana. No tenía tiempo para pelearme con la tuya. Además, ¿sabes cuánta gente me ha visto sin ropa? No me preocupa.

No voy a mencionar esa última parte. Me gusta pensar en ella sin ropa, pero no me gusta pensar en que nadie más la vea.

–Pensaba que habías dicho que no había tanta sangre.

Tensa la gasa y vuelve a poner mi mano en la mesa.

–Hablando relativamente, no era tanta.

–¿Relativamente a qué? ¿A que te corten algo?

–Probablemente deberías ir a que te pongan puntos de todos modos. –La mirada que le dirijo le deja claro que eso no va a pasar–. Así sanará más rápido. Además, tienes que ir a que te lo miren, para ver si te has cortado un tendón o algo.

Hago una mueca ante la mención del tendón cortado, y veo que vuelve a dirigirme una sonrisita. Se está riendo mucho a mi costa esta noche.

–Cuanto más tarde en curar, más tiempo estarás sin poder jugar con tus herramientas –canturrea. No se me escapa el doble sentido, y probablemente podría responderle alguna tontería sobre que todavía tengo la mano derecha, pero sabe que me ha tocado la fibra sensible y que estoy escuchándola–. Vamos a hacer una cosa –dice, y toma el móvil para mandar un mensaje–. Margot libra esta noche. Si está en casa, deja que le eche un vistazo.

El móvil suena unos pocos segundos después y ella lo levanta para mostrarme la pantalla: «Ven a casa».

Una hora después hemos vuelto a mi casa. Su tía me ha tratado y envuelto la mano, y he jurado no tocar las herramientas durante al menos una semana, dependiendo de cómo sane.

–Ahora tu mano izquierda también es una mierda. –Toma mi mano vendada y la gira con la suya–. Vas a volverte loco, ¿verdad?

–Muy probablemente.

Pensar en una semana o más sin poder trabajar es más deprimente de lo que quiero admitir.

–Ni siquiera vas a poder lavar los platos.

Le encanta todo esto.

–Podemos utilizar platos de papel –respondo secamente.

–Yo me siento contigo durante tu terapia –dice, y me cuesta un minuto darme cuenta de lo que está diciendo. El garaje, las herramientas, la madera, el trabajo. Mi terapia. Lo que me mantiene cuerdo–. ¿Quieres venir a la mía?

Su terapia resulta ser correr de noche. No es hacer *footing*. No es trotar de forma moderada. Es correr de verdad. Ha estado tres días seguidos pateándome el culo como si fuera una pequeña instructora militar con piel de porcelana. Es lamentable y agotador. He vomitado todas las veces. Ojalá pudiera decir que lo odio.

No he logrado mantener su ritmo, al menos no durante demasiado tiempo. Mis piernas son más largas y puedo ganarla en las distancias cortas, pero no tengo resistencia. Ella puede ir a tope durante kilómetros, pero, tal como lo hace, no tiene nada que ver con el ejercicio. Corre como si algo la persiguiera.

–No vas a seguir vomitando siempre. Se vuelve más fácil –asegura a unos cuantos metros de distancia, mientras yo lo echo todo en los arbustos de la casa de algún extraño desafortunado.

–Solo si sigo haciéndolo –respondo, pensando que debería empezar a correr con una botella de enjuague bucal. O al menos chicle.

–¿No vas a hacerlo?

No suena sorprendida ni curiosa, sino decepcionada. No se me da bien la decepción, especialmente si es suya. Si quiere que corra con ella, lo haré. A lo mejor se acaba cansando de esperar a que alcance su ritmo y me envía a casa, donde puedo esconderme en mi garaje. Salir corriendo es lo suyo. Esconderme es lo mío.

Cuando volvemos a mi casa, me meto en la ducha de inmediato y me ofrezco a llevarla a casa cuando salga. Tengo que obligarme a salir del agua, porque probablemente podría quedarme ahí toda la noche. Me duele cada parte del cuerpo.

Cuando salgo al salón, hay una nota en la mesa de centro.

He tenido que salir corriendo... si sabes a lo que me refiero. No podía confiar en mí misma sabiendo que estabas mojado y desnudo en la habitación de al lado. No quería tentar al destino. Nos vemos mañana.

P. D.: He doblado tu ropa interior. No te preocupes. No he tocado tus calzoncillos.

En la parte de abajo, ha firmado con un dibujito de un sol con carita sonriente, lo cual tiene que ser lo más opuesto a ella que jamás le he visto hacer.

Me dirijo hacia la sala de la colada, y encima de la lavadora hay un montón de ropa limpia perfectamente doblada. Cuando abro la puerta de la secadora, en ella no queda nada salvo mis bóxers abandonados.

Capítulo 30

Nastya

–Helado.

Conozco esa palabra. Me gusta esa palabra. Levanto la mirada desde el libro de Física que ha sido mi fiel compañero durante las pasadas tres horas. Nunca voy a aprobar este examen. No debería haberme apuntado siquiera a esta asignatura: he ido atrasada desde el principio. Josh está junto a mí y se inclina hacia delante para cerrar el libro. Tengo la sensación de que esto puede haber tenido algo que ver con la frustrada descarga de tacos que ha salido de mi boca hace unos momentos.

Los estudios nunca han sido mi fuerte. No soy demasiado lista, un hecho que no tengo ningún problema en demostrarme varias veces al día. Asher es el listo. Ese es su lugar en la familia. Él tiene el béisbol y el instituto. Yo tenía el piano. Ahora no tengo nada.

–Lo necesitas. Vamos a por él. Ahora.

Otra vez la voz de padre enfadado.

–¿Ahora?

–Ahora. ¿Recuerdas cuando decías que pasan cosas malas si no tienes suficiente helado? Están pasando cosas malas. Estás estresada y de mal humor, como un chico que no ha conseguido echar un polvo.

–Bonita analogía.

¿Se ponen de mal humor?

–Lo siento, pero es verdad, y a nadie le gusta un sol de mal humor. Va en contra de las leyes de la naturaleza.

Aparta la silla de la mesa, conmigo sobre ella.

–Lo dices como si fuera una niña irritable de cuatro años.

Irritable: malhumorado, gruñón, enfadado, molesto, cabreado. Lo aprendí de Asher cuando estaba estudiando para los exámenes de aptitud escolar.

—Estás actuando como una, aunque con un vocabulario un poco más colorido. Mete el culo en la camioneta. Nos vamos.

Toma las llaves y se queda en la entrada, manteniendo la puerta abierta y esperando. Llegamos a las ocho en punto a una plaza comercial a un par de kilómetros de distancia, y lo sigo hasta una heladería que se encuentra al fondo, en la esquina trasera de la plaza. Si no sabes que está allí, probablemente jamás la encontrarías. Es martes y está prácticamente vacía, a excepción de una familia en la mesa de la esquina, con un niño pequeño que parece tener más helado de chocolate en la ropa que en la boca. No había estado aquí antes. Prefiero comerme el helado directamente de la tarrina, en la encimera de la cocina, donde nadie pueda verme. El helado me hace feliz. Me gusta concentrarme en la felicidad.

Este lugar es como un paraíso en miniatura en colores pastel. Es pequeño, y grita «¡Qué mono!» a todo pulmón desde todas direcciones. Hay seis mesas de cristal distribuidas por la parte delantera. Tiene que ser una pesadilla mantenerlas limpias en un lugar lleno de azúcar derretido. Las sillas tienen marcos de metal plateado a juego con las bases de las mesas, y cojines de vinilo acolchado de colores pastel: rosa, amarillo, azul y lavanda. Me miro a mí misma, toda vestida de negro. Parezco una Morticia Addams adolescente entrando en un anuncio de golosinas.

Hay una chica a la que no reconozco limpiando las mesas y una chica detrás del mostrador a quien sí reconozco. Está en el último curso, se llama Kara Matthews, y asistía a mi antigua clase de Música. Se nos queda mirando fijamente cuando entramos, y entonces debe darse cuenta de que lo está haciendo, porque aparta la mirada, pero es bastante obvio lo que está pensando. «Nastya Kashnikov y Josh Bennett entran en una heladería juntos un martes por la noche.» Es como el principio de un chiste malo. O el Apocalipsis.

—¿Qué quieres? —pregunta Josh, sabiendo que no puedo responderle aquí. Lo miro levantando las cejas con impaciencia, y él levanta las manos en señal de rendición ante la mirada que le dirijo—. No quería que me acusaran de ser machista, pero si no me dices lo que quieres, voy a tener que adivinarlo.

Hay un matiz travieso en su voz, y no confío en él, pero me encojo de hombros. Tengo una capacidad excelente para encogerme de hombros. Rivaliza con mi habilidad para

asentir con la cabeza.

No hay nada que pueda hacer. Me siento y miro por la ventana, para no tener que mirar a Kara Matthews, ni dejar que ella me mire. Me siento agradecida por llevar puesta todavía la ropa del instituto. Josh va hacia el mostrador y puedo oír su voz, pero no logro averiguar lo que está diciendo. A Kara sí que la oigo.

—¿En serio?

Se ríe. Me pregunto lo que le habrá dicho, pero ha hablado demasiado bajo como para enterarme. La idea de Josh Bennett flirteando con Kara Matthews me resulta totalmente absurda. Recorro con los dedos el borde biselado de la mesa de cristal y trato de adivinar qué clase de mejunje va a traerme solo para provocarme. Probablemente será un helado de lima y mantequilla de cacahuete, o alguna combinación igual de asquerosa.

La espera se me hace eterna. No debería tardar tanto tiempo en pedir un helado, y casi estoy a punto de rendirme y darme la vuelta cuando lo oigo volver a la mesa, con las pisadas desiguales que ya tengo memorizadas.

—La cena —dice Josh desde detrás de lo que solo podría describir como un contenedor de helado, que coloca delante de mí. Debe de haber pedido todas las clases de helado que tienen. Me recuerda a algo que haría mi padre; algo tan completamente ridículo que no tenía otra elección salvo animarme por cualquier tragedia que hubiera sucedido en mi joven vida, antes de que supiera lo que era una tragedia de verdad. Cuando lo más duro era el hecho de que Megan Summers tuviera ropa mejor, o que me hubiera salido mal una actuación. Charles Ward era un maestro a la hora de animarme cuando era pequeña. Mejor que un barril lleno de cachorritos. Mejor incluso que el helado derretido.

—No sabía de qué clase querías, así que he pedido de todas.

No está mintiendo. Miro el surtido de helados, y estoy segura de que los únicos sabores que no están son los que aún no se han inventado. Se sienta enfrente de mí y pone los codos sobre la mesa, tratando sin éxito de reprimir una sonrisa de imbécil.

No tengo bolígrafo y hablar aquí está descartado, así que saco el móvil del bolso y mando un mensaje al chico que se sienta enfrente de mí, al otro lado de la mesa. Su teléfono suena un segundo después y lo saca para leer el mensaje de tres palabras que le he enviado.

«¿Y el tuyo?»

Y entonces hace algo que me impresiona incluso a mí. Josh Bennett, rey del estoicismo y la melancolía, se ríe. Josh Bennett se está riendo, y es uno de los sonidos

más naturales, desinhibidos y bonitos que he escuchado nunca. Sé que Kara Matthews nos está observando, y que la gente hablará del tema mañana, pero ahora mismo no me importa. Josh Bennett se está riendo y, por un momento, todo va bien en el mundo.

—Nos vamos de vacaciones en Acción de Gracias —dice mi madre por teléfono cuando llego a casa después de estar con Josh.

Son las diez, y tengo tres mensajes de voz suyos, además de uno de texto en el que simplemente pone «Lláname, por favor». Las diez nunca es demasiado tarde para mi madre. Ya no. Se queda escrutando sus fotos hasta las tantas. Antes del ataque, no recuerdo haberla visto nunca trabajar por la noche, como hace ahora. Pero después, era todo lo que parecía hacer. Mi madre atravesó el periodo más prolífico de su vida mientras yo me estaba recuperando. Decía que se quedaba levantada porque quería estar despierta si yo me despertaba y necesitaba algo, pero creo que era porque no podía dormir. Era más fácil meterse en un ordenador lleno de sus fotografías que en una cama llena de sus pesadillas. Yo a veces me sentaba con ella, porque tampoco podía dormir. La contemplaba, sorprendida por lo mucho que es capaz de conseguir una persona impulsada por té y remordimientos.

—Vamos a quedarnos en una casa muy bonita. Nos gustaría que vinieras.

Espera mi reacción. Siempre espera. Mi madre nunca pierde la esperanza de que, algún día, llene esa pausa. Probablemente a estas alturas ni siquiera le importaría cuáles fueran las palabras, tan solo que estuvieran allí.

—Hemos pensado que sería divertido ir a esquiar.

¿A esquiar? ¿En serio, mamá? ¿Con la mano? No quiero ir de vacaciones, y desde luego no quiero ir a esquiar. Preferiría que me dieran en la cara con una pelota de balón prisionero. Muchas veces.

—Ya he hablado con la doctora Andrews. Podemos pedir cita para que vuelva a mirarte la mano antes de que vayamos. Piensa que debería aguantar bien, con tal de que no sea durante mucho tiempo. Si empieza a molestarte, podemos entrar para sentarnos junto al fuego y beber café.

Odio el café. No sé esquiar. Soy de Florida. No tengo sentido del equilibrio ni coordinación, y tengo una mano a la que le gusta perder el agarre de forma aleatoria en

momentos inoportunos. Por no mencionar el hecho de que está llena de placas y tornillos que harán sonar todos los detectores de metales del aeropuerto.

Mi hermano es el atleta, así que debe de sentirse como en el cielo. No quiero que no vayan por mi culpa, pero no creo que ese vaya a ser un problema. Irán, vaya yo o no. Y no voy a ir. Estaré triste, y entonces todo el mundo estará triste, y será culpa mía. Otra vez. Estoy cansada de ser responsable de la tristeza de todo el mundo. Ni siquiera soy capaz de soportar la mía.

Mi madre continúa hablando. No tiene miedo de que la interrumpa, pero quiere contarme todos sus argumentos para que vaya. Como si cuanto más rápido los diga, más convincentes serán.

—La casa es muy grande. Es de Mitch Miller, el jefe de tu padre, y no la va a utilizar este año, así que nos la ha ofrecido. Addison también vendrá.

¿Addison irá? Todo encaja. La moral nunca fue un gran problema para mi madre, sino la excelencia. Asher y yo probablemente podríamos tirarnos a la mitad del país bajo su techo, con tal de que no dejáramos de centrarnos en lo importante. Me pregunto si eso se sigue aplicando a mí, ahora que ya no soy buena con nada. Conociendo a Asher, probablemente ni siquiera se estará acostando con la chica todavía, pero es fácil juzgar a mi madre por ello, así que lo hago.

Le doy tres golpecitos al teléfono, lo cual significa que voy a colgar.

—Por favor, piensa en ello al menos. Margot también va a venir, y no quiero que estés sola en Acción de Gracias.

Cuelgo antes de que pueda decirme que me quiere. No es porque no quiera oír que me lo dice, sino porque no quiero que ella oiga que yo no lo digo.

* * *

Mi vida fuera del instituto se ha vuelto virtualmente irreconocible, pero casi nada cambia entre las siete y cuarto de la mañana y las tres menos cuarto de la tarde. Josh y yo apenas nos miramos, Drew me suelta bombas sexuales cada vez que puede, y yo trato de saltarme las violaciones del código de vestimenta. El resto del tiempo lo paso esquivando lo que quiera que necesite esquivar ese día. Miradas desagradables por parte de Tierney Lowell. Propositiones de Ethan Hall. Todo el mundo a la hora de la comida.

Estoy cruzando el patio en dirección a mi lavabo vacío favorito, donde tendré veinticinco minutos de angustia sin interrupciones antes de ir a clase de Carpintería. Miro a Josh antes de comenzar a recorrerlo, y veo que ya está ahí. Tiene la tercera hora justo al lado, así que normalmente llega hasta allí primero. Solo me permito mirarlo en esos momentos, porque está lo bastante lejos como para que nadie se dé cuenta. Cuando me acerco más, siempre me aseguro de desviar los ojos, porque tengo miedo de que si lo miro aunque sea durante tan solo un segundo, todo el mundo sabrá lo que está sucediendo en mi cabeza. Estoy pasando de largo, y por el rabillo del ojo veo que está mirando hacia abajo, a sus manos, exactamente en la misma posición que estaba la primera vez que lo vi, y comienzo a preguntarme si se sienta de ese modo porque sabe lo increíbles que parecen así sus brazos.

—Sol.

Lo dice tan bajito que casi no puedo oírlo, y por suerte nadie más lo oye, pero sé que es real. No levanta la cabeza hasta que me detengo y lo miro, preguntándome en qué demonios estará pensando. Entonces me devuelve la mirada, como si no pudiera importarle menos quién nos viera.

—Siéntate.

Camino hacia él, para no quedarme plantada en mitad del patio. Le estoy dando la espalda a todo el mundo y lo miro estrechando los ojos. «¿Qué estás haciendo?»

—Kara Matthews debe de haberse pasado media noche al teléfono —dice monótonamente.

Ya lo sabía. Por el momento he descubierto que Josh y yo llevamos semanas follando en secreto, pero ahora Drew y él se están turnando conmigo. Supongo que él también lo habrá oído, pero no tengo que responder a ello. Simplemente me hago la tonta y sigo caminando. Dudo que Josh tampoco tenga que responder a ello. Me sorprende que alguien se haya acercado siquiera lo suficiente a él como para que oyera lo que estaban diciendo. La mayoría normalmente tienen miedo de morirse por estar cerca de él, o peor, de tener que reconocer que existe. No sé si esto tiene algo que ver con el hecho de que me llame en mitad del patio. Normalmente, darles más munición no es su *modus operandi*.

—Siéntate —repite, pero lo hace con suavidad. No es una orden. No es una petición. Es lo único que queda por hacer—. No hay razón para que sigas escondiéndote en el lavabo. Escóndete aquí. Hay un campo de fuerza, ya lo sabes. —Baja la voz cuando lo dice, como

si estuviera contándome un secreto, y después me dirige la sombra de una sonrisa que nadie más que yo podría haber captado, antes de apartarla a un lado y ponerse serio, y añadir en voz baja—: No va a molestarte nadie.

Así que me siento. Él está sobre el respaldo, y yo sobre el asiento. No nos tocamos. No hablamos. Ni siquiera estamos a la misma altura. Y hoy, por primera vez desde que llegué a este instituto, el patio no es ni de cerca tan horrible después de todo.

Capítulo 31

Josh

Mi abuelo murió esta mañana. No ha cambiado nada.

Pensaba que cuando muriera me derrumbaría, lloraría, me emborracharía y me pondría a lanzar mierda, porque se había terminado, porque él era el último. Pero no lo he hecho. No me he derrumbado. No he abierto agujeros en la pared a puñetazos. No he comenzado a pelearme con todos los imbéciles del instituto. Simplemente he seguido adelante, como si ni siquiera hubiera pasado nada. Porque todo resultaba increíblemente normal.

* * *

—¿Adónde vamos? —pregunta Sol cuando entra en mi camioneta. No me apetece estar aquí. Hoy, el garaje no me ofrece nada. Ese taller es la única cosa en el mundo con la que puedo contar, y no quiero pensar que ahora mismo no me sirve para nada. Prefiero simplemente marcharme durante un rato, para no tener que temer que también he perdido eso. En realidad, ni siquiera sé adónde vamos. Tan solo quiero irme.

Conduzco durante mucho rato. No he dicho nada desde que entramos en la camioneta, y ni siquiera he respondido a su pregunta. A Sol se le da bien el silencio. Apoya la cabeza contra la ventana, mira al exterior y se limita a dejarme conducir.

Acabamos en la parte trasera de la camioneta, mirando al cielo en el aparcamiento de un concesionario clausurado.

Ni siquiera he comenzado a contar todavía. Me pregunto si soy el único que lo hace, o si es igual para todo el mundo; comenzar a contar cuánto tiempo ha pasado desde que no están cada vez que alguien se muere. Primero cuentas los minutos, y después, las horas.

Cuentas los días, después las semanas, y después los meses. Entonces, un día te das cuenta de que ya no estás contando, y ni siquiera sabes cuándo has dejado de hacerlo. Ese es el momento en el que ya no están.

—Mi abuelo ha muerto —digo.

—Si tuviéramos un telescopio, podría enseñarte el mar de la Tranquilidad. —Señala hacia el cielo—. ¿Lo ves? Allí arriba, en la luna. En realidad no se ve desde aquí.

—¿Por eso es por lo que tienes una foto de la luna en tu habitación?

A estas alturas, soy experto en seguirle la corriente cuando cambia de tema.

—¿Te fijaste en eso?

—Era lo único que había en la pared. Pensaba que eras aficionada a la astronomía.

—No. La tengo allí para que me recuerde que es todo mentira. Pensaba que sonaba como un lugar bonito y pacífico. Como el lugar adonde querías ir cuando murieras. Silencioso y con agua por todas partes. Un lugar que te tragaría y te aceptaría sin importar lo que pasaba. Tenía una imagen muy clara de ello.

—No parece un mal lugar donde acabar.

—No lo sería, si fuera real. Pero no lo es. Ni siquiera es un mar en absoluto, tan solo es una sombra grande y oscura en la luna. Todo el nombre es una mentira. No significa nada.

Su mano izquierda está descansando encima de su estómago, abriéndose y cerrándose. Lo hace todo el tiempo, pero creo que no se da cuenta.

—Entonces, ¿tu retorcida fascinación por los nombres se extiende más allá de las personas?

—En realidad, todos son mentira. Tu nombre podría significar «excelente» y tú ser inútil y que todo se te dé como la mierda. Puedes ponerle un nombre a cualquier cosa, llamarlo como quieras, pero eso no lo convierte en real. No lo hace cierto.

Lo dice con amargura. O tal vez tan solo sea desilusión.

—Entonces, si dicen tanta mierda sin sentido, ¿por qué estás tan obsesionada?

No podría contar cuántos periódicos mutilados ha dejado en la mesa de mi cocina después de que haya recortado los anuncios de nacimientos. Al principio pensaba que era una de esas chicas que llevan hasta el extremo lo de poner nombre a sus futuros hijos, pero al parecer no es más que un pasatiempo extraño.

—Porque está muy bien cuando encuentras uno que sí significa algo. Hace que todos los nombres vacíos merezcan la pena. —Una débil sonrisa cruza su cara, y me pregunto lo

que estará pensando, pero no me da opción a preguntárselo—. ¿Dónde crees que estará? —pregunta, todavía mirando al cielo.

—En algún lugar bueno, supongo. No lo sé. —Espero, y ella también lo hace—. Una vez le pregunté si tenía miedo. De morir. Después me di cuenta de que preguntarle eso a alguien que se está muriendo era ser muy cabrón, porque, si antes no estaba pensando en ello, desde luego lo haría después.

—¿Se enfadó?

—No. Se rio. Dijo que no tenía miedo en absoluto. Pero para entonces estaba ya bastante drogado, así que no era totalmente consciente. Me dijo que ya sabía adónde iba a ir, porque ya había estado allí antes. —Me detengo, porque creo que esa es toda la locura de mi abuelo que quiero compartir. No siempre ha sido así. Solo hacia el final, con las drogas y el dolor. Pero entonces ella me mira con la curiosidad de un centenar de preguntas en los ojos, y me siento como si tuviera que responderle—. Cuando tenía como veinte años, estaba trabajando en la construcción, y se cayó y se le paró el corazón, así que supongo que estuvo técnicamente muerto durante un minuto o así. Contó la historia miles de veces.

—Entonces, ¿por qué pensabas que lo decía por las drogas si ya lo habías oído antes?

—Porque decía que no lo recordaba. Todo el mundo le preguntaba si había visto una luz y toda esa mierda, pero él siempre decía que no recordaba nada al despertarse. Entonces, la noche antes de marcharse, me hizo sentarme y me dijo que tenía dos cosas que darme: un último consejo y su último secreto. Y entonces fue cuando me dijo que siempre había recordado adónde había ido cuando murió. Dijo que recordaba exactamente cómo era.

—¿Qué dijo?

—Dijo que en realidad no había forma ni sensaciones. Que era como sentir sin saber. Como un sueño cuando tienes fiebre. Como soñar con segundas oportunidades. Dijo que la única parte que tenía definición era un columpio en el porche de una casa de ladrillos rojos, pero entonces no sabía lo que significaba, así que no le dijo nada al respecto a nadie. Después me enseñó una foto antigua de él sentado con mi abuela en el columpio de un porche, en la casa de ladrillos rojos donde vivía ella cuando se conocieron.

—Eso es muy bonito —dice, pero hay algo casi parecido a la decepción allí, y me gustaría poder estirar el brazo para tocarle la cara, o la mano, o algo.

—Sí, es muy bonito —repito, sin pensarlo realmente—. Salvo porque en realidad no la conoció hasta tres años después de haber tenido el accidente, y por eso no lo comprendió entonces. Pero en cuanto vio el columpio y aquella casa, lo supo. Supo que no estaba destinado a morir. Estaba destinado a volver, para poder conocerla, porque su cielo estaba donde estaba ella, incluso aunque él no lo supiera entonces. Y por eso es por lo que no tenía miedo. —Me giro y la veo contemplando la luna, con el fantasma de una sonrisa en los labios, donde hace un minuto había decepción. Levanto la mirada hasta el cielo, para ver lo que ella ve, y se acerca a mí y apoya la cabeza sobre mi pecho. No me importa si es solo porque tiene frío, o porque el metal de la parte trasera de la camioneta está duro de narices. No lo cuestiono, simplemente la rodeo con el brazo y la acerco más a mí, como si llevara años haciéndolo—. Como he dicho, muchos analgésicos.

* * *

—¿Fue un buen consejo? —pregunta durante el camino de vuelta a casa. Tiene la cabeza apoyada contra la ventana, y está observando cómo pasa la carretera.

—¿Qué?

—Dijiste que tu abuelo te dio un último consejo. ¿Fue un buen consejo?

Se sienta más recta y me mira.

—No. —Me río al pensar en ello—. Estoy bastante seguro de que fue el peor consejo del mundo. Pero voy a echarle la culpa también a las drogas.

—Ahora tienes que contármelo. Tengo que saber cuál es el peor consejo del mundo.

Gira el cuerpo hacia mí y coloca una de las piernas por debajo de la otra.

—Dijo... —Y casi me avergüenza decirle esto—. Dijo que cada mujer tiene algo imperdonable, una cosa que jamás será capaz de superar, y que es diferente para cada una. A lo mejor es que le mientan, a lo mejor es que le pongan los cuernos, lo que sea. Dijo que el truco de las relaciones era averiguar qué era lo imperdonable, y no hacerlo.

—¿Ese fue su consejo?

—Te lo he advertido. También me dijo que había un mapache en la cocina aquella noche, así que...

—¿Te lo crees?

—¿Lo del mapache o el consejo?

Me mira e inclina la cabeza con impaciencia, y yo le echo un vistazo antes de volver a centrarme en la carretera.

–Dímelo tú. Eres una chica. No eres una de esas chicas que quieren que las llamen «mujer», ¿verdad? ¿A pesar de que tengas casi dieciocho años? Parece un poco extraño.

–Por favor, no –dice secamente.

–Entonces, ¿cuál es el tuyo? –pregunto.

–¿Mi consejo?

–No, tu hecho imperdonable. Al parecer, tienes que tener uno.

–Nunca he pensado en ello. –Vuelve a girarse hacia la ventana–. Supongo que el asesinato queda descartado.

–El asesinato queda descartado. Estarías muerta, así que el perdón sería una cuestión polémica.

–No necesariamente, pero vamos a decir que sí. Supongo que elegiría quererme demasiado.

–¿Quererte demasiado sería imperdonable? Voy a hacer un McAllister y pedir más detalles al respecto.

–Demasiadas obligaciones. A la gente le gusta decir que el amor es incondicional, pero no lo es, e incluso aunque fuera incondicional, sigue sin ser libre nunca. Siempre hay expectativas unidas a ello. Siempre quieren algo a cambio. Es como que quieren que seas feliz o lo que sea, y eso te convierte automáticamente en responsable de su felicidad, porque no serán felices a menos que tú lo seas. Se supone que tienes que ser quien piensan que se supone que tienes que ser, y sentir lo que piensan que se supone que tienes que sentir, porque te quieren, y cuando no puedes darles lo que quieren, se sienten como una mierda, así que tú te sientes como una mierda, y todo el mundo se siente como una mierda. Simplemente no quiero esa responsabilidad.

–Entonces, ¿preferirías que nadie te quisiera? –pregunto. Me gustaría no estar conduciendo, para poder mirarla durante más de un segundo.

–No lo sé. Tan solo estoy hablando. Es una pregunta sin respuesta.

Saca el pie de debajo del otro y vuelve a apoyar la cabeza contra el cristal.

–Es el peor consejo del mundo –digo.

Estoy acostumbrado a estar solo, pero esta noche me siento aún más solo. Como si no estuviera únicamente solo en mi casa, sino solo en el mundo. Y a lo mejor eso es en sí mismo una bendición, porque ahora nunca más voy a tener que hacer esto.

Cuando me meto en la cama por la noche, ni siquiera me molesto en contar.

Capítulo 32

Nastya

No dejé de hablar de inmediato. Hablé hasta el día que recordé todo lo que había sucedido, más de un año después. Ese fue el día en que me volví silenciosa. No fue una estratagema, ni una táctica. No fue algo psicossomático. Fue una elección, y la tomé yo.

Simplemente supe que de pronto tenía respuestas. Tenía todas las respuestas para todas las preguntas, pero no quería decirlas. No quería lanzarlas al mundo y hacerlas reales. No quería admitir que esas cosas pasaban y que me habían pasado a mí. Así que escogí el silencio y todo lo que venía con él, porque no era tan buena mentirosa como para hablar.

Siempre planeé decir la verdad. Tan solo quería darme un poco de tiempo. Una oportunidad de averiguar qué era lo que debía decir, y de reunir el coraje para hacerlo. No tomé un voto de silencio. No me quedé muda de repente. Simplemente no tenía las palabras. Todavía sigo sin tenerlas. Nunca las encontré.

* * *

No me siento nada diferente cuando despierto la mañana de mi decimoctavo cumpleaños. No me siento mayor, ni madura, ni libre. Si acaso, me siento inadecuada, porque sé cómo se supone que tendría que ser a los dieciocho, y no es como soy. El hermano de mi padre, el tío Jim, pasó una muy mala época cuando yo tenía catorce años, y vino a nuestra casa a quedarse un tiempo con nosotros para «reorganizar su vida». Mi madre me dijo que eso es simplemente algo que pasa a veces cuando te haces mayor. Estás a mitad de tu vida y te das cuenta de que no has hecho las cosas que querías hacer,

ni te has convertido en quien pensabas que te convertirías, y es descorazonador. Me pregunto si sabrá lo descorazonador que resulta llegar a ese punto a los dieciocho años.

El coche de Margot no está en el camino de entrada cuando llego a casa desde el instituto. Normalmente está durmiendo a estas horas, ya sea en la cama o en una silla junto a la piscina. Sé que se ha asegurado de tener la noche libre, porque a Margot le encantan los cumpleaños, y ha estado más emocionada que yo por el mío.

Tiro la mochila sobre la cama y apenas he logrado llegar hasta la cocina cuando suena el timbre. Al otro lado de la puerta se encuentran Margot, mis padres, Asher y Addison. Mi madre lleva una tarta en las manos, y su sonrisa apenas titubea antes de volver a recobrarse. Estoy en la puerta con mi ropa del instituto y el maquillaje, pero mi madre nunca me ha visto de este modo. Ha visto algún atisbo, pero no el lote completo de golpe, y creo que eso la destroza un poco. Margot está como siempre, mi hermano parece resignado, mi padre apenas me mira, y Addison no sabe adónde mirar. Creo que se está preguntando lo que está haciendo aquí tanto como yo.

Dicen «¡Sorpresa! ¡Feliz cumpleaños!» en la puerta, así que me aparto de ella y entran, con la tarta, los regalos y todo. Mis padres sugieren ir a un restaurante, pero no quiero salir. Son las tres y media, y hay demasiadas posibilidades de encontrarnos con gente del instituto, así que Margot pide *pizza* y guarda la tarta en el frigorífico mientras todo el mundo va al salón a esperar que llegue la comida.

—Probablemente todavía podríamos conseguirte un billete si quieres venir en Acción de Gracias —suelta mi madre. Ha tardado exactamente cuarenta y tres segundos desde que entró en la casa en sacar el tema.

—La casa es una pasada. Deberías verla, Em. Tres chimeneas. Un balcón. ¡Un *jacuzzi*!

La cara de Addison se pone roja, y mi hermano la mira en señal de disculpa. Sacar el tema del *jacuzzi* delante de mis padres es realmente un movimiento de principiante.

—Tú también podrías traer a alguien si quisieras. —El ataque viene por mi flanco izquierdo, y me gustaría que dejara de intentarlo. La esperanza de mi madre es un arma. Puedo ver a Margot observándome desde la cocina. Me pregunto qué les habrá contado acerca de mis actividades extraescolares, si es que les ha contado algo—. Margot dice que vas a cenar con la familia de un chico todos los domingos. ¿Cómo se llama?

Se gira hacia Margot.

—Drew Leighton.

Margot sigue mirándome. No menciona a Josh Bennett, y me pregunto por qué se habrá guardado eso, pero le ha contado lo de Drew.

–Drew –repite mi madre–. Eso es. ¿Por qué no lo llamas ahora? Puede venir a celebrar tu cumpleaños con nosotros. Nos encantaría que nos lo presentaras. ¿Lo conoces del instituto?

Asiento con la cabeza.

–Van juntos a clase de Debate –responde Margot por mí.

–Addison va a clase de Debate –interviene Asher, y a lo mejor podemos dirigir la conversación hacia ella, porque Drew Leighton está demasiado cerca de Josh Bennett, y mi familia no va a acercarse siquiera a Josh Bennett.

–¿Drew Leighton, de Debate? –Es la primera vez que oigo la voz de Addison. Es suave y femenina, como ella. Está sentada junto a Asher, con su mano entrelazada con la suya, y me está cabreando un poco–. ¡Yo lo conozco! Él... –Se detiene antes de continuar, y le dirijo una sonrisa. No puedo evitarlo. Ambas sabemos lo que estaba a punto de decir–. Debate muy bien. Todo el mundo lo conoce.

–¿De verdad?

Asher la mira dubitativamente, y después a mí, y sé que piensa averiguar la verdad más tarde. Asiento con la cabeza, y ella reprime una sonrisa y continúa en una dirección más apropiada.

–Quedó tercero del estado el año pasado, y todo el mundo sabe que es la mayor amenaza en Extemp y LD. Nadie quiere enfrentarse a él este año.

Parece casi reverencial. Es comprensible después de haber visto a Drew debatiendo, y es evidente que ella lo ha hecho, o al menos ha oído hablar de él lo suficiente. Casi estoy orgullosa por oír a alguien hablar de Drew por lo que deberían hablar de él, pero eso es algo poco frecuente. Me encuentro sonriéndole de verdad, y a lo mejor no estoy tan enfadada porque le haya tomado la mano a mi hermano.

Comemos *pizza* y todo el mundo se relaja, y me doy cuenta de que echaba de menos a mi familia, y me pregunto si quizás no lo he exagerado todo. A lo mejor las cosas no eran tan forzadas e incómodas. Claro que a lo mejor se trata simplemente de que no es tan incómodo porque ahora mismo estoy observando la situación desde fuera. Puede que hayan venido hasta aquí por mi cumpleaños, pero ahora están todos en su elemento, y yo simplemente estoy observando. Incluso Addison tiene su propio lugar en esta imagen, con mi familia. Yo soy la extraña.

Asher continúa hablando del instituto, y de béisbol, y del baile de principio de curso. Margot habla acerca de la escasez de enfermeras en su trabajo, y de cómo el horario está comenzando a matarla un poco. Mi padre no dice demasiado. Simplemente me echa un vistazo de vez en cuando, y yo trato de averiguar lo que ve cuando lo miro a los ojos, pero estos no me dicen nada, y me pregunto si no serán únicamente un reflejo de los míos. Desde el día en que le dije que dejara de llamarme «Milly», y después comencé a no decirle nada más en absoluto, ha habido muy poco entre nosotros. Mi madre sigue intentándolo, pero mi padre ha perdido toda esperanza. A lo mejor él es el listo, aunque eso no me hace sentir mejor. Mi padre se ha cerrado en banda, y eso es peor que cualquier furia o decepción con las que pudiera atacarme. El hombre que era la fuente de todas mis sonrisas ahora ni siquiera es capaz de mostrar una él mismo. Soy una cobarde, y un fraude, y he asesinado su espíritu. Hay algo en el hecho de saber que he roto el corazón de mi padre que me hace odiarme un poquito más de lo que ya lo hago.

Terminamos con la cena, pero hemos comido tanta *pizza* que nadie es capaz de pensar todavía en la tarta. A excepción de mí, tal vez. Yo siempre puedo pensar en tarta.

Mi madre y Margot trasladan una pila de regalos desde la encimera hasta la mesa enfrente de mí. Son demasiados, pero me gustaría que no hubiera ninguno, porque no quiero sentirme agradecida, y de todos modos no pueden darme nada que necesite.

Los abro y me siento como si estuvieran observándome bajo un microscopio y examinando cada una de mis expresiones faciales. Me entran ganas de gritar, pero no puedo hacerlo, así que simplemente me lo trago, como si fuera tierra y sangre.

El último regalo es la caja más pequeña, y sé que debería tener miedo por la expresión ansiosa en el rostro de mi madre. O a lo mejor es la cara de mi padre la que cuenta la historia de verdad, porque parece como si pensara que esto es una idea muy mala, y probablemente se lo habrá dicho a mi madre un centenar de veces. Rompo el envoltorio y saco un iPhone completamente nuevo y reluciente.

Mi madre comienza a alabar las virtudes del teléfono, como si yo no supiera todo lo que puede hacer; por ejemplo, revelar mi localización exacta en cualquier momento. No necesito escuchar su charla propagandística, pero vuelvo de inmediato a la habitación cuando oigo el truco:

—Puedes quedarte el teléfono y nosotros pagaremos las facturas. La única condición es que nos llames y «hables» con nosotros al menos una vez por semana.

Sonrío. No puedo evitarlo. Hasta hace dos minutos y medio, estaba disfrutando de verdad del día. Incluso me había reprendido a mí misma por enfadarme porque hubieran venido, y me había permitido pensar que a lo mejor este sería un punto de inflexión. Pero no es un punto de inflexión. Es una emboscada.

Mi familia ha tomado mi cumpleaños y lo ha convertido en una intervención. Todos se turnan para explicarme cómo les está haciendo daño mi comportamiento. Descubro con todo detalle cómo mi falta de habla afecta a cada miembro de mi familia. Lo escucho todo. No me han atado a la silla para que no pueda escaparme, ni han pedido ayuda a un tercer partido objetivo para que pueda impartir la cantidad adecuada de culpa y mantenernos concentrados al mismo tiempo en el problema en cuestión. Yo. No hay ninguna razón para que tenga que quedarme aquí y escuchar todo esto, pero lo hago, hasta que cada uno de ellos ha hablado.

A excepción de Addison, que simplemente parece incómoda. Creo que también le han tendido un cebo con la idea de la fiesta de cumpleaños, y ella lo ha mordido. Parece como si tuviera tantas ganas de salir corriendo como yo, y siento algo de lástima por ella. Me pregunto si podríamos salir corriendo juntas.

Cuando todos han terminado, sonrío. Los quiero, y ellos me quieren a mí, y todos lo sabemos. Abrazo a mi hermano. Asiento con la cabeza en dirección a Addison y a Margot. Beso a mi madre y a mi padre en la mejilla. Dejo mi increíble iPhone sobre la mesa y salgo por la puerta.

La cámara de mi madre continúa encima de la encimera, intacta. No ha sacado ni una sola foto.

Entro en el garaje de Josh, me subo a la mesa de trabajo y cruzo las piernas. Josh quería darle otra capa de barniz a mi silla, así que no puedo utilizarla todavía. Yo pensaba que tenía buen aspecto, pero él no dejó de señalar por qué no lo tenía hasta que me rendí y le permití hacerlo.

—Mi madre ha convertido mi fiesta de cumpleaños en una intervención —digo. Hago una mueca en cuanto sale de mi boca, dándome cuenta de que probablemente sea muy cabrona por quejarme de mis padres con alguien que no los tiene. Es como quejarte de que los zapatos te aprietan cuando tienes alguien enfrente que está caminando descalzo sobre unos cristales rotos. Esa es la ironía de Josh y de mí, y me avergüenza cada vez

que pienso en ello. Él no tiene familia. Nadie que lo quiera. Yo estoy rodeada de amor, y no quiero nada de él. Repudio todo aquello por lo que él daría gracias a Dios, y si necesito alguna prueba más de que no tengo alma, es esta.

—¿Cuándo ha sido tu cumpleaños?

Levanta la mirada hacia mí.

—Hoy.

—Feliz cumpleaños. —Sonríe, pero es una sonrisa triste.

—Sí.

—No me lo contaste —dice, y pone a cargar el taladro eléctrico antes de girarse hacia mí.

—La gente que va por ahí anunciando su cumpleaños es imbécil. Es un hecho. Puedes buscarlo en Wikipedia.

—Entonces, ¿una intervención?

Inclina la cabeza hacia un lado.

—Sip.

—No sabía que tuvieras un problema con las drogas. ¿Debería esconder la plata?

—Creo que está a salvo.

—¿Bebes mucho?

—No. Aunque tal vez tú opines lo contrario.

—Cierto. He visto cómo te pones cuando bebes y espero no tener que pasar por eso nunca más. —Camina hacia mí y se sube a la mesa de trabajo para sentarse a mi lado. Está tan cerca que su pierna toca la mía, y resulta reconfortante—. Entonces, ¿a qué se debía la intervención?

—Silencio. —Me mira con escepticismo cuando respondo—. Quieren que hable.

—Si te pasaras cada noche en su garaje, a lo mejor se lo replantearían.

—Imbécil.

—Esa es mi Sol —dice, dándome en el pie con el suyo.

—Me han regalado un iPhone, con la condición de que los llame y «hable» con ellos una vez por semana.

Reúno el serrín en una pila junto a mi pierna y le hago un agujero, de modo que parezca un volcán.

—No es lo que querías, ¿eh?

—Esperaba unos implantes de pecho.

Asiente con la cabeza, pensativo.

–Siempre vienen bien para buscar trabajo después de la universidad.

Nos quedamos sentados durante un minuto, sin hablar. Comienzo a balancear instintivamente las piernas, y él estira el brazo y las detiene con la mano, pero no dice nada, hasta que finalmente...

–¿Al menos estaba buena la tarta?

Sabe perfectamente cuáles son mis debilidades.

–Ni siquiera llegamos a tomarla.

–Esa es la verdadera tragedia. Olvida la intervención.

–De todos modos, no tengo hambre.

–No estoy hablando de la tarta –dice, tomándome de la mano y bajándome de la mesa antes de que pueda protestar–. Estoy hablando del deseo.

Me hace esperar mientras vuelve al interior de la casa, y unos minutos después estamos en su camioneta, con un cubo de playa rojo hecho de plástico entre nosotros, lleno de calderilla.

Ni siquiera está oscuro todavía cuando entra en el aparcamiento de un centro comercial al aire libre. El cubo está tan lleno de centavos que tiene que esforzarse para sacarlo de la camioneta sin que se caigan. Lo sujeta por el asa con una mano y pasa la otra por debajo, para dar apoyo y que no se rompa el asa, y después cierra la puerta del coche con el pie.

El sol está comenzando a ponerse, y las luces de la plaza ya están encendidas. Es uno de esos lugares de clase alta, con tiendas donde ninguna persona normal compra nunca, y restaurantes con comida demasiado cara que de todos modos no querrías comer. Pero la fuente es impresionante. Se encuentra justo en medio de toda la farsa, y es un espectáculo aún más pretencioso. Cada pocos minutos, el patrón de los chorros se mueve, y las luces de abajo cambian de color. Hay un camino que forma un puente cruzándola, y la fuente lanza arcos por encima, partiéndose en dos a cada lado, de modo que puedes pasar por debajo sin mojarte. Parece como si fuera magia, y yo fuera una niña pequeña. Ojalá tuviera la cámara de mi madre.

Sigo a Josh hasta llegar a la mitad del puente, y ahí se detiene y maldice entre dientes a los centavos cuando los deja a sus pies. La fuente nos oculta, y de todos modos no creo que haya nadie del instituto por aquí, pero todavía me preocupa que me vean o, peor

todavía, que me oigan hablar en público. Es una de las razones por las que nunca voy a ninguna parte, aunque no es la única.

—Aquí tienes —dice.

—¿Qué?

—Deseos. Solo puedes pedir uno con la tarta, e incluso entonces solo lo consigues si soplas todas las velas, lo cual es una putada, porque es tu cumpleaños y no deberían ponerte pegas para pedir deseos. Los centavos son algo seguro, y puedes tener tantos como desees.

Miro el cubo.

—No creo que pueda pensar en tantas cosas que desear.

Solo hay una cosa que quiero de verdad.

—Claro que puedes. Es fácil. Mira. —Se agacha, saca un puñado de centavos con la mano izquierda, y elige uno con la derecha. Piensa durante un segundo, y después lo lanza a la fuente—. ¿Ves? Ni siquiera tienes que tener buena puntería. —Se gira hacia mí, expectante—. Toma. —Puedo oler el serrín en él mientras me toma la mano izquierda y deja un puñado de centavos en ella. La mano me tiembla, y él la estabiliza con la suya durante un momento antes de soltarla—. Tu turno.

Miro los centavos, y después la fuente, y me pregunto si existe algo parecido a la magia o los milagros. Josh me observa mientras yo pido el mismo deseo que pido siempre. Es el único que jamás se volverá realidad, pero lo deseo de todos modos, así que a lo mejor no me he rendido por completo después de todo. Tiro el centavo al aire y lo observo caer al agua, mientras las luces debajo de mí cambian de rosa a púrpura.

—¿Qué deseo has pedido?

—¡No puedo contártelo! —digo con indignación.

—¿Por qué no?

—Porque entonces no se cumplirá.

¿De verdad he dicho eso? Estoy bastante segura de que así es como funcionan todos los deseos.

—Qué idiotez.

—Son las reglas —insisto.

—Solo se aplican las reglas con las velas de cumpleaños y las estrellas fugaces, no con las monedas en las fuentes.

—¿Quién dice eso? —pregunto, como si fuera una niña de primero.

—Mi madre.

Eso me cierra la boca de inmediato. Miro las monedas y la fuente, y a cualquier parte que no sea él, porque no quiero asustarlo y que se vaya, y espero que diga algo más. Entonces lo hace, y desearía que no lo hubiera hecho.

—Claro que dudo que muchos de sus deseos se cumplieran realmente, así que a lo mejor no sabía de qué estaba hablando después de todo.

Durante tan solo un momento, veo a un niño de ocho años pegado al televisor, esperando a que su madre llegue a casa.

—A lo mejor simplemente pidió los deseos incorrectos —digo en voz baja.

—A lo mejor.

—Hablas de tu madre más que de tu padre.

—Él vivió más tiempo. A él lo recuerdo. Recuerdo cómo era. He olvidado casi todo acerca de mi madre, así que intento obligarme a pensar más en ella. Tengo miedo de que de lo contrario me despierte un día y no la recuerde en absoluto. —Tira una moneda a la fuente y la observo mientras se hunde—. Si me preguntaras acerca de mi hermana, lo único que se me ocurriría es «pesada». Recuerdo que me molestaba muchísimo, y eso es prácticamente todo. Si no tuviera fotos, me parece que ni siquiera podría decirte cómo era. —Me mira—. Tu turno.

No sé si se refiere a los deseos o a las confesiones, pero elijo las monedas. Ni siquiera pido un deseo, sino que simplemente lanzo una.

—Lo siento.

Son las dos palabras más fáciles y vacías que podría decir, y son las que digo.

—¿Porque no recuerde a mi madre o por haber preguntado?

—Ambas. Pero principalmente por haber preguntado.

—Nadie pregunta nunca. Como si pensarán que me están haciendo un favor. Que si no sacan el tema, no tendré que pensar en ello. Nunca dejo de pensar en ello. Que no hable del tema no significa que lo olvide. No hablo del tema porque nadie me pregunta nunca. —Se detiene y vuelve a mirarme, y me pregunto si se supone que tengo que decir algo, pero no quiero hacerlo, porque tengo miedo de que si lo hago se lo cuente todo. Vuelve a girarse hacia la fuente, de modo que sus ojos ya no están clavados en mí, pero creo que sigue mirándome—. Yo te preguntaría, ¿sabes? Si me lo permitieras. Te lo preguntaría mil veces, hasta que me lo contaras. Pero no me dejas que lo haga.

Logramos volver a encontrar la risa en la noche, y gastamos en deseos la mayoría del cubo de monedas. En un momento dado, una madre pasa junto a nosotros con dos niñas pequeñas, y Josh les da a cada una un puñado de monedas y les ruega que nos ayuden, porque nos estamos quedando sin cosas que desear. Se toman el asunto muy en serio, como si cada deseo fuera tanpreciado que no pudieran permitirse desperdiciarlo. Cierran los ojos con fuerza y se concentran, asegurándose de que lo hacen bien. Y yo deseo que cada uno de sus deseos se vuelva realidad.

Hacia el final, comenzamos a pedir deseos grandes y a fortificarlos con puñados de monedas. Uno de ellos hace que se me abra el cierre de la pulsera, y sale volando hasta la fuente junto con mis centavos imbuidos de deseos. Josh se sube la parte baja de los vaqueros y se quita las botas. Yo tan solo tengo que quitarme los zapatos, porque sigo con la falda que me puse para ir al instituto, y es bastante corta. Miramos a nuestro alrededor, esperando que no haya ningún guardia de seguridad cerca antes de entrar. Por suerte, el agua es poco profunda, porque está terriblemente fría, y se me congelan los pies en cuanto los meto en ella.

—¿Dónde ha caído? —pregunta. Señalo hacia donde he tirado las monedas. No creo que hayan caído demasiado lejos, así que vamos en esa dirección, pero es imposible ver nada porque el suelo entero de la fuente está cubierto de monedas. La mitad de ellas probablemente son nuestras. Es un tapiz de plata, cobre, y luces de colores. Cada vez que veo algo que pienso que podría ser mi pulsera, tengo que agacharme y meter la mano en el agua, que es lo que estoy haciendo cuando Josh decide darme en la pierna con el pie lo suficiente como para hacerme perder el equilibrio y caer de cara al agua fría como el hielo. A la salpicadura sigue la risa de Josh y una mirada asesina por mi parte. Tengo intención de ir a por él y tirarlo también al agua, pero no tengo que hacerlo, porque intenta alejarse de mí con demasiada rapidez y se cae él solo.

—El karma es una zorra, Bennett.

Tiene los pantalones y la mitad de la camiseta empapados, pero se las ha arreglado para mantener la cabeza fuera del agua, a diferencia de la rata ahogada que soy yo. Cuando me mira a la cara, comienza a reírse otra vez, y finalmente me rindo y me uno yo también a él.

—No hagas eso del apellido. Lo odio —dice, ayudándome a ponerme en pie.

—La verdad es que ahora mismo no me importa mucho lo que odies —digo, tratando de sonar enfadada, pero es difícil cuando estoy luchando con lo que estoy segura de que son

los primeros síntomas de una hipotermia. Me siento como una de esas personas chaladas que se meten en el mar helado en invierno todos los años, y lo apunto mentalmente en la lista de cosas que nunca haré—. A la mierda la pulsera. No vale la pena —añado, saliendo del agua con Josh justo detrás de mí. No me lo discute.

Dividimos el resto de las monedas entre las dos niñas pequeñas, cuya madre nos lanza una mirada envenenada, porque creo que ya ha tenido suficientes deseos por una noche. O a lo mejor es porque estamos empapados y acabamos de salir de la fuente. Recojo el cubo vacío y lo balanceo desde atrás hacia delante entre nosotros mientras caminamos hacia el aparcamiento, dejando detrás la fuente, la pulsera, una burrada de centavos, y dos niñas riéndose. Josh estira el brazo para quitarme el cubo. Detiene mi mano y me abre los dedos, sujetando el asa con la mano izquierda y manteniendo la mía abierta con la derecha. Su mano no está más caliente que la mía, pero la sensación es agradable de todos modos, y espero a que me suelte, pero no lo hace.

Cuando llegamos hasta la camioneta en el aparcamiento, tira el cubo en la parte trasera, y después levanta los brazos y lleva las manos hasta mi cara, tal como hizo aquel día en el porche delantero de los Leighton.

—Porquería negra —explica, y un lateral de su boca se eleva mientras limpia las manchas con los pulgares. A continuación, se aleja y me abre la puerta—. Feliz cumpleaños, Sol.

—Deseé que mi mano volviera a funcionar —le digo cuando se sube detrás de mí. Fue mi primer deseo, y el único que importaba.

—Yo deseé que mi madre estuviera aquí esta noche, lo cual es estúpido, porque es un deseo imposible.

Se encoge de hombros y se gira hacia mí, y la sonrisa que siempre logra quebrarme desaparece.

—No es estúpido querer verla otra vez.

—No es tanto que quisiera verla otra vez —dice, mirándome con una profundidad mayor de la que debería tener a sus diecisiete años en los ojos—. Quería que ella te viera a ti.

Capítulo 33

Josh

–Hay toallas limpias en el cuarto de baño de invitados. Yo voy a ducharme en el otro.

–Espero que el calentador del agua sea muy bueno, porque a lo mejor no salgo nunca –grita Sol desde el pasillo. Sigue temblando, porque casi no tiene grasa en el cuerpo, y me siento un poco mal por el asunto de la fuente.

–Voy a calentar agua para hacer té. ¿Quieres? –la llamo desde la cocina, donde estoy llenando la tetera.

–¿Bebes té caliente?

–¿Qué pasa?

–Que no eres viejo. Ni británico. Podría contar con un dedo el número de adolescentes que beben té caliente.

–Solía hacerlo para mi abuelo, así que me acostumbré a tomarlo. Cállate. –Termino de llenar la tetera y la pongo sobre el fogón antes de dirigirme hacia el cuarto de baño–. ¿Quieres o no?

–No. El té es un asco. Saldré dentro de una hora. Tal vez dos.

La puerta del baño se cierra.

Salgo de la ducha diez minutos después y el agua sigue corriendo en el cuarto de baño de invitados, así que a lo mejor no estaba mintiendo. Meto mi ropa mojada en la lavadora vacía, y después me dirijo hacia la cocina, para encender el fogón. Puede que el té sea un asco, pero caliente el agua de todos modos. No se negará a un chocolate caliente.

El timbre suena y supongo que será Drew, porque, aparte de la chica que está gastando todo el agua caliente de mi baño, es la única persona que viene por aquí. Pero

él tiene una llave, así que no sé por qué no entra y ya está.

—¿Qué?

Abro la puerta, preparado para oír cualquier tontería que lo haya hecho huir de su casa en esta ocasión, pero no es Drew. Es un chico al que nunca he visto antes, y me mira con tanta intensidad que me siento como si estuviera contemplándome. No como si estuviera interesado en mí, sino como si quisiera saber quién demonios soy, salvo porque es él quien ha llamado a mi puerta.

—¿Puedo ayudarte? —pregunto finalmente, porque no dice nada.

—¿Está aquí mi hermana? —¿Su hermana?—. Margot me ha dicho que probablemente esté aquí. Nastya.

Escupe el nombre como si tuviera un sabor desagradable.

—¿Es tu hermana?

No hay demasiado parecido, a menos que lo busques de verdad. En realidad, se parece mucho a Margot.

—Sí. Se ha ido. ¿Está aquí?

Abro más la puerta y lo dejo pasar. El agua de la ducha sigue corriendo, y no hay forma de ignorarlo. Maldita sea, Sol. El chico no parece aliviado, y puedo adivinar por qué, pues llevo una camiseta y unos pantalones de chándal, y sigo húmedo por la ducha, mientras escuchamos cómo el agua sigue corriendo dos puertas más abajo.

—Está en la ducha —digo, porque no tengo forma de esconder ese hecho. Debo advertirla antes de que salga—. Iré a decirle que has venido.

—¿Por qué se está duchando mi hermana en tu casa? —exige saber antes de que pueda alejarme. Está cabreado. Está actuando en modo hermano sobreprotector, y lo respeto un poco por ello, pero no me gusta cómo me está hablando en mi propia casa, como si fuera escoria. Es lo mismo que hizo Margot cuando vino. No creo que yo sea particularmente amenazador, y no es como si Nastya fuera alguna especie de flor delicada.

—Tu hermana tiene dieciocho años. Puede hacer más que ducharse aquí si quiere.

—Mi hermana se quedó atascada emocionalmente en los quince.

Me mira fijamente a los ojos. La verdad es que esta no es una conversación que esperara tener esta noche. Ni siquiera sé cómo responder a ello.

—¿Así que estás diciendo que es inmadura?

Es lo único que se me ocurre, y además no soy capaz de decidir de qué lado estoy. Algunos días parece mayor que cualquier persona que haya conocido jamás, y otros es

como una niña pequeña.

–Estoy diciendo que está mal.

Suelta aire, y parece cansado, como si ya hubiera dicho esto mil veces antes, y no quisiera estar aquí ahora diciéndolo otra vez.

–No estoy de acuerdo.

Sí que estoy de acuerdo. Simplemente no sé por qué o de qué manera tendría que importar eso.

–Conozco a mi hermana.

–Y yo conozco a tu hermana.

Conozco lo que ella me cuenta. Los pequeños fragmentos de una vida que me deja vislumbrar los días que se siente particularmente generosa, o tal vez simplemente imprudente.

–¿Sabías acaso que hoy era su cumpleaños? –pregunta, y yo no respondo–. Eso pensaba. Por la cara que has puesto antes, tampoco sabías siquiera que tenía un hermano. ¿No te preguntas alguna vez qué más cosas hay que no sabes? –Siempre–. Tiene problemas, y no necesita otro más. Déjala en paz.

No me hace mucha gracia que se refieran a mí como un problema.

–Si hay algo que quieras contarme, ¿por qué no lo haces? Si no, puedes coger esa actitud condescendiente y largarte de mi casa.

No responde. No va a traicionarla y, por mucho que quiera saber qué demonios está pasando, eso lo respeto. Aun así, no voy a dejar que me convierta en el malo de la película. Quiero que este chico me caiga bien, pero está comenzando a cabrearme.

–¿Te gusta aprovecharte de chicas trastornadas? –pregunta–. ¿Eso es lo que te va?

–¿Qué es lo que te va a ti? ¿Las acusaciones sin sentido y la intimidación?

El agua deja de correr y estoy preparado para salir disparado por el pasillo e interceptarla antes de que salga, pero la puerta se abre antes de que logre llegar hasta allí. Ni siquiera he tenido oportunidad de darle ropa seca para que se cambie. Sale al pasillo, empapada y envuelta en una toalla, y toda mi sangre abandona mi cerebro y mi estúpida polla da una sacudida, porque eso es lo que hace cuando una chica guapa, mojada y envuelta en una toalla sale de mi ducha. Me gustaría poder disfrutar de la vista, porque, «Dios mío». Pero este no es el momento, y afortunadamente mi polla recibe el mensaje de que su hermano con aspecto de estar muy cabreado se encuentra junto a mí, así que permanece calmada.

Ella abre la boca, pero lo ve antes de que pueda decir ni una palabra. No sé quién ha abierto más los ojos. Algo pasa entre ellos sin necesidad de hablar. No sé si está asustada o avergonzada, pero parece que se haya vuelto más joven solo por verlo. La tetera silba, y estamos tan tensos que creo que podríamos mearnos todos en los pantalones aquí mismo. A excepción de Nastya, porque ahora mismo no lleva ninguno. Los miro a los dos alternativamente y me dirijo a ella.

–Tenemos compañía, Sol. ¿Alguno quiere té?

Su hermano acaba marchándose cuando acepta que ella no va a volver con él. Me pregunto si le caerá una bronca muy gorda por ello. Responder ante nadie no es algo de lo que tenga que preocuparme, así que nunca se me pasa por la cabeza, pero ella tiene familia, y no sé cómo consigue librarse para no ir a casa, incluso a pesar de tener dieciocho años. Una vez comentó algo acerca de que a sus padres les da miedo disciplinarla, pero no explicó nada más. Me pregunto si ellos también tienen miedo de ella. Ya se pasa aquí la mayor parte del tiempo, pero no sé cuánta de esa información llega hasta sus padres. Si su familia no pensaba antes que estábamos follando, ahora lo hacen.

–No vas a dormir en el sofá –le digo cuando saca la almohada y la manta que ya ha utilizado antes del armario de la ropa de cama.

–Vale. Lo siento.

Hace ademán de guardarlos y comienza a buscar sus llaves.

–No tienes que marcharte.

–Pero has dicho que...

–Tan solo me refería a que ese sofá es muy incómodo. Puedes dormir en mi cama. Yo dormiré en el sofá.

–No voy a dormir en tu cama. No me importa dormir en el sofá, ya lo he hecho antes.

–Y por tanto sabes que es un asco.

–Es mejor que volver siempre a casa de Margot y estar sola. No quiero que te quedes sin cama.

Se sienta en el sofá y aprieta la almohada en su regazo.

–Entonces, acuéstate conmigo.

–¿Qué?

Abre mucho los ojos, y yo me río.

—No me refiero a eso, sino simplemente a que duermas conmigo. Es una cama de matrimonio, ni siquiera vas a darte cuenta de que estoy ahí.

—No sé por qué, pero lo dudo. —Mira a su alrededor, como si estuviera tratando de pensar en algo—. De todos modos, ¿cómo es posible que solo tengas una cama en esta casa?

—Hay una cama en la habitación de Amanda, pero es imposible encontrarla porque comencé a guardar todas las cosas ahí, así que está bajo un montón de mierda. Me deshice de la que había en mi antigua habitación cuando tuvieron que traer la cama de hospital para mi abuelo, así que ahora solo tengo la del dormitorio principal.

No me mira como si se sintiera mal, simplemente como si lo comprendiera.

—No puede estar tan mal —dice, caminando hasta la habitación de Amanda. La puerta siempre está cerrada y nunca ha entrado ahí antes, pero ahora lo hace.

Camina sobre la parte visible de la alfombra, casi inexistente, y examina la habitación. Hay cajas y pilas de ropa vieja doblada en la cama. Un par de muebles que construí pero con los que no estaba contento están guardados aquí y allá, cosas que podría guardar en el garaje, pero no lo hago porque necesito el espacio allí más que aquí.

—Vale, pues sí que está tan mal. —Se ríe, y después estrecha los ojos con curiosidad. Me giro para ver lo que está mirando—. Tienes un piano —dice con suavidad, y camina hacia él—. ¿Por qué está aquí?

—Amanda estaba aprendiendo a tocar. Yo nunca aprendí. Lo metí aquí hace un par de años cuando necesité el espacio en el salón para una de las mesas.

Pasa los dedos por encima de las teclas con tanta ligereza que no estoy seguro de que llegue a tocarlas siquiera. Hay cierta reverencia en la forma en que lo hace.

—¿Tocas? —pregunto, porque nunca lo ha mencionado.

—No —responde. Tarda un segundo en levantar la mirada, porque sigue con los ojos clavados en las teclas—. Ni siquiera un poquito.

Cuando me meto en la cama con ella más tarde, no importa lo grande que es el colchón: no soy completamente imbécil. Sé que esto es una idea terriblemente mala, con repercusiones por todas partes. Pero tiene razón. Es agradable no estar solo. Y el sofá es infernalmente incómodo.

—¿Soy solo yo, o esto es muy extraño? —pregunta finalmente después de veinte minutos de incómodo silencio, porque ninguno de los dos está hablando.

—No eres solo tú —coincido.

—¿Quieres que me vaya?

—No.

Ni siquiera necesito hacer nada con ella. No es que no quiera, porque quiero tocarla más de lo que probablemente debería. Pero en realidad no es eso. Simplemente me gusta que esté aquí.

Estira el brazo y encuentra el mío, justo por debajo de mi hombro, y lo recorre hasta llegar a mi mano. Me recuerda a cómo tocó antes las teclas del piano, y puedo sentir el rastro que dejan sus dedos por todo mi brazo. Hay una sensación de comodidad que no estaba aquí hace un momento. Entonces, sin decir palabra, se aovilla junto a mí y así es como nos quedamos dormidos. Su mano en la mía. Juntos.

* * *

El miércoles, en clase de Arte, Clay Whitaker me enseña el portfolio en el que ha estado trabajando, y me entran ganas de pegarle. Siempre lo está actualizando, añadiendo y borrando cosas en función de la competición en la que quiera participar o la universidad a la que vaya a enviar su solicitud, y después me lo enseña a mí, a pesar de que yo nunca le pido que lo haga y no sé una mierda sobre arte. No quiero pegarle por el portfolio en sí mismo, sino por enseñármelo aquí, en mitad de la clase, donde es casi imposible mantenerme inexpresivo. Creo que es una prueba. Lo miro, veo que me está observando, y sé que es una prueba.

Hasta el último dibujo es de Sol. Ha dibujado su cara desde todos los ángulos. Cada emoción que puedo imaginar que alguien sea capaz de sentir jamás está en sus ojos en esos dibujos. Lo perdono por cada minuto que me la ha robado del garaje.

—Haz un dibujo para mí.

Las palabras se me escapan de la boca antes de que pueda controlarlas de un bofetón.

—¿Quieres que te dibuje?

Está enfadado o decepcionado. No he tenido la reacción que estaba esperando.

—No. Quiero que la dibujes a ella. Para mí.

Clay parece mucho más complacido con eso.

–¿Cómo? –pregunta.

–¿Cómo que cómo?

Parezco enfadado, y lo estoy, pero es conmigo con quien estoy enfadado. Acabo deirme de la lengua en clase de Arte, y ahora él está tirándome un poco de ella, por diversión.

–¿Cómo la ves? Si quieres que la dibuje para ti, tendría que dibujarla como tú la ves. No como la veo yo.

–Has hecho cien dibujos de ella. Simplemente haz uno más o dame uno de esos.

Hago un gesto en dirección al porfolio.

–¿Qué sientes cuando la ves?

–¿Qué coño dices? Olvídalo.

Puede besarme el culo si piensa que voy a ponerme a hablar de sentimientos con él.

–Es evidente que lo quieres por una razón.

–Quiero un dibujo para masturbarme con él. ¿Qué más te da?

Sigo dibujando para no tener que mirarlo, pero estoy mutilando el boceto en el que estoy trabajando. Voy a tener que comenzar otra vez, pero no me importa.

–¿Alegría, miedo, frustración, anhelo, amistad, furia, necesidad, desesperación, amor, lujuria?

–Sí.

–Sí, ¿qué?

–Todo ello –respondo, porque no me queda otra, me guste o no.

–Podré terminarlo para dentro de un par de días.

Fiel a su palabra, Clay entra en clase dos días después y me entrega una enorme carpeta de cartón, y me dice que no la abra hasta que llegue a casa. Una parte de mí casi esperaba que se hubiera olvidado, o que hubiera sido una pesadilla y en realidad nunca se lo hubiera pedido. Entonces me enseña otro dibujo que ha añadido al porfolio, y ahora sé dónde ha estado Sol los dos últimos días.

–Estás obsesionado –le digo cuando se lo devuelvo.

–¿Soy el único?

–Sí. –Me mira con escepticismo, y sé que ha sido un error enorme, pero ahora no puedo echarme atrás–. Tan solo quería un dibujo. No te lo hubiera pedido de haber

sabido que ibas a ponerte tan imbécil.

—No te preocupes —dice, y, por un momento, el engreimiento de Clay desaparece—. No voy a decírselo.

Lo acepto y no hablamos durante un minuto en el cual mi cerebro sale de mi cuerpo y me abandona.

—¿Qué vas a hacer esta noche? —le pregunto.

—¿Me estás pidiendo salir?

—Cena a las seis en casa de Drew.

Estoy oficialmente como una puta cabra. Los padres de Drew iban a estar fuera este fin de semana, pero su madre preparó un montón de comida e insistió en que hiciéramos la cena del domingo de todos modos. Después decidieron volver antes a casa, así que Drew cambió la cena para esta noche.

—Te has vuelto loco —responde Clay—. ¿Primero el dibujo, y ahora esto? No voy a ser una víctima de la autodestrucción que hayas planeado.

—Podrías acosar un poco más al objeto de tu obsesión. —Señalo con la cabeza su cuaderno de dibujo—. Tráete si quieres a Michelle, la del anuario.

—Te das cuenta de que Drew va a flipar si Michelle y yo aparecemos en su casa, ¿verdad?

—Sip.

—¿A las seis?

—A las seis.

Capítulo 34

Nastya

Ahora voy a tomar el control de todas las formas posibles. Puede que no sea capaz de prevenir que algún psicópata me encuentre en algún lugar cualquiera en alguna hora cualquiera, pero puedo controlar lo que le haré cuando me encuentre.

He asistido a suficientes clases de defensa personal durante los dos últimos años como para saber que había varias cosas que podría haber hecho aquel día. No soy una experta en artes marciales, ni de lejos. En realidad, lo único que sé son un par de maniobras de derribo difíciles pero realmente increíbles, además de algunos movimientos clave de sucia lucha callejera, pero incluso eso podría haber sido suficiente. Podría haberle sacado los ojos, o haberle aplastado la tráquea, o haberle pegado un golpe en las orejas, o un rodillazo en la entrepierna, o haber empleado el clásico de oro: gritar y salir corriendo como una loca. No hice ninguna de esas cosas. ¿Sabéis lo que hice? Sonreí y le dije hola. Porque era educada. Y estúpida.

* * *

El camino de entrada de Drew está vacío cuando Josh y yo llegamos. Él toma el transportador de *cupcakes* (un regalo que me hizo Margot por ninguna razón en particular) y lo lleva hasta la casa mientras yo lo sigo. Es difícil no sonreír, porque estoy acostumbrada a verlo cargar trozos de madera, y un transportador de *cupcakes* de plástico rosa es algo completamente diferente. Drew y Sarah se encuentran en la cocina, donde normalmente estaría la señora Leighton. Puedo oler la cena inmediatamente. Comida italiana.

—Josh —suelta Sarah en cuanto entramos—. ¿A que no se debe recalentar la comida a más de ciento ochenta grados?

—Se calentará más rápido a doscientos cincuenta —argumenta Drew.

—Se quedará seca —insiste Sarah. Parece que llevan ya un rato discutiendo. Echa un vistazo en mi dirección, y recibo la mirada de asco que parece reservar solo para mí.

—Depende de lo que sea, pero sí, probablemente se quedará seca —dice Josh, y pasa junto a ellos para dejar los *cupcakes* sobre la encimera. La cocina es sofocante por el calor que sale de los dos compartimentos del horno doble, y me pregunto si el merengue con el que he decorado meticulosamente los *cupcakes* podrá sobrevivir. Mi mano no se volvió loca ni una vez mientras lo hacía, así que me han quedado perfectos.

—¿Ves? —le dice Sarah a Drew en la cara, caminando triunfal hasta el horno para bajar la temperatura. Supongo que Josh debe de ser un experto también en calentar comida.

—Que te den —replica Drew.

—Tu novia está aquí. Que te dé ella a a ti.

Sarah me sonríe de una forma demasiado dulce antes de desaparecer por el pasillo en dirección a su habitación.

—La odio —dice Drew, pero deja pasar el comentario de la novia.

Miro a mi alrededor, al número de cuencos y platos desperdigados por la encimera de la cocina. La señora Leighton debía de haber sabido que acabaríamos siendo más que solo nosotros cuatro, porque ha hecho comida suficiente para un ejército.

En los siguientes quince minutos, el timbre suena cuatro veces. Piper entra primero, vestida con un conjunto para el que debe de haberse coordinado con Sarah. Saluda a Drew y a Josh antes de dirigirse a la habitación de Sarah, ignorándome. Tras ella llegan Damien Brooks y Chris Jenkins. Conozco a Chris por el incidente con el martillo en clase de Carpintería. Me mira con incomodidad y me saluda. Desde que pasó lo del martillo, ha tratado de ignorarme más todavía. No creía que eso fuera siquiera posible, pero está haciendo un trabajo admirable. A Damien lo he visto por ahí, pero no lo conocía. Me mira el pecho, aunque no dice nada. Chris tiene una caja de cerveza en cada mano, mientras que Damien tiene un *pack* de doce en la izquierda y una botella de tequila en la derecha. Está claro que Drew les ha dado una descripción muy distinta de cómo es la cena del domingo, y ahora comprendo por qué la cambió al viernes. Por supuesto, puede que yo también haya sido un poco más creativa de la cuenta con la

invitación que entregué a Tierney Lowell en los lavabos hace unos días. Cuando el timbre suena por tercera vez, soy la única que la espera.

* * *

Estaba en el lavabo de chicas, al fondo del pasillo de lenguas extranjeras, el miércoles. Tierney debía de haberme visto y me siguió hasta el interior, porque era evidente que no estaba utilizando el lavabo. Cuando terminé de lavarme las manos, me entregó una toalla de papel con un gesto tan lleno de amenaza que tuve que respetarla, porque es impresionante que alguien logre que entregarte una toalla de papel parezca amenazante. Por supuesto, todavía no había dejado de fulminarme con la mirada, y yo no quería ser maleducada, así que le devolví la mirada. Era tan completamente absurdo que quise reírme. Me costó mucho aguantarme las ganas de estallar y decirle algo, pero me había metido en esa batalla de miradas en particular y no me gusta perder. Era obvio que tenía algo que decir, y deseé que simplemente lo hiciera, porque no iba a intimidarme a pesar de los muchos rumores que había oído acerca de ella: tráfico de drogas, abortos ilegales, llevar cuchillos. Incluso había oído que lleva cristal a la playa.

No me creía ninguno de ellos, y tenía esperanzas de que dejara de mirarme como si hubiera envenenado a su abuela. En realidad, Tierney me caía más o menos bien, y me gustaría caerle bien yo a ella, porque honestamente estaría bien tener una amiga chica con la que no hablar de vez en cuando.

—Debes de saber un montón de trucos para que siga contigo durante tanto tiempo.

Misterio resuelto. Drew. Diría «por supuesto», como si lo hubiera entendido todo el tiempo, salvo porque no podía haberlo sabido, pues incluso ahora simplemente no lo veo. Si ella y Drew se habían enrollado de verdad como había dicho Josh (y con Drew, todo es posible), ella tampoco me parece de las que seguirían con nadie durante mucho tiempo. No veo a Tierney Lowell como la clase de persona que dejaría que nadie, y mucho menos Drew Leighton, se aprovechara de ella. Desearía estar más al tanto de las cosas, porque me entraron muchas ganas de conocer el resto de la historia. Muchísima.

Mierda. Iba a tener que escribirle una nota. Iba en contra de mis normas, pero lo consideraré una necesidad absoluta: era inevitable y una cuestión de vida o muerte, porque de otro modo la curiosidad me mataría. Le quité el cuaderno que tenía en las manos y saqué un bolígrafo de mi bolso. Había decidido lanzarme con esto, porque solo había una

razón para que esa chica estuviera arrinconándome en el lavabo, y eran unos celos puros y sin diluir. Escribí «¿Sigues queriéndolo?» en el papel y se lo entregué, sintiéndome muy melodramática.

Ella me miró boquiabierta, estrechó los ojos y habló con la voz llena de un veneno forzado:

—Yo nunca lo quise.

No se rio como si fuera la sugerencia más absurda de la Tierra, así que recuperé el papel y garabateé la invitación. «Vamos a quedar unos cuantos en casa de Drew el domingo a las seis.» Era una nota logística, así que resultaba totalmente aceptable.

La leyó y me devolvió la mirada con un claro escepticismo, pues evidentemente conocía las tradiciones familiares de los Leighton.

—Los domingos hacen cena familiar.

Negué con la cabeza y volví a señalar la nota, esperando que eso la convenciera. Sabía que no se creía del todo el hecho de que no estuviera tratando de atraerla a alguna clase de conspiración relacionada con sangre de cerdo y humillación pública, pero me di cuenta de que también estaba interesada. Salí preguntándome qué parte de ella ganaría.

* * *

A diferencia de todos los que han entrado hasta ahora, Tierney es la única que espera a que la deje entrar. No estaba segura de si aparecería; le metí otra nota en la taquilla ayer después de que Drew cambiara los planes, pero no sabía si la había visto siquiera. Cuando Josh abre la puerta, parece casi nerviosa, ahí en el porche con una falda vaquera corta y dos camisolas púrpura de tirantes finos puestas una encima de otra. Realmente es una chica guapa; simplemente tiene siempre aspecto de estar enfadada, pero a lo mejor eso es solo cuando me mira a mí.

—¿Tierney? —pregunta Josh, porque, aunque sabe perfectamente quién es, está claro que se está preguntando por qué está aquí. Lo observo para ver cómo reacciona, pero es Josh, y normalmente nunca revela nada. Podría haber visto a dos hienas teniendo sexo al abrir la puerta y su expresión no habría cambiado.

Lo habría presionado para que me diera más detalles acerca de Drew y de Tierney el otro día, pero se pone incómodo cuando le hago preguntas acerca de Drew, así que supuse que tendría que ser paciente y esperar hasta esta noche.

—Me han invitado —dice, sin querer parecer patética y como si simplemente se hubiera presentado en casa de Drew esperando verlo porque sus padres estaban fuera, y me siento un poco mal por ponerla en esta posición. Josh no dice nada más, simplemente abre más la puerta y la deja entrar. Ella me ve observándola desde el comedor, pero no hace nada más que echar un vistazo a mi atuendo antes de dirigirse a la cocina. Tierney conoce perfectamente el camino por la casa.

Intento alcanzarla con aire despreocupado antes de que llegue a la cocina, porque quiero ver la reacción de Drew.

—¡T-Lo está en la casa! —oigo que grita Damien Brooks en cuanto Tierney entra por la entrada sin puertas, despejando así toda duda que pudiera quedarme sobre su inmensa imbecilidad—. ¿Qué tal, chica *sexy*? No sabía que ibas a venir.

—Y yo tampoco.

Dirige la atención hasta Drew cuando este regresa de guardar el resto de la cerveza en el frigorífico del garaje.

—Tierney —dice él, tragándose su sorpresa inicial.

—Drew.

—¿Te esperábamos?

—Tu... —Hace una pausa y mueve la mano en dirección a mí—. Ella me ha invitado.

Sabía lo que iba a pasar. Drew camina hacia mí, me rodea la cintura con el brazo y me acerca a él. Ya estoy acostumbrada a sus exhibiciones de posesión, así que me limito a seguirle la corriente. Los ojos de Josh se dirigen hacia la mano de Drew en mi cintura antes de alejarse.

—Qué gracia, no lo ha mencionado —dice Drew, pero no parece que le haga ninguna gracia. Sus dedos se tensan ligeramente sobre la piel desnuda de mi estómago, donde se me ha levantado la camiseta. Lo aparto y le hago un corte de mangas, tratando de actuar como si esto fuera simplemente algo que hacemos, aunque supongo que así es, pero aun así él necesita verlo, de modo que me aseguro de que mi expresión se lo deje claro.

—Más tarde, Nastypants. Te lo prometo. —Me está hablando a mí, pero sigue mirando a Tierney—. Ahora, ¡tengo una cena que servir! —Da una palmada teatral para atraer la atención de todo el mundo, aunque de todos modos ya la tenía—. Ya conocéis las normas. ¡Todos tenéis que ayudar!

En cuestión de segundos, todo el grupo peculiar que formamos, desde pijos y remilgados hasta zorrones y escandalosos, está haciendo precisamente eso. Todos

estamos sacando platos, sirviendo bebidas y haciendo viajes entre la cocina y el comedor una y otra vez. Damien Brooks está junto a la encimera, cortando rebanadas de pan de ajo, y Tierney Lowell se encuentra junto a la mesa del comedor, formando unos abanicos perfectos con las servilletas. Es surrealista. La señora Leighton estaría orgullosa.

Para cuando llegan Clay y Michelle, la del anuario, nadie se siente ya impresionado.

—¿Quieres contarme algo? —susurra Josh de forma que solo yo pueda oírlo, mientras entramos juntos en el comedor transportando platos y cubiertos. ¿Está enfadado? No lo sé. Sé que me he pasado de la raya con lo de Tierney, pero en todo caso tendría que ser Drew quien se enfadara. No digo nada, agradecida por el hecho de que estemos rodeados por otras personas, de modo que no tengo que responder. De todos modos, ¿quién sabe cómo va a salir esta cena? Es como si esto fuera *El Club de los Cinco* dentro de un barril de pólvora, y me pregunto quién será el que encienda la cerilla.

Josh

Todo el mundo acaba en los sofás del salón cuando recogemos las cosas de la cena. Ya se ha acabado buena parte de la cerveza, y la botella de tequila que ha traído ese trozo de mierda de Damien Brooks se encuentra sobre la mesa de centro, como un mal presagio.

Sarah se ha bebido dos cervezas durante la cena, y ya está actuando de forma ridícula. Dos más y acabará cayéndose de cara sobre la alfombra. Lo bueno de que Sarah beba es que, cuando lo hace, deja de ser tan zorra durante unos pocos minutos, y recuerdo por qué una vez me cayó bien de verdad, y por qué odio ver en lo que se ha convertido ahora.

Miro a mi alrededor en busca de Sol y la veo salir de la cocina y pasar junto a Damien, que por alguna razón la toma del brazo para detenerla. Ni siquiera sé lo que pasa, salvo que un segundo y medio después Damien tiene la cara en el suelo y ella le está presionando la espalda con la rodilla. Después, con la misma rapidez, lo suelta.

—¿Qué coño ha sido eso? —se queja él, levantándose del suelo y actuando como si nada le doliera, aunque es obvio que no es así. Me parecería divertido si no le hubiera visto la cara a ella, pero lo he hecho, y no hay nada de divertido al respecto. Está de espaldas contra la pared, y no sabría decir si está aterrorizada o furiosa. Trato de captar su mirada para ver si está bien, pero creo que está evitando mirarme a propósito. Me pregunto si

habrá una forma de que pueda sacarla de aquí durante unos minutos, pero ni siquiera tengo oportunidad de que se me ocurra nada.

—¡Tienes que enseñarme a hacer eso!

Sarah abre mucho los ojos y mira a Nastya por primera vez con algo que no es repulsión. Es puro asombro. Yo mismo me siento un tanto asombrado: Damien es más grande que todos nosotros, y todos somos más grandes que Sol.

Tierney mira a Drew de reojo.

—A mí también me gustaría aprender.

La siguiente hora se convierte en una exhibición improvisada de defensa personal. Todos los muebles están contra las paredes, y hemos acolchado el suelo tanto como hemos podido.

Me toca interpretar el papel del depredador y que Sol me dé una paliza mientras señala todos los puntos vulnerables de mi cuerpo, desde los ojos hasta la parte baja de las costillas, la entrepierna (me gusta la idea de que me ponga las manos ahí, pero no voy a dejar que finja siquiera hacerme daño) y los pies. No hay duda alguna de que me ha tocado la peor parte. Por suerte, en realidad no quiere hacerme daño, pero sí que parece tomarse muy en serio lo de asegurarse de que todos comprendan lo que les está enseñando a hacer. No hay duda de que ella no piensa que se trate de una broma.

—Tengo miedo de romperte —digo cuando me hace atacarla de nuevo. En realidad, tengo miedo de que ella vaya a romperme a mí, porque es endiabladamente fuerte.

Coge un trozo de papel de la encimera, garabatea algo en él y me lo lanza. Ha entrecerrado los ojos en señal de desafío, y procuro no sonreír.

«Vas a tener que intentarlo más para romperme. ¡¡¡¡¡Deja de ser un nenaza!!!!!»

Me está retando, porque piensa que realmente no estoy tratando de hacerle daño. Tiene razón, porque no lo estoy haciendo. Cada vez que planeo atacarla con todas mis fuerzas, no puedo hacerlo y acabo reprimiéndome. Tiene que estar enfadada si se ha puesto a escribir, así que lo intento más. Finalmente, me lanzo contra ella como si realmente quisiera derribarla, pero la única persona que acaba en el suelo soy yo. Debe de haber practicado esta técnica mil veces; no tengo ni idea de cómo lo ha hecho siquiera. Lo triste es que creo que esta vez ha sido ella quien se ha reprimido conmigo.

A continuación, antes de que todo el mundo se disperse, recoge el papel y comienza a escribir otra vez. Creo que me está escribiendo algo a mí, porque es extraño que escriba

siquiera. Sin embargo, cuando acaba se lo entrega a Sarah y a las otras chicas, y después se gira inmediatamente y comienza a recoger las almohadas del suelo.

Tratamos de dejar la habitación tal como estaba, pero no lo conseguimos del todo. En cuanto los sofás vuelven a estar en su sitio, consideramos que ya está lo suficientemente bien. Sarah deja la nota de Sol en una mesita auxiliar cuando va a la cocina a por otra cerveza, y finalmente puedo echarle un vistazo. Ha escrito el nombre del estudio de artes marciales al que asiste, y después, debajo, solo unas pocas palabras, todas en mayúsculas:

CORRED PRIMERO, Y CORRED RÁPIDO.

Drew se sienta en un extremo del sofá y conduce a Nastya hasta el asiento que hay junto a él. Yo me siento al otro lado de ella. Mi pierna presiona la suya al sentarme, pero no se aparta, y yo tampoco lo hago. He pasado la última hora con sus manos por todas partes de mi cuerpo, y uno pensaría que eso sería suficiente, pero no lo es ni de lejos. Nunca lo es. Aunque no me importa, porque probablemente estará de todos modos sobre el regazo de Drew para cuando acabe la noche.

—Ya sé —dice Sarah, arrastrando las palabras mientras coloca otra botella de cerveza vacía sobre la encimera y se sienta en el sofá de dos plazas—. Juguemos a verdad o atrevimiento.

—¡Menuda chorrada! —grita Damien desde la cocina, donde está abriendo todos los armarios en busca de vasos de chupitos.

—Ese juego es una mierda —lo secunda Chris.

—Yo jugaría a verdad o atrevimiento —dice Drew, recorriendo con los dedos el brazo de Sol y haciendo que me entren ganas de pegarle un puñetazo.

—Ah, ¿sí? —reacciona Sarah, que ya está demasiado bebida como para ser escéptica.

—Sí, si tuviera trece años y fuera un pringao.

Antes de que Sarah pueda decirle a Drew que se calle, Tierney se inclina sobre la encimera desde la cocina.

—¿Tienes miedo de jugar, Drew?

—El miedo corre por mis venas, T. Recuérdate otra vez por qué estás aquí.

Toma la mano de Nastya, le da un beso y después la deja encima de su propia pierna. Soy hipersensible a cada vez que la toca, y estoy comenzando a sentirme como si fuera

una especie de acosador obsesionado.

—Para jugar a verdad o atrevimiento —dice con aire despreocupado, saliendo desde el otro lado de la encimera y arrebatando los vasos de chupito de las manos a Damien. Los pone sobre la mesa y los llena de tequila—. Todo el mundo juega. Si te niegas a hacer algo, te tomas un chupito. Es simple.

Llena el último vaso y endereza la botella sin que se caiga ni una gota.

En parte esperaba que Clay y Michelle, la del anuario, estén un poco aturdidos, pero parecen más divertidos que otra cosa. Imagino que si tan solo eres un espectador aquí, toda esta noche tiene que estar siendo entretenida de narices.

* * *

—Vale, Drew. ¿Verdad o atrevimiento?

Llevamos cuatro rondas, y esta vez es Chris quien habla. Las cosas comenzaron a ponerse feas después de la primera ronda, y la tensión de la habitación está comenzando a hacer mella en mí. Estoy listo para irme a casa.

Sol lleva tres chupitos y está más que achispada. Ha escogido «verdad» todas las veces, y ni siquiera ha querido escribir las respuestas a nada. Le preguntaron con cuántos chicos se había acostado, qué edad tenía cuando perdió la virginidad, y el lugar más extraño donde ha tenido sexo. Se tomó un chupito las tres veces. En la última ronda, cuando Piper cambió de tema y fue lo bastante valiente como para preguntarle por qué no habla, yo me levanté y me tomé el chupito por ella.

—Verdad —responde Drew.

—¿Cuánto tardaste en conseguir que ella...?

Chris mira en dirección a Nastya y se queda en silencio.

—¿Que ella qué? ¿Por qué preguntas algo que no eres capaz de decir? —se ríe Piper, burlona.

—Creo que tiene miedo —dice Sarah entre risas—. Sabe que puede patearle el culo.

—De todos modos, es un desperdicio de pregunta —interviene Damien—. Todo el mundo sabe que se lo ha tirado. ¿A quién le importa cuándo?

—Da igual —replica Tierney—. Se ha hecho la pregunta. Responde o bebe.

Drew mira a Nastya, y si no estuviera prestando atención podría perderme el intercambio que tiene lugar entre los dos, pero sé que hay algo silencioso entre ellos que

nadie más ha captado. Todo ese asunto me molesta, y eso me molesta todavía más.

—La fiesta de Trevor Mason. La segunda semana de clases.

—Eso fue hace un par de meses. ¿No es una especie de récord para ti, Drew? —pregunta Tierney, pero no parece capaz de imprimir a su tono la hostilidad que quería.

Todo el mundo sigue hablando, pero yo ya no estoy escuchando. La fiesta de Trevor Mason fue donde Sol acabó tan borracha que se pasó la mayor parte de la noche en el suelo de mi cuarto de baño, y yo me asusté tanto de que le diera un coma etílico que casi la llevé al hospital. Él se la folló y yo limpié su vómito.

Hay una parte de mí que quería creer que nunca la había tocado, al menos, que nunca la había tocado de verdad. Pero no se lo había preguntado, porque solo una parte de mí creía eso. La otra parte sabía que todavía había una posibilidad de que hubiera pasado, y si era así, no quería que me lo confirmara.

—Drew —digo, y no me importa lo seco que sueno—. Verdad.

—Acaba de tocarle a Drew, y de todos modos tienes que darle a elegir —se queja Piper, pero a nadie más le importa que se cumplan las normas, porque todos quieren saber de qué demonios va todo esto. A excepción de Drew y Nastya, que tienen aspecto de querer decirme que cierre el pico. Sería un buen consejo, pero es una lástima que no les haga caso.

—Verdad, Drew.

No he apartado los ojos de él, y puedo sentir la tensión que emana Nastya. Aleja la mano de Drew y presiona sutilmente mi pierna con la suya, pero no quiero que me toque.

—Vale —acepta él.

—¿Te la follaste antes o después de la fiesta?

Sabe exactamente por qué se lo estoy preguntando.

—Sirve el chupito, T. —responde él, sin apartar la mirada. A lo mejor soy un idiota por pensar que se la tiraría estando tan borracha.

—¡Hola!

La voz me saca del enfrentamiento en el que me he metido con Drew, y me quedo paralizado mientras veo cómo entra Leigh. Ninguno de nosotros ha oído siquiera que se abriera la puerta. Comienzo a estrujarme el cerebro. ¿Se suponía que tenía que quedar con ella? ¿Sabía siquiera que iba a venir? De repente, la habitación es cien veces más pequeña, y me siento muy atrapado. Hay algo en el hecho de tener a Leigh y a Sol juntas en una habitación que me hace imaginar la colisión entre dos planetas. Una destrucción

como para acabar con el mundo. Alcancé mi límite para el drama hace horas. Por eso evito todas estas mierdas.

Leigh se ríe, sin tener idea alguna de dónde se está metiendo. Ya estaban mal las cosas antes de que llegara, y esto es incluso peor. Me pongo en pie por instinto mientras ella se acerca a mí. Puedo ver a Drew poniéndose a Nastya sobre el regazo y susurrándole algo al oído. Los ojos de ella apenas se mueven, y no he olvidado que quiero una respuesta por parte de Drew antes de marcharme de aquí.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, tratando de no sonar tan enfadado como estoy, porque Leigh no ha hecho nada malo, pero realmente no tengo ninguna gana de que esté aquí.

—He venido en el último momento —explica—. Pasé por tu casa, pero no estabas allí. Home Depot estaba cerrado —me sonrío intencionadamente—, así que supuse que estarías aquí.

—No tienes que ocultar el hecho de que querías verme a mí, Leigh, pero siempre se aprecia la sutileza.

Si Drew piensa que aligera el ambiente, es que es idiota.

—No has cambiado nada, ¿verdad?

Leigh sonrío en dirección a Drew.

—Tú sí. Creo que tienes las tetas más grandes. —Levanta la barbilla hacia ella y después cambia de tema antes de que pueda responder—. Lástima que te hayas perdido un juego increíble de verdad o atrevimiento. Acabamos de terminar.

A lo mejor no es tan idiota, pues está empleando sus técnicas de supervivencia. La llegada de Leigh le ha proporcionado una forma de escapar, y la está aprovechando.

—No he jugado a verdad o atrevimiento desde secundaria.

Leigh se ríe y se sienta en el sofá con Drew y Nastya, apretándose contra mí de forma que no hay ni un centímetro de separación entre nosotros. Los ojos de Nastya no dejan de ir hacia Leigh, pero a mí no me mira.

—Ojalá nosotros pudiéramos decir lo mismo —gruñe Damien.

—No parecía que te importara tanto cuando retaste a Piper a que te hiciera una paja en el armario —escupe Sarah.

—Qué coño importa. —Tierney suelta aire de forma exagerada—. Hay demasiado drama en esta habitación. Basta ya con el tequila, tan solo os está poniendo peor. —Deja una bolsa de hierba sobre la mesa de centro y se gira hacia Drew—. Necesito una botella de refresco de dos litros, algo que corte el plástico, un filtro y una jarra de agua.

Dalí tendría mucho que envidiar a la escena que se desarrolla a continuación en el salón de los Leighton. La gente que hace treinta minutos estaba tratando de sabotearse los unos a los otros están ahora colaborando en la búsqueda del tesoro para hacer una cachimba. No dejan de llevarle cosas a Tierney para que les dé su aprobación, como si fuera su hormiga reina o algo así. Ella examina la pila de cosas que tiene delante.

–Falta el filtro.

–No sabía de dónde sacar uno –dice Sarah.

Tierney sale de la habitación y desaparece por el pasillo. Cuando regresa unos cuantos minutos después, lleva un filtro pequeño y redondo en la mano.

–¿De dónde has sacado eso?

–Del grifo del cuarto de baño –responde, arrodillándose frente a la mesa de centro y poniéndose a trabajar para fabricar la cachimba. Cuando va por la mitad, Piper examina el progreso de Tierney con aire sospechoso.

–No voy a poner la boca en esa cosa.

–¿Pondrías la mano en la polla de Damien, pero no la boca en esto? –Tierney parece casi asqueada por el desperdicio, y recibimos otra exhalación exasperada–. Tú te lo pierdes. Así te da más fuerte, pero como quieras. –Mira a su alrededor y sus ojos caen sobre Damien–. Toma. –Le lanza algo de papel de fumar y le dice que le líe un porro a Piper, pero no llega muy lejos antes de que ella lo aparte, porque lo está destrozando–. Si no sabes liar un porro, no lo intentes –suelta Tierney.

–Ni que fuera tan difícil –dice él a la defensiva, pero no se enfrenta a ella cuando le quita el papel.

–Es un arte, gilipollas. Fuera de mi camino.

Tierney procede a liar el porro más apretado que he visto nunca. Tenía razón con lo de que era un arte, y ella es talentosa. A mí se me da fatal liar porros, aunque no es algo que haga todo el tiempo, pero estaría bien tener la habilidad.

–Todo el mundo tiene que ser capaz de hacer algo con las manos –dice Drew, y pasa las manos perezosamente por el pelo de Sol, mientras Tierney lo fulmina con la mirada antes de continuar construyendo la cachimba.

Es difícil mirarla y no sentirse impresionado. Está completamente concentrada, como si esto fuera una operación de alta tecnología que estuviera a su cargo, y ella la respetara completamente. Clay no se ha apartado de ella, y está haciendo que le explique todo el proceso. Me recuerda un poco a Sol en mi garaje. Tierney le habla de cada paso,

instruyéndolo no solo en lo que está haciendo, sino también en la ciencia que hay detrás. Es como observar la versión con sustancias ilegales de la clase de Física.

Intento concentrarme en observar su progreso para no obsesionarme por el hecho de que Leigh me está recorriendo el muslo con los dedos, y de que Sol se encuentra sentada justo a su lado, con butaca en primera fila.

Cuando Tierney termina, le entrega la cachimba a Clay, y parece casi orgullosa de él.

—Tú primero. Me has ayudado.

Se gira hacia el resto de la habitación y nos dice que será mejor que nos animemos, porque está harta de tanto drama y no va a malgastar buena hierba en unos gilipollas.

Leigh se inclina hacia mí y me susurra al oído algo sobre buscar una habitación, y después nos levantamos y estamos caminando por el pasillo antes de que sepa lo que está pasando. Cometo el error de girarme para fortificarme con la imagen de Drew toqueteando a Sol en el sofá, pero, cuando lo hago, ella me está observando. Impávida. Asegurándose de que tenga que responder por lo que estoy a punto de hacer. Drew la mira, y luego a mí, y tensa el brazo alrededor de su cintura, de modo que ella aparta la mirada justo antes de que yo quede fuera de su campo de visión.

Capítulo 35

Josh

Acompaño fuera a Leigh y regreso al salón, deseando estar borracho o colocado, como todos los demás. Sarah y Piper no están, lo cual significa que probablemente habrán perdido el sentido en la habitación de Sarah. A través de la puerta corredera de cristal veo a Michelle tumbada en el césped, mirando al cielo. O durmiendo. No sabría decirlo desde aquí. La cachimba está abandonada en la mesa de centro, y Damien y Chris siguen medio colocados, tratando de matarse el uno al otro en la Play Station. Al otro lado de la habitación, Tierney está dándole a Clay una clase de liar porros, y lo oigo decirle algo acerca de querer dibujarla, a lo que ella se ríe histéricamente. Drew está sentado en el sofá, mirándola. Levanta la mirada cuando me oye, y puedo ver la repulsión en su cara. No necesito la suya. Ya tengo bastante por mi cuenta.

—¿Dónde está? —pregunto.

—¿Te importa siquiera?

Se está asegurando de que sepa que soy un gilipollas.

—¿Qué?

Estoy cansado y quiero irme a casa, y mi tolerancia para las tonterías de Drew ya se estaba agotando peligrosamente hace horas.

—Es una pregunta sencilla —continúa. Mi puño se tensa con cada palabra, y me obligo a aflojar la mano—. ¿Acaso te importa dónde esté? ¿Te importaba cuando estabas en mi habitación de invitados tirándote a otra chica?

No puedo creerme que tenga los huevos de decirme todo eso. Sol y yo no estamos, y él obviamente lo sabe mejor que nadie.

Tierney está completamente colocada, y está tratando de encontrar la claridad mientras observa toda la escena.

—Aquí no, Drew.

—Vale. Pues entonces fuera.

Se levanta y está sorprendentemente sobrio, y me doy cuenta de que no lo he visto tocar nada desde la cena, hace horas. Nunca llegó a tomarse el chupito que hizo que Tierney le sirviera cuando se negó a decirme si Sol estaba borracha o no cuando tuvieron sexo.

—Responde a mi pregunta.

Me reclino contra el lateral de mi camioneta y me meto las manos en los bolsillos, porque necesito algo que hacer con ellas.

—La llevé a su casa —dice—. Ahora responde tú a la mía.

No está de coña. Está cabreado.

—No me refería a esa pregunta.

—Ya lo sé. Responde primero a la mía.

—Sí, me importa dónde esté —respondo, imitando su tono.

—¿Y qué tal con Leigh en la habitación? ¿Te importaba entonces?

Su tono sarcástico y condescendiente me está poniendo de los nervios. No me importa si me lo merezco o no.

—Estaba terminando con ella —le digo, a pesar de que no le debo ninguna explicación. Y todo el tiempo había estado preguntándome qué demonios estaba haciendo. Me senté en la cama y miré sus ojos verdes, su pelo rubio y el cuerpo perfecto que era mío siempre que lo quisiera, sin compromisos. Era algo sencillo, conveniente, sin complicaciones. Y ya no lo quería. Bueno, sí que lo quería, pero quererlo nunca había implicado tener que tomar una decisión antes de hoy.

Me había inclinado hacia ella para besarla, esperando que eso hiciera que todos los demás pensamientos se fueran. Cerré los ojos y, por primera vez desde que había estado con Leigh, no era su cara la que veía. No vi el pelo rubio y los ojos verdes, todo simple y sin complicaciones. Vi pelo oscuro, ojos oscuros, algo oscuro, complicado, frustrante y trastornado. Y en el momento en que me aparté y abrí los ojos para mirar a la chica que me estaba sacando la camiseta por encima de la cabeza, supe lo que perdería si lo hacía. Nunca antes había habido un precio, pero ahora sí lo había, y no merecía la pena.

Cuando me aparté, ella me miró y fue como si ya lo supiera. Como si hubiera estado esperándolo, sabiendo que iba a suceder en algún momento, simplemente no sabía cómo, cuándo o por qué. Y ni siquiera me parecía que pudiera decirle por qué.

—Lo siento —dije, porque no sabía qué otra cosa podía decirle a una chica que estaba quitándose la ropa cuando yo estaba a punto de rechazarla inesperadamente, por lo que parecía no ser ninguna razón lógica. Nos quedamos allí sentados, sin tocarnos el uno al otro ni saber realmente cómo hablar, y me di cuenta de lo diferente que sonaba el silencio con ella.

—La chica que tenía Drew en el regazo —dijo finalmente.

—Sí.

Se me escapó antes de que pudiera pensar en mentir. Ella entrecerró los ojos y frunció los labios ligeramente, y me di cuenta de que tenía las comisuras de la boca manchadas de pintalabios, y me pregunté cuánto tendría yo.

—No habla demasiado.

—No sabes ni la mitad.

—¿Ella sabe la mitad? —No respondí, y dudaba que Leigh esperara que lo hiciera—. Josh —dijo, reposando la cabeza sobre mi hombro y medio riendo, como hace la gente cuando está triste pero trata de ocultarlo—. ¿Qué vamos a hacer contigo?

Me entraron ganas de decirle que era una buena pregunta, y de preguntarle si ella tenía la respuesta.

No hizo ademán alguno de moverse para salir de la habitación, así que yo tampoco lo hice. Principalmente porque no sabía cuál era el protocolo. No estaba seguro de qué era lo correcto en esa situación. ¿Se suponía que tenía que levantarme y dejarla allí? ¿Darle un beso de despedida? ¿Se suponía que teníamos que «romper»?

Entonces, Leigh hizo algo que no había hecho desde el día que la conocí; me sorprendió. Se tumbó sobre la cama, levantó la mirada hasta el techo y comenzó a hablarme de las clases. En realidad, eran cosas sin importancia. Cómo daba la vuelta al campus en lugar de atravesarlo para ir a clase, porque es más silencioso y hay robles, y en Florida no hay suficientes robles. Me contó cómo su compañera de habitación había perfeccionado la forma de entrar y salir de la habitación de la manera más ruidosa posible, y cómo se matriculó en clase de Ficción Posmodernista solo porque tenía que elegir una optativa obligatoriamente, y descubrió que en realidad le encantaba.

Todo era acerca de los detalles. Mundanos y reales, y de lo que estaba hecha su vida diaria, y me di cuenta de lo poco que nos conocíamos, y de lo triste que era eso.

Tres años de recuerdos con Leigh me golpearon, y cada uno de ellos parecía el mismo. Observé sus manos perfectas jugar con el botón de su camisa, y traté de recordar si eran suaves, porque ya lo había olvidado, o tal vez simplemente nunca me había dado cuenta, para empezar. Y comencé a pensar que a lo mejor yo era el ejemplo perfecto de un imbécil. Sin embargo, cuando dejó de hablar, me miró y me sonrió.

—Siempre pensé que algún día tendríamos una conversación de verdad —dijo—. Pensaba que tendríamos que hacerlo. Aunque fuera más bien un monólogo.

Entonces, yo también sonreí. Volví a decirle que lo sentía, y ella me dijo que a lo mejor se pasaba alguna vez para saludarme. Supuse que probablemente no lo haría, y creo que ella también suponía que no lo haría, pero ninguno de los dos lo dijo.

Ni siquiera estaba enfadada. No hubo drama. No hubo preguntas ni lágrimas. Al igual que hubiera pasado de haber sucedido al contrario. Terminar con Leigh era tan fácil como siempre habían sido las cosas con ella.

Incluso cuando la acompañé hasta fuera, no dejaba de pensar en lo sencillo que sería cambiar de opinión y retirar lo que había dicho. Y después tirármela en el asiento trasero de su coche, para que fuera imposible volver a retirar nada nunca más.

—Eso cambia las cosas —dice.

Realmente no sé lo que cambia eso para Drew. Lo que sé es que acabo de renunciar a echar un polvo porque me siento culpable por una chica que no tengo siquiera.

—¿Por qué no me dijiste que te habías acostado con ella? —pregunto, y todavía quiero saber si esperó hasta que se hubiera emborrachado, porque, si fue así, pienso hacerle daño de verdad.

—Porque no lo hice.

No era la respuesta que estaba esperando.

—Dijiste que sí.

—Supongo que no me tomé de forma literal la parte de la verdad del juego.

Se encoge de hombros.

—Ella no lo negó.

Recuerdo la mirada que intercambiaron. Le estaba pidiendo permiso, pero no entiendo por qué ella se lo concedió.

–Tenemos un acuerdo.

–Rómpelo –le digo, a pesar de que no tengo ningún derecho.

–¿Por qué?

–Porque estás sobándola todo el tiempo. Haces que parezca una puta.

–Primero, dudo mucho que sea yo el único que la haga parecer una puta. Segundo, si me pide que pare, lo haré. De lo contrario, ¿por qué debería hacerlo?

–Porque te estoy pidiendo que pares.

–Ella y yo tenemos una relación mutuamente beneficiosa. Un poco como tú y Leigh, pero no tenemos sexo. Y funciona. ¿Por qué debería renunciar a eso?

No está ocultando el subtexto.

–Porque no significa nada para ti.

–¿Y por qué significa algo para ti?

–Porque es mía y no quiero que la toques.

Soy un niño de cinco años peleándome por un juguete. Me siento como un idiota en cuanto lo digo, pero ya lo he hecho, y es cierto. Y no quiero que lo sea.

–Lo sé –dice con arrogancia.

–¿Lo sabes?

–No soy idiota, Josh. Habéis estado follándoos con los ojos desde que comenzaron las clases. No iba a hacer nada con ella, y ella no iba a hacer nada conmigo.

–Entonces, ¿a qué venía toda la mierda de esta noche?

–Tan solo quería oírtelo decir.

Sonríe y se dirige hacia la casa. Estoy demasiado aliviado como para cabrearme con él.

–¿Qué pasa contigo y con Tierney? –pregunto cuando llega al porche.

–Tratamos de no follarnos. Tratamos de no matarnos. Lo mismo que pasa siempre conmigo y con Tierney.

Estoy en casa de Nastya a las nueve de la mañana siguiente. Se suponía que teníamos planes, pero después de anoche no estoy seguro de que todavía los tengamos. Espero en

el camino de entrada, porque Margot probablemente acaba de irse a la cama, y no quiero llamar y despertarla.

Cuando la puerta se abre, Sol sale con un vestido veraniego rosa y con flores, y unas sandalias planas y blancas, y me pregunto quién es hoy. Se mete en la camioneta y cierra la puerta.

—Cállate. Es un regalo de cumpleaños —dice antes de que pueda comentar nada siquiera.

—Eso no significa que tengas que llevarlo.

«Pero me alegra que lo hagas.»

—Supuse que debería sacar algo de la intervención, ya que no me quedé con el móvil. Además, me paso tanto tiempo lavándote la ropa que nunca lavo la mía.

Se abrocha el cinturón y comienzo a conducir sin que ninguno de los dos diga ni una palabra sobre anoche.

Para el mediodía ya hemos visitado tres tiendas de antigüedades, y todavía no he encontrado nada remotamente parecido a la mesa consola que estoy buscando. Si actúa como siempre, Sol comenzará a quejarse cuando vayamos por la quinta tienda. En ese punto es cuando suele agotarse su paciencia con las antigüedades. La tienda número cuatro es una muy lujosa, a dos pueblos al oeste del nuestro, y tengo que prometerle que iremos a comer un helado después para convencerla de que abandone la camioneta.

—¿No sería más fácil si simplemente buscaras lo que quieres en internet?

—¿Qué tiene eso de divertido? —pregunto, aunque tiene razón. Sería mucho más fácil, pero me gusta buscar.

—¿Qué tiene esto de divertido?

Abre la puerta y entra en la tienda arrastrando los pies de forma exagerada.

—Sabes que te gusta.

—Ah, ¿sí?

—Pues sí.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—Porque te conozco, y nadie puede obligarte a hacer nada que no quieras hacer. Si no quisieras venir, no lo habrías hecho. Y si no hubieras venido, no estarías aquí. Así que lo lógico es que, si no quisieras venir, no estarías aquí ahora mismo. Pero estás aquí, así que por la propiedad transitiva de Sol, quieres estar aquí.

—Te odio.

–Eso también lo sé –digo con despreocupación, y una comisura de su boca se alza como respuesta.

–Ha merecido la pena venir solo para escuchar tantas palabras saliendo de tu boca de una vez. Posiblemente no vuelva a pasar nunca.

–Probablemente no.

–Pues recuérdame otra vez por qué no puedes unirme a la sociedad moderna y usar internet.

Me encojo de hombros, porque sé que probablemente sonaré estúpido.

–Me gusta encontrar cosas que nadie más está buscando. Cosas que quedaron perdidas u olvidadas, apartadas en una esquina. Cosas que nunca supe que existían. Ni siquiera necesito comprarlas, tan solo me gusta encontrarlas y saber que están ahí. Esa es la parte que me gusta.

–Pero todas estas cosas son viejas.

–Son antigüedades. De eso se trata.

–¿Y por qué no compras algo nuevo y ya está?

Se detiene y gira la cabeza para mirarme.

–Me gustan las cosas antiguas –respondo, poniendo la mano sobre su espalda y haciéndola adentrarse más en la tienda. Estas cosas han estado por ahí desde hace años. No se van a ninguna parte.

–¿Alguno de estos trastos merece siquiera el precio que te cobran? –Está mirando la etiqueta de un ornamentado aparador de caoba.

–Depende de las ganas que tengas de tenerlo. Merece cualquier precio que estés dispuesto a pagar.

–¿Puedes permitirte algo de esto?

–Sí.

–¿Tantos muebles vendes?

Parece impresionada.

–No.

Me va bien la venta de muebles, pero ni se acerca a esto. No tengo suficiente tiempo.

–Ah.

No pregunta nada más, pero se lo cuento de todos modos, a pesar de que es lo que más odio mencionar.

–Tengo mucho dinero.

–¿Cuánto es «mucho»?

–Millones.

La miro a la cara. Millones. Suena absurdo. Nunca se lo había contado a nadie. Las únicas personas que lo saben son las que siempre lo han sabido. Me resulta extraño decirlo en voz alta. Nunca hablo acerca del dinero, intento no pensar siquiera al respecto. Tengo un abogado, dos contables y un asesor financiero que se preocupan de él por mí. Si me lo dieran todo mañana, no sabría qué hacer con él. Probablemente acabaría escondiéndome debajo de la cama.

–Normal que no tuvieras ningún problema para emanciparte –dice secamente.

–Normal.

Entrecierra los ojos.

–No estás mintiendo. –Examina mi cara, y yo niego con la cabeza–. No te gastas nada. No es una pregunta.

–Mi padre nunca quiso tocarlo, así que intento no hacerlo en la medida de lo posible. Utilizo lo que necesito para pagar las facturas, porque no puedo ganar lo suficiente como para vivir mientras esté en el instituto.

No puedo decir que odie tenerlo, porque sí que lo necesito. Pero odio lo que significa, y nunca voy a permitirme estar contento por tenerlo.

–¿Alguna vez te has comprado algo con él?

–El año pasado me compré la camioneta, cuando la que tenía mi padre se estropeó definitivamente. Y también compré una mesa antigua.

–¿Cuál?

–La oscura que está en la pared del fondo del salón, junto a la puerta corredera de cristal.

–¿La oscura? ¿Eso es todo?

–¿Qué quieres decir?

–Normalmente te pones en plan meticuloso describiendo todas las curvas de la madera, y la simetría de las líneas, y la fusión entre forma y funcionalidad.

Utiliza un tono pretencioso al decirlo, y mueve una mano por el aire.

–¿Yo hablo así?

–Cuando hablas de madera y de muebles, sí.

–Parezco un gilipollas pomposo.

—Quien se pica... —Camina hasta la parte posterior de la tienda, donde tienen los estantes con toda la cerámica, los jarrones y las lámparas—. Tengo que estar en casa a las cinco —dice, y se inclina sobre la etiqueta del precio de tres mil dólares de una lámpara horrible cuya base parece un arlequín—. Necesito esto —añade sarcásticamente.

—¿Por qué a las cinco?

—Tengo que quedar con Drew para hacer investigación sobre el debate. Habrá otro torneo pronto, sobre la posesión de armas nucleares. Es muy emocionante.

No he pensado en Drew desde esta mañana, y la verdad es que no quiero hablar de él ahora mismo. Sin embargo, conociéndolo, probablemente él le dirá algo esta noche, y tengo que hacer un control de daños preventivo.

—Sobre anoche... —comienzo, y me doy cuenta de lo tópico que suena. Ahora sé por qué. Ella no deja de examinar intensamente un jarrón feísimo, pero sé que me está escuchando. Siempre está escuchando—. Le he dicho a Drew que mantenga las manos alejadas de ti.

—¿Por qué has hecho eso?

Esto debe de interesarle más que el jarrón, porque se da la vuelta.

—Porque todo el mundo dice mierda sobre ti por ello. —Y estoy celoso, lo cual es la verdadera razón, porque a ninguno de los dos le importa la mierda que diga la gente—. Pero no es asunto mío, así que lo siento.

—¿Y él aceptó?

Parece que en este momento siente una combinación de impresión y diversión.

—No sin un poco de persuasión.

—¿Qué clase de métodos tienes que funcionen con Drew?

Se ríe.

—Le mentí —respondo, a pesar de que ahora estoy mintiendo—. Le dije que eras mía. —No responde, así que continúo hablando—. Lo siento. No quería actuar como si fueras una figurita de acción o algo así.

Espero alguna clase de reacción, pero no hay ninguna. Gira la etiqueta de un joyero de modo que esté por el lado correcto y lo deja en su sitio.

—Mientras sea de Lara Croft, no pasa nada.

—Por supuesto. —Sonríe, pero es una sonrisa débil—. Y también anatómicamente correcta.

–Venga –dice, dirigiéndose hacia la parte delantera de la tienda–. Si no vas a comprarme la lámpara del payaso de tres mil dólares, tenemos que irnos. Me has prometido un helado.

Después del helado, la arrastro hasta otra tienda de antigüedades que parece un tugurio en el casco antiguo del pueblo, y después volvemos. El gato pintado de colores iridiscentes que insistió en comprar se encuentra entre nosotros, en el asiento, y no puedo esperar a llegar a casa, porque me está acojonando. Creo que ella se fijó en el miedo en mis ojos cuando lo vi en la tienda, y después de eso no había forma de que saliera de allí sin él. Le dije que prefería comprarle una pulsera para reemplazar la que había perdido el día de su cumpleaños, porque la verdad es que me sentía un poco mal al respecto, pero dijo que no. Dijo que sería inapropiado, significara eso lo que significara. Supongo que los gatos de cerámica de pesadilla son aceptables, porque eso es lo que recibió. Cada vez que lo mira, sonrío, y eso vale diez veces el precio que he pagado por él.

–Gracias por venir –digo, solo para tener algo que decir mientras ella está rebuscando en su bolso para sacar las llaves.

–Gracias por el gato. –Vuelve a sonreír, lo toma y lo levanta hasta su cara–. Lo he llamado Voldemort.

Lo deja sobre su regazo, como si fuera un gato de verdad, y por un momento me temo que vaya a morderle realmente.

–Ha sido un placer –respondo, y lo digo en serio, aunque suene estúpido.

Se pone el gato bajo el brazo y hace ademán de abrir la puerta, deteniéndose para mirarme justo antes de salir.

–Solo para que lo sepas –dice, y su sonrisa se desvanece mientras sus ojos se clavan en los míos–. No mentiste.

Capítulo 36

Nastya

El garaje de Josh está abierto cuando paso junto a él de camino a casa, tras salir de la de Drew. Está sentado en un taburete, lijando un trozo de madera. Debe de estar desesperado por terminarlo, sea lo que sea, porque normalmente me deja a mí que lije.

—¿Ya has terminado? —pregunta cuando le quito el papel de lija de la mano para comprobar la parte rugosa antes de devolvérselo. Saco otra hoja del armario y me siento junto a él.

—Por esta noche. —Levanto un trozo de madera hacia él—. ¿Lo lijo?

—Hay que lijar todo esto.

Hace un gesto en dirección a los trozos de madera que hay entre nosotros, en la mesa de trabajo.

—¿Qué vas a hacer?

Inclino la cabeza hacia la pila de madera cortada mientras uno el papel a un bloque de lijar.

—Una estantería. Para el cumpleaños de Sarah. —Asiento con la cabeza y comienzo a trabajar en una de las piezas de la estantería—. Te has cambiado —dice tras unos pocos minutos de no escuchar nada salvo el arrullo de la lija sobre la madera. Bajo la mirada hacia los vaqueros y la camiseta negra que me puse después de que me dejara en casa y me encojo de hombros—. Probablemente haya sido una buena idea. Drew jamás habría podido concentrarse si tuvieras puesto ese vestido.

—¿Puedes culparlo? Soy distrayentemente guapa —digo de broma, para cambiar el tema de Drew y de mí. Nunca acaba bien. Además, el vestido era para Josh, no para Drew.

—No vas a olvidarlo, ¿verdad?

—¿Por qué iba a querer hacerlo?

Tengo una lista de cosas que me gustaría olvidar, pero esa no es una de ellas. La he repetido en mi cabeza mil veces. A lo mejor es porque no dijo «preciosa», ni «deslumbrante», ni «impresionante», ni ninguna mierda por el estilo. Dijo «guapa», y «guapa» es algo que a lo mejor podría creerme realmente.

—Porque es la cosa más estúpida que he dicho nunca, y me gustaría que lo hicieras —suelta, y mi mente regresa de golpe a la imagen de él desapareciendo anoche por el pasillo con una de las chicas más guapas que he visto nunca. Rubia, bronceada, luminosa, y todo lo que yo no soy.

—Considéralo olvidado. —Termino de lijar un lateral del estante en el que he estado trabajando y lo dejo de nuevo sobre la mesa. Me pongo en pie y me sacudo el serrín de los pantalones, y lo noto mirándome—. Es tarde. Debería irme.

No me quedé aquí después de lo de anoche, y ni de coña voy a quedarme hoy.

—¿Nos vemos mañana? —dice mientras camino hasta mi coche.

Me despido con la mano por encima del hombro, pero no miro hacia atrás.

Josh

Estoy en su camino de entrada antes de que pueda meter la llave en la cerradura. Salí de mi casa en cuanto ella se fue de mi calle, porque, joder, no puedo seguir haciendo esto.

—¿Puedo pasar?

Abre la puerta y entra en la casa, y yo la sigo.

—No digas cosas si no las piensas de verdad. No soy tan patética como para necesitar cumplidos vacíos.

Cierra la puerta con llave detrás de mí y tira el bolso sobre la mesa delantera, junto a un *spray* de pimienta y ese llavero con forma de porra que siempre lleva.

—Sí que lo pensaba de verdad. Tan solo fue una estupidez.

—Vaya. Mucho mejor. Estás en racha, sigue.

—No vas a ponérmelo fácil, ¿verdad?

—Eso es lo más agradable que me ha dicho nadie desde que estoy aquí, y me lo has arrebatado. Así que no.

—No era mi intención.

—Pero lo has hecho.

Sé que lo he hecho. Me doy cuenta. No puede ocultar el daño de su expresión, aunque sé que lo está intentando.

—Sabes que lo pensaba de verdad. Soy humano. Y un tío. Y no estoy ni remotamente ciego. ¿Quieres que lo diga otra vez? Eres distrayentemente guapa, incluso aunque esa no sea una palabra de verdad. Eres tan guapa que acosé a Clay Whitaker para que me hiciera un dibujo de ti para poder mirarte cuando no estés. Eres tan guapa que uno de estos días voy a perder un dedo en el garaje, porque no puedo concentrarme teniéndote tan cerca. Eres tan guapa que me gustaría que no lo fueras para no tener ganas de pegar a cada chico del instituto que te mira, especialmente mi mejor amigo. —Me detengo para recuperar el aliento—. ¿Más? Puedo continuar.

Es cierto que puedo continuar, pero, incluso mientras se lo digo todo, sé que no es totalmente cierto. No es solo distrayentemente guapa. Es la chica más hermosa que he visto nunca, y tengo tantísimas ganas de tocarla ahora mismo que es casi imposible controlar mis manos para que no lo hagan.

—¿De verdad? —Sus ojos inspeccionan los míos, como si no me creyera del todo, y están tan abiertos que creo que podría entrar directamente en su interior si ella me lo permitiera—. Me he cambiado de ropa en tu casa cien veces. Nunca tratas de mirar. He dormido en tu cama. Nunca te acercas a mí.

—No sabía que lo tuviera permitido.

—¿Estabas esperando a que te diera permiso?

Me mira como si estuviera loco, y me pregunto si lo estoy.

—He dicho que soy un tío, no que sea un gilipollas. —El silencio que antes era tan cómodo es ahora una tortura, así que lo lleno—. Yo no soy Drew.

Recoge esa especie de porra y comienza a hacerla girar, y me doy cuenta de que es un arma. Las llaves están unidas a un extremo, y están girando con tanta rapidez que no son más que un borrón. Quiero estirar el brazo para detenerlas, pero creo que si me golpearan me harían daño de verdad.

—Drew no es realmente un gilipollas... simplemente interpreta el papel de uno en la tele —dice, y a continuación sacude la cabeza y hace una mueca—. Lo siento. Eso no ha tenido ninguna gracia.

—Ni un poquito. —Sonríe—. Pero tienes razón, en realidad no es un gilipollas.

No sé por qué me hace feliz que vea eso en él, pero lo hace.

—¿Por qué estamos hablando de Drew?

«Buena pregunta, Sol.» Porque es fácil. Porque, si dejamos de hacerlo, vamos a tener que hablar de lo que estamos haciendo aquí, y ninguno de los dos sabe cómo. Se nos dan de pena estas cosas.

—¿Quieres cenar conmigo mañana por la noche?

Las palabras se me escapan antes de que pueda convencerme para no pronunciarlas.

—Es domingo. Siempre cenamos juntos.

—No. Solo nosotros.

—¿No quieres ir a casa de Drew?

Parece confusa.

—No.

Desde luego que no quiero ir a casa de Drew.

—¿Por qué no? ¿Sigues cabreado por lo del sexo? Me contó que te dijo que no era cierto.

—Estoy tratando de pedirte salir, y me lo estás poniendo verdaderamente imposible.

Deja de hacer girar el llavero.

—¿Por qué quieres pedirme salir?

—¿No es eso lo que hace la gente? ¿Tener citas?

La gente sigue haciendo esas cosas, ¿verdad? Leigh nunca esperó que la llevara al cine y a cenar antes de hacer nada, así que realmente no tengo ni idea.

—No lo sé. Nunca he tenido una cita.

Vuelve a balancear las llaves.

—¿Nunca?

—Lo siento, no. La verdad es que nunca he tenido la oportunidad. Mi vida no ha sido precisamente lo que uno clasificaría como «normal». ¿Cuántas citas has tenido tú?

Su actitud defensiva está haciendo acto de presencia.

—Ninguna. —Mi vida tampoco ha sido muy normal—. Supongo que los dos somos unos raritos.

—Creo que eso ya lo dejamos claro hace tiempo.

—Pues finjamos. Una noche. Saldremos y fingiremos que somos normales. —No hemos llegado a salir del vestíbulo, así que sigo estando justo al lado de la puerta, pero todavía no me siento preparado para abrirla. Parece asustada. Como si pensara que esto es una idea muy mala, y en cualquier momento fuera a decir que no. Le pongo las manos a cada

lado de su cara para que tenga que mirarme—. Una noche —repito, sin darle oportunidad de que formule ninguna excusa—. Te recojo mañana.

Presiono los labios sobre su frente, aunque no es allí donde quiero ponerlos en absoluto.

—¿Sigues con ella? —susurra, y no puedo creerme que no haya pensado en decírselo. En realidad, sí que puedo, porque nunca he hablado de Leigh con ella. Ni una vez. Me pregunto qué habrá pasado por su mente durante toda la conversación.

—No —respondo.

—¿Ni siquiera para...?

Se detiene, y parece incómoda. Me entran ganas de reírme, porque algunas de las conversaciones que tiene con Drew harían que un actor porno se sonrojara, pero no es capaz de soltar esto. Mirándola ahora, me veo obligado a admitir la vulnerabilidad que siempre ha estado tratando de esconder tras cada insinuación sexual y cada vestido negro y ceñido.

—Para nada. Te lo prometo.

Recorro con el pulgar su labio inferior, pero me aparto antes de permitirme besarla, porque llevo meses esperándolo y no quiero hacerlo estando en el recibidor de su casa mientras ella tiene un arma en la mano y acabamos de terminar de hablar de Leigh.

Asiente con la cabeza y parece avergonzada por preguntar, pero no debería estarlo. Yo también hubiera necesitado saberlo si la situación hubiera sido a la inversa.

—Entonces, mañana. Tú y yo. Normal. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. —Sonríe, pero ni siquiera es una sonrisa real, tan solo la vaga idea de una. Me giro hacia la puerta, pero ella me detiene—. ¿Qué se supone que tengo que ponerme?

Me encojo de hombros, porque todavía no sé adónde vamos.

—Ponte algo normal.

Llego a mi casa justo a tiempo de ver a Clay Whitaker volver hasta su coche, en mi camino de entrada. Parece nervioso cuando me ve.

—¿Qué pasa? —pregunto. Ni siquiera sabía que supiera dónde vivía.

—Nunca llegaste a decirme lo que te pareció el dibujo.

Buen intento, Clay, pero no es por eso por lo que has venido.

—El dibujo era perfecto, Clay. Ya sabes que lo era. ¿Qué es lo que quieres? Porque no se te da muy bien ser sutil.

—¿Por qué querías que te lo hiciera?

Me siento como si absolutamente cada persona que conozco quisiera una confesión por mi parte esta noche.

—Voy a entrar en esa casa ahora mismo y te devolveré el dibujo para no tener que volver a oír ni una puta palabra sobre él.

Comienzo a caminar hacia el porche delantero, y los sensores de movimiento encienden las luces.

—No le viste la cara.

Ya no está hablando del dibujo. Está hablando de lo que pasó en casa de Drew, cuando me fui con Leigh, pero se equivoca. Sí que le vi la cara, y fue horrible, y estaría bien que la gente me dejara olvidarla.

—¿Qué tiene esa chica que hace que todo el mundo piense que tiene alguna clase de propiedad u obligación de protegerla? —Yo incluido—. Por si acaso no te habías dado cuenta, probablemente ella podría protegernos a todos.

—A Drew y a mí, a lo mejor. No estoy tan seguro de ti.

Está golpeando una piedra invisible de atrás hacia delante con el pie, y comienzo a mirar a mi alrededor para buscar una para mí.

—Vale, Clay. Dime lo que tengo que hacer.

—¿Me estás preguntando a mí? —Está sorprendido, y yo también lo estoy—. Te das cuenta de que los chicos gays y las chicas heteros no son intercambiables, ¿verdad? En realidad, las mismas estrategias no funcionan con ambos.

—Lo pillo. Nunca he hecho esto antes.

Estoy tratando de averiguar cómo he llegado al punto de estar en mi camino de entrada pidiéndole consejo a Clay Whitaker. ¿Cómo es que con todo lo que ha pasado en mi vida esta chica va a ser lo que me desarme?

—¿Nunca has hecho esto antes? —pregunta con más que un poco de incredulidad.

Lo miro como el idiota insultante que es, especialmente a la luz de lo que piensa que estaba haciendo anoche con Leigh.

—Sí que he hecho eso antes. Es solo que no he hecho esto.

Hago un gesto hacia atrás y hacia delante entre mí y la dirección de la casa de Nastya, aunque probablemente él no tendrá ni idea de lo que estoy haciendo.

—¿Nunca has salido simplemente con una chica? —Se ríe, pero no estoy de humor, y me aseguro de que mi expresión se lo deje claro—. Vale, no tiene gracia. En serio, ¿por qué no le pides consejo a Drew y ya está? —Considera la idea durante un momento—. Olvídalo. Da igual. —Camina hacia su coche y se reclina sobre la puerta—. Vale, entonces. ¿Qué le gusta?

—Correr y el helado. Y golpear cosas. Y los nombres.

—¿Los nombres?

—No preguntes.

—Bueno, todo lo del sudor y el subidón de adrenalina de correr puede estar bien para los preliminares, pero no creo que vaya a servir de mucho en una primera cita. Será mejor que empieces con helado. Algo muy casto. Como ella.

Sonríe con suficiencia.

—Pensaba que ibas a hablar en serio.

—Estaba hablando en serio. —Se detiene y me doy cuenta de que está tratando de decidir algo—. De todos modos, ¿cómo sabes tanto acerca de ella? Ni siquiera habla.

Es casi como lo que le dije a la señora Leighton, pero las intenciones de Clay son diferentes. Ignoro su pregunta.

—Ya he hecho lo del helado.

—Entonces, parece que solo te queda lo de golpear cosas.

Capítulo 37

Nastya

¿Es triste que vaya a tener mi primera cita con dieciocho años? Me he planteado mandarle un mensaje a Josh para cancelarla al menos seis veces hoy. Finalmente, decidí escribirle diciéndole que no podía ir porque no tenía nada que ponerme. Él me respondió enseguida:

«Nada suena bn. T veo a las 4.»

Así que ahora estoy atascada. Lo único que me hace sentir mejor es que Josh parece ser tan inepto socialmente como yo. Salvo porque él habla, así que supongo que él sale ganando. Pero, aun así, lo necesito de verdad. No quiero estropear esto. Ya es lo bastante malo que mi cerebro sea un pozo negro, no quiero imaginar el infierno que sería mi corazón si Josh no estuviera en él.

Dado que no llevar nada no es realmente una opción viable, he vuelto a la primera casilla. No tengo ni idea de qué ponerme. No es que tenga poco sentido de la moda, es que es inexistente. Pasé de la ropa de recital a la ropa de rehabilitación y a continuación a la ropa repulsiva. Nunca me he vestido normal. Ni siquiera sé lo que es eso. Habría hecho de tripas corazón y le habría escrito una nota a Margot para que me ayudara, pero toda esta idea ha sido un poco de última hora, y tenía planes por la tarde, así que ni siquiera está en casa. Lo que significa que mi armario y yo estamos solos ante el peligro.

El armario no me es de ninguna ayuda. Puede que incluso se esté riendo de mí. Es cierto. Lo oigo. Aparte del vestido veraniego que me puse ayer, me he quedado sin opciones en lo que respecta a la normalidad. Miro mi ropa. Negro, negro, un poco más de negro. No quiero ponerme nada de lo que tengo. No quiero parecer Nastya Kashnikov esta noche. No quiero ser una puta rusa. Pero tampoco quiero parecer Emilia. A lo mejor

esta noche simplemente puedo ser otra persona. Una tercera chica a la que aún no conozco.

Me doy cuenta aterrorizada de que voy a tener que ir al centro comercial. Me pongo una de las ocho variaciones de camisetas negras y ajustadas que tengo, unos vaqueros, y salgo.

Solo que no acabo en el centro comercial, sino en casa de Drew. El Dios que recientemente he empezado a pensar que tal vez me odie hoy me está sonriendo, porque Sarah no está en casa. Pero tampoco lo está Drew, y es la señora Leighton quien me abre la puerta. Le miro el estómago, que parece haber crecido de forma exponencial desde la última vez que la vi.

—Hola, cielo —dice, y es la única persona de la Tierra con la que no tengo que reprimir las ganas de pegarle por llamarme «cielo».

Me deja pasar después de explicarme que Drew y Sarah se han ido con el señor Leighton en el barco de un amigo. Me sirve limonada, nos sentamos en la barra de desayuno y nos miramos la una a la otra.

—¡Oh! —dice tras unos minutos, y me he acostumbrado tanto al silencio que casi me caigo del taburete. Ella me toma la mano y yo la aparto bruscamente de forma instintiva antes de que pueda pensarlo. Me siento como una idiota, pero ella lo ignora—. Tan solo quería que sintieras las patadas del bebé —dice, y estira la mano y me deja que se la tome a medio camino. La coloca sobre su estómago, y es la sensación más extraña del mundo. Casi espero que un alienígena le salga del abdomen en cualquier momento.

—¿Lo notas? —Me mira con expectación, y yo aparto la mano. No puedo evitar ver el dolor en su rostro, pero tengo demasiado miedo de comenzar a llorar y simplemente no puedo seguir manteniendo la mano allí—. Lo siento —dice—. Es solo que me emociono un poco. Pensarías que la tercera vez no sería para tanto, pero siempre es como si fuera algo nuevo. Es mi parte favorita.

Probablemente también sería la mía, pero nunca podré averiguarlo. A lo mejor ni siquiera hubiera querido uno de todos modos, pero habría estado bien decidir. El hijo de puta que me quitó la mano también me quitó eso.

Lo único que quería era averiguar qué llevar en una cita a la que probablemente ni siquiera debería ir, y no sé cómo he acabado con la mano sobre el estómago de la señora Leighton, sintiendo las patadas de su bebé y reprimiendo las lágrimas.

A la señora Leighton no se le da bien el silencio. Es de las que llenan los espacios.

—Es una niña —dice—. Acabamos de descubrirlo.

Hay un bloc de notas y un bolígrafo junto al teléfono, sobre la encimera. Lo tomo y escribo.

«¿Nombre?»

—Catherine —responde—. Por la madre de Jack.

Sonríó, porque ese lo conozco. Escribo «Pura, inmaculada» en el papel y se lo entrego. Ella me devuelve la sonrisa.

—Drew me dijo que te gustaban los nombres. ¿Qué significa el mío? Es «Lexie»; bueno, en realidad «Alexa». ¿Lo sabes?

Escribo «Defensora», y debajo, «Tú». Después, antes de que pregunte, le doy el significado del de Drew («masculino, varonil») y el de Sarah («princesa»). Ella pone los ojos en blanco y se ríe.

—Son como profecías, ¿no te parece? —Regresa el silencio, y después pregunta—: ¿Y qué hay de Josh?

Creo que hay más en su pregunta de lo que está revelando, pero está tanteando el terreno. Escribo «Salvación», y ella mira la palabra y asiente con la cabeza. Y durante un minuto, parece tan triste como yo me siento.

—Eso encaja, creo. —No estoy segura de lo que quiere decir con eso, así que suelto el bolígrafo. Ya he escrito demasiado para un solo día—. ¿Necesitabas algo? Como has venido...

Pienso en pedirle ayuda con el asunto de la ropa. Podría ayudarme, y sé que lo haría. Pero no puedo pedirselo. Niego con la cabeza y me bajo del taburete. Todavía tengo tiempo para llegar al centro comercial y encontrar algo para ponerme.

Me acompaña hasta la puerta, pero no la abre. Cuando se gira, sus ojos son amables, como ella.

—¿Sabes? La gente siempre piensa que son las chicas las que están desesperadas por cambiar a los chicos, por hacerlos mejores personas, por ser lo que necesitan. —Me mira como si debiera comprender de lo que está hablando, pero a lo mejor simplemente estoy espesa, porque no tengo ni puñetera idea—. Puede que Josh parezca un hombre muy mayor a veces, pero a fin de cuentas sigue siendo un adolescente, y quiere lo mismo que quieren todos los adolescentes. —Se detiene cuando entrecierro los ojos, y después se ríe—. No, eso no. No tengas la mente tan sucia. No. Ser el héroe. Salvar a la chica. Salvarte a ti. —Hace una pausa para incrementar el efecto del hecho de que me está

poniendo como la damisela en apuros en este escenario en particular—. Pero en el caso de Josh no es solo que lo quiera, sino que lo necesita. Necesita poder arreglar cosas y mejorarlas; creer que te encuentras bien para que pueda creer que él se encuentra bien. Y si no puede...

Levanta las cejas y deja el pensamiento flotando en el aire como si nada, y realmente no comprendo qué sentido tiene este discurso. Cualquiera que quiera salvarme va a necesitar una máquina del tiempo, porque ese sueño está muerto. Nadie estuvo allí para salvarme la última vez, y si al final resulta que necesito que me salven de algo más, lo haré yo misma, muchas gracias.

Me giro para marcharme y ella abre la puerta. Creo que voy a darle un pase por las hormonas del embarazo, pero entonces...

—Creo que tanto tú como yo sabemos que es Josh quien necesita que lo salven. Pasadlo bien esta noche.

Tiene que ser coña.

Josh llama a la puerta exactamente a las cuatro en punto. Todavía no sé por qué nos vamos tan temprano. No es posible que vayamos a cenar a esta hora, porque Josh odia comer temprano tanto como yo. Lleva un polo azul oscuro y unos pantalones color caqui. Tiene exactamente el mismo aspecto que cuando vamos a cenar los domingos. Me cabrea lo fácil que debe de ser vestirse para los chicos. No parece tener ningún problema en aparentar normalidad y estar guapísimo al mismo tiempo.

Trato de no parecer tan intranquila como me siento mientras él permanece de pie en el camino de entrada, contemplándome. He acabado poniéndome un vestido de un azul pálido sin mangas con un diseño de inspiración griega de color azul oscuro que recorre la parte inferior en una banda. Desde luego, no es impresionante, pero es sencillo. Me pareció que estaba bien, y que era como debería ser algo normal. Me recogí el pelo, en un moño suelto en la parte posterior de la cabeza. Sé que la cicatriz que tengo en la línea de nacimiento del pelo debe de ser completamente obvia, pero él la ha visto ya tantas veces que no me importa.

—Estás distinta —dice, repitiendo las mismas palabras que utilizó la primera noche que acabé en su casa, y sonrío porque es exactamente como quiero estar esta noche—. Y distrayentemente guapa —añade con suavidad, y sus labios se alzan ligeramente.

—¿Vas a decirme ya adónde vamos? —pregunto. Ha estado volviéndome loca durante todo el día. Odio no saber las cosas. Soy de las que planean las cosas y una obsesa del control, lo cual es difícil para una persona que normalmente tiene muy poco control sobre nada.

—No —responde simplemente, tomándome de la mano y ayudándome a subir a la camioneta.

Y después comienza a conducir. Y a conducir. Y a conducir.

—En serio, Josh. ¿Qué demonios...?

No me extraña que me haya recogido tan temprano. Estamos haciendo un maldito viaje por carretera.

—Has dicho eso cuatro veces desde que hemos salido.

—Sí. Porque, en serio, Josh. ¿Qué demonios? ¿Adónde vamos?

—Cierra los ojos y relájate. Te avisaré cuando lleguemos.

* * *

—¿Sol? Ya hemos llegado.

Abro los ojos y miro el reloj del salpicadero. Las seis y diez. «En serio, Josh. ¿Qué demonios?»

—¿Dónde estamos? —pregunto, tratando de averiguar qué sentido ha tenido el viaje de dos horas en coche.

—Donde vamos a cenar.

Nos encontramos en un aparcamiento. Miro por la ventana y veo el cartel de un restaurante italiano que conozco demasiado bien, y sé que esto no está pasando. A través del cristal del lateral del edificio veo a un hombre trajeado tocando el piano, pero ya no es a él a quien veo.

—¿Qué estás mirando? —pregunta Josh.

«A mí en un universo alternativo», pienso.

—¿Estamos en Brighton? —digo, tratando de controlar la histeria en mi voz.

—Sí.

Ahora suena cauteloso. Creo que le estoy dando un poco de miedo, lo cual está bien, porque él me está dando miedo a mí.

—¿Por qué estamos en Brighton?

Me obligo a calmarme, porque no voy llegar a ningún sitio si me pongo a flipar, y cuando digo «ningún sitio» me refiero a cualquier sitio lejos de Brighton.

—Porque tenemos reserva.

Su voz suena vacilante. Me está mirando como si en cualquier momento se me fuera a ir la cabeza completamente.

No digo nada. No puedo decir nada.

—Te gusta la comida italiana, y miré las puntuaciones de como cincuenta sitios en un radio de dos horas y este era el mejor, y además conseguí hacer una reserva. ¿Qué es lo que pasa?

Está confuso, y no puedo culparlo por ello.

—Josh, hay como quinientos restaurantes italianos en casa. Podrías haberme llevado a cualquiera de ellos. ¿Por qué hemos viajado en coche durante dos horas para ir a cenar?

—Quería hablar contigo.

«Quería hablar contigo.» Lo dice como si fuera la respuesta más obvia del mundo. Ha conducido durante dos horas para ir a cenar a un lugar donde nadie nos conozca para que podamos tener una conversación. Quiero reír, y llorar, y abrazarlo con fuerza. En lugar de ello, lo beso. En cuanto mis labios están sobre los suyos, su mano está sobre mi nuca, y me empuja contra su pecho como si hubiera estado esperando una eternidad para esto y no fuera a permitir que me alejara. Pero yo no quiero alejarme, y si el volante no estuviera allí, me subiría encima de él solo para estar más cerca.

Entonces se mueve ligeramente, y ya no estoy besándolo. Es él quien me besa a mí. Y cuando lo hace, pierdo una parte de mí. Pero es la parte que está retorcida, mutilada y trastornada, y durante tan solo ese momento, con sus manos en mi pelo y sus labios sobre mi boca, puedo fingir que nunca ha existido.

—Pensaba que estabas enfadada —dice cuando me aparto—. Aunque no me quejo.

—Lo estoy, pero no contigo.

Mis manos siguen rodeando sus antebrazos, y la verdad es que no quiero soltarlos.

—Entonces, ¿con qué? —pregunta, apartando de mis ojos el mechón de pelo que se me ha soltado.

—Con todo lo demás.

Ha hecho todo esto para que podamos salir y hablar de verdad el uno con el otro, y me ha traído al lugar preciso donde no podemos hacerlo. Se limita a mirarme fijamente, como si no supiera lo que eso significa y no estuviera muy seguro de lo que haremos a

continuación. Me gustaría simplemente ir a casa y sentarme en su garaje, donde todo es cómodo y puedo lijar madera y ver las montañas de serrín crecer junto a mis pies, y sentir que estaré bien durante el tiempo que permanezca allí.

Hay algo en la forma que tiene de mirarme que me asusta, pero no puedo apartar la mirada. Vuelve a inclinarse hacia mí y no me muevo en absoluto hasta que siento sus labios sobre los míos. Me besa con una veneración que me da miedo, porque es lo más maravilloso que he sentido jamás.

—Lo siento —dice—. Llevo muchísimo tiempo queriendo hacer eso, tan solo quería hacerlo otra vez.

—¿Cuánto tiempo?

—Desde la primera noche que entraste en mi garaje.

—Me alegra que no lo hicieras —confieso.

—¿Por qué?

—Acababa de vomitar. Creo que hubiera arruinado el momento.

—A diferencia de este momento, que está lleno de romance.

Sonríe, le suelto los brazos, y él se reclina en su asiento, tratando de pensar qué decir.

—¿Quieres entrar? —pregunta finalmente. Niego con la cabeza.

—No podemos quedarnos aquí.

—¿Por qué no? —pregunta, y me siento fatal por arrebatarse esto. Una cosa más que añadir a la lista de decepciones que he causado a la gente que me importa. No quiero tener también la decepción de Josh Bennett. No creo que pueda soportarlo, pero ahora mismo no tengo elección. No hay cantidad posible de decepción que pueda hacerme entrar en ese restaurante. Miro a Josh, y desearía poder simplemente besarlo otra vez en lugar de tener que responder, pero sé que no voy a librarme de esta.

—Porque aquí es donde vivía.

Nuestro intento de normalidad acaba siendo una mala *pizza* en un tugurio que encontramos en algún lugar de la carretera entre Brighton y casa, y no tiene nada de normal. Ni siquiera es extraordinario. Es perfecto, y quiero que siga siendo perfecto, pero nada lo hace nunca. La gente como Josh Bennett y yo no conseguimos nada perfecto. La mayoría del tiempo, ni siquiera conseguimos algo remotamente tolerable. Y por eso me da miedo. Porque, incluso aunque existiera algo así para empezar, la perfección nunca dura.

Llegamos a casa de Margot justo antes de las once, y miro a Josh, porque no sé por qué me ha traído hasta aquí en lugar de a su casa.

–Me lo he pasado bien esta noche –dice.

–¿No debería decirte yo eso a ti?

–No lo sé. ¿Hay una norma? –pregunta.

–No lo sé –admito–. Yo también me lo he pasado bien. Ha sido divertido. A pesar de todo.

Todavía me siento mal por arruinarle los planes.

–A pesar de nada –replica con suavidad, levantando la mano hasta mi mejilla antes de inclinarse para besarme. Solo una vez. Y no es perfecto. Es suave, y cálido, y cierto, y real–. Ha sido divertido. Lo demás no importa.

«Lo demás no importa.» Si tuviera una moneda ahora mismo, desearía que fuera cierto; quiero creerlo más de lo que nunca he querido creer nada.

–Entonces, ¿por qué me traes aquí? –pregunto. Él se encoge de hombros, vergonzoso.

–Pensaba que sería un poco presuntuoso esperar que durmieras conmigo en la primera cita.

Bostezo antes de que termine de hablar.

–Si lo único que esperas es dormir, entonces soy toda tuya.

–Bueno –sonríe–, no seré yo quien rechace esa oferta.

Y, tras eso, baja por el camino de entrada con la camioneta y vamos a casa.

Capítulo 38

Nastya

Mi primera terapeuta se llamaba Maggie Reynolds, y me hablaba como lo haría una profesora de guardería: con suavidad, con paciencia, sin resultar amenazante. Consintiéndome. Hacía que me entraran ganas de pegarle un puñetazo en la cara, y la verdad es que entonces yo no era de la clase de personas que pegan puñetazos en la cara. Al contrario que ahora, cuando prácticamente todo el mundo hace que me entren ganas de pegarle un puñetazo en la cara.

Cada vez que le preguntaba por qué no podía recordar lo que había sucedido, me decía que era natural. Porque, ¿acaso no lo es todo? Me dijo que era la forma que tenía mi cerebro de protegerme de algo para lo que no estaba preparada para enfrentarme todavía. Que mi mente nunca me daría más estrés del que fuera capaz de manejar, y que cuando fuera lo bastante fuerte, lo recordaría. Tan solo teníamos que ser pacientes, pero es difícil ser paciente cuando nadie más lo es.

Puede que todos estuvieran de acuerdo en que era natural que olvidara, pero eso no significaba que dejaran de preguntar. La pregunta siempre era la misma, por parte de la policía, de mi familia, de los terapeutas. «¿Recuerdas algo?» La respuesta también era siempre la misma. No. No recuerdo nada. Ni una sola cosa de lo que sucedió aquel día.

Entonces, supongo que un día mi mente decidió que estaba preparada, porque ese fue el día en que lo recordé todo, y a partir de entonces dejé de responder completamente a las preguntas. Creo que a lo mejor mi cerebro se equivocó en lo fuerte que era, pero no me permitió volver a olvidar los recuerdos.

Nunca había tenido siquiera una pesadilla hasta que recuperé la memoria. En cuanto la visión de lo que había sucedido volvió a mi cabeza, no hubo forma de ignorarla. Acudía

a mí con sed de venganza, noche tras noche, como si estuviera compensando el tiempo perdido. Me despertaba sudando y temblando, en un estado de terror producido por los recuerdos, y no podía contarle a nadie por qué.

Así que me puse a escribir. Escupí cada detalle de mi cabeza al papel, para que el recuerdo no tuviera ningún control sobre mí. Me sentía como una criminal, como si estuviera cometiendo algún crimen al no contarle, y cada noche esperaba a las pesadillas para que me delataran, para que me entregaran. Así que les quité su poder. Me confesé. Cada noche, en los cuadernos. Las palabras eran el sacrificio que ofrecía cada día a cambio de dormir sin soñar.

Nunca me han fallado.

* * *

Es la segunda noche de esta semana que Josh y yo vamos a casa de los Leighton para cenar. También hemos pasado aquí Acción de Gracias. Creo que a los dos nos hubiera gustado habernos quedado en su casa, pedir *pizza* y trabajar en el garaje como los antisociales que éramos, pero no se puede decir que no a la señora Leighton. No era una petición. Era una obligación. Y no se parecía nada a la cena de los domingos. Había abuelos, primos, tíos y tías, y gente perdida como Josh y como yo. Nos escondimos en la habitación de Drew durante la mayor parte del tiempo, porque Josh odia abrazar a desconocidos tanto como yo, y esa gente era de los que abrazan. Todos ellos.

Cuando llegamos a la mesa, con la porcelana, el centro de mesa y las servilletas dobladas en forma de cisne, le saqué una foto con el móvil y se la envié a mi madre, para que supiera que no estaba sola. No sé si eso la haría sentirse mejor. Ver una mesa llena de comida y rodeada por la familia de otra persona tal vez no fuera la clase de consuelo que estaba tratando de enviar.

No hemos tenido clase en toda la semana, así que, a excepción del día de Acción de Gracias, nos hemos pasado los últimos nueve días sin nada que hacer salvo construir. La temperatura ha sido muy agradable y la humedad, baja, así que he estado en el camino de entrada, barnizando. Finalmente hemos encontrado algo en lo que soy mejor que Josh, pero a él no le importa, porque lo único que le gusta menos que lijar es barnizar.

Aparte de a la casa de Drew, no hemos ido a ningún sitio, salvo al supermercado y la ferretería. Trabajamos en los muebles durante la mayor parte del día, entramos a las tres

para la dosis de *Hospital General* de Josh, hacemos la cena, construimos un rato más, vamos a correr, y dormimos.

Ha sido una semana perfecta. Odio que ya sea domingo.

–Hoy le toca a papá elegir la música.

La señora Leighton tiene una bandeja llena de patatas asadas en equilibrio sobre una mano y una jarra de agua en la otra.

–¿No es el turno de Drew? –pregunta Sarah, colocando los últimos cubiertos sobre la mesa.

–Buen intento. A Drew le toca la semana que viene. Hoy es mi turno.

El señor Leighton se ríe de forma maníaca para burlarse de ella, y yo sonrío, porque me recuerda a algo que haría mi padre. Abre un armario lleno de discos y los examina antes de sacar uno y encender el estéreo.

Tardo tres notas en reconocer la sonata de Haydn que ha puesto. Es la que me sé de memoria. La que practiqué mil veces para la audición de aquel día en el instituto. La que en lugar de eso se convirtió en la canción temática de mi asesinato. Eso es lo que estamos escuchando durante la cena del domingo. La banda sonora de mi muerte.

No he vuelto a escucharla desde aquel día, desde la última vez que la toqué antes de salir de mi casa aquella tarde, desde que me oí a mí misma tarareándola mientras caminaba hacia el instituto. Ahora no la escucho. Tampoco hago nada irremediabilmente dramático, como tirar los platos o flipar y salir corriendo de la habitación. En lugar de eso, dejo de respirar.

Estoy caminando y tarareando, y ensayando cada nota dentro de mi cabeza. No estoy nerviosa, porque se trata tan solo de una grabación, y si lo hago mal puedo repetirlo tantas veces como quiera hasta que esté contenta con el resultado. Nick Kerrigan va a grabarla para mí en el aula de música, y le caigo bien, así que se quedará tanto como necesite. Me lo ha dicho. A mí también me cae bien, así que nada puede salir mal. Me examino las manos, porque quiero que tengan buen aspecto y no quiero tener las uñas astilladas, y entonces veo que hay un chico delante de mí. Sonríe, pero hay algo extraño en él. Algo extraño en sus ojos. Sin embargo, sonrío, digo «hola» y paso junto a él. Y entonces su mano me aferra el brazo con tanta fuerza que duele, y me giro, pero no puedo decir nada porque me pega en la cara, y después estoy boca abajo en el suelo, y

me está arrastrando hacia algún sitio. De pronto, ya no estoy en el suelo, porque me levanta tirándome del pelo. Dice que es culpa mía. Me llama «puta rusa» y me dice que me ponga en pie, pero no sé por qué, porque vuelve a tirarme de un golpe. Tengo sangre y tierra en la boca, y ya no recuerdo cómo gritar. Ni siquiera recuerdo cómo respirar. Me pregunto si soy rusa, pero me parece que no, y no sé por qué me odia este chico. Me ha tirado del pelo con tanta fuerza tantas veces que me ha arrancado parte del cuero cabelludo, y la sangre corre hasta uno de mis ojos, y ya no puedo ver por él. Debe de estar cansado de levantarme, porque me deja en el suelo y comienza a pegarme patadas en lugar de eso. No sé cuántas veces lo hace, en el estómago y en el pecho. Un par de veces entre las piernas. Creo que oigo mis costillas quebrándose. No sé durante cuánto tiempo me pega patadas, quizás eternamente, pero ya no siento nada. Ni siquiera me duele nada. Todavía puedo ver por el ojo izquierdo. En el suelo, aunque no sé a cuánta distancia, se encuentra uno de mis botones con forma de perla. El sol cae sobre él, y parece que esté cambiando de colores, y es tan bonito que quiero tomarlo. Si pudiera alcanzarlo, todo estaría bien. Creo que el chico sigue pegándome, y estiro el brazo en dirección al botón, pero no puedo alcanzarlo. Todo se detiene, salvo la respiración del chico. Veo sus botas junto a mi mano. Y entonces ya no puedo ver nada más, porque todo está negro y no puedo sentir mi cuerpo. Lo último que oigo es el sonido de los huesos de mi mano aplastándose, y después ya no hay nada más.

—¿Nastya?

—¿Nastya?

No conozco ese nombre.

Cuando abro los ojos, puedo ver otra vez. Estoy en el sofá de brocado blanco de Drew Leighton, y no hay sangre por ninguna parte, y nada me duele, a excepción de mi alma. Puedo ver la mesa de centro que hizo Josh Bennett. Puedo ver a Josh Bennett, sentado en el suelo junto al sofá, tomándome de la mano y mirándome. Puedo ver todas las preguntas que no está haciendo. Todo el mundo aquí parece asustado, incluso Sarah, y me pregunto si yo también pareceré asustada. Porque no tengo ni idea de lo que acaba de suceder.

La señora Leighton me obliga a beber agua, a pesar de que intento negarme, porque estoy asustada, no deshidratada. Al parecer, dejé de respirar el tiempo suficiente como para desmayarme, y quiere llamar a mi tía. Niego con la cabeza y miro a Josh, implorándole con cada «por favor» que puedo forzar en mis ojos. Dice que me llevará a

casa, y espero que esté hablando de su casa, porque es ahí donde quiero estar, incluso aunque no me guste la mirada que veo en su rostro. La mirada que te dirige la gente cuando tienen miedo de que una palabra equivocada vaya a hacer que te rompas. Pero, si no me he roto antes, ni de coña voy a hacerlo en el sofá de brocado blanco de la casa de Drew Leighton.

He recordado lo que me sucedió cada día durante casi dos años. Lo he visto en pesadillas. He escrito acerca de ello en mis cuadernos, cada noche, durante cientos de días. Pero nunca lo he revivido hasta ahora. Sé que aquí estoy a salvo. Pero también sé a lo que saben la tierra y la sangre.

Estoy durmiendo otra vez en casa de Josh, porque en algún momento esa se convirtió en la norma. Cuanto más tiempo paso aquí, más odio estar sola en casa de Margot. Me aseguro de que siempre sepa dónde estoy y, a pesar de que no le hace mucha gracia, creo que lo entiende, o tal vez simplemente necesito creer que lo hace. Me siento más en casa en la de Josh que en ningún otro lugar del mundo, y ahora mismo necesito un hogar.

Tengo que esconderme en el cuarto baño para escribir mis tres páginas y media, aunque esta noche me siento como si ya lo hubiera hecho. Las escribo de todos modos, y después guardo el cuaderno en mi mochila, detrás del libro de Trigonometría, como si fueran deberes.

—No lo hagas —digo cuando me meto en la cama en la oscuridad, porque, a pesar del negro silencio, puedo ver, oír y sentir las preguntas a mi alrededor.

—Tienes que contármelo alguna vez —responde con suavidad, como si alguien en la casa pudiera oírnos.

—Pero no tengo que hacerlo esta noche —replico susurrando.

Me toma la mano izquierda, como si supiera que esconde todos mis secretos y pensara que puede averiguarlos solo tomándomela.

—Estabas despierta, pero era como si ni siquiera estuvieras allí. —Me acerca a él y me besa la cicatriz de la frente, envolviéndome firmemente con el brazo, llevando mi cabeza hasta su pecho y presionando mi cuerpo contra el suyo—. Estaba muerto de miedo, y ahora no quieres decirme qué fue lo que te pasó.

Tengo que decirle algo, así que le digo lo que sé que es verdad.

—A veces simplemente me olvido de cómo se respira.

Capítulo 39

Josh

–Joder, las galletas de tu novia están buenísimas.

Drew se mete una galleta más en la boca. Se la está comiendo con tanta rapidez como Sol puede sacarlas del horno.

–No es mi novia –digo, porque según ella no lo es, y no pasa nada, porque de todos modos odio ese término. Decir «novia» de algún modo nos mete en una relación oficial, y si es una parte oficial de mi vida, probablemente desaparecerá oficialmente muy pronto. Así que, si no quiere que la llamen mi novia, me parece bien.

–Vale –contraataca Drew–. Tu esposa. –Camina hasta ella y toma una galleta de la bandeja, quemándose los dedos en el proceso–. No me extraña que siempre huelas a azúcar moreno y... –Se detiene, coge una botella de la encimera y lee la etiqueta–. Puro extracto de vainilla.

Tiene razón. Sí que huele a azúcar moreno y vainilla, pero pensaba que era el único que se había dado cuenta. Drew abre el tapón de la botella e inhala.

–En serio, deberían vender esto como perfume.

Sol se limita a mirarlo fijamente, con una expresión ligeramente asqueada en la cara.

–¿Me hueles?

–No hace falta que lo hagas sonar tan sucio. No es como si me colara en tu habitación para observarte dormir. –Camina hacia mí y me da una palmada en la espalda–. Es Josh quien hace eso. –Sol le tira un mitón, y él finge que le ha hecho daño–. Cuidado, mujer. Como no estás pillada, podría tirarte al suelo y hacerte el amor ahora mismo. –Ella hace un sonido como de arcadas, y Drew finge sentirse ofendido–. ¿La idea de tener sexo conmigo es tan desagradable?

—No, la idea de tener sexo contigo es, como siempre, la cumbre de mis sueños. Lo que es repulsivo es la parte de «hacer el amor». Odio esa expresión. Podría tener sesenta años y aún preferiría decir «follar» que «hacer el amor». Puaj.

Se estremece.

—Bien —dice él, recuperando la confianza—. Entonces, como no estás pillada, podría tirarte el suelo y follarte ahora mismo.

—Hacedme un favor —intervengo—. Id a follar y superadlo ya, o dejad de actuar como si fuerais a hacerlo.

Apago la tele, porque de todos modos no puedo oírla, y tiro el mando al sofá. Sueno como un cabrón celoso. Soy un cabrón celoso. Que sepa que no hay nada entre ellos dos no significa que no me moleste.

—¿Esas son las dos únicas opciones? —pregunta Drew—. Porque sé cuál de las dos voy a escoger. —Sol le mete otra galleta en la boca a Drew y le dice que pare ahora que puede—. ¿Sabes que he ganado como cinco kilos desde que te conocí? ¿Cómo puedes comer toda esta mierda sin engordar? —pregunta, sacudiéndose las migas de las manos.

—Corro —responde ella—. Mucho.

Drew parece asqueado.

—Bueno, pues eso no voy a hacerlo.

—No te preocupes. —Sonríe—. Tienes suficiente testosterona como para mantener en marcha tu metabolismo durante un tiempo.

—Muy cierto —asiente él con arrogancia.

—Hablando de cosas ciertas y testosterona, ¿alguien va a decirme alguna vez qué es lo que pasa con Tierney Lowell? —pregunta Sol. Drew se pone tenso.

—No. —Ella lo mira arqueando una ceja, y él gruñe de forma exagerada, como un niño al que acaban de quitarle los videojuegos—. Vale. Pero solo porque soy frágil y me das miedo. —Drew se sienta en el sofá de modo que ella pueda sentarse junto a él, pero en lugar de eso lo hace sobre mi regazo, y realmente no tengo ningún problema con el hecho de que no sea mi novia—. Es una historia muy antigua —dice con tono monótono—. Chico conoce chica. Chico pide a chica que lo toque de forma inapropiada. La chica impresiona al chico con su increíble conocimiento y adecuado uso de las blasfemias. Chico y chica acaban castigados juntos. Florece el amor. En secreto. Durante cuatro meses.

Sol me mira en busca de confirmación.

—Es cierto —digo, inexpresivo. Siempre supe que se habían liado, pero pensaba que había sido un rollo de una sola noche. En realidad, descubrí hace poco el resto de la historia. No me lo dijo hasta que arremetí contra él la semana después de la infame cena en la que jugamos a verdad o atrevimiento. Pero recuerdo que durante esa época le pasaba algo a Drew, y ahora todo tiene sentido.

—¿Y? —pregunta ella.

—Y nada. Eso es todo lo que voy a contarte.

Se gira y vuelve a encender el televisor.

—Eres un mamón —murmura Sol.

—Y tú también, sin duda.

Por alguna razón, eso no me parece ni de cerca tan divertido como a ellos dos.

Capítulo 40

Nastya

Drew y yo nos hemos pasado las tres últimas horas en la mesa del comedor con dos portátiles, investigando en busca de precedentes para los argumentos más aburridos del mundo sobre los límites de los acuerdos. Supongo que es mejor que las tasas de la gasolina, que era otro tema que podían habernos endosado. El torneo de debate del condado es dentro de dos semanas. Yo no tengo que competir, pero sí estoy obligada a asistir, y obtengo mi nota haciendo trabajo de investigación.

Hasta el momento me he librado al haberme designado como la investigadora de Drew. En realidad, nadie más tiene investigadores, pero yo estoy ahí y no puedo competir por mi cuenta, así que él puede utilizarme. Si no fuera tan bueno jamás habría salido, pero lo hace muy bien. Cuando Drew lo hace bien, el equipo lo hace bien, y cuando el equipo lo hace bien, el señor Trent tiene buen aspecto, de modo que le da a Drew prácticamente todo lo que le pide. Eso funciona bien, porque me mantiene alejada de las garras de Ethan Hall, que todavía piensa que es romántico pedirme que le haga una mamada en la oficina de orientación mientras finge estar flirteando.

Le entrego a Drew los papeles impresos y mis notas, y dividimos el resto del trabajo para que podamos terminarlo esta noche. Todavía no he dejado de darle la lata acerca de Tierney. —¿Por qué no podéis al menos ser amigos? ¿No sería eso mejor que nada?

No soy una experta en relaciones. De ninguna clase: ni familiares, ni románticas, ni amistosas. Las relaciones requieren comunicación, lo cual no es precisamente lo mío, así que es un tema difícil para mí. Simplemente no entiendo por qué tiene que actuar como si la odiara cuando es tan evidente que no lo hace.

—No, no sería mejor que nada. Sería completamente peor que nada.

–Eso es escurrir el bulto. Los tíos siempre dicen eso porque es lo más fácil.

–Y las tías siempre quieren cambiar las reglas en mitad del juego. No puedes cambiar las reglas y pensar que todos los demás simplemente van a seguir jugando. Sé cómo huele su pelo, pero no puedo acercarme lo suficiente como para hundir la cara en él. Sé lo suave que es su piel en cada parte de su cuerpo, pero no puedo tocarla. Sé a qué sabe, pero no puedo besarla. Ya no lo tengo permitido. Así que, ¿por qué debería torturarme estando junto a ella, solo para poder decir que todavía somos amigos?

–Sigue sin tener ningún sentido.

–Es lo único que tiene sentido, y si te pararas a pensar en ello durante un minuto, te darías cuenta. Si tú y Josh de pronto no estuvierais juntos, ¿crees que podrías seguir estando con él todo el rato? ¿Estar en su casa, pero no tocarlo? ¿Actuar como si te alegraras por él cuando saliera con alguna otra chica, y que ella vaya a saber todas las cosas acerca de él que tú sabes, pero que de pronto se supone que no deberías saber? Tú tampoco podrías hacerlo.

–Josh no está enamorado de mí, y yo no estoy enamorada de él.

–Díselo a alguien que se lo crea, Sol. ¿Has visto cómo te mira? –He visto cómo me mira, pero no sé lo que significa–. Como si fueras una mesa del siglo diecisiete tallada a mano y en perfecto estado.

–Así que me mira como si fuera un mueble.

–Exacto. ¿Ves? Sabes a lo que me refiero.

–A nadie le gustan los listillos.

–Mentira. A todo el mundo le gustan los listillos. Especialmente tú. –Clava los ojos en los míos, y es evidente que no va a dejar de demostrar sus teorías hasta que yo ceda–. Lo de ser amigos es una gilipollez, y tú también lo sabrás cuando te pase a ti. Cuando rompáis, sabrás exactamente lo que quiero decir.

–No podemos romper si no estamos juntos.

Pronuncio cada palabra con mi voz más exasperada, pero eso no lo disuade.

–Eso no es más que semántica. Va a suceder, y todo el mundo –hace un gesto a la habitación, señalando un público que no existe– lo sabe, menos tú. Algún día os vais a emborrachar y follar como si no hubiera mañana, y entonces os daréis cuenta de lo increíble y estúpidamente enamorados que estáis, o a lo mejor pasa al revés, conociéndoos a los dos. Podría pasar. Pero, en cualquier caso, estaréis juntos. Y,

después, algún día, ya no lo estaréis. Y cuando llegue ese día, te lo prometo, no vais a ser amigos. Os odiaréis el uno al otro antes de ser jamás solo amigos.

—No quiero que se enamore de mí.

No tengo ni idea de por qué he dicho eso en voz alta, pero es cierto. No quiero las obligaciones y las expectativas. No quiero ser la fuente de decepción en la vida de otra persona.

—Él tampoco quiere enamorarse de ti, así que supongo que estáis en las mismas.

Hablar acerca de Josh está comenzando a parecerme una muy mala idea.

—Se supone que tenemos que hablar acerca de Tierney.

—Se supone que tenemos que hablar sobre los límites de los acuerdos del gobierno.

—De acuerdo, aceptaré tu teoría de la amistad imposible si me cuentas lo que pasó. A lo mejor, si supiera cómo terminó, estaría de acuerdo contigo.

En realidad, estoy comenzando a estar de acuerdo con él, pero eso no se lo voy a decir todavía. Quiero escuchar la historia.

—Fui un gilipollas.

—Eso lo daba por hecho. Ve al grano.

—Estábamos juntos. Juntos, juntos —aclara—. No solo como lo que suelo hacer. Tierney no quería que nadie lo supiera, porque se negaba a que la gente pensara que era otro nombre en una lista muy larga y sin distinciones. Dijo que ella era mejor que eso. Y era mejor que eso. Nunca se habría liado conmigo si no significara nada para ella. Pero el imbécil de Trevor Mason no dejaba de darme la lata, así que se lo conté. Salvo que no le conté que estábamos juntos, tan solo le dije que estábamos follando. Ella se cabreó y rompió conmigo, y todo el mundo actuó como si fuera una estúpida por pensar que me importaba una mierda.

—¿Y te importaba una mierda? —Me clava una mirada que dice que sé la respuesta y que no va a decirlo. Creo que se le cerraría la garganta si tratara de pronunciar la palabra «amor». No tenéis nada en común. ¿Dónde está la atracción? Y, por favor, evita nombrar partes del cuerpo ni nada que contenga la palabra «oral».

—Es Tierney. Me incordia, pero no deja que yo la incordie. Me hace reír, pero ella se ríe más. Discute conmigo acerca de todo, incluso cuando sabe que no va a ganar. Además, está buenísima y no me soporta. ¿Hay algo que pudiera hacerla más atractiva?

—Suenas como si estuvieras dando un discurso. Resume, Drew.

—Joder, eres un fastidio —gruñe, pero eso es lo que siempre hace cuando va a responder de todos modos—. Escucha, sé el aspecto que tengo y sé lo listo que soy. Cállate. No me mires de ese modo. Yo lo sé, y tú lo sabes. Pero también sé que soy una persona de mierda —dice, y suena momentáneamente sincero—. Tierney me hacía sentir como si mereciera un poco la pena como persona.

—Sin embargo, tú la tratas como si ella no mereciera la pena. Hieres sus sentimientos todo el tiempo. Ya sé que ella es muy dura y todo eso, pero sabes que tiene sentimientos, ¿verdad?

—Pues claro que sé que tiene sentimientos. ¿Sabes lo lista que es esa chica? No. Nadie lo sabe, porque ella no quiere que lo sepa nadie. Tampoco quiere que nadie sepa que es divertida y dulce, y sí, he utilizado la palabra «dulce», y si alguna vez lo mencionas, habrá consecuencias. —Me lanza una mirada en plan «mírame a los ojos y siente mi ira» antes de continuar—. ¿Sabes quién sabe esas cosas? Yo. Así que sí, Nastya, sé que tiene sentimientos, y sé cómo herir cada uno de ellos.

—¿Así que es eso lo que haces? ¿Te sientes culpable por hierirla, de modo que lo compensas hiriéndola más? Eres la definición de un gilipollas. ¿Por qué no te disculpaste ante ella después de lo que pasó y ya está? ¿Por qué no le dijiste a la gente la verdad?

Cierro el portátil y lo aparto a un lado.

—Porque estaba muy cabreada. Rompió conmigo, y dijo que era tal como siempre había creído que era, y que la gente tenía razón, que era patética por creer cualquier otra cosa.

—¿Y eso fue todo?

Al parecer, eso ni se acercaba. Continúa diciéndome que la noche que Tierney le soltó todo eso, fue a una fiesta y tuvo sexo con Kara Matthews.

—¿Por qué demonios hiciste eso?

Nada de lo que haga Drew debería sorprenderme a estas alturas, pero esto lo hace.

—Porque estaba deprimido, y cabreado, y la había perdido porque era un imbécil, así que supuse que, ya puestos, podía actuar como uno.

—¿Sabes? Para alguien que piensa que es genial debatiendo, tu lógica tiene muchísimos fallos. No la habías perdido. No la perdiste hasta que te tiraste a Kara Matthews. Era una prueba.

—En primer lugar, soy genial debatiendo. Y en segundo, no era una prueba. La ruptura era real. Me odiaba.

—Por eso era una prueba. —¿Cómo es que una marginada social sin experiencia es capaz de comprender esto y él no?—. Te dio una oportunidad de oro para demostrar que se equivocaba. Pero, en lugar de eso, le metiste la polla a Kara Matthews y demostraste que Tierney no significaba absolutamente nada, y que cada cosa mala que había pensado alguna vez de ti era cierta.

No puedo fingir que no sé por qué adoro a Drew Leighton. Está tan jodido y trastornado mentalmente como yo, solo que de una forma diferente. Sin embargo, ahora mismo lo odio un poco por ser tan increíblemente ingenuo. Camino hacia él, lo rodeo con los brazos y apoyo la cabeza sobre su hombro, porque sé el aspecto que tiene alguien que se odia a sí mismo y, si quiero que haya esperanza para mí, necesito que haya esperanza para él.

—Realmente eres un gilipollas —digo. Él suspira y apoya la barbilla en la parte superior de mi cabeza.

—Eso es lo que he estado tratando de decirte.

Acabo quedándome tanto tiempo que los padres de Drew y Sarah llegan a casa, y me veo obligada a cenar con ellos, lo cual no es una idea tan terrible ahora que Sarah ya no es mi enemiga mortal.

En algún momento después de la fiesta infernal, Sarah decidió que no me odiaba completamente. Puede que toda aquella noche fuera la definición de una mala idea, pero si algo bueno salió de ella es que de algún modo la tensión entre las dos había desaparecido. No es que ahora intercambiemos anécdotas sexuales y vayamos a comprar sujetadores juntas, pero bueno. Si hubiera sabido que enseñarla a derribar a un tío iba a hacer que me tomara cariño, lo habría hecho meses antes. Sin embargo, las cosas se han vuelto más fáciles, quizás incluso casi agradables.

—Estarías mucho mejor sin todo ese maquillaje —me dice, y creo que es su idea de un cumplido. No sé si estaría mejor, o solamente diferente, pero todavía no estoy lista para renunciar a él—. Si parecieras normal, tendrías más amigos. Incluso a pesar de no hablar, ya sabes. A la gente le das un poco de miedo.

Bien. Ese es el plan. La conversación es básicamente un monólogo, pero es mejor a que me mire frunciendo el ceño, me insulte y en general me trate como a una paria, que es a lo que estoy acostumbrada con ella.

—No todo el mundo puede tener tanta suerte con las relaciones sociales, Sarah —interviene Drew—. Es un don estar emparentada conmigo.

—No, es una maldición —dice, completamente en serio.

—Claro. Seguro que tendrías la mitad de amigos y la mitad de citas si yo no fuera tu hermano.

Creo que Drew lo dice de broma, pero la hace estallar y, cuando escucho lo que dice, no la culpo. En realidad, siento lástima por ella.

—¡Tienes toda la razón! ¡Ese es el jodido problema, Drew! Todas las chicas quieren ser amigas mías porque piensan que es un pase libre hacia ti. Los tíos quieren salir conmigo porque piensan que soy una puta barata como tú. ¿Quieres recibir méritos por mi vida social? Adelante. Eres el responsable de ella.

Hace una pausa, porque está muy cabreada, y me doy cuenta de que Drew está deseando no haber dicho nada, porque no se esperaba esto en absoluto. Ya no quiero estar más tiempo en la habitación. Me pregunto si alguien de aquí tendrá una capa de invisibilidad que pudiera pedir prestada, porque eso sería genial.

—¡Odio ser tu hermana! —sisea Sarah—. ¡Haría cualquier cosa a cambio de no estar emparentada contigo!

Drew no dice nada más. Ninguna respuesta engreída. Ninguna burla. Simplemente se marcha y me deja con Sarah, que empieza a llorar. Espero de verdad que tengan algo de helado aquí, porque sin palabras es básicamente lo único que puedo hacer para ayudarla.

—Lo odio —dice entre lágrimas, y sé que no es verdad, pero no puedo decírselo.

Más tarde, la misma noche, apartamos otra vez todos los muebles a un lado del salón y nos ofrecemos a hacer una demostración ante los padres de Drew de las prometedoras habilidades de defensa propias de Sarah. Arrastro a Drew de vuelta a la habitación y lo ofrezco como agresor, y a continuación le refresco la memoria a Sarah sobre cómo causarle daños físicos. Y Drew le deja hacerlo tanto como necesita, incluso cuando no se refrena lo suficiente y está comenzando a hacerle daño de verdad. Entonces, la última vez que la ataca por detrás, susurra «lo siento» antes de rodearla con los brazos. Una parte de mí espera que Sarah levante los brazos para librarse de su agarre, y que después le clave el codo y eche a correr como le he enseñado, pero me alegra que no lo haga cuando él vuelve a disculparse y ella se gira entre sus brazos para devolverle el abrazo.

Justo cuando él la suelta, ella le pega un pisotón de verdad en el empeine, y después finge pegarle un rodillazo en la entrepierna, y la señora Leighton aplaude.

Capítulo 41

Nastya

–Te estás destrozando las manos –me dice Josh, y me las sujeta y las gira para mirarme las palmas. Yo las retiro, pero no puedo evitar sonreír, porque es un cumplido. Es incluso mejor que llamarme «distrayentemente guapa».

–A mí me gusta –le digo, examinándolas yo también–. Significa que están haciendo algo.

Puede que ya no sea capaz de utilizarlas como me gustaría (salvo que tocar el piano con una sola mano se ponga de moda, desgraciadamente no voy a tener suerte), pero al menos puedo hacer algo. Josh odia lijar. Es lo que menos le gusta porque, según él, es aburrido. Siempre intenta convencerme para que utilice una lijadora de banda cuando puedo, pero la verdad es que no hay satisfacción alguna en ello. Me gusta lijar, porque es algo mecánico y repetitivo, y me permite pensar. Puedo suavizar todos los bordes rugosos. Y, cuando acaba la noche, puedo mirar lo que he hecho y ver una pila de serrín, y sentir que he logrado algo. Cuando miro mis manos, no veo rozaduras ni arañazos; no veo heridas: veo curación.

Creo que sigo sonriendo a mis manos como una idiota, y cuando vuelvo a levantar la mirada él está mirándome con algo parecido al respeto, y esa mirada es decididamente mejor que llamarme «distrayentemente guapa».

–Antes eran suaves, pero el papel de lija se las está cargando –dice–. Se están convirtiendo en mis manos.

Me pregunto si pensará que eso es un insulto. Sus manos son milagros. Puedo observarlas durante horas, transformando madera en algo que esta nunca hubiera soñado ser.

—Entonces, no te tocaré, y así no te darás cuenta.

—No hace falta ser tan dura —bromea, y vuelve a tomarme las manos y recorre con el pulgar una de las cicatrices de la izquierda. Los cirujanos plásticos hicieron milagros, pero aun así no pudieron dejarlas perfectas. Todavía se puede ver todo lo que falla en ellas cuando las miras—. Simplemente me gustan tus manos —continúa, sin apartar los ojos de ellas—. A veces pienso que son lo único acerca de ti que es real.

Dice cosas como esa todo el tiempo. Como si estuviera recordándome que solo porque no me haga las preguntas no significa que haya olvidado que existen.

—¿Quieres probar esa teoría? —pregunto, sonriéndole. Él sigue sujetando mis manos y me empuja contra la pared.

—No con la puerta del garaje abierta.

* * *

Me paso la mitad de la mañana del sábado sentada con las piernas cruzadas en una plataforma con ruedas de Home Depot, con Josh empujándome de un lado a otro entre los pasillos de la madera, contándome en qué se diferencia cada clase de madera. Aprendo cuáles utilizar para hacer muebles, cuáles para suelos, cuáles son las mejores para barnizar, y así sucesivamente. Al final me hace bajarme de la plataforma y tengo que caminar, porque necesita utilizarla de verdad para transportar madera con ella. Podría quejarme por tener que levantarme, de no ser porque significa que puedo pasarme los siguientes veinte minutos observándolo cargar madera, y quejarme de eso estaría mal en muchísimos sentidos. Merece la pena estar de pie sin ninguna duda.

Cuando llegamos a casa planeamos pasar la tarde barnizando, pero comienza a llover y no podemos trabajar con el garaje cerrado, y de todos modos el barnizado se estropearía con la humedad. A estas alturas, sé cosas como esta y muchas más. Entre Josh y la clase de Carpintería, estoy aprendiendo mucho sobre el tema.

Nos pasamos la tarde en la cocina, y supongo que si él puede enseñarme cosas acerca de la madera, yo puedo enseñarle a hornear una galleta decente. Lo regaño por meter la harina en un vaso medidor, y él no deja de hacerlo solo para fastidiarme hasta que se la quito y lo hago yo misma.

—¿Por qué tengo que aprender a hacer galletas cuando te tengo a ti para que las hagas?

—¿Sabes? —digo, empujando un paquete de azúcar moreno y otro vaso medidor hacia él, ya que tiene tantas ganas de medir cosas—. A lo mejor algún día no estaré aquí, y entonces estarás triste y sin galletas.

En cuanto las palabras salen de mi boca, me arrepiento de haberlas pronunciado. Le doy una patada mental en la entrepierna al pensamiento y, cuando se dobla hacia delante, le pego un rodillazo en la cara para que nunca vuelva a asomar su fea cabeza. Desafortunadamente, ya es demasiado tarde.

—No pasa nada —dice con suavidad, con el tenue fantasma de una sonrisa—. No soy tan sensible acerca del tema. Todo el mundo asume que lo soy. No seas como todo el mundo, ¿vale?

—¿Por qué no estás enfadado por ello?

—¿Qué sentido tendría?

—¿Así que te parece bien y ya está?

—He dicho que no estoy enfadado, no que me parezca bien. Comprendo toda la mierda que dice la gente. Es natural. Es inevitable, es una parte de la vida. Pero aun así no significa que esté bien que alguien pueda desaparecer y ya está, como si jamás hubiera existido. Sin embargo, estar enfadado todo el tiempo tampoco hace que esté bien. Lo sé. Antes estaba enfadado todo el tiempo, y te acabas cansando.

—Si yo fuera tú, sería la persona más enfadada del mundo.

—Creo que ya lo eres.

No tiene sentido discutir al respecto, así que me aparto a un lado para mostrarle cómo medir el azúcar moreno, pero sigo sintiéndome como una mierda.

—Cuando acabemos con esto, a lo mejor podrías ayudarme a mover la mesa de centro desde la pared. Creo que voy a librarme de esa mierda que hay delante del sofá —dice, cambiando de tema y dejando que me vaya de rositas.

—¿Vas a mover al amor de tu vida al centro del salón, donde Drew podrá violarlo con los zapatos cada vez que le apetezca?

La verdad es que resulta bastante sorprendente, porque sé el cariño que le tiene Josh a esa mesa.

—¿Desde cuándo es el amor de mi vida?

Suena perplejo.

—Hablas de ella como si fuera una chica.

—¿Qué puedo decir? —Se encoge de hombros—. Esa mesita me hace querer ser un hombre mejor. ¿Estás celosa?

—Sabes que mataría a Drew por poner los pies sobre ella. Salvo que hayas decidido permitirselo.

Parece ligeramente horrorizado, y creo que se está imaginando que eso sucede.

—A lo mejor está bien donde está.

—Solo para que lo sepas —le informo—, algún día voy a cansarme de compartir tu afecto con esa mesa de centro, y voy a obligarte a elegir.

—Solo para que lo sepas —me imita—, cortaría en pedazos esa mesa y la utilizaría como leña para el fuego antes de elegir nada por encima de ti.

Lo que ha dicho es una tontería, pero me clava los ojos para asegurarse de que sé que lo dice en serio, y desearía que no lo hiciera.

—Eso sería un desperdicio. —Le quito el paquete de azúcar moreno que sigue sujetando y lo aparto para tener una excusa para girarme, porque no estoy de humor para nada serio, y por alguna razón la conversación no deja de dirigirse hacia lugares a los que no quiero ir—. Ni siquiera tienes chimenea.

—Haces que sea imposible decirte nada bonito.

—Imposible no. Tan solo difícil —digo con ligereza, esperando que él también cambie de tono. Supongo que a lo mejor puedo distraerlo, y me pongo de puntillas para besarlo. Me doy cuenta de que sabe lo que estoy haciendo, y tarda tan solo un segundo antes de llevar la mano hasta mi nuca e inclinarse hacia mí, dejando que su boca se mueva contra la mía, suave y minuciosa, persuadiéndome para que revele mis secretos. Sus ojos están sobre los míos cuando me aparto, y me alejo para encender la batidora, esperando que el ruido mate totalmente cualquier conversación.

—Dime cómo te hiciste esa cicatriz.

Las palabras salen de ningún sitio y de todas partes.

—No —susurro. No puede oírlo por encima del sonido de la batidora, pero sabe que lo he dicho. Lo peor es que hay una parte de mí que está comenzando a querer decírselo, y eso me acojona. Josh me hace sentir a salvo, y nunca pensé que volvería a sentirme a salvo otra vez.

Me aprieta contra él y me abraza. Puedo sentir la calidad de sus dedos impregnando la piel de mi cintura. Su boca está cerca de mi oreja, y durante un segundo espero que me llame «puta rusa».

—Por favor.

—Ni siquiera sé de cuál estás hablando —digo, y agradezco no tener que verle la cara. Hay algo en la forma que tiene de decir «por favor» que no me permite reírme ni mentirle. Hay una desesperación en ello que no quiero reconocer.

—Cualquiera. Tan solo una. Tan solo dime algo. Algo que sea verdad.

Sus brazos son sólidos y me rodean presionando mi espalda contra su pecho, y se parece más a la verdad de lo que ha parecido nada en muchísimo tiempo. Pero sigo sin tener nada que darle.

—Ni siquiera sé ya lo que es eso.

* * *

—¿Sigues viviendo aquí? —me pregunta Margot una tarde, cuando regreso del instituto. Me gustaría poder decir que no es una pregunta válida, pero estoy en casa de Josh más que aquí. Vuelvo por las mañanas antes de que ella regrese del trabajo, para poder ducharme y cambiarme para ir a clase. A veces ni siquiera eso. Poco a poco, mi ropa parece haber encontrado también el camino a su casa.

Puedo encogerme de hombros o negar con la cabeza, o hacerme la tonta y actuar como si no supiera de qué está hablando, pero le debo más que eso. Hay una parte de mí que casi abre la boca, pero simplemente no puedo obligarme a hacerlo. Si dijera algo, tendría que decirlo todo, y eso no va a pasar hoy. Saco un trozo de papel de una de mis carpetas del instituto y escribo.

«Si digo que no, ¿me obligarás a volver?»

—Siéntate, Em. —Aparta una silla junto a la mesa de la cocina y yo hago lo mismo, manteniendo el papel y el lápiz en la mano—. Sé que ya eres adulta. —Forma unas comillas en el aire al pronunciar la última palabra, y quiero negar con la cabeza y rogarle que no me obligue a perderle el respeto—. Pero aún no has terminado de crecer —continúa. No me está diciendo nada que no sepa.

«¿Y bien?», escribo, y giro el papel hacia ella. En realidad, no estoy tratando de ser impertinente. Simplemente quiero saber si voy a tener que luchar por quedarme con la única cosa que me está manteniendo cuerda. Y, la verdad, ni siquiera es tanto Josh como ese garaje.

—¿Te ayuda? ¿Estar allí?

Mi instinto es decir que nada me ayuda, porque ese es siempre mi instinto, pero esta vez no es cierto. Todo lo que tiene que ver con estar allí me ayuda. Es un lugar donde estar, y algo que hacer, y una persona que no me compara con Emilia. No me limito a asentir con la cabeza. Escribo «Sí» en el papel.

—No voy a fingir que eso me gusta. Pero aquí estás sola todo el tiempo, y eso tampoco me gusta. —Duda, y no sé si debería escribir algo o simplemente esperar a ver si dice algo más. Y lo hace—. ¿Te estás acostando con él?

Bueno, sí, el hecho es que sí me estoy acostando con él en su cama, pero apostaría a que eso no es realmente lo que está preguntando. Niego con la cabeza, porque es cierto, aunque no sé durante cuánto tiempo.

—¿De verdad? —pregunta, y no sé si está decepcionada, aliviada o simplemente escéptica.

«De verdad.»

—Sigo queriendo saber dónde estás.

Asiento con la cabeza. No la culpo por eso, y de todos modos no importa, porque sé que puede rastrear mi teléfono. Es únicamente una cortesía, y soy capaz de ser cortés con ella.

—Es muy mono.

Sonríe con complicidad. Y vuelvo a asentir con la cabeza.

Capítulo 42

Josh

—¿Cuántos kilómetros has corrido? —pregunto cuando vuelve a entrar en el garaje, poco después de las diez, y se quita la lata de *spray* de pimienta de la cintura y el monitor cardíaco de la muñeca.

—No he llevado la cuenta. Simplemente he corrido. —Jadea mientras el sudor le gotea por la cara. Toma una botella de agua y se acerca a mí para mirar por encima de mi hombro—. ¿Has avanzado mucho?

—Casi he terminado. Estaba a punto de dejarlo. Podré barnizarlo mañana, si no llueve.

—Puedo ayudarte cuando acabe con Clay.

Ha estado yendo a casa de Clay al menos dos veces por semana desde hace un mes. Está haciendo una especie de montaje extraño con capas. No lo entiendo. Me gustan los dibujos donde simplemente puedo verle la cara.

—Dile que te está monopolizando y que empiezo a ponerme celoso.

—Se lo haré saber. —Sonríe—. Tiene una competición el mes que viene y este fin de semana no puedo ir, así que le dije que lo haría después de clase.

Entre la investigación para Drew, posar para Clay, correr, las clases y construir cosas conmigo, no para ni un segundo. También acaba de apuntarse a clases de *krav magá*, sea eso lo que sea. No se le da bien tener tiempo libre.

—¿Es a la que vas a ir con él?

Asiente con la cabeza y se bebe el resto del agua de la botella.

—Es en una galería de arte de Ridgemont. La utilizan cada año para la competición estatal, y exhiben los trabajos de todos los finalistas.

—¿Sigues queriendo ir a casa este fin de semana?

Me gustaría que no lo hiciera, porque ahora estoy acostumbrado a ella. Me he dado cuenta del asco que es cocinar solo, y comer solo, y ver la tele solo, y estar solo en general.

—Dije que lo haría.

Nunca parece contenta por volver a casa, y no tengo la menor idea de por qué, salvo porque tiene algo que ver con todas las cicatrices y las historias que no quiere contarme. Cada vez que vuelve de allí es como si estuviera desenfocada durante unos días, como un holograma que no deja de emborronarse. Siempre ha sido así, como la música y la letra de dos canciones diferentes. Siempre está peor después de haber ido a Brighton.

—¿No hablas con nadie de tu familia?

—Sabes que no.

Comienzo a escuchar en su voz el tono de «¿adónde quieres ir a parar con esto?» con el que estoy ya tan familiarizado.

—¿Por qué no?

—Porque no puedo decirles lo que quieren oír. Si hablo con ellos, voy a tener que mentirles, y no quiero hacerlo.

Es más información de la que me ha dado anteriormente, y todavía no es suficiente. Eso no me dice una mierda.

—¿Dejaste de hablar solo para no tener que mentir?

—No tenía planeado hacerlo. Tan solo lo quise un día, y después quise un día más, y después uno más después de ese, y se convirtió en una semana, que se convirtió en un mes, y ya pillas la idea.

—¿Te dejaron parar y ya está? ¿No les importó?

—Les importó, pero no podían hacer nada al respecto. ¿Qué iban a hacer? ¿Sacudirme? ¿Gritarme e insistir? ¿Castigarme sin salir? De todos modos, nunca salía de casa, así que en realidad no tenían demasiadas opciones. Además, de acuerdo con mi impresionante colección de terapeutas, era una respuesta muy natural, signifique eso lo que signifique.

«¿Una respuesta natural a qué, Sol? Por favor, sigue hablando.» Pero no lo hace. Tan solo es otra pieza aleatoria en un puzle formado por todas las piezas incorrectas.

—¿No hubiera sido más fácil mentir que el silencio?

—No. Se me da de pena. No creo en hacer nada si no lo haces a la perfección.

Ha vuelto al sarcasmo, así que ya hemos terminado con esta conversación. Sé cómo funciona, y me pregunto durante cuánto tiempo dejaré que siga saliéndose con la suya.

Comienzo a recoger, y ella camina hacia la silla para sentarse mientras espera, y finalmente se fija en la bolsa que puse ahí antes.

—No quieres que plante el culo en la mesa pero pones mierda sobre mi silla —bromea, y la toma para dejarla en el suelo, junto a ella.

—Ábrela.

Mira dentro de la bolsa y saca la caja de zapatos, y después me mira entrecerrando los ojos. La observo, porque quiero verle la cara cuando abra la caja. Sé que es un regalo estúpido; probablemente no es lo que querría recibir una chica. La verdad es que no soy ningún experto en estas cosas.

O a lo mejor sí que lo soy, porque su cara se ilumina cuando las ve.

—¿Me has comprado unas botas? —dice, como si acabara de regalarle unos diamantes.

—No pude regalarte nada por tu cumpleaños. Espero que te queden bien. Un día miré tus zapatos y vi que eran de la talla treinta y nueve, así que esa es la que compré.

Me meto las manos en los bolsillos mientras ella se quita los zapatos de correr y se las prueba.

—¿Puntas de metal? —pregunta, y yo asiento con la cabeza—. Y son negras.

Sonríe, y adoro esa sonrisa aún más, porque creo que yo soy la causa.

—Son negras —confirmo.

—No las has envuelto —me recrimina.

—Sí, esperaba que no me echaras la bronca por ello.

—Es broma. —Se ríe, y podría escuchar su risa eternamente. Se pone en pie y contempla las botas en sus pies—. Son perfectas.

—Ahora ya podrás estar cerca de las cosas buenas en clase de Carpintería.

Su sonrisa se desvanece.

—No puedo utilizar ninguna de ellas.

—Puedes utilizar algunas —digo, porque quiero que vuelva esa sonrisa y porque es cierto. Puede hacer más cosas de las que cree. Por alguna razón, simplemente no lo intenta—. Y yo puedo ser tu otra mano cuando lo necesites.

Comienza a caminar por el garaje y a flexionar los pies para amoldar las botas, y me doy cuenta de que realmente no hay nada más *sexy* que esta chica con botas negras de trabajo.

—Tendrás que llevarlas al instituto para cambiarte.

–Ni de coña –dice, y recibo otra vez la sonrisa, multiplicada por diez–. Me las voy a poner para ir a clase.

–Entonces, ¿he acertado? –pregunto, solo porque quiero oír que lo dice.

–Es casi mejor que las monedas.

Se pone de puntillas y me besa, y su boca sabe a sal, y está sudorosa y es increíble.

–No me besaste por las monedas –señalo.

–No sabía que pudiera hacerlo.

Se niega a entrar en la casa ahora que se ha puesto las botas, así que pasamos otra hora en el garaje, donde me ayuda a medir y a hacer marcas para una mesita auxiliar que ha diseñado para un encargo de Carpintería. La verdad es que es un diseño muy guay, con patas estilo Reina Ana. Me gustaría que pudiera construirla por completo ella misma, pero su mano hace que algunas cosas le resulten imposibles, y de todos modos todavía no tiene la experiencia para hacerla por completo. Yo llevo diez años haciendo esto y todavía tengo problemas con algunas cosas. Sin embargo, sí que la guío en cada paso. Ella me grita si hago algo sin explicárselo, porque, incluso aunque no pueda hacerlo ella misma, quiere aprender al menos cómo se hace.

No termino ni de lejos tantas cosas como solía hacer, pero creo que merece la pena, porque hay algo seriamente *sexy* en el hecho de que me esté dando órdenes en mi garaje con un martillo en la mano. Hace tiempo que nadie me da órdenes, y ella está muy mona cuando está determinada y enfadada, así que no me importa demasiado.

He vivido y respirado serrín durante tanto tiempo como puedo recordar. Creo que ella también lo hace ahora.

Capítulo 43

Josh

Previsibles. Eso es en lo que nos hemos convertido, y me da más miedo que cualquier otra cosa.

Pasamos la hora de la comida en el patio todos los días. No nos tocamos el uno al otro ni nos reímos y, por supuesto, no hablamos, pero estamos juntos. Nadie nos molesta. Salvo por alguna visita ocasional por parte de Clay, el campo de fuerza permanece intacto.

Estoy tratando de terminar de leer el relato que nos encargó la señorita McAllister, porque tenemos un examen a quinta hora y todavía no lo he acabado. Sol se mueve para ver lo que estoy leyendo, e inclina la cabeza lo suficiente como para que me roce ligeramente el hombro, e incluso el más leve contacto suyo me hace sentir en casa. Es instintivo. Me giro hacia ella y le beso el pelo antes de darme cuenta de que lo he hecho en un patio lleno de gente. Para nosotros, es una versión de muestras de afecto en público equivalente a quitarnos la ropa el uno al otro y dar un espectáculo de sexo en vivo aquí mismo.

Espero a que el mundo implosione, o al menos a que comiencen las miradas y los comentarios, pero no hay nada. Ningún cambio en absoluto distinguible en la atmósfera. Y me pregunto si ha sucedido lo imposible, que esto, nosotros, ella y yo, nos hayamos vuelto normales. En cuanto la palabra se me pasa por la cabeza, sé que es el término incorrecto. No nos hemos vuelto normales, nos hemos vuelto previsibles. Y no solo por parte de la gente del instituto. También nos hemos vuelto previsibles para mí mismo. Yo la espero. Espero que esté aquí. Espero que esté en casa. Espero que esté en mi vida.

Y es terrorífico.

Capítulo 44

Nastya

—Me gusta hablar, así que simplemente voy a tener que imaginar nuestra conversación — dice Clay mientras me dibuja en su porche trasero después de clase. Sonrío, y él me grita para que vuelva a poner la cara como la tenía, lo cual no es fácil, porque ver a Clay gritándome es aún más divertido—. Normalmente harías todas las preguntas sobre ser gay primero, porque eso es lo que le gusta hacer a la gente.

Habla mientras dibuja, y no sé cómo puede concentrarse en hacer las dos cosas a la vez. Yo soy una de esas personas que solo pueden hacer una cosa al mismo tiempo, y por eso me cuesta tanto mantener la boca cerrada. El silencio requiere una enorme cantidad de disciplina. Porque cuando puedes hablar pero simplemente no lo haces, una parte de tu mente está constantemente ocupada en concentrarse para asegurarse de que no abras la boca. Algunos días me pregunto si sería más fácil si no pudiera hablar físicamente, porque entonces no tendría que pensar en ello todo el tiempo.

—La primera pregunta es un clásico. «¿Siempre has sabido que eras gay?» Es una buena pregunta —añade, echándome un vistazo sin mirarme realmente—. ¿Mi respuesta? No lo sé. Realmente no lo creo, porque en realidad no supe lo que era ser gay hasta que tenía como diez años. Así que no estoy seguro. Cuando lo supe, lo supe, y la verdad es que nunca traté de averiguarlo, pero la gente siempre hace esa pregunta.

Toma una especie de borrador blando de color gris y frota el papel con él.

—La siguiente pregunta normalmente es: «¿Has estado alguna vez con una chica, y si no lo has estado, entonces cómo puedes estar seguro de que eres gay?». La respuesta es que no voy a decírtelo. No es asunto tuyo. Siguiendo. —Suelta el borrador y mira el dibujo como si no estuviera contento con algo—. Después está la pregunta a la que no me

importa responder: «¿Se enfadaron tus padres?». –Vuelve a coger el borrador–. La verdad es que no. No creo que se enfadaran. Si lo hicieron, no me lo dijeron. ¿Si se sintieron decepcionados? A lo mejor. Pero, de ser así, tampoco me lo dijeron directamente. Me dieron el discurso de «puede que no fuera el camino que habríamos escogido para ti, pero nosotros tan solo queremos que seas feliz». Es un clásico. Creo que está en alguna página web o algo parecido para que los padres puedan imprimirlo y leerlo, porque los dos dijeron exactamente lo mismo, como si se hubieran coordinado. No han estado juntos desde que tenía dos años, así que tuve que salir del armario dos veces. Creo que Janice, la esposa de mi padre, flipó un poco, pero no me importaba demasiado lo que pensara ella. Y desde entonces se ha portado bien.

Joder, sí que habla este chico. No creo que haya tomado aire ni una sola vez. Me pregunto si debería sentirme avergonzada por haber querido hacerle cada una de esas preguntas, y si hablara probablemente ya lo habría hecho.

Clay parece ahora más contento con el dibujo. Tiene el rostro relajado. Cuando se frustra, su cara se tensa, y se retuerce la parte inferior de su camiseta. Yo también me paso mucho tiempo mirándolo. No tengo mucho más que hacer.

–Pero basta de hablar de mí. Hablemos de ti. ¿Qué es lo primero? Apuesto a que tu clásico es «¿Por qué no hablas?». Tengo razón, ¿verdad? Pero esa voy a saltármela. Creo que hay preguntas mucho más interesantes que puedo hacerte.

Me hace las preguntas. Muchas. Pero no recibe ninguna respuesta por mi parte, así que se las inventa. Le complace decirme que se acerca el fin del mundo, porque Josh Bennett me deja sentarme con él en la hora de la comida, y lo han visto no solo manteniendo conversaciones no solicitadas con la gente, sino también (jadeo), sonriendo. Y esa idea me hace sonreír, cosa que Clay parece apreciar.

De acuerdo con Clay, la explicación predominante para mi incursión en la Zona Muerta de Josh Bennett es que ya debo de estar muerta. Me hace gracia, porque piensan que es divertido, pero creo que en parte es verdad. Otra gente está segura de que estoy metida en una secta y le estoy lavando el cerebro. Es mi teoría favorita, y voy a tener que contársela a Josh.

–Al menos, ya no tendrás que preocuparte por ese gilipollas de Ethan después de lo de hoy –continúa Clay. Lo miro, confusa–. ¿No te has enterado? –Tiene los ojos muy abiertos, pero no comprendo por qué, pues sabe que en realidad nadie habla conmigo–.

Esta tarde, Ethan estaba caminando por el pasillo presumiendo de que se la habías chupado en el baño.

Me encojo de hombros. Eso no es nada nuevo: Ethan suelta esas cosas todo el tiempo, sobre todo desde que se dio cuenta de que nunca niego nada. Las únicas tres personas en el instituto que me importan saben que no es cierto, y tengo la sensación de que todos los que conocen a Ethan también saben que no es cierto. Clay debe de notar que no parezco sorprendida, y está casi aturdido por el hecho de que vaya a poder contarme el resto de la historia.

—Sí, vale, no pasa nada, ¿verdad? Pero esta vez lo hizo cuando Josh caminaba detrás de él. Fue genial, y Michelle y yo tuvimos asientos de primera fila. Josh estampó a Ethan contra la pared, y él se puso en plan «No me das miedo, Bennett». Y Josh le dijo: «Bien. Entonces no saldrás corriendo la próxima vez que me veas, porque si vuelves a decir su nombre siquiera haré que puedas chuparte tu propia polla». Lo mejor fue que Josh ni siquiera alzó la voz, sino que lo dijo totalmente calmado, y daba miedo. Después soltó a Ethan y se alejó como si nada hubiera sucedido. —Me mira levantando las cejas—. ¿Lo ves? Genial.

Realmente no pienso que sea tan genial. Sé lo mucho que Josh odia llamar la atención, y me gustaría que no hubiera pensado que tenía que hacer eso por mí.

Clay termina el dibujo y, cuando comienza a recoger sus cosas, yo voy a por las mías. A estas alturas ya he pagado diez veces mi deuda por que me sujetara la puerta, así que supongo que ahora es él quien me debe algo. Cuando termina, saco de mi mochila la fotografía que he tenido ahí desde hace días y se la entrego. Después tomo una hoja de papel y un bolígrafo y le pido lo que quiero.

Capítulo 45

Nastya

No recordé lo que me pasó realmente hasta más de un año después de que sucediera. Durante días, y después semanas, y después meses, tan solo supe lo que todos los demás sabían. Sabía que había salido de casa para ir al instituto a grabar la última pieza de mi audición. Había ido a casa para cambiarme y prepararme primero antes de volver al campus. Me atormentaba por cada aspecto de mi apariencia aquel día, especialmente mis manos. Me pinté las uñas meticulosamente. Llevaba una blusa de un rosa pálido con botones en forma de perla y una falda blanca de encaje, y todo el mundo sabía la ropa que llevaba puesta porque me encontraron con ella, a pesar de que los botones habían sido arrancados.

Sabía exactamente el lugar donde me habían encontrado, en la sección frondosa de árboles de la reserva que separaba el parque por el que había atajado aquel día desde la subdivisión que había tras ella. Sabía que no me encontraron hasta más tarde aquella noche, porque había habido una tormenta que hizo la búsqueda casi imposible. Para entonces, ya hacía horas que habían dado la alerta por todo el estado. Mi nombre, mi foto y mi descripción estaban por todas partes. Incluso después de que me encontraran, la curiosidad mórbida no paró. La gente nunca tiene suficientes historias trágicas sobre chicas jóvenes. Fui un buen entretenimiento durante un tiempo, especialmente durante el periodo de «¿morirá o no?», cuando no sabían si sobreviviría.

Sabía que cuando llegué al hospital me llevaron a cirugía inmediatamente, y mi corazón se paró sobre la mesa de operaciones durante noventa y seis segundos antes de que pudieran hacer que volviera a latir.

Sabía que desperté con una mano que ni siquiera era ya una mano, y que nunca volvería a tocar el piano, porque unos días después así me lo dijeron. Y más tarde, cuando pensaron que me había vuelto lo bastante fuerte, me contaron que nunca podría tener hijos. Supongo que pensaron que perder la capacidad de crear un hijo sería para mí más difícil de aceptar que perder la capacidad de crear música, pero no estoy muy segura de que tuvieran razón.

Sabía lo que me había pasado uniendo los fragmentos de una extensa lista de daños. Durante meses, eso es lo que parecía. Una lista de daños. Una suma del total de las heridas. Mi cuerpo entero estaba hecho de dolor.

Un día, escuché a uno de mis muchos médicos hablando con un detective de policía cuando no sabían que estaba escuchándolos. Preguntó: «¿Habéis atrapado ya a ese monstruo?». El detective le dijo que no. «Deberíais ahorcarlo cuando lo encontréis. Ha destrozado a esa pobre chica.» Supuse que tenía razón, porque así era exactamente como me sentía, y cuando oyes a tu médico diciendo que te han destrozado, supones que sabe de lo que está hablando.

* * *

—¿Siempre has dormido con una camiseta puesta? ¿Antes de mí? —le pregunto a Josh cuando nos metemos en la cama. Asher odia dormir con camiseta. Insiste en que todos los tíos odian dormir con ropa, pero no sé si es cierto. Josh siempre duerme con camiseta y bóxers, que es lo que normalmente me pongo yo también para dormir. Josh no me deja doblar su ropa interior, pero al parecer no tiene ningún problema con que me la ponga.

—Antes de ti, no me ponía nada para dormir —dice, y puedo oír la sonrisa en su voz, incluso aunque no logre verla.

—Ah. —Noto un calor en la cara—. Lo siento.

—No lo sientas. —Se ríe—. Es un buen cambio. —Sus manos encuentran el camino hasta mi mejilla. Se inclina hacia abajo para besarme, y sus labios son una invitación que voy a tener que aceptar tarde o temprano—. Si no te conociera mejor, pensaría que te estás ruborizando.

Pero el hecho es que no me conoce mejor. En realidad, no me conoce en absoluto.

* * *

Por primera vez desde hace semanas, no estamos pasando la mitad de la noche en el garaje. Todavía es temprano, pero le digo que estoy cansada y quiero irme a la cama. No estoy cansada. Tan solo espero que me siga. Después de unos quince minutos, lo oigo salir de la ducha, y después apaga la luz y se mete en la cama, junto a mí. Me besa en un lateral de la cabeza y me da las buenas noches, y a continuación entrelaza los dedos con los míos como hace siempre, como si me estuviera recordando que sigue aquí, o quizás viceversa.

Deslizo la mano bajo el tejido de su camiseta y la subo por su estómago hasta dejarla inmóvil sobre la piel de su pecho, y puedo sentir su corazón latiendo contra mi palma. Noto que se le corta el aliento, porque no se lo esperaba. Es cálido, y sólido, y quiero tocar cada parte de su cuerpo. Debería parar con esto, porque sé adónde va a ir a parar. Pero soy yo quien lo ha empezado, y la verdad es que simplemente no quiero parar.

—Sol.

Es lo único que dice. Deja la mano sobre la mía a través de la tela de su camiseta.

—Puedes quitártela si quieres —le digo.

—Preferiría quitarte la tuya —bromea.

—Eso también —digo, pero no estoy bromeando. Noto que se tensa ligeramente bajo mi mano, pero no se mueve para hacer nada, y nos quedamos así tumbados durante un minuto, simplemente respirando y tratando de leer los pensamientos del otro—. Tienes mi permiso —susurro.

No es que nunca lo haya tocado, ni que él nunca me haya tocado a mí. Es solo que nunca había sido por todas partes al mismo tiempo. Llevo una de sus camisetas, como siempre, y él me la saca por encima de la cabeza, y yo se lo permito porque eso es lo que quiero. Quiero que me toque. Aquí. Ahora. Por todas partes. Siempre.

—Ojalá pudiera verte —dice.

—Me alegra que no puedas —admito. Demasiadas cicatrices. Puedo culparlas, incluso aunque no sean la verdadera razón.

Me siento más en paz con Josh que en cualquier lugar del mundo, y quiero huir antes de que nos destroce a los dos. Pero entonces él también se quita la camiseta, y presiona el cuerpo contra el mío de modo que no hay espacio entre nosotros. Me aparta el pelo, murmurando algo sobre «tu estúpido pelo, siempre en tu cara», pero mantiene la mano enredada en él, y entonces me besa, y eso es lo que hacemos durante mucho tiempo.

De algún modo se aleja de mi cuerpo tan solo lo suficiente como para estirar la mano hacia la mesita de noche para buscar un condón, y pienso en decirle que no lo necesita. Después se inclina sobre mí y vuelve a besarme, y me permito concentrarme únicamente en eso. Porque es real. Es cierto. Es algo real, increíble y cierto. Y después su rodilla se mueve entre las mías, separándolas con suavidad, y un momento después puedo sentir su presión. Sé el momento exacto en el que se da cuenta, se da cuenta de una de las incontables cosas que nunca le he dicho. Porque se detiene ahí mismo. De pronto, se queda inmóvil de forma escalofriante. Ya no me está besando. Me está mirando fijamente, y sus ojos están tan cerca de los míos que creo que puede leerme la mente.

Sé que va a decirme algo, pero no quiero que lo haga, porque me obligará a contarle cosas. Me hará sentirme a salvo, y nunca más debería sentirme a salvo. Hay mil preguntas en sus ojos, pero lo único que dice es «¿Sol?». No es mi nombre. Es una pregunta. O a lo mejor es más de una, pero no le permito decir nada más.

Lo rodeo con el brazo, aunque no estoy segura de que esto vaya a funcionar, y alzo las caderas y lo empujo hacia mí. Y, durante tan solo un segundo, hay un desgarramiento y una sensación ardiente, y después ya está. Cierro los ojos, porque el dolor es familiar y real, y preferiría entregarme a eso. Estoy acostumbrada al dolor, y la verdad es que este no es tan malo. Es la expresión de su rostro a lo que no estoy acostumbrada: temor reverencial, confusión, asombro y... por favor, por favor, por favor... que no sea amor.

—¿Te encuentras bien?

Está dentro de mí, pero todavía no se mueve. Tiene las manos en mis mejillas, y parece como si me tuviera miedo.

—Sí —susurro, pero no sé si lo oye. No sé si estoy bien. No debería ser posible estar tan cerca de otra persona. Dejar que se arrastren hasta tu interior.

Capítulo 46

Josh

Cuando terminamos, los dos estamos temblando, y durante un momento me siento confundido, y reconfortado, y querido, y después estoy perdido. No sé qué es lo que ha sucedido, tan solo que ha sucedido. Y ella está aquí, pero no está. Y quiero ser feliz, pero no puedo, porque ella está llorando debajo de mí. Al principio es un sonido suave y apenas lo noto, y me cuesta reconocer lo que está sucediendo porque nunca la he visto llorar. Entonces, su cuerpo comienza a retorcerse con el llanto, y es algo abrupto, y está mal. Apenas emite ningún sonido, pero el temblor es casi peor, y me roba hasta el último gramo de alegría inmerecida que había sentido tan solo un momento antes.

Necesito alejarme de aquí. Deseo que deje de llorar, porque no creo que pueda soportarlo un segundo más, y no es porque sea ruidoso y melodramático. No lo es. Simplemente me rompe el corazón.

No sé lo que he hecho, así que simplemente la abrazo y susurro «Lo siento», porque no sé qué otra cosa hacer. «Lo siento.» Una y otra y otra vez, contra su pelo. No sé cuántas veces lo digo, ni durante cuánto tiempo, solo que no puedo parar. Pero ella no deja de llorar, y sé que no es suficiente.

* * *

Por la mañana no está, y no sé si se ha ido de la cama, de la casa, o de todas partes.

No está en el instituto. La llamo al teléfono tres veces, a pesar de que se supone que no debería hacerlo, pero no me responde. No espero que lo haga. Quiero mandarle un mensaje, pero no se me ocurren palabras que no vayan a sonar desesperadas.

Cuando llego a casa, está esperándome en el garaje. Se encuentra sobre la mesa de trabajo, donde solía sentarse, y su silla está vacía al otro lado. Aprieto el botón y la puerta automática baja, y con ella cae sobre nosotros todo el temor de este momento. Entro en la casa, porque no quiero hacer esto en el garaje.

Hoy es Nastya. El pelo, el maquillaje, la ropa; todo negro, como cuando va al instituto, salvo porque hoy se lo ha puesto por mí. Niego con la cabeza. Nada de ella es real. La he tenido sentada delante de mí durante meses y no la veía. No la escuchaba. No la conocía mejor que nadie más. Me siento como si de algún modo hubiera fallado. Como si me hubiera fallado a mí, le hubiera fallado a ella, nos hubiera fallado a los dos.

No digo nada, y ella tampoco lo hace. Comienzo a preguntarme si tal vez nunca volvamos a hablar, pero entonces mi boca se abre.

—¿Te he perdido?

No es lo que esperaba preguntar, pero quiero la respuesta. Su cara no cambia, y me doy cuenta de que había olvidado el aspecto que tenía con la cara inexpresiva.

—Yo te he perdido a ti.

—Imposible —digo, pero la palabra apenas sale de mi boca.

—No me quieres.

Su tono es monótono, y tiene una extraña calma que hace que me entren ganas de gritar. Quiero decirle que no recuerdo lo que es no quererla, que a lo mejor no hay nada más que quiera. Quiero preguntarle quién demonios es ella para decirme lo que quiero y lo que no quiero. Pero no sale nada de mi boca, y a lo mejor piensa que eso significa que estoy de acuerdo con ella.

—Entonces, ¿esto se ha terminado? —pregunto.

—¿Qué es lo que queda?

Aquí es donde finalmente me mira a los ojos, y sé que es porque lo dice en serio.

—No me lo contaste —digo, porque no estoy preparado para decir que no queda nada.

—¿Contarte qué?

Se está haciendo la tonta, y eso es insultante para los dos.

—Ya sabes qué.

—No me lo preguntaste.

—¿Preguntar? —Creo que mi voz sube una octava, porque no puedo creérmelo, y siento que se quiebra la determinación acumulada durante una década—. ¿Que no te lo pregunté? ¿Eso es lo que quieres? ¿Quieres que empiece a hacerte preguntas? ¿Ahora?

¿Puedo hacerlo? Porque no creo que eso sea lo que quieras, pero oye, vamos allá. ¿Qué coño le pasó a tu mano? –Se encoge. Quizás es por la pregunta, o quizás porque ahora estoy gritando—. ¿No? ¿Esa pregunta no? ¿No te gusta? Entonces, ¿qué demonios fue lo que pasó anoche? Porque quiero esa respuesta mucho más de lo que jamás quise la otra.

Tampoco responde, lo cual no resulta siquiera mínimamente sorprendente, pero no necesito que lo haga, porque estoy en racha y no tengo intención de parar.

–¡Dímelo! Eres tú la que vino aquí y se metió en cada parte de mi vida, y después esperaste hasta que cada uno de los hilos de mi existencia estuvieran atados a tu alrededor, y entonces te marchaste. ¿Por qué? ¿De qué iba todo esto? ¿Era una broma? ¿Estabas aburrida? ¿Pensabas que sería divertido joderme?

–Estoy destrozada.

–¿Qué? –Ni siquiera sé lo que significa eso—. ¿Porque eras virgen? –Suena estúpido, y me doy cuenta de lo mucho que odio esa palabra. A lo mejor el estúpido soy yo. De hecho, soy estúpido por asumir siquiera que sabía algo acerca de esta chica. Pero ella va por ahí soltando insinuaciones sexuales por la boca como si estuviera hablando de hacer galletas, y después yo soy el imbécil por no darme cuenta de que nunca lo había hecho antes. De algún modo, yo tengo la culpa de toda esta situación, y ni siquiera sé lo que he hecho—. Entonces, ¿por qué? ¿Por qué te has acostado conmigo?

Odio la desesperación en mi voz.

–Porque sabía que querías que lo hiciera.

Directa. Fría. Contundente. Vacía. Sabe que es mentira.

–Y una mierda, Sol. –Ya no estoy controlando mi voz. Estoy más que cabreado—. ¿Perdiste la virginidad porque yo quería que lo hicieras? No te atrevas a echarme la culpa por eso. Yo jamás te hubiera hecho eso.

–Tú no me has hecho nada. Te lo he hecho yo. Te he utilizado.

La calma sepulcral de su voz me pone furioso.

–¿Para qué?

Ahora estoy temblando de lo enfadado que estoy.

–Era lo último de mí que no estaba destrozado. Simplemente quería terminarlo.

Está dibujando círculos en el suelo con los pies.

–¿Qué coño significa eso? –Nada. Esa es la única respuesta que recibo. Eso es lo que valgo para ella—. ¿Me estás diciendo que me has utilizado para destrozarte? –Estoy obligándome a mantener la voz en calma, pero ni siquiera sé de dónde la estoy sacando.

A lo mejor el hielo que emana de ella está comenzando a alcanzarme—. Eso no tiene ni puto sentido.

Me río, y es una risa amarga. Cruzo la habitación y atravieso la puerta de la habitación con el puño. La madera se astilla y se me clava en la mano. Veo que hace una mueca durante un segundo antes de recordar quién es. Entonces la cara inexpresiva regresa y lo único que queda es Nastya.

—Entonces, ¿qué? ¿Lo he hecho? ¿Te he destrozado? —Asiente con la cabeza, y yo vuelvo a reírme, porque es el único sonido que me sale—. De puta madre. —No puedo parar de reír, y pienso que a lo mejor estoy loco. Alzo las manos, porque ya estoy hart—. Pues entonces, felicidades. ¿Querías estar destrozada? Pues lo has hecho genial, porque también me has destrozado a mí, Sol. Ahora ninguno de los dos vale una mierda.

No se mueve. Se limita a mirar al suelo. Sus manos están apretadas en puños, como las mías. Me siento, porque pienso que ahora mis rodillas también están temblando. Me inclino hacia delante y presiono las palmas contra mis ojos. No puedo verla, pero sé que sigue aquí.

—Lárgate de mi puta casa.

—Te dije que no me quisieras —susurra, casi como si se lo estuviera diciendo a sí misma.

—Creéme, Nastya. No lo hago.

Sale de la habitación y cierra la puerta silenciosamente detrás de ella.

Es la primera vez que he pronunciado su nombre.

Nastya

«Nastya.» La palabra suena como cristal roto saliendo de su boca. Acostarme con Josh no es lo que me destroza. Esto es lo que me destroza. Su voz. Su rostro. Su horror ante toda esta situación tan jodida. Me ha mirado como si no pudiera creerse que estuviera haciendo esto, y no puedo culparlo, porque yo tampoco me lo creía. Pero lo he hecho de todos modos, porque eso es lo que hago.

Capítulo 47

Nastya

Todo es un infierno ahora, y me lo merezco, pero puedo soportar el dolor si es un dolor que yo misma he escogido.

* * *

Drew camina ahora de puntillas a mi alrededor, y yo lo esquivo. No voy a ponerlo en medio de esto: él es de Josh. Me paso casi todo el tiempo con Clay. O sola. Estar sola sería más fácil si me cayera bien a mí misma, pero no es así. Ni siquiera un poquito.

La cuarta y la quinta hora son las peores, porque es cuando tengo que verlo, y no puedo fingir que nunca ha existido, tal como intento hacer en cualquier otro momento del día. Como si eso ayudara. Como si algo pudiera ayudar. Puedo fingir que no lo veo, que tengo suficiente determinación y amor propio como para no permitir que me vea mirándolo, pero no tengo esa disciplina. Cada día digo que no voy a mirar, pero lo hago. Lo único bueno de ello es que nunca me pilla mirándolo. Porque él nunca me mira. Y no debería hacerlo. No me lo merezco.

El mundo debería estar lleno de Josh Bennetts, pero no lo está. Solo hay uno.

Y me deshice de él.

* * *

Un día, Margot se sienta a la mesa de la cocina conmigo, mientras finjo concentrarme en leer un poema, a pesar de que no he entendido ni una palabra de lo que dice.

Últimamente estoy haciendo mucho más los deberes. Y ni siquiera podría contar cuántos kilómetros he corrido.

—Me he dado cuenta de que al parecer vuelves a vivir aquí —dice.

Sigo mirando el poema, como si las palabras fueran a salir volando del papel de pronto para meterse en mi cerebro.

—Te preguntaría si quieres hablar de ello.

Esboza una tenue sonrisa, y lo está intentando, pero no tiene sentido. Porque ahora mismo nada tiene sentido. Yo no tengo sentido. Incluso comienzo a ir a casa los fines de semana, para que nadie me espere en la cena de los domingos. Y a lo mejor eso es lo único que hago que vale un carajo. Nadie me pregunta por qué de pronto no dejo de ir. Simplemente me permiten seguir yendo.

Recibo otro regalo de cumpleaños uno de los fines de semana que vuelvo a casa. Como no me quedé con el móvil, mi madre me da una cámara. Es más sencilla que la suya, no es tan profesional, pero de todos modos no creo que sea la cámara lo que me está regalando. Me está regalando una parte de ella, y está tratando de reemplazar una parte de mí. No sé si es una buena idea o una mala idea, pero estoy comenzando a cansarme de juzgar y plantearme dos veces los motivos de todo el mundo, porque empiezo a comprender cuál es el auténtico problema, y sé que soy yo. Ya no tengo a Josh, y prácticamente he perdido a Drew. Necesito a mi madre. Quiero la calidez de ese amor incondicional con tantas ganas que estoy dispuesta a ignorar el precio, y por primera vez en casi tres años a lo mejor puedo admitirlo, incluso aunque solo sea en mi cabeza.

Todavía no hablamos, pero a lo mejor...

Mi madre me enseña a utilizar la cámara, y nos paseamos por ahí sacando fotos de todo y de nada. Ni siquiera me da la lata con el formato y la composición. A veces mi mano tiembla y estropea una foto, pero lo ignoramos.

Los domingos, trato de enseñar a mi padre a hacer tortitas partiendo de cero, y no con una mezcla ya preparada, porque en realidad es como hornear, solo que en una sartén, y eso es algo que puedo hacer.

Nada es perfecto. Ni siquiera está bien todavía, pero a lo mejor...

* * *

Hoy lo echo de menos. Lo echo de menos cada día. He ido a Home Depot esta noche, solo para caminar entre los pasillos de la madera y tratar de respirar.

He vuelto a esconderme en los baños a la hora de la comida. Clay vuelve a dejar la puerta abierta para mí, pero fingimos que no significa nada.

Mis manos están recuperando su suavidad.

Josh cumplirá dieciocho años la semana que viene.

Josh

—¿De quién es? —pregunto cuando la señora Leighton me entrega el último regalo de la mesa. Hemos cenado y hecho todo lo de la tarta, pero me he saltado el deseo. Nada dentro de mí quiere estar aquí.

—Estaba en el porche esta tarde. Tenía un trozo de papel pegado con cinta adhesiva, pero lo único que decía era tu nombre. No había ninguna tarjeta.

Rompo el papel, y ahora quiero desaparecer para poder estar solo. Quiero que me permitan ver esto sin que nadie pueda verme a mí.

Estoy sujetando un marco negro sencillo en las manos. No es nada especial. La imagen en el marco es lo que me golpea, me derriba al suelo y me pega unas cuantas patadas. Cuando quito el resto del papel de regalo, una fotografía que había estado pegada a la parte delantera del marco cae al suelo. Drew la recoge y la mira antes de entregármela, y me doy cuenta de que quiere seguir sujetándola.

Reconozco la imagen. Estaba en el álbum de fotos de la estantería de mi salón. Es de mi madre, con Amanda en su regazo, y no están mirando a la cámara. Se están sonriendo la una a la otra, pero aun así se pueden ver sus caras. Las dos son guapas, y me doy cuenta de que había olvidado que lo eran, como todo lo demás que había perdido en el olvido, porque ya no había nadie para recordármelo.

Hay fotos por toda mi casa. Por todas partes. No he apartado a toda la gente que he querido. Siguen colgados en las paredes, principalmente porque siempre han estado allí. Yo no los puse ahí, pero tampoco los quité, sino que los dejé donde estaban, como si no hubiera pasado nada. Pero esta fotografía no: esta ha estado guardada en un álbum durante años. Me encanta esta foto, pero la había olvidado. Esta puedo verla de verdad,

no como las que están en las paredes junto a las que he pasado cada día, tantas veces que dejé de fijarme en ellas hace mucho tiempo.

La imagen del marco es una réplica perfecta en carboncillo, igual que la de la fotografía, solo que más grande. A pesar de que está en blanco y negro, veo cómo los ojos de mi madre se arrugan con su sonrisa, y veo a mi hermana respirando, y por un momento creo que están vivas. Es trabajo de Clay, no hay ninguna duda. Y solo hay una persona que hubiera podido darle esa foto, pero ella tampoco está aquí, porque también me ha abandonado.

No tiene ningún derecho a hacer esto. Hacer que me resulte más difícil odiarla, porque ahora mismo necesito odiarla.

—Había olvidado lo buena que estaba tu madre —dice Drew, porque detesta las situaciones incómodas, y su forma de disolver la tensión es recordarnos que es un gilipollas. Y lo quiero por ello.

La señora Leighton le da un golpe en el brazo. Su padre rodea la mesa, le da un golpe en la cabeza, y después atrae a su mujer hacia él y le da un beso en la cabeza.

Y yo vuelvo a casa solo.

* * *

Han pasado cinco semanas desde que se fue de mi casa. Comencé a contar en el segundo en que se cerró la puerta. Me pregunto cuándo pararé.

* * *

—Entonces, ¿a quién está matando Corinthos ahora?

Drew entra después de clase y se sienta al otro lado del sofá. Apago el televisor, porque de todos modos no lo estoy viendo, y la verdad es que ni siquiera me importa.

—Entonces... —comienza después de esperar los quince segundos de silencio requeridos, que es lo máximo que Drew es capaz de aguantar—. ¿Vas a contarme alguna vez lo que pasó entre vosotros dos?

—No —respondo, porque es cierto. Porque es lo último de lo que quiero hablar. Porque podría ponerme a llorar de verdad si lo hago y, sinceramente, porque ni siquiera sé en realidad qué demonios sucedió—. Probablemente no.

Drew asiente con la cabeza, pero no discute. Sé que ella también ha estado esquivándolo, incluso en clase de Debate.

–Echo de menos tenerla por aquí.

–Acostúmbrate –replico, y vuelvo a encender el televisor.

Capítulo 48

Nastya

Aparto la mirada del espejo y veo a Drew entrando en el lavabo de las chicas de la esquina trasera del departamento de Teatro. Los profesores de Teatro están organizando cosas durante esta hora, y he descubierto que este baño casi siempre está vacío, así que es mi favorito.

—Supongo que estamos solos —dice, y se gira para echar el cerrojo—. ¿Sabes? Este es como el cuarto lavabo donde te busco. Empezaba a temer por mi seguridad.

—¿En serio, Drew? —susurro, y apenas resulta audible, porque no me importa que haya echado el cerrojo y no haya nadie cerca.

—Te echo de menos —dice, como si fuera una excusa válida.

—Sobrevivirás.

—Tú también me echas de menos. Admítelo, Nastypants.

Tiene razón. Lo echo muchísimo de menos.

—¿Qué clase de nombre es ese? ¿Nastypants? Suena fatal.

Me mira, pero no responde.

—He venido para sacarte de tu abismo social.

—Has venido para pedirme un favor, así que ve al grano, porque no me gusta hablar aquí.

—Necesito tus servicios como guardaespaldas este viernes.

—No, no, y otra vez no. Y espera. Espera un segundo. No.

—¿Y si te lo pido por favor?

—¿Y si te digo que no? —Está tratando de dirigirme una mirada de pena, pero lo tengo tan calado que es ridículo—. No me necesitas para superar una noche. Dile a todo el

mundo que vas a quedar conmigo más tarde y ya está. Se lo creerán.

—Nadie va a creérselo después de lo tuyo con Josh. Nadie se creerá que sería capaz de hacer eso.

—No hay nada que no seas capaz de hacer.

—Eso es lo único que no sería capaz de hacer, y todo el mundo lo sabe. La única persona del mundo a quien no se la jugaría es Josh.

—No vamos a hablar del tema, así que deja de sacar su nombre y tratar de meterlo en la conversación.

—Ya está en la conversación, pronuncie su nombre o no. —Levanta una mano en señal de rendición ante la mirada fulminante que le lanzo. No pienso hablar de Josh—. Vale. Lo único que tengo que decir es que creía que yo tenía tendencias autodestructivas, pero vosotros dos me hacéis parecer equilibrado.

—¿Se encuentra bien?

—En realidad, estoy bastante seguro de que se encuentra lo opuesto a «bien», pero también estoy bastante seguro de que eso ya lo sabías cuando lo has preguntado.

—¿Qué te ha contado?

—Nop. No voy a jugar a este juego. Eres tú quien ha puesto las normas. No voy a hablar de Josh. —Se pone cómodo sobre el lavabo, como si estuviéramos en la cocina de su casa—. Y ahora, vamos con el tema que tenemos entre manos. No tienen que pensar que estoy contigo. Tan solo necesito que vengas y me mantengas a raya. Si no lo haces, acabaré caminando por la casa, preguntando a todo el mundo si la han visto. Y después probablemente diré cualquier mierda sobre ella, solo para tener una excusa para decir su nombre o atraer su atención. —No dice su nombre, pero no es un secreto de quién está hablando—. Tienes que salvarme de mí mismo. Y, de paso, salvarte a ti misma del aburrimiento absoluto y la soledad. Los dos salimos ganando.

No salgo ganando de ninguna forma en esa situación. Preferiría graparme los labios a la lengua antes que ir a una fiesta esta noche. Me subo junto a él en el lavabo y suelto todo el aire de mis pulmones, y él hace lo mismo.

—Debería volver a ser como antes y ya está —dice—. Yo era genial, y ella me hizo ser un asco.

—Si eso es lo que quieres, hazlo. Comienza esta noche. No tendrás ningún problema en encontrar a alguna chica dispuesta a acompañarte en el camino de vuelta al libertinaje desalmado.

No responde, porque tanto él como yo sabemos lo que ya ha perdido en ese camino, y todavía no se ha perdonado por ello. No sé si hay otra solución, pero trato de proporcionarle una.

—¿No hay otra chica a la que puedas pedirle salir? ¿De verdad? ¿Tratar de tener una relación normal? Lo estropeaste todo con Tierney, pero podrías aprender de verdad de ello y hacerlo bien esta vez. —Es una sugerencia estúpida. Si me dijera que aprendiera de mis errores con Josh y empleara ese conocimiento con otra persona, le dislocaría la mandíbula. Pero es lo único que puedo decirle ahora mismo—. ¿Qué hay de Tessa Walter? —sugiero, y él niega con la cabeza.

—Tiene los ojos muy raros.

—¿Macy Singleton?

—Se ríe demasiado fuerte.

—¿Audrey Lake?

Esta vez me mira como si acabara de sugerirle que saliera con el Anticristo.

—Dice «suponido».

Si Drew fuera una mujer, esta sería su cosa imperdonable.

—Entonces, ¿por qué no lo intentas otra vez con Tierney y ya está?

Es la única que quiere realmente. Podría nombrar a cada chica del instituto, y encontraría fallos en cada una de ellas.

—No puedo pedirle que me perdone. No la respetaría si lo hiciera. No me lo merezco.

Yo tampoco me lo merezco. No soy tan hipócrita como para discutir.

—¿No podemos simplemente dejarlo? No tienes por qué ir. Ni siquiera bebes nunca en esas fiestas. ¿Por qué quieres estar con un puñado de gilipollas borrachos sin ningún motivo?

Es cierto. Me costó un tiempo darme cuenta, pero en cuanto lo hice no fui capaz de dejar de fijarme. Drew busca una bebida en cuanto entra y la lleva por ahí durante toda la noche, de modo que todo el mundo supone que está bebiendo, pero nunca lo hace.

—Te has dado cuenta, ¿eh? —Casi parece impresionado—. Eres la primera.

—Supongo que hay una razón.

Espero que diga algo acerca de tener que conducir, pero no es eso lo que hace.

—Kara Matthews —responde, como si eso lo explicara todo, pero sabe que no es así, y espero a que me diga el resto—. Ni siquiera recuerdo haberlo hecho. Tierney me hizo pedazos durante horas ese día, y tenía razón. Tenía razón sobre todo lo que dijo acerca

de mí, salvo el hecho de que no me importaba. Pero en todo lo demás lo clavó. Me emborraché tanto aquella noche que me hubiera tirado a cualquiera en aquella fiesta. La cagué con Tierney y con todo, y ni siquiera recuerdo haberlo hecho.

—¿Y crees que si no hubieras estado tan borracho no lo habrías hecho?

—No —responde con honestidad—. Probablemente lo habría hecho, pero al menos lo habría sabido. Si iba a estropearlo todo, al menos habría sido una decisión consciente.

Tiene mucho sentido para mí. Puede que no se deleite en el dolor que se ha causado a sí mismo, pero al menos podría decir que lo ha elegido él. Sin embargo, eso no es lo único que lo atormenta. También hay una duda allí. La pequeña posibilidad de que quizás, solo quizás, no lo habría hecho. A lo mejor, si no hubiera bebido tanto, las cosas habrían salido de forma diferente, y él estaría ahora con Tierney, y no en un lavabo de chicas, atormentado por posibilidades muertas. Se encoge de hombros, resignado.

—Supongo que la próxima vez que quiera destruir por completo cualquier posibilidad de ser feliz, al menos recordaré que lo hice.

Así es mucho más fácil odiarse a uno mismo.

* * *

Podría decir que no tengo ni idea de por qué he aceptado hacer esto, pero sería mentira. Yo también echo de menos a Drew y estoy harta de mí, así que prefiero beber cerveza sin gas y pasar el rato con gente a la que no le caigo bien. Nadie en esa fiesta me odiará tanto como me odio yo, así que será una mejora.

Ya está todo lleno cuando llegamos a casa de Kevin Leonard. La música resulta atronadora, y me pregunto cuánto tiempo podrá durar esto antes de que los vecinos llamen a la policía. Espero que lo hagan para poder marcharme, porque ya me estoy arrepintiendo de haber venido. No me importa que haya tanta gente. De hecho, prefiero cuando hay multitudes y muchas personas, pero el ruido me pone nerviosa: necesito el silencio para escuchar lo que se aproxima.

Sigo a Drew a través de la casa, con los dedos entrelazados en la trabilla de su pantalón para no perderlo. Quiere que me pegue a él esta noche, así que me pego a él.

Damien Brooks nos encuentra primero. No lo soporto, pero al menos lo conozco.

—¡Drew! —Ya está borracho. Una palabra y es evidente—. Mierda. Sabía que tú te la llevaste primero, pero no pensaba que fueras a volver con ella después de Bennett. Qué

huevos tienes, tío.

Se está riendo y habla con tono congratulatorio. Drew también se ríe, y yo ni siquiera estoy en la habitación. Ah, espera. Sí que lo estoy, pero tal como están hablando no lo parece. Menos mal que no me importa una mierda.

Entonces Damien abre mucho los ojos, como si acabara de descubrir el átomo, o el concepto de la autoestimulación.

—¿La habéis estado compartiendo todo este tiempo?

A lo mejor sí que me importa una mierda. Al menos un poco, porque no voy a seguir escuchando eso. Le agarro la mano a Drew y comienzo a tirar de ella para alejarnos de allí. Creo que él ya ha tenido suficiente, porque no forcejea.

Y entonces, ahí está Tierney. El arma contra la que me están utilizando como escudo humano. La verdad es que me cae muy bien, y me gustaría no ser yo quien tuviera la tarea de mantener a Drew alejado de ella. No la culpo por querer odiar a Drew, pero eso no significa que lo haga. De pronto, desearía que pudieran arreglar las cosas, pero mi hipocresía me pega un bofetón en la cara antes de que pueda pensar más en el tema.

Llegamos hasta la cocina en la parte trasera de la casa, donde Kevin Leonard está manejando un barril de cerveza con una multitud rodeándolo. Comienzan a corear el nombre de Drew como si fuera su dios, y supongo que si yo fuera un adolescente incapaz de ligar, también sería el mío. No tardamos nada en tener vasos llenos de cerveza templada en las manos, y forcejeamos por salir de la cocina.

Una hora y cuatro cervezas de mierda y media más tarde, estoy reclinada contra una pared mientras Drew habla con una chica con un top muy pequeño y muy centelleante, que no tiene ningún problema en flirtear desvergonzadamente con él delante de mí. Fiel a su estilo, Drew sigue llevando el mismo vaso medio lleno de cerveza que ha tenido desde que entramos. Yo no estoy completamente borracha, pero sí que estoy cansada, y quiero irme a casa. He bebido lo suficiente como para que mi cerebro no me bombardee con una diatriba sobre lo idiota que soy. En lugar de ello, está susurrando que llamar a Josh no estaría tan mal. Llamar después de haber bebido al chico perfecto, increíble y maravilloso al que he jodido podría ser suficiente como para ganar una medalla de oro en egoísmo. Sin embargo, no consigo explorar por completo esa idea, porque vuelvo a estar de servicio.

Tierney comienza a caminar en nuestra dirección, y la chica del top centelleante se aleja. A Tierney le gusta eso. Lo cierto es que nadie se mete con ella, y quiero darle un

abrazo y decirle que es geniaaaaaal, así que a lo mejor estoy un poco más borracha de lo que pensaba. Hoy no he comido, lo cual puede ser el motivo. Un error de novata.

Me aparto para dejar mi cerveza medio llena en una mesita auxiliar muy fea (ahora me doy cuenta de esas cosas); no necesito beber nada más. En cuanto pueda apartar a Drew de Tierney, habré cumplido con mis responsabilidades y podré pedirle que me lleve a casa.

Cuando me doy la vuelta, Drew no se encuentra allí. Y tampoco Tierney.

Comienzo a abrirme camino entre la multitud, buscando a cualquiera de los dos. Supongo que uno me conducirá al otro, pero no puedo ir por ahí gritando sus nombres o preguntando si alguien los ha visto. Estoy pegada a la pared, alejada del centro del caos, cuando Kevin Leonard me encuentra.

—¿Estás disfrutando de la fiesta?

¿Eh? ¿Espera que le responda? Le enseño los pulgares de forma estúpida y trato de seguir caminando. Drew Leighton me debe una bien gorda por esto. Comienzo a hacer una lista mentalmente de lo que quiero. De momento solo hay una cosa en ella, pero creo que está fuera de su control.

—¿Quieres tener sexo conmigo? —me pregunta Kevin.

Esto no es lo que tengo en la lista. Trato de rodearlos, a él y a su monstruoso ego. Es obvio que está pedo, y yo me estoy volviendo más sobria con cada minuto que pasa. Realmente quiero irme a casa, y también quiero pegarle una patada en el culo a Drew. No estoy segura de cuál de las dos cosas quiero con más ganas ahora mismo, y Kevin Leonard sigue hablando.

—Podemos ir a mi habitación. He bloqueado el acceso al piso de arriba. Nadie lo sabrá. —«Lo sé, gilipollas.» Y yo me pasaré el resto de mis días tratando de bloquear el recuerdo de mi memoria—. Venga, nena. —Supongo que esa es mi respuesta. Los chicos de verdad realmente llaman «nena» a las chicas. Lástima que no me apetezca reírme y no tenga tiempo de asfixiarlo—. Por favor.

¿Se cree que ahora estoy buscando modales? «Bueno, dado que lo has pedido por favor, tal vez tenga que reconsiderar mi respuesta de “ni de coña” a la petición de follarme. Tan solo estaba esperando a que lo hicieras con educación.» Niego con la cabeza tan fervientemente como puedo y sigo caminando. Por suerte, se rinde y no me sigue.

Sin embargo, sí que me ha dado una idea, porque, si no puedo encontrar a Drew en los próximos diez minutos, no voy a esperar a que me hagan otra proposición. Hallaré otra forma de volver a casa.

Los siguientes diez minutos son tan poco fructíferos como los anteriores. Incluso espero diez más, sin ningún motivo en particular, hasta que finalmente admito la derrota. Camino por el piso inferior, y al menos unas cuantas personas han comenzado a irse, de forma que no está tan abarrotado, pero la música sigue tatuándose en mis tímpanos y partiéndome el cerebro. Le mando un mensaje a Drew preguntándole dónde está, pero no recibo ninguna respuesta. Le mando otro diciéndole que voy a subir al piso de arriba para tratar de buscar a alguien que me lleve. Sigo sin recibir respuesta.

Me quedo cerca de la parte inferior de la escalera durante un minuto, y cuando Kara Matthews comienza a beber cerveza de un embudo en la cocina, utilizo la distracción para colarme bajo la barricada improvisada de Kevin y subo a hurtadillas al piso superior para poder utilizar el teléfono.

Puede que esté un poco hecha mierda ahora, pero incluso con un par de cervezas encima, nunca olvido mirar tras mi espalda. Nadie me sigue, así que camino por el lado izquierdo del pasillo y me cuelo en una de las habitaciones. Me quedo contra la pared hasta que noto con el tacto el interruptor de la luz. La habitación está vacía. La música sigue retumbando, y apenas logro distinguir el canturreo amortiguado del nombre de Kara. Saco el móvil, sabiendo que solo hay dos personas a quienes puedo llamar realmente. A quien quiero llamar es a Josh, pero no sé si todavía tengo permitido hacerlo. Está Clay, a quien tendría que mandar un mensaje, pero eso podría haberlo hecho en el piso inferior. He subido por una razón, y es porque quería llamar a Josh.

Marco su número y espero, pero no hay respuesta alguna. No va directamente al buzón de voz; simplemente sigue sonando. Cuando finalmente suena la grabación, cuelgo. Es demasiado patético pensar en dejarle un mensaje. Abro el teclado para mandarle un mensaje a Clay y ver si puede venir a recogerme, pero, antes de que pueda escribir la primera palabra, la puerta se abre. Y Kevin Leonard está allí.

—Suponía que cambiarías de idea —farfulla, y me pregunto cuánto le habrá costado decirlo. Estoy a punto de negar con la cabeza otra vez, pero ahora está justo delante de mí. Y no me estoy alejando, ni diciendo que no ni empujándolo, porque la verdad es que sencillamente no me importa. Si quiero destrozarme, entonces esta es mi oportunidad. Josh ya no está, al igual que todo lo que me arrebataron y todo lo que he tirado por la

borda desde entonces. Ya no hay ningún Josh Bennett para mí. En realidad, ya no hay nada.

Ese es el único momento que tengo para pensar antes de que su lengua se cuele en mi boca, y sabe a cerveza caliente, y probablemente yo también, y todo esto es asqueroso, pero me lo merezco. Me está apretando el pecho a través del vestido con una mano y subiendo la otra por mi muslo. Tengo los brazos inmóviles a mis costados, y cierro los ojos y me limito a dejar que lo haga. Comienza a bajarme la ropa interior y después se detiene para deshacerse de mi vestido. Lo levanta un poco, y noto el frío aire en la parte interior de mis muslos y contra mi estómago, recordándome que a mí también deberían utilizarme y tirarme.

Entonces su mano está entre mis piernas, y noto una arcada contra su boca cuando siento sus dedos. Y a lo mejor ya he tenido suficiente por fin, y no voy a elegir este dolor.

Me aparto de su boca y de su mano y me bajo el vestido. No hay forma de caer más bajo que ahora. Puedo mentirme a mí misma. Puedo mentirle a Josh. Pero no es más que eso: una mentira. No destruí ninguna parte de mí cuando me acosté con él, incluso aunque sí lo destruyera todo después. Sabía que no era cierto cuando lo dije, y ahora lo sé. No me arrepiento de un solo minuto que he pasado con Josh. De lo que me arrepiento es de cada segundo de después. Me arrepiento de haberle arrancado el corazón. Me arrepiento de habernos mandado a los dos directamente al infierno.

Si permito que Kevin Leonard haga esto, si me permito a mí misma hacer esto, entonces será aquí y ahora cuando destruya lo último bueno que queda de mí. Esto será mi cosa imperdonable. Nunca me recobraré de esto, porque no quedará absolutamente nada en mí que merezca la pena querer. Y por una vez en mi estúpida y cabreada vida, no puedo hacerlo. O, más importante aún, quizás es que no quiero hacerlo.

Lo empujo en el pecho con la mano. Sin violencia, pero con decisión. Niego con la cabeza. No. Intento que parezca que me disculpo. Me siento culpable. ¿Se supone que tendría que sentirme mal en esta situación? La verdad es que no sé cuáles son las normas. Me bajo el vestido tanto como puedo, pero no parece suficiente.

—¿Qué coño te pasa, Nastya? —Vuelvo a negar con la cabeza. Formo con la boca las palabras «no puedo», porque tengo que asegurarme de que lo comprenda. Lo comprende, pero no le importa—. ¿De verdad vas a dejarme aquí con el calentón en mi puta fiesta?

Ni siquiera tengo ocasión de inclinarme para subirme otra vez la ropa interior antes de que me sujete y vuelva a besarme, y no necesito una invitación. Le pego un pisotón y trato de abrir la puerta, pero me tiemblan las manos y el cerrojo está echado, y no puedo mover los dedos con la suficiente rapidez. Consigo abrir el cerrojo, pero no tengo el tiempo necesario para girar el pomo. Debería haberle dado más fuerte, pero no pensaba que hiciera falta. Tan solo quería que supiera que no iba a pasar, y darme suficiente margen para llegar hasta la puerta y salir. Pero no es suficiente. Su mano me sujeta el brazo, girándome para mirarlo, y yo le agarro el meñique y se lo doblo hacia atrás. No estoy en posición de derribarlo, y tan solo quiero salir de aquí. Eso es todo. Oigo que su dedo produce un chasquido, y su otra mano sube de inmediato y me da un puñetazo. Es una reacción tan espontánea que no estoy segura de que se dé cuenta siquiera de lo que ha hecho. La fuerza completa de su puño me golpea la mejilla y pierdo el equilibrio, de modo que el impacto me hace girar y caigo de cara contra la esquina de la mesita de noche que hay junto a la cama. Noto la sangre deslizándose desde el lateral del ojo, y me la limpio con la mano. Desde mi posición, me giro y trato de ganar un segundo pegándole una patada, pero él me sujeta del tobillo y me arrastra para alejarme de la puerta.

Mi ropa interior ha llegado hasta mis rodillas; noto bilis en la garganta a causa del pánico, y siento que estoy dejando de respirar. Estoy entrando en pánico, como si esto fuera una pesadilla. Él se está riendo, como si fuera un juego.

—Venga ya. Has venido aquí arriba y me has hecho pensar que íbamos a follar. Al menos podrías chuparme la polla.

Ni siquiera suena enfadado. Es como si estuviera tratando de convencerme.

Si antes tenía algo en contra de pelear sucio, ya no lo tengo. Lo malo es que nunca he sido muy buena defendiéndome en el suelo, y nada es tan fácil como cuando estás practicando en una situación controlada. Nada. Además, la cerveza no ayuda, sin importar lo sobria que me sienta de repente.

No tengo el *kubotan*. Se encuentra en mi bolso, bajo el asiento en el coche de Drew, junto a mi lata de *spray* de pimienta, porque no tenía forma de sujetármelos al vestido. Supuse que de todas formas iba a estar pegada a Drew toda la noche, así que no pensaba que fuera a necesitarlos. Quizás las palabras clave aquí son «no pensaba».

El hecho es que no quiero utilizar ninguna de esas cosas con Kevin Leonard. Tan solo quiero salir de esta. Me siento como si hubiera prendido unos explosivos, y ahora

estuviera tratando de correr para alejarme de ellos.

No me sorprende que ponerme en esta situación tan estúpida sea lo que hace falta para que finalmente decida no incinerar completamente lo que queda de mi vida. Soy una jodida idiota. A lo mejor el karma simplemente está tratando de darme lo que había dicho que quería, pero que nunca quise realmente. Destrozarme de una vez por todas.

Noto que me arde la mejilla donde me ha pegado, y la sangre del corte está metiéndose en el ojo. Trato de concentrarme, porque temo que en cualquier momento vaya a dejar esta habitación y estaré de nuevo entre los árboles, con tierra y sangre en la boca. Y entonces perderé todo el control. Dejaré de luchar por completo. Kevin Leonard podrá hacer lo que quiera, y yo se lo permitiré porque ya ni siquiera estaré aquí.

Concentrarme es casi imposible cuando mi cerebro está dividido entre permanecer despierta en esta habitación y tratar de enfrentarme a él. Está encima de mí, sujetando mis brazos y piernas contra el suelo, y volviendo a poner su boca sobre la mía. Tiene cada uno de mis miembros inmovilizados, no puedo retorcerme siquiera. Me inclino hacia él para darme el espacio suficiente como para inclinar la cabeza hacia atrás y darle un cabezazo, porque esa es la única opción que tengo realmente. Apunto al puente de su nariz, pero mi posición es mala, así que en lugar de eso mi frente acaba estampándose contra la suya. Es un error, pero está tan borracho que es suficiente.

Mi cabeza está gritándose por el impacto, mientras su cuerpo sudoroso cae encima del mío, aplastándose con el peso de cada mala decisión que he tomado los tres últimos años.

—¡Tío! Olvídalo.

Le sale saliva de un lateral de la boca. Ha dejado de forcejear, y creo que por fin se ha dado cuenta de lo que está pasando en el estupor del alcohol, porque me mira como si acabara de verme sangrando por la cabeza en el suelo de la habitación, con él. Se inclina hacia atrás, y apenas he tenido un momento para girar el cuerpo y liberarme cuando la puerta se abre abruptamente y veo desde el suelo, desde debajo del cuerpo de Kevin Leonard, la cara de Drew Leighton.

—¿Qué coño, Leighton? —escupe Kevin. Hay más vergüenza que enfado en su voz, pero no voy a excusarlo más de lo que voy a excusarme a mí. Sigue forcejeando para apartarse de mí, y utilizo la distracción para girar las caderas y terminar de liberarme.

Durante un minuto, o tal vez solo un segundo, Drew se queda paralizado. Hay tantas emociones en su rostro que no soy capaz de asimilarlas todas. Confusión, repulsión,

furia, culpa, miedo, terror. Me pregunto lo mal que estará mi cara para que la suya tenga ese aspecto.

Kevin apenas se mantiene en pie ahora, y yo estoy levantándome aturdida, con la cabeza todavía dando vueltas por haberle golpeado la suya. Antes de que pueda asimilar siquiera lo que está pasando, el puño de Drew impacta en la cara de Kevin, y este vuelve a caer al suelo. Miro a Drew y veo que está temblando. No está bien ver a Drew Leighton pegándole a alguien. Se supone que Drew Leighton es alegre, irreverente y totalmente despreocupado, pase lo que pase en el mundo. No hay ni una pizca de violencia en él. Me gustaría que no lo hubiera hecho. Me gustaría que no hubiera visto esto, porque, aunque parezca una locura, me siento como si acabara de perder la inocencia.

Drew se encuentra de pie delante de mí, con los nudillos sangrando y una expresión tan abatida que siento que debería consolarlo. Pero no puedo. Ahora que esto ha terminado, mis niveles de adrenalina están comenzando a bajar y quiero alejarme de aquí, porque huelo a Kevin Leonard, y yo también empiezo a temblar.

Me reclino contra la pared para estabilizarme mientras Drew recoge mi móvil del suelo y se lo mete en el bolsillo antes de volver a mirarme. Suelta una maldición entre dientes, se estira la manga para cubrirse la mano, y trata de limpiarme la sangre del ojo.

—¿Puedes caminar? —susurra.

Mi expresión le dice que puedo y que no agradezco la pregunta. No digo nada. Nos giramos hacia la puerta, y me doy cuenta de que sigo teniendo la ropa interior por los tobillos. Me quedo ahí plantada, mirándola. Drew se gira para averiguar por qué me he detenido, y sus ojos siguen la dirección de los míos hasta mis pies, y todos sus músculos se tensan al ver por qué no sigo avanzando. Suelta otra maldición mientras yo me agacho para subírmela, porque no puedo mirarlo a la cara ahora mismo.

—Quédate detrás de mí, ¿vale?

Pronuncia las palabras con dificultad, y suena como si le doliera algo. Me toma de la mano con tanta fuerza que pienso que va a aplastármela, y me empuja tras él de modo que no puedan verme. Veo a Tierney Lowell observando en el pasillo antes de apartar la mirada. Me pongo el pelo alrededor de la cara y me reclino sobre la espalda de Drew como si estuviera hecha pedazos de tanto beber, al menos hasta que lleguemos a la puerta y dejemos atrás a la gente. Y a lo mejor hecha pedazos es exactamente como estoy.

Tengo la cara sangrando e hinchada, pero ni siquiera me importa. Por primera vez en años tomo la decisión de no cargarme mi propia vida, y ni siquiera puedo caerme bien por ello porque la he tomado cinco minutos demasiado tarde.

Al menos, nadie puede decirme que ha sido al azar.

* * *

—¿Te encuentras bien?

Drew espera hasta que nos metemos en su coche y nos alejamos de la casa para preguntar. Llevo años odiando esa pregunta.

—Estoy bien —aseguro—. Tu mano.

Mis manos van hasta sus nudillos abiertos, que parecen incluso peor porque están aferrándose al volante.

—No me importa una mierda mi mano —suelta, y me aparto instintivamente, porque nunca lo había oído levantando la voz—. Perdón. Lo siento. —Entra en el aparcamiento de una tienda y aparca el coche. Toda esta situación es una mierda, y así lo dice al menos tres o cuatro veces—. ¿Qué ha pasado?

Suena como si realmente no quisiera saber la respuesta.

—Solo fue una situación estúpida que se nos fue de las manos.

—No me digas.

Su tono es brusco.

—¿Estás enfadado conmigo? —pregunto.

—No, estoy enfadado conmigo.

—¿Por qué?

—Porque es culpa mía que estuvieras en esa habitación, para empezar. Finalmente me molesté en mirar el teléfono y vi tu mensaje. Pensaba que te encontraría sentada allí arriba, esperando, no en el suelo con Kevin Leonard encima de ti. —Toma aliento y después lo suelta, contemplando la «R» parpadeante del cartel iluminado de la tienda—. Josh va a matarme.

—A Josh le dará igual.

—Sabes que eso no es cierto, así que no lo digas. No tengo ganas de discutir sobre esto esta noche.

Hay tanto peso en su voz que siento como si me estuviera aplastando físicamente.

—Si supieras lo que le hice a Josh, tú también me odiarías. Le dará igual, y no voy a culparlo porque le dé igual.

—Tienes razón. No sé lo que le has hecho a Josh. No tengo ni idea de lo que pasó allí, porque ninguno de los dos quiere decírmelo. Lo que sí sé es que, fuera lo que fuera, no será suficiente como para que deje de importarle que alguien te haga daño.

Bajo el retrovisor y examino el moratón de mi cara y el corte de mi ojo. Realmente no es para tanto, pero mi mejilla y mi frente ya están comenzando a hincharse, y sé que tendrán un aspecto peor por la mañana.

—Seguía teniendo los pantalones puestos. —Ahora está recorriendo con los dedos el logo del volante. Asiento con la cabeza, a pesar de que no me está mirando—. Entonces, ¿no...?

—No —respondo. No quiero seguir hablando de Kevin Leonard—. ¿Lo ha visto alguien más?

—No lo creo. Tierney sí, pero nos estaba buscando, así que... —Se detiene—. No creo que nadie más estuviera prestando atención.

Nos quedamos ahí sentados, fingiendo estar hipnotizados por el cartel iluminado de la lotería.

—No debería haberte dejado atrás.

—¿Qué tal con Tierney? —pregunto, ignorando la disculpa que no ha pronunciado.

—No lo sé. —Niega con la cabeza y hace girar la llave en el contacto—. Tenemos que conseguir hielo para tu cara.

Drew no me dice adónde vamos. No me pregunta adónde quiero ir. Me lleva adonde tengo que ir, y a lo mejor adonde él también tiene que ir. Me lleva a casa de Josh.

El garaje está cerrado cuando llegamos, pero tanto Drew como yo tenemos llave de la casa. Introduce la suya en la cerradura y me abre la puerta. Entro en el interior, y Drew me sigue. Cuando llegamos a la oscuridad del recibidor, tardamos un minuto en procesar lo que estamos oyendo.

Y entonces deseo con mil centavos no haber tenido esa llave.

Capítulo 49

Josh

—¿Qué coño, Drew? Son las dos de la madrugada. —Miro su coche en el camino de entrada, y está vacío. Al principio sospecho que haya traído a Sol porque está borracha, pero no hay nadie en el coche—. ¿Ya has dejado a Nastya? —pregunto mientras me sigue hasta el salón. Llamarla «Nastya» suena mal, pero tampoco me siento bien diciendo «Sol» en voz alta.

—Está en su casa.

—Entonces, ¿qué pasa? ¿No se suponía que tenías que estar en casa hace una hora?

Sigo sin comprender qué está haciendo aquí.

—Sarah me está cubriendo.

Aparta la mirada como si no quisiera decirme algo, y eso me cabrea, porque estoy seguro de que tiene algo que ver con Nastya emborrachándose otra vez en una de esas fiestas a las que él siempre la obliga a ir, y estoy hartándome de ello. Sin embargo, cuando vuelve a mirarme, estoy bastante seguro de que me equivoco.

Todo lo que veo en su cara está mal. La expresión que tiene ahora está tan vacía de todo lo que asocio con Drew que me despierta de golpe.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —No responde, y tengo que preguntárselo otra vez—. ¿Qué ha pasado, Drew? —insisto.

—La verdad es que no lo sé.

Tiene los ojos rojos y un aspecto de mierda.

—Si en un segundo no empiezas a darme respuestas que tengan sentido, voy a meterme en el coche e ir hasta su casa.

—Nada tiene sentido, Josh.

Ahora parece derrotado, más que enfadado, y cuando me mira creo que está hablando de algo más que de Sol.

—Ahora pareces ella con toda esa mierda críptica. ¿Está bien?

—Ella ha dicho que sí. Tiene la cara hecha un desastre, pero parecía estar bien.

—¿Qué le ha pasado en la cara?

Hablo con lentitud, y mi voz suena más baja de lo que esperaba.

—Kevin Leonard.

—¿Kevin Leonard? —Me entran ganas de estampar la cara de Drew contra la pared, al menos hasta que pueda pillar a Kevin Leonard, y ni siquiera sé todavía lo que ha pasado—. ¿Qué le ha hecho?

Las palabras suenan forzadas. Me obligo a controlar mi furia el tiempo suficiente como para descubrir de qué trata esto, pero no sé durante cuánto tiempo puedo hacerlo.

—No lo sé. Le pegó. Creo que le estaba quitando la ropa, en realidad no me ha contado nada.

Drew vuelve a pasarse la mano por el pelo, y me doy cuenta de que sus nudillos están sangrando, y de que tiene sangre en la camiseta.

—¿Cómo acabó con él, para empezar? ¿No estuviste con ella todo el tiempo? ¿No es por eso por lo que la convenciste para que fuera contigo? —Drew se examina las heridas de los nudillos de la mano derecha, pero no responde—. ¿Dónde demonios estabas? ¿La arrastras a esas fiestas, la emborrachas, y después la dejas sola?

Me aseguro de que la acusación quede clara. Él levanta la cabeza de golpe, y todo en él se pone a la defensiva.

—No está indefensa, Josh. Por si no te has dado cuenta, prácticamente hace todo lo que quiere. Yo no la arrastré a ningún sitio, y no la he emborrachado desde la primera noche. Ahora se emborracha ella solita.

Está tratando de justificarse, pero me doy cuenta de que no funciona.

—Odia estar sola en esos sitios. No se habría alejado de ti.

—No lo hizo. —Culpa. Sí que la abandonó—. Me mandó un mensaje, pero no lo oí. Fue arriba, donde había silencio, para poder llamarte y pedirte que fueras a buscarla. Cuando llegué allí, estaba tirada en el suelo, y él estaba encima de ella.

Me cuenta que su cara estaba amoratada y sangrando, y cuando llega a la parte de su ropa interior por los tobillos no puede seguir hablando porque está intentando no llorar, y si no estuviera tan asqueado con todo el mundo, a lo mejor yo también estaría llorando.

—La dejaste sola.

Quiero matarlo. Quiero culparlo, para no tener que culparme a mí. Ni siquiera soy capaz de pensar en la llamada de teléfono.

—¡Sí, Josh! ¡Eso es exactamente lo que hice! La hice sentir culpable para que fuera conmigo y después la dejé sola porque soy un egoísta. ¿Crees que no lo sé? Créeme, lo sé. No necesito que me recuerdes que soy un imbécil. Ya me lo han recordado toda la puta noche, su cara y la sangre y... —Se pasa la mano otra vez por el pelo mientras la voz vuelve a quebrársele, y realmente espero que no vaya a perder los papeles, porque no podría verlo. No después de todo lo demás. Porque, ahora mismo, yo también estoy viendo su cara y la sangre, y no quiero perder yo los papeles—. Simplemente créeme —dice—. Lo sé. ¿Vale? Lo sé.

Tiene la espalda apoyada en la encimera de la cocina, y yo estoy apoyado en la pared, enfrente de él. Ninguno de los dos dice nada durante lo que parece una hora, aunque probablemente sea menos de un minuto.

—¿No te ha contado nada?

—La verdad es que no. —Niega con la cabeza, cansado—. Lo más jodido de todo es que ni siquiera parecía sorprendida. Era como si simplemente se lo esperara.

—¿Por qué no la has traído aquí? —pregunto.

—Lo hice. —Me clava los ojos y hace una pausa para dejar que sus palabras calen, porque con el aturdimiento de asimilar lo que le ha pasado a Sol, he olvidado por completo lo que estaba haciendo yo mientras ella se encontraba a solas en una habitación con Kevin Leonard—. Piensa bien, Josh. Vinimos directamente a tu casa hace como dos horas. El garaje estaba cerrado y las luces apagadas, así que pensé que estabas dormido, y utilicé mi llave. Entramos en la casa y... ¿adivinas lo que oímos?

—Entró contigo.

No es una pregunta. Es una granada de mano.

—Pensaba que verte era lo único que podría ayudarla.

Su voz emana un sarcasmo amargo, y no estoy seguro de a quién de los dos odia más en este momento.

—¿Qué dijo? —pregunto, pero lo hago en voz baja, porque en realidad no quiero saberlo. Lo único en lo que he pensado desde el día que se fue de aquí fue en el día en que volvería a venir, y esta noche lo ha hecho.

—Nada. No me ha dicho ni una palabra desde que entramos en tu casa.

—Necesito verla.

No quiero verla. No quiero enfrentarme a que sepa lo que he hecho. No quiero enfrentarme a que yo mismo sepa lo que he hecho. Pero necesito verla. Necesito ver que sigue aquí, que sigue estando bien, incluso aunque me odie. Puede que su dolor me mate, pero puedo sobrevivir a su odio.

—No.

—¿No?

—No.

Lo dice con decisión.

—¿Quién coño eres tú para decir que no puedo verla?

—¿Quién coño eres tú para decir que puedes verla?

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que estaba hecha una mierda cuando entramos en tu casa, y tenía un aspecto todavía peor cuando salimos.

Me siento enfermo. No enfermo de forma figurada, sino enfermo de verdad, como si fuera a vomitar. Mi cara debe de decirle algo, porque su tono pierde parte de la dureza. O a lo mejor simplemente está cansado de toda esta noche de mierda.

—Josh, incluso aunque pensara que no pasa nada, cosa que no pienso, porque ahora mismo creo que estás actuando como yo, y no me caes muy bien; pero incluso aunque dijera que pudieras verla, no depende de mí.

—No quiere verme.

—No quiere verte —confirma. No me ofrece esperanza y, por primera vez en esta noche, me siento agradecido—. ¿Vas a decirme alguna vez lo que pasó entre vosotros dos?

No ha dejado de preguntar.

—No.

—Vale. ¿Vas a contarme lo que estabas haciendo follándote a Leigh?

Su voz es tan fría como su expresión.

—Llevo años follándome a Leigh.

Es cierto. Es como si formara parte de mi naturaleza. Técnicamente, nada de lo que he hecho esta noche estaba mal. No me he aprovechado de nadie. No he engañado a nadie. No he dejado a Nastya sola con un gilipollas borracho. Puedo emplear todos los argumentos que quiera, contra Drew, contra Sol, contra mí mismo, pero saber que nada de lo que he hecho «estaba mal» no me hace sentir menos cabrón.

Incluso podría decirle la razón por la que lo hice. Por la misma razón por la que lo hice la primera vez, y cada vez después de esa. Era reconfortante, y me hacía sentir mejor. Leigh apareció, entró y yo la saludé, y como siempre, fue la cosa más fácil y natural del mundo. Se sentó en el sofá y vimos la televisión, hasta que se inclinó hacia mí y me besó, y yo la dejé, porque ya no había un precio que pagar, ni una decisión que tomar. Sol ya había tomado esa decisión por mí.

Leigh me agarró de la mano y me condujo hasta mi habitación, y yo la seguí. Durante una noche, simplemente quería fingir que no había nadie a quien echar de menos.

—No estás enamorado de ella.

Es una acusación, y si hubiera algo de humor en esta situación, me reiría, porque no tengo ni idea de cómo Drew Leighton es capaz de decir eso con expresión seria. Quiero pegarle por ello, y por muchas otras cosas, pero hay una parte de mí que sabe que sencillamente no necesito una cosa más por la que estar enfadado conmigo mismo esta noche. A lo mejor debería pegarle solo para que él me devolviera el golpe, porque eso es lo que me merezco. Quiero que me pegue. Quiero que me reviente la cara, para no tener que sentir nada salvo ese dolor. El otro es mucho peor.

Camino hasta el lado opuesto de la habitación para poner algo de distancia entre nosotros, pero él me sigue y se sienta en el sofá, y suspira como si esta hubiera sido la noche más larga de su vida. Y sé que probablemente lo ha sido, pero no tengo ningún consuelo que ofrecerle.

—Eso no es nada nuevo, Drew. ¿Por qué no me dices de una vez cualquier mierda que quieras decirme y después te marchas?

—Estás enamorado de ella.

—Creo que acabamos de establecer que no.

—No de Leigh. De Nastya. Estás enamorado de Nastya.

Odio esa palabra, y suena muy mal saliendo de la boca de Drew. Drew, que se dedica a burlarse del amor, a destruir chicas que esperan encontrarlo. Drew, que no tiene ningún derecho a juzgarme, pero está sentado en mi sofá con los pies sobre mi mesa de centro, haciendo precisamente eso. Aun así, no niego lo que dice. Debería negarlo; negarlo durante toda la noche, hasta que me haya convencido incluso a mí mismo de que no puede ser cierto. De que no puedo ser realmente tan autodestructivo como para enamorarme de ninguna chica, y mucho menos de una chica que está rota por mil sitios, y que se marchará en cuanto vuelva a estar entera. Pero supongo que la habilidad de

pensar racionalmente me ha abandonado, porque no lo niego en absoluto. Es tarde. Estoy cansado, y asustado, y herido, e increíblemente arrepentido, y simplemente ya no puedo seguir pensando con claridad esta noche.

—Ella no lo sabe —digo finalmente, mirando a Drew como si eso pudiera ser una excusa para mi comportamiento. Como si pudiera hacer que esto fuera menos horrible. Las palabras saben como el arrepentimiento que me llena por dentro y sale de mi boca.

—Josh —dice, y cuando lo hace, toda la irreverencia y el sarcasmo, todo el juzgamiento y la condescendencia desaparecen de su voz, y lo odio por lo que va a decir a continuación antes de que pronuncie las palabras—. Todo el mundo lo sabe.

Capítulo 50

Nastya

Son poco más de las dos de la madrugada. Es tarde, pero siento como si fuera más tarde, como si toda esta noche hubiera sido tan épica que nada es reconocible ya en el mundo. Drew se fue hace quince minutos, diciendo que volvería en media hora. No mencionó adónde iba, pero no hacía falta que lo hiciera. Ambos sabíamos dónde iba a acabar.

Me he dado una ducha y estoy tratando de mantener el hielo en mi cara, pero lo único que quiero es irme a la cama, incluso aunque no vaya a dormir. Me pregunto si habrá palabras que pueda escribir que borren las imágenes quemadas en mi cerebro esta noche; que eviten que vuelvan a por mí. No las de Kevin Leonard, sino las de Josh y esa chica. Las imágenes que ni siquiera he visto. Imágenes que son como ácido ahora, quemando cada buen recuerdo y dejando atrás solo uno. Ya he vomitado una vez esta noche al pensar en ello, pero en cuanto la imagen invade mi mente mi estómago vuelve a convulsionarse, y regreso al baño y me inclino sobre el retrete, con arcadas. Pero no sale nada. Ya no queda nada en mi interior.

Enciendo el televisor en el piso inferior y dan un golpe en la puerta tan suave que casi no lo oigo. Le he dado mi llave a Drew para que vuelva a entrar, así que sé que no es él, pero no tengo ni idea de quién más podría estar aquí. Camino de puntillas hasta la puerta y miro por la mirilla para encontrar a Tierney Lowell en mi porche delantero.

Tengo que tomarme un minuto para decidir si abrir o no la puerta. Finalmente, abro el pestillo y la miro. Sigue con la ropa de la fiesta, y parece como si hubiera estado llorando. Me pregunto si alguien habrá salido ileso de esta noche.

–Uf, tu cara –dice casi de inmediato–. Lo siento. –Hace una mueca, y su incomodidad por estar aquí conmigo es innegable–. No quiero despertar a nadie.

Niego con la cabeza mientras abro más la puerta y le hago un gesto para que entre. Nos miramos la una a la otra durante un minuto. Sé por qué está aquí, pero estoy esperando a que me lo pregunte. Trato de imaginar cómo sabía dónde vivía. Quizás se lo ha dicho Clay. Ha estado hablando con él desde que intimaron gracias al arte y la ciencia de la cachimba. Sus ojos recorren la habitación, pero no va a encontrar lo que está buscando.

—¿Está aquí Drew? —Niego con la cabeza—. Oh. —No trata de ocultar su decepción. Toma aire, y cuando habla su voz es sincera—. ¿Te encuentras bien?

Voy a comenzar a obligar a la gente a meter un cuarto de dólar en un tarro cada vez que me pregunten eso. Ni siquiera sé lo que significa estar bien.

Asiento con la cabeza.

—Tan solo quería ver si estaba bien —explica—. No creo que le haya pegado nunca antes a nadie. —Yo tampoco lo creo—. ¿Está bien?

No oculta la preocupación en su voz, ni el hecho de que conoce a Drew lo suficientemente bien como para darse cuenta de que esta es una pregunta válida. No asiento con la cabeza ni niego con ella; ni siquiera me encojo de hombros. Si quiere una respuesta a esa pregunta, va a tener que pedírsela. Yo no la tengo.

—Te quiere —dice con actitud conciliadora.

Asiento con la cabeza esta vez, porque creo que así es, pero no de la forma que ella piensa. Necesito escribirle una nota para explicárselo, porque se merece saberlo, pero, antes de que la conversación pueda seguir avanzando, se oye una llave en la cerradura y Drew entra en la casa. Se detiene en seco cuando ve a Tierney, y si pudiera hacer una foto a la expresión que pasa entre ellos lo haría, y después se las pegaría a la cara para que no puedan volver a negarla jamás.

—Debería irme.

Mira a Drew, y luego a mí, con una resignación equivocada, antes de girarse para marcharse. Yo camino hasta Drew y le aprieto la mano, inclinando la cabeza en dirección a la puerta, y él la sigue hasta el porche.

Josh

Menos de una hora después de que Drew se marche, estoy en el camino de entrada de Nastya. Son las tres y media de la madrugada. Margot llegará a casa en unas pocas horas, y me pregunto cómo va a explicarle Sol su cara. Saco el móvil del sujetavaso y me lo meto en el bolsillo. Todavía no lo he mirado. No quiero ver su nombre en la pantalla y todos los «¿y si...?» que habrá detrás. No puedo enfrentarme al recordatorio de que si hubiera oído el teléfono, si hubiera contestado, nada de esto habría sucedido.

Drew se encuentra de pie en el porche, observando el coche de Tierney Lowell desaparecer por la calle. Camino junto a él y abro la puerta, para que no tenga oportunidad de recordarme que no tengo permitido estar aquí.

Ni siquiera tengo tiempo para prepararme, porque, en cuanto entro, ella está allí, de pie en la cocina. He tratado de no mirarla desde hace semanas. Verla ahora es como si me destriparan, como si algo me desgarrara hasta hacerme pedazos y después volviera a coserme, con todos los órganos en el lugar equivocado. No sé si es el corte bajo su ojo o el moratón en su mejilla o la expresión de su rostro lo que lo hace, pero sé que algo lo hace porque todo en mi interior me duele.

–Vete a casa –dice Drew desde detrás de mí, pero no me doy la vuelta, porque no puedo dejar de mirarla.

–Solo danos un minuto.

No sé si se lo estoy pidiendo o si se lo estoy ordenando.

–Esta noche no, Josh –dice. No suena contundente, solo derrotado.

Tiene razón. Debería marcharme. Ella no debería tener que enfrentarse a esto después de todo lo demás. Pero soy egoísta. Quiero que me diga que está bien, incluso aunque sé que no lo está. Ahora mismo aceptaré mentiras si ella me las da.

–Tan solo necesito un minuto.

Estoy hablando con Drew, pero la estoy mirando a ella. Mi voz es suave, pero mi tono no lo es. No voy a irme a ninguna parte. Ella asiente con la cabeza en dirección a Drew, pero él no parece convencido. Supone que si no mantuvo a Kevin Leonard alejado de ella esta noche, al menos puede salvarla de tener que ocuparse de mí.

–Vete a casa –dice ella con suavidad–. Si tu madre se despierta, va a cabrearse. Estoy bien. Te lo prometo.

Es una mentira enorme, pero es tan natural que parece que llevara años diciéndola. Drew sigue sin parecer contento, pero acepta. Camina hasta ella y la abraza el tiempo suficiente como para susurrarle «lo siento» en la oreja, y después se marcha.

—¿Te duele?

Es una pregunta estúpida para hacerle a una chica que tiene media cara hinchada, pero es lo primero que puedo pensar en preguntarle. Levanta el hielo de nuevo hasta su mejilla y niega con la cabeza.

—La verdad es que no.

Nos quedamos ahí plantados, mirándonos el uno al otro a través de la cocina, con todas las cosas que hemos hecho para hacernos daño desperdigadas por el camino entre nosotros.

Se quita el hielo y baja un plato cubierto de papel de aluminio de la parte superior del frigorífico. Quita el papel de aluminio, deja el plato de galletas de azúcar encima de la mesa y me dice que me siente.

—Sé que dijiste que estabas harto de ellas, pero...

Sí que le dije que estaba harto de ellas, pero fue hace más de un mes. Hizo como doce hornadas en una semana, porque decía que no lograba conseguir el equilibrio perfecto entre blandas y crujientes, y yo le dije que estaba loca, porque a mí me parecían todas exactamente iguales. Finalmente le dije que hasta que no me hiciera algo con chocolate, no iba a probar otra galleta de azúcar.

—¿Lograste encontrar el equilibrio?

No tengo ni idea de cuál es el sentido de esta conversación, pero ella es mi chica de las tangentes, y la seguiré si es ahí adonde quiere ir.

—Creo que sí. —Se encoge de hombros como si no fuera para tanto, a pesar de que ambos sabemos que se estaba volviendo loca al respecto—. Dímelo tú.

Empuja el plato hacia mí. Tiene la cara hecha un desastre. Acabo de tener sexo con Leigh. Estamos sentados junto a su mesa, en mitad de la noche, y me está pidiendo que juzgue sus galletas.

—Saben... —comienzo, tratando de no hablar con la boca llena— exactamente igual que las últimas ochocientas galletas que me hiciste probar.

—Ya sé que saben igual —dice con decisión—. Pero ¿son demasiado crujientes?

Exhalo con lentitud y dejo la galleta sobre la mesa.

—Así que vamos a hablar de galletas.

Asiento con la cabeza robóticamente, tomo una servilleta y la retuerzo entre las manos.

—Siento haberte hecho daño.

—¿Qué?

Las palabras debían de haber salido de mi boca, pero no lo han hecho. Han salido de la suya. Sé que sabe lo que he hecho esta noche. Lo único que puedo pensar es «No te disculpes. Por favor, no te disculpes». Ayer hubiera sido una bendición, pero hoy es una maldición.

Quiero decirle que yo también lo siento, pero son unas palabras de mierda, y yo soy una persona de mierda.

—Siento mucho haberte hecho daño —repite, como si necesitara oírlo de nuevo, y esta vez añade un «mucho» por si acaso. Solo para retorcer el cuchillo.

—Soy yo quien debería estar disculpándose.

—Tú no has hecho nada malo.

No puedo creer que acabe de decir eso. Es peor que una disculpa.

—¿Cómo puedes decir eso? Todo lo que ha pasado esta noche ha estado mal. ¡Todo! ¡Absolutamente todo!

No planeaba alzar la voz, pero sucede, y a lo mejor es algo bueno, porque ella también estalla.

—¡Lo sé, Josh! ¿Qué quieres que te diga? ¿Que el corazón se me rompió en mil pedazos cuando entré en tu casa esta noche? ¿Que llegué a casa y vomité, no por lo que sucedió en esa estúpida fiesta, sino porque no puedo dejar de pensar en lo que estabas haciendo con esa chica? ¿Eso es lo que quieres oír? ¡Porque es cierto!

Sé que es cierto. Lo sé porque el dolor está por toda su cara, en sus ojos y en su voz. Lo sé porque ahora me está haciendo sentir tan enfermo como ella, y no puedo hacer nada al respecto. Sucede, como todo lo demás.

Se levanta de la mesa y cruza la habitación, y noto cada centímetro de espacio entre nosotros.

—¿Y sabes qué es lo peor? —continúa—. Lo peor es que ni siquiera puedo estar enfadada al respecto, porque es culpa mía. ¿Eso es lo que querías que dijera? ¿Que sé que es mi culpa? ¿Que nada de esto habría pasado si no estuviera tan decidida a destruirme a mí y a todo lo que me rodea? Vale. ¡Es todo culpa mía! Todo es culpa mía, y nadie lo sabe mejor que yo. Todos estamos en un infierno, y soy yo quien nos ha metido aquí. Lo sé, y lo siento.

La miro fijamente durante un minuto, porque es el primer sentimiento auténtico que he visto en ella desde hace una eternidad. Ha sido un agujero negro emocional desde

hace semanas, pero, de pronto, aquella calma muerta y monótona ha desaparecido, y está tan frustrada y afligida como yo.

Me pongo en pie y doy un paso hacia ella. Me mira como si no supiera qué demonios estoy haciendo. Hay una mezcla de miedo y confusión en su rostro, y sus ojos miran detrás de mí con rapidez, como los de un animal acorralado que estuviera buscando un lugar por donde huir. Durante tan solo un segundo, deja de ocultar la vulnerabilidad que siempre trata de fingir que no existe. Debería irme y dejarla en paz, pero no quiero estar en una habitación con ella y no poder tocarla una vez más antes de que todo vuelva a irse a la mierda mañana.

—Voy a caminar hacia ti —digo, dando un paso en su dirección, como si estuviera hablando con alguien que fuera a saltar para suicidarse—. Voy a rodearte con los brazos y voy a abrazarte. —Hago una pausa antes de dar el último paso—. Y tú vas a permitírmelo.

—¿Por qué? —me pregunta, como si fuera la mayor locura que ha escuchado jamás, y a lo mejor, después de esta noche, lo es.

—Porque necesito hacerlo.

Ahora estoy frente a ella, y no se aleja, así que hago lo que he dicho y la rodeo con los brazos. Siento que su cuerpo se suaviza ligeramente contra el mío, pero no mueve los brazos ni me devuelve el abrazo. No me perdona, y eso está bien. Yo tampoco sé si la perdono.

Cuando se mueve, es para llevar la mano hasta mi pecho y apartarme con suavidad. Levanto una mano hasta su cara, deseando poder borrar los moratones y el dolor, pero me detengo justo antes de rozar su piel con los dedos, y vuelvo a dejar que mi mano caiga a mi costado. Me gustaría que me dejara ir ahora, que me dejara marcharme sin decir una palabra más, pero nunca ocurre de ese modo.

—Lo cambiaría si pudiera. Nunca debería haberte hecho daño.

No deja de volver a lo mismo, y es inútil, porque a estas alturas ya no podemos deshacer nada.

—Yo nunca debería habértelo permitido —replico. Es cierto y lo supe desde el principio. No debería haberle permitido que me hiciera daño. Jamás debería haberme importado tanto como para que eso fuera posible. Incluso hice lo que me pidió. Nunca le dije que la quería, pero eso no cambiaba nada. La quise cada día, y fui yo quien sufrió por ello.

—Tenía que marcharme. —Hay una súplica en su voz, me está rogando que comprenda algo que no entiendo—. No puedo decirte la verdad, y sé que quieres saberla. Acabaría

decepcionándote, pues nunca es suficiente, al igual que con todo lo demás.

–Marcharte era lo único que podías hacer para decepcionarme.

Hubiera vivido cada día sin la verdad, solo para conservarla, incluso aunque eso estuviera mal.

–Ya no importa –dice, y en su cara veo grabado el arrepentimiento de mucho más que las últimas semanas. Está aceptándolo. Los dos podemos sentirlo tanto como queramos, pero han pasado demasiadas cosas que no podemos deshacer. Hay algunas cosas con las que simplemente tienes que aprender a vivir. Los dos aprendimos esa lección hace ya mucho tiempo.

–Voy a reventarle la cara a Kevin Leonard –digo finalmente, porque eso sí que puedo hacerlo, incluso aunque no sea suficiente ni de lejos.

–No lo hagas.

Hay determinación en su voz.

–¿Por qué no debería hacerlo?

–Eso no es razón suficiente.

–Tú eres la única buena razón.

Puede que no tenga permitido quererla, pero eso no significa que vaya a dejar que nadie le haga daño. A lo mejor es irónico, dado que soy yo quien le ha hecho más daño esta noche.

–No quiero ser la razón de ello. Ha terminado, y quiero olvidarlo.

–¿Cómo puedes tomarte esto como si nada? Podría haberte violado, y estás actuando como si no hubiera pasado nada.

–No ha pasado nada. Créeme, he visto cosas peores.

Se encoge de hombros, y resulta enloquecedor.

–¿Peor que ser violada?

La miro con incredulidad.

–Peor que ser casi violada.

Me llevo una mano a la cara, frustrado.

–¡Deja de ser críptica, Sol! Estoy harto de ello. ¡Estoy harto de esto! –Estoy perdiendo los papeles otra vez. He gritado más desde que conozco a esta chica de lo que lo he hecho los últimos diez años, y parece que no puedo parar–. ¡Todo el tiempo dices cosas como esta que no tienen ningún sentido! Como si quisieras que supiera algo, pero no quieres decírmelo, así que se supone que simplemente tengo que captar pistas aleatorias

para descubrirlo. Pues ¿sabes qué? No puedo. No puedo descubrirlo. No puedo descubrirete a ti, y me estoy hartando de intentarlo.

Supongo que no teníamos que esperar hasta mañana para que todo vuelva a irse a la mierda. Está sucediendo ahora mismo.

Tengo las manos en el pelo y no puedo dejar de caminar por la habitación, porque tengo demasiada agresión acumulada y no sé qué hacer con ella. Ahora comprendo lo de correr. Creo que podría salir corriendo de aquí ahora mismo y no parar durante varios kilómetros. Tomo aliento y vuelvo a comenzar, porque parece que tampoco puedo parar de hablar.

—Lo único que sé es que algo te pasó, o más bien que alguien te hizo algo que te jodió la mano y se encargó del resto de ti en el proceso, y no puedo arreglarlo.

—Nadie te ha pedido que lo hagas. —Las palabras son fieras y amargas. Sus ojos casi se vuelven salvajes—. Todo el mundo quiere arreglarme. Mis padres quieren arreglarme. Mi hermano quiere arreglarme. Mis terapeutas quieren arreglarme. Se suponía que tú eras la persona que no iba a tratar de arreglarme.

Ahora estamos los dos exasperados. Los dos estamos enfadados y, por alguna razón, es un alivio. Me hace sentir como si a lo mejor no fuera el único en la habitación.

—No quiero arreglarte a ti. Quiero arreglar esto.

Levanto los brazos, pero ni siquiera yo sé a qué me refiero. ¿A ella? ¿A mí? ¿A todo el jodido mundo?

—¿Qué diferencia hay?

¿Qué diferencia hay? No lo sé. A lo mejor no hay ninguna. A lo mejor sí que quiero arreglarla a ella. Si es así, ¿está eso mal? ¿Me convierte en el gilipollas de esta situación?

—No lo sé —respondo, porque es lo único que sí sé. Vuelvo a sentarme junto a la mesa y bajo la cabeza hasta mis manos.

Las emociones de esta habitación están rebotando por todas partes, y no puedo seguirles el ritmo. Son más de las cuatro de la madrugada, y me siento como si mi cuerpo entero estuviera exprimido, y sencillamente estoy harto.

—Yo también pensaba que había algo mal en ti. —Su voz está más calmada, y suena como si se disculpara, como si pensara que me está insultando, pero no está haciéndolo—. Pensaba que no te importaría que yo estuviera mal, porque simplemente entendías lo que era eso. Supuse que si no te preguntaba, tú no me preguntarías, y podríamos limitarnos a fingir que no importaba lo que hubiera pasado antes. Supongo que no funciona de ese

modo. –Se encoge de hombros a medias, como si lo hubiera sabido todo el tiempo, pero estuviera aceptándolo finalmente–. Tan solo quería a alguien que me mirara y no quisiera ver a otra persona.

–¿Quién te mira de ese modo?

Levanto la cabeza y bajo las manos para poder verle la cara, y no logro imaginar que nadie mire a esta chica y quiera ver nada que no sea ella.

–Todos los que me quieren.

–¿A quién quieren ver?

–A una chica muerta.

Capítulo 51

Nastya

El martes, durante la quinta hora, la señorita McAllister continúa con la unidad de poesía. Ya habíamos estudiado la misma lección antes, en mi clase, y ahora puedo limitarme a escuchar mientras trato de no mirar demasiado al chico guapo e impagable de la última fila, cuyo corazón he pisoteado entero. Ni siquiera sé durante cuánto tiempo acabamos hablando la madrugada del sábado, pero sé que no resolvimos nada. Ya lo habíamos pasado todo por la trituradora, y simplemente no quedaba nada.

Camino entre las filas, entregando una lista de preguntas de discusión sobre el poema «Renacimiento», de Edna St. Vincent Millay. Paso junto al pupitre de Ethan Hall, que vuelve a mirarme la cara. He podido hacer un buen trabajo para cubrirmela, pero todavía se distingue el moratón.

—¿Así que ahora pegas a tus novias? —le dice a Drew. Una mirada de engreída satisfacción cruza su rostro, como si estuviera diciéndome que he recibido lo que me merecía por rechazarlo. A lo mejor sí que he recibido lo que me merecía, pero no ha sido por nada que le hiciera a él.

—No, eso te va más a ti —responde Drew, sin inmutarse.

—Se lo hizo en *kickboxing*.

Me giro y veo a Tierney Lowell fulminando a Ethan con la mirada. Es la única persona aparte de Drew, Josh y yo que sabe lo que pasó con Kevin. No me sorprende que intervenga. Es a Drew a quien está defendiendo, aunque no lo admita. Asiento con la cabeza de forma casi imperceptible en señal de agradecimiento hacia ella, porque, aunque él lo ignore, yo no lo haré.

Cuando paso junto al pupitre de Kevin Leonard, extiende el brazo para agarrarme la mano y decir algo. Parece avergonzado, pero, antes de que pueda tocarme o abrir la boca, Josh le pega una patada en la parte posterior de la silla. Con fuerza. Kevin baja la mano y mira el papel que tiene delante y murmura «Lo siento» entre dientes, y tengo la sensación de que se lo está diciendo a Josh, y no a mí.

Josh desliza el impreso por el pupitre cuando lo dejo allí, pero no da ninguna muestra de reconocermelo. Ni siquiera existo. Volvería a dar la mano a cambio de retirar todo lo que hice y oírlo llamándome «Sol».

—¿Quién puede explicarme de qué trata el poema? —pregunta la señorita McAllister para empezar. Deja los impresos restantes encima de un bonito podio de roble hecho a mano que apareció mágicamente en su aula hace una semana. Es un misterio de dónde ha salido.

—Árboles —dice alguien.

—Hay árboles en el poema —admite—. Pero no es de eso de lo que trata.

—¿No se supone que los poemas son cortos? —pregunta Trevor Mason—. Porque este tenía como cien páginas.

—Hipérbole, señor Mason —responde la profesora.

—Hiperbo... ¿qué?

—Es una exageración, idiota —le espeta Tierney, y después pone los ojos en blanco y mira al techo antes de soltar aire en señal de derrota—. Prefiero el castigo.

La señorita McAllister camina hacia su escritorio y rellena un impreso de castigo.

—¿Quién es la idiota ahora? —dice Drew, y sonríe con suficiencia en dirección a Tierney. Levanta la cabeza y capta la mirada fulminante de la señorita McAllister, que sigue en su escritorio con el taco de hojas de castigo en la mano. Después vuelve a mirar a Tierney—. Sí, ya lo sé. Castígueme a mí también.

—Todavía necesito que alguien responda a la pregunta que tenemos entre manos.

La señorita McAllister entrega los impresos de castigo y regresa a la parte delantera del aula. Aunque no estoy observando la clase, podría haber oído el giro colectivo de todas las cabezas del aula cuando Josh levanta la mano. Incluso la señorita McAllister parece no saber cómo interpretarlo.

—¿Josh? —dice, dubitativa. Él permanece en silencio durante un segundo, con aspecto dolorido, como si ya se arrepintiera por atraer la atención.

—Es acerca del sueño de las segundas oportunidades —dice finalmente. No ha levantado los ojos desde el papel de su pupitre, y noto como si me estuviera mirando sin mirar cuando utiliza las palabras de su abuelo—. La narradora no respeta la belleza de la vida y del mundo a su alrededor, así que la aplasta en el suelo, y cuando está muerta se da cuenta de todo lo que dio por hecho y no vio justo delante de ella cuando estaba viva. Suplica otra oportunidad para volver a vivir, para poder apreciarlo esta vez.

He apartado los ojos de Josh para mirar a la señorita McAllister. Lo observa con una expresión de orgullo y afecto que me recuerdan a la forma en que lo mira a veces la señora Leighton. Sin embargo, no creo que la expresión de la señorita McAllister se deba tanto a su respuesta como al hecho de que haya respondido.

—¿Y recibe esa oportunidad? —le pregunta a Josh mientras yo me concentro desesperadamente en el póster de términos literarios de la pared y espero la absolución. Cuando llega, apenas la oigo.

—Sí.

Josh

No vuelvo a verla fuera del instituto hasta el miércoles, e incluso entonces apenas me mira. Nada ha cambiado realmente, salvo que, antes del último fin de semana, me sentía más como una víctima en todo esto, y ahora no tanto ya no me siento tan víctima.

Ya son las once. Llevo horas en mi garaje, pero no he hecho demasiado. He reorganizado el mismo baúl de herramientas dos veces, y ahora estoy barriendo el serrín. No tengo la energía necesaria para hacer nada que valga la pena, pero tengo una lista que no deja de crecer, y voy a tener que empezar en algún momento. He tenido más tiempo durante las últimas seis semanas de lo que he tenido en meses, y no he logrado hacer una mierda.

Entro en la casa, preparo otra taza de café y la llevo fuera; decido comenzar con los cortes iniciales para la mesita auxiliar a juego que le prometí que le haría a la madre de Drew. Y a lo mejor estoy más cansado de lo que pensaba, porque cuando abro la puerta lo primero que veo son unas piernas pálidas con botas negras de puntas de metal balanceándose desde la mesa de trabajo.

—Eres un adicto, ¿lo sabías? La cafeína es una adicción horrible de superar.

–Supongo que entonces no la superaré.

Asiente con la cabeza y quiero preguntarle por qué está aquí, pero me alegra que esté y, durante unos pocos minutos, quiero fingir que todo ha vuelto a ser como antes. A lo mejor eso es lo que ella también quiere.

–Atrofiará tu crecimiento, ¿sabes?

–No sabía que estuvieras preocupada.

–Solo por algunas partes.

Sonríe con suficiencia. Yo sonrío durante un minuto, pero es una sonrisa débil, y me doy cuenta de que no quiero bromear con ella. Especialmente no de ese modo. Me hace pensar en todo lo que sucedió esa noche, y en todo lo que ha ido mal desde entonces, y por mucho que quiera fingir que todo vuelve a ser como antes, sencillamente no miento lo bastante bien.

–Me ayuda a mantenerme despierto –respondo sin morder el cebo.

–¿Por qué no duermes y ya está?

–Últimamente no duermo bien –digo con honestidad.

–A lo mejor es por la cafeína. Es un círculo vicioso.

–Tú no bebes café. ¿Duermes bien?

–También es verdad –dice débilmente.

–Gracias.

Esta conversación es tan civilizada que resulta retorcida.

Salta de la mesa y camina hacia mí. El moratón de su cara se ha difuminado, pero ahora no está cubierto de maquillaje como en el instituto, así que todavía puedo verlo. Tengo que resistir la tentación de pasar los dedos sobre él y después salir corriendo hacia la casa de Kevin Leonard para hacerle cuatro más como ese.

–Dame. Déjame que lo pruebe otra vez.

Extiende el brazo para tomar la taza que tengo en la mano.

–Si vas a probarlo, al menos deberías ponerle alguna mierda primero.

–Suená delicioso.

–Yo lo bebo solo, pero tú no lo harás. Tus papilas gustativas se oponen a cualquier cosa que no sea dulce.

–Dámelo, idiota. –Le doy la taza y ella da un sorbo mientras observo su cara contorsionándose por el sabor amargo–. Sigue estando asqueroso.

–Te acostumbras.

Me encojo de hombros y recupero la taza. Ella la suelta y se estremece, como si estuviera tratando de expulsar el sabor de su boca. Tengo que intentar no sonreír.

—Preferiría no hacerlo.

Arruga la nariz y vuelve a sentarse sobre la mesa. Sus piernas comienzan a balancearse otra vez, y me doy cuenta de lo sencillo que sería quedarme aquí y olvidar todo lo que ha pasado. Pero siempre terminaremos volviendo adonde estábamos, porque no hemos resuelto nada, y yo no soy quien tiene las respuestas. A lo mejor, por una vez, necesito dejar de permitirle que lo dicte todo solo porque quiera conservarla. No puedo olvidar lo que ha hecho, y no puedo esperar que me perdone lo que yo he hecho, y no sé adónde va a llevarnos eso.

—No es lo mismo —digo, mientras la observo escribir su nombre en el polvo de la mesa de trabajo, junto a ella—. No podemos actuar como si no hubiera pasado nada... fingir que todo va bien.

—Ya lo sé —dice, levantando los ojos hasta los míos con algo que podría creer de verdad que es esperanza—. Pero a lo mejor...

Acaba quedándose las dos horas siguientes. Mide y marca la madera para mí, y yo la corto. No hablamos de nosotros, ni de Kevin Leonard, ni de Leigh, ni de manos perdidas, ni de gente perdida, ni de tiempos pasados. Hablamos de muebles, herramientas, recetas, competiciones de arte y debates. Es familiar y reconfortante. Todavía hay algo flotando entre nosotros que no podremos ignorar para siempre, incluso aunque lo ignoremos esta noche. Pero a lo mejor...

Después de la una de la madrugada la llevo en coche hasta su casa, porque ha venido a pie a la mía. Nos quedamos sentados en la camioneta, mirando la puerta de entrada de su casa, porque las cosas han cambiado un poquito en dirección contraria esta noche, y ninguno de los dos está preparado para perderlo todavía. Extiendo un brazo y dejo la mano con la palma hacia arriba en el asiento entre nosotros y ella no duda. Deja su mano izquierda sobre la mía y yo cierro los dedos sobre ella.

Capítulo 52

Nastya

No sé durante cuánto tiempo nos quedamos sentados en la camioneta de Josh, con las manos entrelazadas, rodeados de oscuridad y remordimientos sin pronunciar. Pero es el tiempo suficiente como para saber que no hay historias ni secretos en el mundo a los que merezca la pena aferrarse más que a su mano.

Capítulo 53

Nastya

Pienso mucho en todas las pequeñas cosas que sucedieron el día que me atacaron, y cómo cualquiera de ellas podría haberlo cambiado todo. Me pregunto cuántas miles de variables tuvieron algún papel en que me encontrara aquel día, y si habrá tantas trabajando para que yo lo encuentre.

* * *

Clay me recoge a las ocho de la mañana, con una camisa de botones de manga larga y pantalones de vestir, y no se parece ni remotamente al desastre cuidadosamente despeinado que estoy acostumbrada a ver. Dudo que yo tampoco me parezca demasiado a lo que él está acostumbrado a ver. Hoy me parezco más a Emilia de lo que lo he parecido en meses. No sé si me siento bien, pero tampoco me siento tan mal como solía.

Miro a Clay de arriba abajo e inclino la cabeza hacia un lado en señal de apreciación.

—Tú también —dice, abriéndome la puerta del coche. Ni siquiera sé muy bien por qué me lleva. Dijo que quería que viera por qué he estado sentada durante tanto tiempo, pero ya lo he visto todo. No creo que parezca muy diferente colgando de una pared.

La apertura de la galería es a las nueve, y todos los finalistas tienen que haberse registrado para las entrevistas antes de las diez. El viaje dura poco más de una hora, así que vamos bien de tiempo. La entrevista de Clay es a las once, así que puedo pasearme entre las obras expuestas y echar un vistazo a sus competidores, aunque no logro imaginar siquiera cómo Clay Whitaker podría tener alguno.

—Toma. —Clay enchufa un reproductor de MP3 al estéreo del coche y me lo entrega—. Supuse que necesitaríamos música, dado que ya hemos gastado todos los temas buenos

de conversación. Puedes hacer tú de DJ.

La verdad es que no quiero hacer de DJ. Tan solo quiero reclinar la cabeza contra la ventana, cerrar los ojos y fingir que estoy de camino a un restaurante italiano de Brighton. Enciendo el MP3, busco la primera lista de reproducción y la pongo. Con tal de que no sea música clásica ni canciones de amor depresivas, estaremos bien.

No he vuelto a casa de Josh después del miércoles por la noche. Cuando le solté la mano y me bajé de la camioneta, me prometí que la próxima vez que pusiera el pie en su garaje respondería a cualquier pregunta que quisiera hacerme, y quería mantener esa promesa.

Me paso la mayor parte del camino tratando de elegir las palabras adecuadas en mi cabeza, reordenándolas de cien formas distintas, y después encontrando otras nuevas y volviendo a comenzar otra vez. Cuando llegamos a la galería una hora más tarde, mis mejillas están húmedas, y ni siquiera recuerdo cuándo he comenzado a llorar.

Clay se registra y después buscamos la sala donde se encuentra expuesto su trabajo. Es una de las salas más grandes, y hay tres artistas compartiéndola. Los dibujos de Clay están colgados en la pared más grande, y reconozco la mayoría de ellos. Algunos son de su portfolio de la universidad. Otros son los que ha hecho de mí. Pero es difícil concentrarme en ninguno de ellos, porque en el centro de la pared que estoy mirando hay algo completamente diferente.

Y resulta abrumador.

La pieza central de la exhibición es un mosaico de dieciséis dibujos. En cada dibujo separado hay una parte de mi cara, y él las ha dispuesto juntas como si fueran un puzle. Es evidente que esa es la razón por la que estoy aquí, porque todavía no me lo había enseñado. Ni siquiera sabía que lo hubiera hecho. Me entran ganas de salir corriendo de la sala.

Un par de personas entran y comentan los dibujos, y hacen preguntas a Clay y a las dos chicas, llamadas Sophie y Miranda, cuyo trabajo también está expuesto aquí. Principalmente trato de mirar a la pared y fingir que estoy examinando uno de los cuadros de Sophie, hasta que llaman a Clay para su entrevista.

Cuando se va, me aventuro a salir para ver el resto de la exposición. Supongo que puedo comenzar por la parte trasera de la galería, porque la mayoría de la gente todavía no ha llegado hasta allí, y hay más silencio. Camino hacia la esquina trasera del edificio y entro en una de las salas más pequeñas.

Por un momento, no sé dónde estoy. Y, por tercera vez en mi vida, el mundo se mueve bajo mis pies, y simplemente trato de permanecer en pie.

Porque él está aquí.

Es su cara. Y no es una pesadilla. No es un recuerdo. Está aquí, y es real, y está mirándome. Y yo estoy devolviéndole la mirada. Estoy de pie en medio de un momento que he temido y esperado desde el día en que recordé lo que me hizo.

El nombre que hay en la pared junto a los cuadros es Aidan Richter, el instituto es el que está en el pueblo de al lado de Brighton, y la cara delante de mí pertenece al chico que me mató.

Todo dentro de mí se enciende y se apaga al mismo tiempo. Soy débil y fuerte. Estoy aterrorizada y soy valiente. Estoy perdida y encontrada. Estoy aquí, pero no lo estoy.

Temo que vaya a volver a dejar de respirar.

Es mayor, al igual que yo, pero resulta inconfundible. Conozco su cara tanto como conozco cada una de las cicatrices que me provocó.

Quiero correr. Quiero llorar. Quiero gritar. Quiero desmayarme. Quiero hacerle daño, destruirlo, matarlo. Quiero preguntarle por qué, si es que puede haber siquiera una razón posible.

—¿Por qué?

Es un susurro y un grito. Lo pregunto, y no solo en mi cabeza. Son las palabras que escojo, de entre las miles que podría decirle. Le hago la pregunta sin respuesta; salvo porque a lo mejor sí que hay respuesta. A lo mejor es la única persona en el mundo que puede decírmelo.

Ni siquiera sé cuál es el porqué que le estoy preguntando. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué a mí? ¿Por qué estás aquí? ¿Por qué estoy yo aquí? ¿Por qué?

Me mira como si tuviera miedo, y eso es lo único que podría hacerme feliz en este momento. Bien. Mucha gente tiene miedo de mí. Las chicas del instituto. Mis padres. Incluso, a veces, Josh Bennett. Pero este chico es el único cuyo miedo quiero.

Y me pregunto si su presencia aquí es un regalo. Si me lo han entregado para equilibrar la balanza. La versión de Dios de indemnizarme.

—Se suponía que no tenías que recordarlo.

No hay nada en su voz que sea igual. Es él, pero no es él. No hay rabia ni oscuridad que lo envuelva. Es el mismo chico, pero no la misma voz, ni los mismos ojos, ni la misma locura.

–Se suponía que no tenías que matarme.

–No quería hacerlo.

–¿Que no querías hacerlo? –Mi cerebro está exprimiendo las palabras, tratando de encontrarles algún significado. Pero no hay ninguno—. ¿Cómo no ibas a querer hacer lo que hiciste? Me pegaste en la cara una y otra vez. Me arrastraste por el pelo y me lo arrancaste de la cabeza. Me pegaste patadas con tanta fuerza y tantas veces que no había forma de arreglar todo lo que rompiste. Asesinaste mi mano. Los huesos se salían de ella. Por todas partes. ¿Lo recuerdas?

La última pregunta no es más que un susurro patético y estrangulado.

–No.

La palabra es casi una disculpa.

–¿No?

Yo tampoco recuerdo qué aspecto tenía mi mano. Tan solo he visto las fotos que nadie quería enseñarme. Pero él es quien lo hizo, debería recordarlo.

–No todo. Fragmentos.

–¿Fragmentos? ¿Me hiciste eso y ni siquiera tienes la decencia de recordarlo?

Ni siquiera sé de dónde sale esa palabra. No puedo creer que esté hablando de decencia con el chico que casi me mata de una paliza. No puedo creer que esté hablando siquiera con él. Se suponía que tenía que matarlo.

–Mi hermano se suicidó.

–Lo siento.

«¿Lo siento?» Le he dicho «lo siento» a este chico. Estoy yendo al instituto y sonriéndole y saludándolo otra vez. No. No lo estoy. No lo estoy. No lo estoy. Me perdono porque ha sido automático. No lo decía en serio. Le he dado las palabras, pero no le daré la simpatía. Me mira como si él tampoco pudiera creerse que lo he dicho. Creo que estoy loca. No sé si esta conversación perversa es real, pero debe de serlo, porque no creo que pudiera imaginarla.

–Ese día llegué a casa y lo encontré. Encontré su cuerpo.

Está hablando como si hubiera ensayado las palabras mil veces en su cabeza, y tan solo hubiera estado esperando el momento para decirlas.

Y lo hace.

Me da el mítico porqué. Me cuenta la historia. Al menos lo que recuerda de ella, y pienso en lo irónico que es: se supone que yo no tendría que recordarlo, pero lo hago, y

el chico que se supone que tendría que tener todas las respuestas tiene la mente llena de espacios en blanco. Pero lo suelta todo en un torrente enloquecido, como si llevara años aferrándose a ello, y quisiera soltarlo antes de que pueda detenerlo.

Me habla de su hermano. De la chica de la que su hermano estaba enamorado, que iba al mismo instituto que yo. La chica que rompió con su hermano y a quien Aidan culpaba por el suicidio, a pesar de que ahora sabe que no fue la razón. La chica rusa. La puta rusa. La chica que fue a buscar aquel día. La chica a la que vio cuando me vio. Solo porque yo estaba allí.

Hace una pausa para tomar aliento y, durante un momento, hay tanto silencio que puedo oír el espacio entre los latidos. Es el silencio que llevo buscando tres años, y finalmente lo encuentro con el chico que me lo arrebató.

Y entonces pronuncia las palabras. Y no es posible que odie más a este chico, pero lo hago.

—Lo siento. Lo siento mucho, muchísimo.

Mi cabeza quiere explotar. No es así como se suponía que tenía que pasar. No se suponía que tuviera que disculparse. Se suponía que tenía que ser malvado, y que yo tenía que hacerle daño.

Mis manos son puños sin un propósito. No sé de dónde sale mi aliento, solo que sigo respirando. No puedo continuar escuchando nada de esto, porque me está robando mi ira, y es lo único que tengo. No puede arrebatarme también eso. No puede hacer que no lo odie. No me quedará nada.

Comienza a hablar acerca de sus padres, que lo metieron en terapia después del suicidio, y de la culpa con la que vive, porque nunca le contó a nadie lo que me hizo. Me dice que esperó y esperó a que lo atraparan, pero nadie fue nunca a por él. Y pensó que le habían dado una segunda oportunidad, que no morí, y que pensaba que yo estaba bien y que era alguna especie de nuevo comienzo. Lo era, solo que de una historia de mierda.

Palabras. Demasiadas palabras. No necesito saber por qué se volvió malvado, solo que lo fue. No hay ni una sola parte de mí que quiera escucharlo hablar sobre su culpa, y su terapia, y su arte, y su curación. No merece sentirse mejor. No merece perdonarse. No voy a darle permiso.

Y, aun así, no creo que se perdone. Hay tanto remordimiento, y dolor, y odio hacia sí mismo en su expresión, que siento lástima por él porque sé cómo se siente, y me odio a mí misma por esa lástima.

Deja de hablar. He escuchado cada palabra que ha pronunciado, y ahora es mi turno. Mi turno para decirle todo lo que he necesitado decirle desde el día en que recordé lo que me hizo. Mi turno para hacer que me escuche. Pero no tengo la oportunidad de hacerlo. Clay entra antes de que pueda descubrir cuál de las mil palabras que tengo en la cabeza voy a decir primero.

—Aquí estás. —Mi amigo me mira—. ¿Ya lo has visto todo?

Se gira hacia Aidan Richter, que parece atormentado y me mira como si yo fuera un espectro. Algún espíritu del pasado, que ha venido para reclamar lo que le deben.

—Hola —saluda Clay, y camina hacia él para ofrecerle la mano. Quiero apartársela y gritarle que no lo toque. Sé lo que han hecho esas manos, y no quiero que se acerquen siquiera a las de él—. Clay Whitaker. ¿Es tu trabajo?

Mi amigo mira las paredes, en las que no me había fijado hasta ahora. El arte de este chico es muy diferente del de Clay. No hay nada ni remotamente similar. Pero es increíble, y quiero darme un bofetón por pensarlo. Lo odio por la habilidad de crearlo.

Y entonces lo veo. Y no hay palabras para describir el odio que siento por él. El cuadro. En el extremo más alejado de una pared, justo en el fondo, como si fuera un punto final, o una ocurrencia tardía. Pero no es un cuadro. Es un recuerdo que no sucedió.

No sé nada sobre arte, así que no sabría decir si es acuarela o acrílico, o si está hecho en un lienzo, ni absolutamente nada relacionado con el arte. Pero puedo decir que es un cuadro de una mano, de mi mano, hacia arriba y abierta al mundo, y que se estira hacia mi cuerpo y desgarrar todo lo que me queda. Porque en la palma, justo en el centro, se encuentra el botón con forma de perla que nunca llegué a alcanzar.

Aidan Richter ha desaparecido, y yo sigo esperando.

Necesito encontrarlo. Él ha podido decirlo todo, pero yo no he dicho nada. No voy a dejar que se libre de su culpa a mi costa. No va a utilizarme también para ello. No va a hacer que me cuestione todo en lo que he creído durante casi tres años y después se marche sin escucharme.

Es mi turno para gritarle. Para preguntarle si sabe que es un asesino. Si sabe que, aunque sobreviví, eso no significa que no me matara. Que logran revivirme no significa que no esté muerta. Que logran que volviera a latir no significa que mi

corazón no se parara. No cambia nada de lo que hizo. Mató a la chica del piano de Brighton, incluso aunque no matara a Emilia Ward. Y quiero decírselo. Quiero que sepa lo que sé. Quiero que sufra. Me siento frenética por todas las palabras sin pronunciar.

A lo mejor nadie lo ha encontrado antes, pero ahora sé quién es. Conozco su nombre. Puedo encontrarlo, como él me encontró a mí.

Y cuando lo haga, no será por casualidad.

Capítulo 54

Josh

Cuando llego a la cena del domingo, espero que ella esté ahí, pero se la ha saltado, y no la culpo. Yo también me la hubiera saltado el fin de semana pasado después de todo lo que pasó, si no estuviera desesperado por tener aunque fuera la más mínima oportunidad de verla.

Mi casa está demasiado silenciosa, y mi garaje demasiado vacío, así que he venido temprano. La cena no está preparada, de modo que Drew y yo acabamos en su habitación, porque no me apetece quedarme ahí plantado, siendo educado y hablando de trivialidades. Pero tampoco tengo nada de que hablar con Drew, así que permanecemos sentados estúpidamente, en silencio.

A lo mejor debería haberme quedado en casa. Sol no ha vuelto después de que habláramos el miércoles. Pensaba que había sido un punto de inflexión, pero a lo mejor simplemente estaba haciéndome ilusiones de nuevo.

—Cuéntame qué demonios pasó entre vosotros —exige finalmente Drew—. Y no digas que nada. Y no digas que no lo sabes. Ya he recibido todas las respuestas evasivas posibles por parte de los dos, y estoy hasta los huevos.

—No lo sé. —Levanto la mirada hacia Drew y lo detengo antes de que pueda interrumpirme—. Esa es la verdad, te guste o no. No tengo ni puta idea. Todo estaba bien. Todo iba estupendamente. Y después ya no. Lo único que sé es que, durante unos cinco minutos, creo que fui feliz.

—Algo tuvo que pasar, Josh.

Desde luego, algo sí que pasó. Lembro una batalla interna para decidir si hacerle o no la pregunta que tengo en mente. Siempre me he preguntado cuánto habla con Drew, cuánto

pasa entre ellos de lo que yo no soy consciente.

—¿Te dijo que era virgen?

—¿Qué? No puede ser. —Me mira con incredulidad—. ¿En serio?

Asiento con la cabeza. Es evidente que no sabía más que yo. Me siento como si estuviera traicionándola por contárselo, pero tengo que decírselo a alguien. Tengo que tratar de entender. Me siento como si me estuviera ahogando.

—¿Cómo es eso posible? Que sea virgen.

—Ya no —respondo.

—Y eso es lo que pasó.

Parece despejarse. Ni siquiera es una pregunta.

—Eso es lo que pasó.

—¿Por qué ibais a romper por eso? —pregunta, confuso.

—No lo sé. No comprendo nada de esto. Dijo que estaba destrozada, y que me estaba utilizando para destrozarse lo que quedaba.

—¿Qué se supone que significa eso? —Me limito a negar con la cabeza. No tengo ninguna respuesta. Le pregunté lo mismo a ella, y nunca me dio ninguna—. Eso no tiene sentido.

—Nada acerca de ella ha tenido sentido, desde el día en que llegó. Simplemente quería fingir que no importaba, y yo también lo hice.

Es lo máximo que le he dicho a nadie acerca de ella, y cuando lo oigo salir de mi boca, sé cómo suena.

—Sabes que te quiere, ¿verdad?

—¿Te lo ha dicho ella?

Odio la esperanza en mi voz.

—No, pero...

—Me lo imaginaba.

No quiero que sienta lástima por mí y me dé falsas esperanzas. O lo ha dicho, o no. Y no lo ha dicho. Claro que yo tampoco lo he hecho.

—Josh...

Drew no tiene oportunidad de terminar, porque su madre nos llama para cenar, y salgo de la habitación antes de que pueda decir nada más.

Cuando llegamos a la cocina, la señora Leighton me abraza, y Drew va al ordenador a poner una lista de reproducción, porque es su turno esta noche. Todo parece normal.

Y Sol no está por ninguna parte.

Estamos a punto de llevar la comida a la mesa cuando el señor Leighton nos llama desde el salón donde siempre ve las noticias antes de cenar. La señora Leighton le responde que es hora de comer y que tiene que apagar la tele, pero él vuelve a llamarla, y ella debe de reconocer algo en su tono, porque esta vez no lo cuestiona. Simplemente va, y todos la seguimos.

Y este es el momento de antes. El momento en el que todo es familiar y comprensible todavía. El momento antes de que todo cambie. He tenido unos cuantos de esos momentos en mi vida. El momento en el que camino desde la cocina hasta el salón es uno de ellos, el momento en el que veo la cara en el televisor del salón de los Leighton, antes de la cena del domingo.

Ni siquiera sé por qué nos ha llamado hasta que sigo los ojos de todo el mundo hasta la pantalla del televisor. Y entonces lo comprendo todo. Ni siquiera puedo oír lo que están diciendo, porque la foto me grita con tanta fuerza que ahoga todo lo demás. El señor Leighton rebobina el DVR y sube el volumen, pero aun así apenas logro procesar las palabras.

El estudiante de instituto Aidan Richter ha sido detenido esta tarde después de confesar la brutal paliza y el intento de asesinato en el año 2009 de Emilia Ward, que entonces tenía quince años, a quien los lugareños llamaban cariñosamente «la pianista de Brighton». El crimen ha permanecido sin resolver desde hace casi tres años, hasta que Richter, que en el momento del ataque solo tenía dieciséis años, fue hoy mismo con sus padres y un abogado a la policía y se entregó. No se ha desvelado ningún otro detalle por el momento, y hasta ahora ninguna de las familias ha declarado nada. Mañana habrá una conferencia de prensa a las nueve y media de la mañana.

—Increíble —dice el señor Leighton, pero no lo es, y él lo sabe. No hay nada de asombroso en ello. Es como si comenzaran a aparecer las piezas del puzle. Todo encaja.

brutal... paliza... intento de asesinato... Emilia... pianista...

Pone en pausa la imagen del televisor cuando la pantalla está partida para mostrar la imagen de la chica que llevo meses mirando desde el otro lado de mi garaje. Más joven. Sin maquillaje. Sin ropa negra. Sonriendo. Incluso a pesar del pelo y los ojos oscuros, no hay nada oscuro en ella. Es toda luz. Como el sol.

—Recuerdo haberlo visto en las noticias cuando sucedió. Fue una historia terrible. Es igual que ella —dice la señora Leighton, y me pregunto si no puede obligarse a creerlo, o

si honestamente no lo hace.

–Es ella. –Todos nos giramos, y de pie en la entrada de la habitación está el hermano de Sol–. He llamado a la puerta, pero nadie respondía –explica, aunque en realidad no nos está hablando a nosotros. Está mirando el televisor–. ¿Dónde está?

Los Leighton lo miran como si fuera un loco que acabara de colarse en la casa. Sus caras son una máscara de incredulidad, pero ya hay tanto aturdimiento en la habitación que es difícil averiguar cuál es la fuente.

–Es Asher, el hermano de Nastya –digo, respondiendo a la pregunta que nadie ha formulado, y escuchando lo mal que suena ese nombre saliendo de mi boca.

–El hermano de Emilia –me corrige–. ¿Dónde está? Tengo que llevarla a casa.

Sé que la casa de la que está hablando no es la de Margot. Quiere llevársela a su casa de Brighton. No suena enfadado, tan solo cansado. Como si hubiera estado viviendo con todo esto durante demasiado tiempo y simplemente quisiera que se acabara.

–No está aquí.

–Margot dijo que estaría aquí. Dijo que probara en tu casa primero –me mira–; y que si no estaba allí, que habría venido aquí a cenar.

Hay un desasosiego en su voz que encaja con su expresión.

–No ha venido esta noche –explica la señora Leighton con amabilidad, y después dirige los ojos, llenos de simpatía y preguntas, hacia mí.

–¿Por qué no le rastreáis el teléfono y ya está? –pregunto amargamente, sobre todo porque me doy cuenta de que está tenso, nervioso y preocupado, y me está haciendo sentir todas esas cosas a mí también.

–Se ha dejado el móvil encima de la cama –responde, como si estuviera comenzando a comprender que no se lo dejó olvidado.

Asher nos cuenta lo que ha pasado desde esta tarde en Brighton. En cuanto sus padres recibieron la llamada de la policía, él se metió en el coche para recogerla, de modo que no tuviera que conducir sola. Mientras tanto, ellos no dejaron de llamarla, tratando de hablar con ella, suponiendo que lograrían alcanzarla antes de que las noticias llegaran hasta aquí. Pero nadie ha logrado contactar con ella.

Me saco el móvil del bolsillo para comprobar los mensajes. Nada. Pero no lo guardo, sino que sigo aferrándome a él, haciéndolo girar entre las manos. Drew está haciendo lo mismo. Nos hace sentir como si estuviéramos haciendo algo, implorándonos que suenen, tratando de averiguar alguna forma de ayudar, aunque sea inútil. No hay nadie a quien

llamar, y nadie va a llamarnos, y todos aquí lo sabemos. Si se marchó y no se llevó el móvil, lo hizo por una razón: no quiere que sepamos dónde está.

La noticia de la televisión ha cambiado, pero todos seguimos mirando la pantalla como si hubiera algo allí. Como si de pronto fuera a darnos una respuesta. A lo mejor simplemente no queremos mirarnos los unos a los otros y ver nuestra propia confusión reflejada en la cara de otra persona. Yo no estoy confuso. De hecho, me siento como si comprendiera algo por primera vez en meses. A lo mejor lo entiendo todo.

Asher sale de la habitación para hacer una llamada de teléfono, y Drew me mira. Me doy cuenta de que lo está matando esperar.

—¿Te lo contó? —pregunta.

Debería poder responder que sí a esa pregunta. Debería haberme asegurado de ello. Debería haberme preocupado lo suficiente como para obligarla a decírmelo. Nunca hubo duda de que había cosas que no me estaba diciendo. Cosas. ¿Cómo de retorcido es eso? Cosas. Todas las cosas. Todo. Pero sabía que una vez que me lo dijera ya no habría vuelta atrás, y era más feliz ignorándolo.

Niego con la cabeza, y los ojos de todo el mundo están sobre mí.

—¿Cómo podría decírselo? No habla —dice Sarah.

Drew y yo nos miramos el uno al otro; y ya no sé lo que es un secreto y lo que no lo es.

Mi teléfono suena y respondo sin mirar la pantalla, esperando que sea ella.

—¿Sabías esto? —pregunta Clay, sin saludar siquiera.

—No, no lo sabía —respondo, pero no tengo la energía para ser borde con él. Todo el mundo supone que yo debería haberlo sabido. Debería haberlo sabido. Pero no sabía nada.

—Es ella, ¿verdad? —pregunta, esperando una confirmación que no necesita.

—Es ella.

—La vi con él ayer.

—¿Con quién?

—Aidan Richter. El de las noticias. El chico que confesó.

—¿La viste con él?

¿Cómo es posible?

—En la competición de arte. Él era uno de los finalistas. Cuando salí de mi entrevista, ella estaba en la sala con él.

—¿Qué estaban haciendo?

—No lo sé. Estaban ahí plantados, mirándose el uno al otro. Fue extraño, pero simplemente pensé que a lo mejor él había tratado de hablarle y ella no había respondido, así que él se asustó. ¿Se encuentra bien?

La preocupación en su voz es genuina.

—No lo sé. Nadie sabe dónde está.

Ni siquiera sé cómo logro pronunciar las palabras sin que se me rompa la voz.

Asher regresa mientras sigo hablando por teléfono.

—Mis padres han llamado al banco.

Le digo a Clay que venga aquí y cuelgo para poder oír lo que está diciendo Asher. Nos cuenta que ha utilizado la tarjeta hoy mismo en una gasolinera, en el lado norte de la carretera de peaje que hay justo fuera de Brighton. Va a ir a recoger algunas cosas de casa de Margot, y después volverá hasta allí. No comprendo qué puede ser tan importante como para que tenga que ir a por ello antes de ir a buscar a su hermana, pero no estoy en posición de menospreciar a la gente que la quiere. Yo dije que la quería, y mira lo que he hecho.

No he podido interrumpirlo, porque estoy tratando de formular mis pensamientos antes de bombardear a su hermano con ellos.

—Estuvo con él ayer.

Se me revuelve el estómago cuando lo digo. Tengo miedo de que haya respuestas allí en las que todavía no quiero pensar.

—¿Qué?

No sé quién lo dice. Quizás todo el mundo.

—Aidan Richter. El chico que confesó. Clay dice que los vio juntos en la galería de arte. Él estaba allí.

Me obligo a decirlo en un único y doloroso aliento.

—¿Quién demonios es Clay?

Esa no hubiera sido mi primera pregunta si yo fuera Asher, pero la respondo, dándome cuenta ahora de lo poco que sabe realmente su familia acerca de su vida aquí.

—Hace dibujos de ella. Ayer fueron a una competición estatal. Dice que los encontró juntos en una sala, y que cuando ha visto las noticias, se ha acordado de él.

—¿Sabe algo más? —pregunta Asher, ansioso.

—No lo sé. Le he dicho que venga aquí.

Clay llega a la casa, y en cuanto entra por la puerta lo bombardeamos con preguntas. Nos cuenta lo que sabe, que no es demasiado. Estaba hablando con los jueces mientras ella miraba las obras expuestas. Cuando la encontró después de la entrevista, estaba en una sala con ese tal Richter, y se estaban mirando el uno al otro. No oyó nada, así que no tiene ni idea de si estaban hablando o no. Entonces llamaron a Richter para su entrevista, y después no volvieron a verlo. Clay la llevó a casa al final del día, y eso fue todo.

—Estaba bien durante el camino a casa. Parecía bien. Evidentemente, no hablaba. Estaba mal por la mañana, de camino hacia allí, pero por la tarde no le pasaba nada raro.

—¿Por qué estaba mal? —pregunto, porque es la primera vez que lo ha mencionado.

—No lo sé. Estaba mirando por la ventana todo el tiempo, y cuando llegamos allí estaba llorando. Ha estado fatal desde lo que quiera que pasara entre vosotros dos. —Me mira, pero casi parece hacerlo disculpándose, como si no quisiera delatarnos a ninguno de los dos, pero tuviera que hacerlo—. No habría dicho nada si esto no hubiera pasado.

—¿Estaba llorando?

Asher da la impresión de no entenderlo. Supongo que tampoco llora delante de él.

—No en plan sollozando —aclara Clay—. Tan solo lágrimas. Ni siquiera me di cuenta hasta que la miré. No quise decirle nada al respecto. ¿Quién sabe lo que pasa por su cabeza?

—Nadie —dice Asher, y parece más devastado que antes, si es que es posible.

—Pensaba que conocías a tu hermana —digo, devolviéndole sus palabras, porque ahora me estoy asustando, y eso me hace ser un idiota.

—Nadie conoce a mi hermana —replica. Y no hay discusión posible ante eso.

Hablamos sobre lo que sabemos y lo que no sabemos a estas alturas. Sabemos muchas cosas, salvo la única que de verdad queremos saber: dónde está.

Básicamente, todo se resume a que nadie la ha visto desde las nueve de la mañana, y no ha habido rastro de ella desde que utilizó la tarjeta de crédito en una gasolinera poco después de las once, justo a las afueras de Brighton. No hay nada después de eso. Pero tiene dieciocho años y ni siquiera lleva doce horas desaparecida, así que nadie va a buscarla, a excepción de nosotros.

Asher llama a sus padres en cuanto terminamos de dar vueltas a la historia de Clay. Mientras Asher habla con su madre, su padre llama a la policía para contarles lo que

pasó ayer entre Sol y Aidan Richter. Todos nos estamos preguntando lo mismo. Lo mismo que nadie está diciendo. Si fue a Brighton, fue a buscarlo antes de que confesara. Y si estuvo en Brighton a las once y él se entregó a las tres y media... ¿qué pasó en ese tiempo?

Asher se marcha, y planea parar en casa de Margot para buscar lo que quiera que haya prometido a sus padres de la habitación de su hermana. Después se dirige directamente hacia Brighton. Margot se queda en su casa, por si se diera el caso poco probable de que Sol volviera por aquí.

Todo el mundo sabe que voy a ir, y Drew dice que él también lo hará. Asher nos da la dirección y el número de teléfono de la casa de sus padres, y nos dice que les contará que vamos a ir. Decidimos llevar cada uno nuestro propio coche, por si tenemos que separarnos cuando lleguemos allí.

Unos pocos minutos después, me subo solo a mi camioneta y me dirijo a Brighton. Me paso todo el camino suplicando con todo lo que tendré alguna vez. No sé cuántas veces digo «por favor». «Por favor, que vuelva. Otra vez no, por favor. Por favor.» Mi teléfono no suena. Son las dos horas más largas de mi vida.

La habitación está llena de un caos controlado. Me recuerda al día que murieron mi madre y mi hermana. Los teléfonos suenan continuamente. Calma frenética. Miedo mal disimulado. Son como zombis: vacíos, atormentados y esperando eternamente algo. Conozco el aspecto que tienen. Esta gente probablemente fue normal alguna vez. Pienso en lo fácil que sería que estos fueran los Leighton de haberse tratado de Sarah. Cómo cada familia normal está a una tragedia de distancia de la implosión total.

Hay fotografías por toda la habitación de una familia que debería conocer, pero no la conozco. Una chica con vestidos pastel, con lazos en el pelo, sonriendo y tocando el piano en más fotos de las que puedo contar. Me siento como si estuviera de duelo de nuevo, pero esta vez es por una chica a la que nunca he conocido.

Tanto su padre como su madre hablan por el móvil. El fijo no deja de sonar, pero nadie responde, porque los periodistas están llamando continuamente. Finalmente, su padre desconecta el teléfono de la pared, y después hay silencio. Pero no en realidad.

Drew y yo nos sentamos en el lado opuesto de la habitación, separados física y emocionalmente del resto de la familia. El resto de la familia. Lo consideren ellos o no,

yo también estoy en esa categoría. Ella se aseguró de ello, sin importar lo mucho que me gustaría poder decir otra cosa. Y ahora ella también ha desaparecido. Encaja a la perfección.

Asher llega poco después que nosotros. Lleva una pila de cuadernos en blanco y negro, como los que la señorita McAllister nos hace utilizar para la escritura creativa. Los deja en la mesa de centro que hay en mitad de la habitación. Es una mesita horrorosa. Yo podría hacer una mejor, y pienso en ofrecerme.

Tan solo puedo ver la portada del cuaderno que hay en la parte superior del montón. Pone «Química» en rotulador rojo, con la letra de Sol, y verlo me destroza un poco.

Su madre camina hacia la pila de cuadernos, como si fueran una bomba.

—¿Son estos?

Asher asiente con la cabeza. Está pálido, y parece mayor que el día que lo conocí. Todos aquí parecen mayores de lo que deberían. Como si hubieran visto demasiadas cosas horribles y ahora simplemente estuvieran cansados. Me pregunto si yo también tengo ese aspecto.

Nastya/Emilia/Sol. No sé cómo llamarla. Su madre toma el cuaderno de la parte superior, lo abre y examina las primeras páginas.

—Tan solo son apuntes de química —dice, aliviada pero confusa.

—Continúa, mamá.

Asher suena como si estuviera dándole un golpe mortal.

Un momento más tarde, el rostro de su madre se contorsiona en la expresión más destrozada posible y se lleva una mano a la boca, y aparto la mirada porque me siento como si estuviera invadiendo algo solo por verlo. Se parece muchísimo a Sol. Drew no aparta la mirada, simplemente la observa. Él también parece mayor. Creo que podría haber sucedido justo ahora, cuando ha visto la expresión en la cara de esa mujer.

—¿Ha necesitado todos estos cuadernos para escribirlo? —pregunta ella a nadie en particular. Su marido, el padre de Sol, el hombre que ha estado detrás de ella todo el tiempo, le quita el cuaderno de las manos, y ella lo mira negando con la cabeza. No como si no comprendiera algo, sino como si le estuviera diciendo que no. No quiere que mire. Es como si alguien te dijera que no mires un cadáver, porque si lo miras ya no podrás volver a no haberlo visto. Siempre estará en tu cabeza, y jamás podrás cerrar los ojos sin que la imagen esté allí. Ese es el aspecto que tiene cuando lo mira y niega con la cabeza. Como si hubiera visto un cadáver y no quisiera que él también lo viera.

—No —responde Asher—. Pone lo mismo en todos. Lo repite continuamente, como si estuviera en bucle. Una y otra y otra vez.

Se le quiebra la voz en el segundo «otra» y comienza a llorar, pero nadie lo consuela. No tienen ningún consuelo que ofrecerle.

Alguien golpea la puerta y entra una chica. No dice nada; simplemente camina directamente hacia Asher, que no se mueve hasta que ella lo alcanza. Entonces la rodea con los brazos y la envuelve hasta que ella casi desaparece, y echo de menos a Sol.

El ambiente en esta habitación me resulta muy familiar. Nadie siente nada, pero nadie deja de moverse, porque hay demasiadas cosas que hacer. Pero, ahora mismo, nadie parece saber cuáles son.

La policía ha dicho que Aidan Richter admitió haberla visto ayer, pero continúa negando haber tenido ningún contacto con ella hoy. Nadie sabe si es verdad o no. No hay ningún lugar adonde ir. Ningún lugar donde empezar siquiera.

Finalmente, deciden que Asher y Addison y el señor Ward se montarán en coches separados e irán a buscarla, aunque no tengan ni idea de dónde comenzar. Asher tenía razón. Nadie conoce a su hermana, al menos, no a la hermana que tiene ahora.

Su madre se queda aquí para atender el teléfono. No saben qué decirnos que hagamos a Drew y a mí. Lo cierto es que no conocemos la zona, y no tenemos ni idea de adónde puede haber ido. Somos inútiles, así que nos limitamos a esperar.

—Podéis esperar en la habitación de Emilia si queréis —ofrece su madre. Todo el mundo en esta casa la llama Emilia, y suena mucho mejor de lo que jamás sonó Nastya.

Su habitación es una locura, y me siento como si hubiera entrado en su mente. No hay paredes. No pueden verse. Cada centímetro de espacio está cubierto con recortes de periódico, páginas impresas de ordenador, y notas escritas a mano en trozos de papel. Casi parecen moverse, como si temblaran, entrando y saliendo de mi campo de visión como una ilusión óptica. Como ella. Quiero cerrar los ojos, pero no puedo. Simplemente giro en un círculo esperando a que se detenga, pero continúa eternamente. Creo que quiero salir corriendo de la habitación, pero ahora está también en mi cabeza. Como el cadáver que se oculta en el piso de abajo, en esos cuadernos.

Entramos y nos acercamos, porque no se puede leer casi nada hasta que casi estás al lado de la pared. Nombres. Todos son nombres, orígenes y significados. Algunos son del

periódico, como los que la he visto cortando en mi casa. Algunos los había impreso obviamente de internet. Otros los ha escrito ella misma.

No sé durante cuánto tiempo nos quedamos mirando las paredes antes de que Drew hable.

—¿Dónde está Nastya?

Lo miro. No lo sé. ¿Cómo iba a saberlo? Pero está mirando las paredes, no a mí. Está buscando su nombre. Yo también comienzo a buscar, pero es imposible.

—Tu nombre significa «salvación» —dice más tarde, mirando un trozo de papel escrito a mano pegado cerca de la ventana. «Salvación.» Menuda mierda—. ¿Te lo contó? —pregunta.

—No. —Nunca se lo pregunté. Nunca le pregunté muchas cosas—. Esto no tiene sentido. Podríamos encontrarlo antes en internet —digo, pues necesito apartar la mirada.

Drew saca el móvil y encuentra una página de nombres de bebés en internet. Escribe el nombre de Nastya y, un segundo después, tenemos nuestra respuesta.

—«Renacimiento» —dice—. «Resurrección.» Origen ruso.

—Creo que es por eso por lo que lo escogió. Por lo de la resurrección. Y supongo que también por el origen ruso.

Su madre está de pie en el umbral de la puerta. Se ha apartado el pelo de la cara, y eso hace que las sombras oscuras bajo sus ojos sean más notables.

—¿Por qué resurrección? —pregunta Drew.

—Porque murió —responde ella, y se parece tanto a Sol que resulta perturbador—. Y después volvió.

Su madre nos cuenta lo que sucedió aquel día. No sé si queremos oírlo, pero ella necesita contarlo, así que la escuchamos. Habla sobre las cosas que no oímos en las noticias, y lo poco que saben de Aidan Richter. Nos cuenta la parte que llegó después. El periodo de no recordar. Y después, más tarde, de no hablar. Las cirugías y la terapia física. Lo de correr, la autodefensa y la furia. Querer ir a un instituto donde nadie supiera quién era. El nombre ruso que su madre no había entendido hasta ahora.

Después habla de antes. Escuchamos una historia tras otra sobre una chica y un piano, y una comunidad completa que se apropió de ella. Sus ojos se iluminan al recordarlo,

pero eso es lo que es: un recuerdo. Como lo que dijo Sol. Sé lo que está viendo: una chica muerta.

Y mientras escucho estas historias, en esta casa que parece un santuario, comienzo a comprender por qué se marchó.

Me siento como si aprendiera más en una noche sobre la chica que prácticamente se ha pasado meses viviendo en mi casa que lo que lo he hecho desde el momento en que la conocí. Y no quiero saber nada de ello.

Su madre nos da las gracias, pero no sé por qué, y después se marcha para hacer más llamadas telefónicas. Creo que simplemente necesita tener algo que hacer.

Drew se tumba en la cama de Sol, mirando al techo. Yo me siento en el suelo y apoyo la espalda contra la pared. Cada vez que me muevo noto el papel que cruje contra mi espalda.

—No lo entiendo —acaba diciendo.

—¿Qué no entiendes? —pregunto. Hay demasiadas respuestas posibles a esa pregunta.

—No entiendo por qué no la violó.

—¿Qué coño quieres decir con eso? —le digo, prácticamente gruñendo.

—No estoy tratando de ser un imbécil. Lo digo en serio —contesta, y me doy cuenta de que lo está diciendo en serio, y para él es incómodo. Todo esto es incómodo para él. En las últimas semanas, Drew ha tenido que enfrentarse a más situaciones cargadas emocionalmente y perturbadoras de lo que lo ha hecho en toda su vida, y no está preparado para ello.

—Lo siento —me disculpo, porque es verdad, por más cosas que simplemente por haberme enfadado con él. Iba a tener que comenzar a madurar en algún momento, pero me siento mal porque haya tenido que ser así.

—Es que no lo entiendo. Una chica preciosa, sola, ¿por qué no la viola? ¿Por qué le pega una paliza y la deja allí? No tiene ningún sentido.

—¿Tendría sentido si la hubiera violado? —pregunto, porque nada de lo que le ha sucedido tiene sentido.

—No. Supongo que tan solo quiero comprender por qué lo hizo. Quiero que haya una razón.

—Demasiado dolor, rabia, aflicción. Demasiada realidad.

Hay demasiadas cosas que pueden romperte si no hay nada que te mantenga entero.

—Eso no es excusa —dice.

—No, no es excusa —respondo—. Pedías una razón, y es una razón. Solo que no es una buena razón.

Me doy cuenta de que sigue esforzándose por entender, por hacer que eso encaje con su visión del mundo, pero nunca lo hará. Y no debería. No tiene lugar en el mundo, sin importar lo muy a menudo que pase.

Siento como si el reloj me maldijera con cada minuto que pasa, y me obligo a no mirarlo, porque no quiero contarlos. Ni siquiera sé durante cuánto tiempo persiste el silencio antes de que necesite decir lo que tengo en la cabeza, porque no quiero que siga allí.

—No puedo seguir con esto —le digo. Porque no puedo. Se suponía que no tenía que haber hecho esto otra vez. Había terminado. Con todo el mundo. Todos ellos. Desaparecidos. Y después ella. ¿Por qué? ¿Qué he hecho que estuviera tan mal? ¿Por qué dármela siquiera, solo para arrebatármela? Sé que Drew quiere decirme que no debo permitirme que mi mente vaya allí, pero ni siquiera puede obligarse a pronunciar las palabras. Es el único lugar que le queda a mi mente por ir—. Es culpa mía. Nunca debería haber pensado que estaba bien quererla.

Drew suspira, mirando al techo.

—Sí que está bien, Josh. Ella está bien.

Quiere creerlo, pero no lo hace, y es peor que si no hubiera dicho nada.

—Nadie está nunca bien.

Es bien pasada la medianoche, pero nadie está durmiendo. Vamos por la tercera cafetera. Yo he hecho las últimas dos, lo cual es lo correcto, dado que he sido yo quien se ha bebido la mayor parte.

Asher y Addison y el señor Ward regresaron hace una hora. Ninguno de ellos dijo una palabra, pero no necesitaban hacerlo. Si hubieran encontrado algo, habría sido evidente. El silencio en la habitación es como un tornillo de banco que no deja de presionarnos, poco a poco, hasta que nos asfixiamos. El piano permanece en una esquina, como un fantasma, y no puedo mirarlo, porque ahora sé lo que significa, y a mí también me atormenta.

Drew y yo estamos sentados a la mesa del comedor. El señor y la señora Ward se encuentran sentados en un sofá, lo suficientemente alejados el uno del otro como para no correr el peligro de tocarse. Addison está tumbada en el otro sofá, con la cabeza descansando sobre el regazo de Asher, que está acariciándole el pelo con la mano de forma distraída.

La puerta trasera se abre y es una bomba que detona en la habitación. Todos nos giramos a la vez. Y allí está ella.

Nadie se mueve. Nadie salta y corre hacia ella, ni grita de alegría. Todos nos limitamos a mirarla, como si estuviéramos tratando de asegurarnos de que se encuentra aquí realmente. Nos mira a todos, y sus ojos recorren cada cara maltrecha de la habitación hasta que alcanza la mía. Y entonces no hay nada más. No puedo moverme, pero ella lo hace. Y entonces está justo delante de mí, y después, al mismo tiempo, su madre dice «Emilia», y Asher dice «Em», y su padre dice «Milly», y Drew dice «Nastya», y yo digo «Sol», y entonces ella se hace pedazos.

Todos los pedazos de todas las chicas salen volando, y yo estoy sujetando a la que queda.

La rodeo con los brazos, pero no digo nada. No pienso nada. Ni siquiera sé si estoy respirando. Tengo demasiado miedo de no ser capaz de mantenerla de una pieza. La he visto llorar una vez antes, pero no era nada como esto. Se ha ido, ha desaparecido en algún olvido fantasmal de dolor. El sonido. Es crudo y primigenio, y terrorífico, y no quiero escucharlo. Tiene la mano apretada entre mi pecho y su boca, tratando de amortiguarlo, pero no funciona. No deja de temblar, siempre temblando, y en mi cabeza ruego que se detenga. Noto que todos en la habitación nos están observando, pero no puedo pensar en ellos ahora mismo.

Sigue de pie, pero no lo está. Todo su peso está sobre mí. Todo él. El peso de su cuerpo, sus secretos, sus lágrimas, su dolor, su remordimiento y su pérdida, y me siento como si yo también fuera a hacerme pedazos, porque es demasiado. No quiero saber nada de esto. Ahora comprendo por qué se pasaba tanto tiempo corriendo. Yo también quiero alejarme corriendo. Quiero soltarla, abrir la puerta y no mirar atrás, porque no puedo hacer esto. No soy lo bastante fuerte, lo bastante valiente, lo bastante reconfortante. No soy suficiente. No soy la salvación de nadie. Ni siquiera la mía propia.

Pero estoy aquí, y ella también, y no puedo soltarla. A lo mejor no necesito salvarla para siempre. A lo mejor puedo simplemente salvarla ahora, en este momento, y si

puedo hacer eso, tal vez me salve a mí, y tal vez eso sea suficiente. Tenso los brazos, como si pudiera detener el temblor solo con eso. El llanto se ha vuelto silencioso. Su cara está enterrada contra mi pecho. Estoy observando la luz que se refleja en el pelo de la parte superior de su cabeza, y me concentro en eso, porque no puedo mirar a mi alrededor y ver todas esas caras pidiéndome las respuestas que no tengo.

Poco a poco, se calma. Su respiración se vuelve más lenta, y su cuerpo se pega al mío, y se queda quieto. Entonces siento que vuelve a recuperar su peso, solo durante un momento, antes de que se aparte de mí.

Aflojo los brazos y la suelto, pero mis ojos permanecen sobre ella. Su cara se vuelve inexpresiva, tal como era la primera vez que la vi, y veo cómo aparta cada emoción. Es como ver el vídeo de una explosión al revés, cada fragmento de los escombros absorbido de vuelta a su lugar, como si no hubiera sucedido nada.

Tengo miedo de apartar la mirada. Tengo miedo de que vuelva a hacerse pedazos. Tengo miedo de que desaparezca. Miedo. Nunca debería haber salido de mi garaje. Nunca debería haberla dejado entrar en él.

Entonces ve la montaña de cuadernos encima de la mesa, y todo su cuerpo se queda inmóvil. Sus ojos no se apartan de ellos. Son una pregunta y una respuesta, todo a la vez.

—¿Cómo? —pregunta finalmente su madre. Confusa. Traicionada. Aliviada—. No lo recordabas.

Miro las caras de la gente que la quiere, que no han oído su voz desde hace casi dos años. Nadie espera ninguna respuesta, pero reciben una.

—Lo recuerdo todo —susurra, y es una confesión y una maldición.

El único ruido de la habitación es el sonido de su madre tomando aliento bruscamente al oír la voz de Sol.

—¿Desde cuándo? —pregunta su padre. Ella aparta la mirada de los cuadernos para mirarlo antes de responder.

—Desde el día en que dejé de hablar.

De algún modo, todos terminan yéndose a dormir, desperdigados por la casa, en camas, suelos y sofás. Acabo en la cama de la habitación de Sol, con su cuerpo aovillado contra

el mío, pero no me importa lo pequeña que es la cama, porque nunca está lo suficientemente cerca.

Nadie hizo intento alguno de detenerme cuando me metí en la cama con ella. Creo que todos sabían que no iban a poder evitarlo. No había nada en esta casa o en esta tierra que fuera a apartarme de ella.

Drew se encuentra en el suelo de la habitación, en una cama improvisada, porque creo que él tampoco quería estar alejado de ella.

La escucho respirar, y el suave sonido que produce al tomar aire me recuerda que está aquí, con el cuerpo apretado contra el mío, tal como hemos dormido tantas noches que he perdido la cuenta.

A veces, durante la noche, su madre entra y nos mira juntos en la cama. Su expresión es de aceptación, si no de comprensión.

La miro a través de la luz que se filtra desde el pasillo, y sé que puede ver que estoy despierto.

–¿Cómo la has llamado? –pregunta, pero no creo que sea la verdadera pregunta.

–Sol –respondo, y ella sonríe como si creyera que es perfecto, y tal vez sea la única persona aparte de mí que piense eso.

–¿Qué es para ti? –susurra. Esa es la verdadera pregunta, y sé cuál es la respuesta incluso aunque no sepa cómo expresarlo.

La voz amortiguada de Drew se eleva desde el suelo antes de que pueda responder.

–Familia –dice.

Y tiene razón.

Capítulo 55

Emilia

Mis padres se van a la mañana siguiente para la conferencia de prensa, y Asher va al instituto, a pesar de que le dijeron que hoy podía saltárselo. Acompaño a Drew hasta su coche, y creo que podría abrazarlo para siempre.

–Voy a echar de menos a mi Nastypants –me dice.

–Nunca llegará el día en que no sea tu Nastypants. –Sonrío y lo suelto–. Dile a Tierney que te dé otra oportunidad. Si la cagas esta vez, yo misma me encargaré de darte una paliza.

Y después se marcha, y solo quedamos Josh Bennett, yo, y todas las preguntas sin formular. Le entrego uno de los cuadernos, porque es la única forma de que lo sepa, y él lo mira como si fuera una víbora.

–No quiero saber nunca lo que pone en esos cuadernos –replica, y se niega a tomarlo de entre mis manos.

Le digo que yo tampoco quiero saber lo que pone en ellos, pero lo sé, y necesito que él también lo sepa. Así que lo lee, y su cara se tensa junto a todos los músculos de su cuerpo, y me doy cuenta de que está tratando de no llorar. Y cuando le muestro las fotos, se mete el puño en la boca y creo que quiere golpear algo, pero no hay nada aquí que golpear. Cuando llega a la de mi mano, en la que se ven los huesos saliendo de la piel en tantos lugares que es difícil creer que logran volver a ponerlos en su sitio, sí que llora. Y no lo culpo.

Le enseño vídeos de mí tocando el piano, y álbumes de fotos llenos de imágenes, y le presento a la yo que nunca conoció; pero no decimos demasiado.

–Eras muy buena –dice con la voz débil mientras rompe el silencio.

—Era la hostia —trato de bromear, pero sale con tristeza.

—Sigues siéndolo —responde con una silenciosa convicción, atravesándome con los ojos tal como hace cuando quiere asegurarse de que estoy escuchándolo—. De todas las formas que importan.

El silencio regresa, y nos quedamos sentados en el sofá, con los álbumes de fotos sobre nuestros regazos, mirando el piano inútil de la esquina.

—Ojalá hubiera podido salvarte —dice finalmente. Y aquí es donde siempre acabamos. Salvación. Él salvándome a mí. Yo salvándolo a él. Imposibilidades, porque eso no existe, y de todos modos no es lo que nunca necesitamos el uno del otro.

—Eso es estúpido —digo, repitiendo sus palabras del día de mi cumpleaños—. Porque es un deseo imposible. —Le tomo la mano y él entrelaza sus dedos con los míos, apretándolos más de lo que necesita—. No podrías haberme salvado —le digo—. Ni siquiera me conocías.

—Me gustaría haberlo hecho.

—La madre de Drew me dijo que tú también necesitabas que te salvaran. Pero yo tampoco puedo hacer eso —confieso, y me mira con escepticismo, porque nunca llegué a decirle nada acerca de esa conversación—. No quiero que me salves, y no puedo salvarte —digo, porque necesito que me escuche decirlo, y también porque necesito oírme decirlo.

Cierra el álbum de fotos, lo deja encima de la mesa de centro, y hace una mueca, porque he descubierto que es lo que hace siempre que mira esa mesa de centro. Y después se da la vuelta, pone las manos a cada lado de mi cara y me besa con una veneración que tal vez nunca entienda. Y a lo mejor soy una mentirosa y sí que lo necesito, porque que Josh Bennett me bese es un poco como si me salvara. Es una promesa, y un recuerdo del futuro, y un libro de historias mejores.

Cuando para, yo sigo aquí, y él continúa mirándome como si no pudiera creerse que lo esté, y quiero guardar esa mirada para siempre.

—Emilia —dice, y cuando lo hace siento una calidez en el alma—. Me salvas cada día.

Capítulo 56

Josh

Me despido de ella en el camino de entrada de su casa dos días después de llegar. Dos días después de haber descubierto la verdad. Dos días después de haberla recuperado. Dos días para mentalizarme de que puedo volver a perderla.

Estaba planeando marcharme mañana, pero sé que tengo que irme hoy.

Ambos nos encontramos apoyados en el lateral de mi camioneta, mirando al suelo como si ocultara los secretos del universo. Su mano está cerrada en un puño, y está trazando círculos otra vez con el pie, y lo odio, porque me recuerda a cosas en las que no quiero pensar.

Les ha dicho a sus padres que estaba planteándose volver conmigo, y no les gustó, pero la conocen lo suficientemente bien como para darse cuenta de que decirle que no no serviría de mucho. Y aun así, eso es lo que estoy planeando hacer.

Le tomo ambas manos y la pongo delante de mí, porque quiero mirarla a la cara cuando le diga todo lo que tengo que decirle. Y a lo mejor es un error, porque cuando la miro ahora pienso, tan solo durante un segundo, que después de todo Dios no me odia tanto. Pero entonces vuelvo a mirarla y lo único que puedo ver es la despedida a nuestro alrededor, y necesito tocarla una vez más. Si tiene que haber una última vez que la bese, quiero saber que es la última vez. Recorro con el dedo la cicatriz de su pelo. No sé quién se mueve primero, pero sus labios están sobre los míos, y mis manos están en su pelo, y nos besamos con el arrepentimiento y la desesperación de tantos días que no puedo contarlos. Su cuerpo está pegado al mío, y la abrazo con tanta energía que es como si estuviera tratando de absorberla únicamente con mi fuerza de voluntad.

Pero no puedo hacerlo y, cuando nos detenemos, apoyo la cabeza contra la suya y comienzo a despedirme.

Sé que si no hablo ahora, tal vez nunca lo haga, y simplemente dejaré que se quede aquí hasta mañana, y que se convenza a sí misma para venir conmigo. Y yo me convenceré a mí mismo de que eso está bien.

—Me voy hoy —le digo, y espero.

—¿Quieres que vaya contigo? —pregunta con tanta suavidad que es como si no quisiera que la oyera.

—Sí. —Es honesto, a pesar de que vaya en contra de todo lo que voy a decir a continuación—. Pero no deberías.

Asiente con la cabeza como si ella también hubiera pensado en ello y supiera que es cierto. Pero, al igual que yo, creo que no quiere admitirlo.

Me ha hecho ver esas fotos y leer esos cuadernos, y ahora sé todo lo que ella sabe. Pero no sé cómo ayudarla. No comprendo cómo ha vivido con eso en la cabeza cada día y aun así se ha aferrado a la cordura.

—Deberías quedarte aquí e intentar, no sé, ponerte mejor. «Ponerte mejor» suena estúpido.

Sí que suena estúpido, pero no sé qué no va a sonar estúpido. ¿«Ponerte bien»? ¿«Curarte»? ¿«Arreglar las cosas»? Es como si tuviera una pierna rota. O como si fuera una manitas. Y soy un mierda por pensarlo, pero hay una parte de mí que sabe que cuando se ponga bien, se cure y arregle las cosas, tal vez ya no siga necesitándome. Tal vez esté tan cambiada que ni siquiera nos conoceremos, si es que alguna vez lo hicimos. Y cuando llegue ese adiós, no será temporal.

Si nada de esto hubiera pasado jamás, ella seguiría estando aquí, en Brighton, que es su lugar, esa chica hermosa, talentosa e inalcanzable. Y soy un cabrón, porque ahora sé la verdad acerca de ella, pero no sé cómo lamentarlo. Porque lamentarlo significaría lamentarme de haberla conocido, y no puedo obligarme a hacer eso.

Una parte de nosotros siempre ha sabido que estábamos juntos porque estábamos dañados. Teníamos un lazo por esas experiencias vitales que ninguno de los dos quiso jamás. Y a lo mejor, cuando ella ya no esté tan dañada, yo no seré suficiente para ella. Tal vez querrá alguien cuya vida no sea tan trágica como la suya. Y ese alguien no seré yo.

Cuando pienso en ello, quiero rebobinar y volver al momento en que simplemente dije que sí, y dejarlo allí. «Sí, ven conmigo. Jugaremos a las casitas, y haremos galletas, y construiremos sillas, y la vida será perfecta.» Pero ya he empezado; estoy metido en esto, y puedo terminarlo.

—Voy a decirte algo, y probablemente no sonará bien, ni elocuente ni nada, y probablemente voy a divagar, pero déjame decirlo, ¿vale? ¿Me escucharás?

Sus ojos me miran con suavidad. Sus labios apenas se alzan.

—Tú siempre has escuchado cada palabra que he dicho. Incluso las que no he dicho. Escucharé lo que sea, Josh.

Es como una cuchilla que atravesara lo que quiera que siga manteniéndome entero, y me limito a continuar hablando.

—A lo mejor algún día regresarás. A lo mejor nunca lo harás, y eso será un asco, pero no puedes seguir haciendo esto. Lo de la culpa, y despreciarte a ti misma y toda esa mierda. No puedo ver eso. Me hace odiarte por odiarte a ti misma. No quiero perderte, pero preferiría perderte si eso significa que serás feliz. Creo que si vuelves hoy conmigo, jamás estarás bien. Y yo jamás estaré bien si tú no lo estás. Necesito saber que hay una forma de que la gente como nosotros acabe bien. Necesito saber que se puede siquiera estar bien, o a lo mejor no solo bien, tal vez incluso genial, y está ahí fuera y simplemente no lo hemos encontrado. Tiene que haber un final más feliz que este de aquí. Tiene que haber una historia mejor. Porque nos la merecemos. Tú te la mereces. Incluso si no acaba contigo volviendo conmigo.

La última parte me hace ahogarme. Me roba el aire y me quema los ojos. Me estoy pegando mentalmente cuando lo digo. Me digo que me calle y me quede con ella. Que la abrace y la bese, y le diga que todo estará bien porque yo haré que esté bien, incluso genial. Que le diga que no hay absolutamente nada mal en ella. Que le mienta con cada mentira piadosa que tengo. Pero no puedo hacerlo. Ya he dicho adiós anteriormente, y puedo decirlo también esta vez. De algún modo, este adiós me duele más que los otros, porque podría evitarlo si quisiera, ya que soy yo quien lo dice. Este adiós viene con una elección, al contrario que todos los anteriores. Y por mucho que le esté diciendo que se quede aquí, por mucho que sepa que necesita quedarse aquí, todavía quiero que elija venir conmigo. Que mande a la mierda la cordura, la curación y terminar las cosas. Que diga que soy lo único que necesita para estar bien, y completa, y viva. Pero ambos

sabemos que eso no es cierto. Va a decirme adiós hoy, y yo tengo que permitirselo, y ninguno de los dos sabe si alguna vez regresará.

Llevo veinte minutos tratando de marcharme, pero no logro averiguar cómo decir adiós. Incluso ahora, sé que todas las palabras que le he dicho hoy no han sido suficientes, porque no he dicho lo que más necesito decir. Y si quiero marcharme sin remordimientos, tengo que saber que no quedan más palabras sin decir para atormentarme.

—Espera.

La sujeto antes de que se aleje, la tomo de la mano y la giro sobre la mía, recorriendo las cicatrices como he hecho tantas veces anteriormente. Ella examina mi cara, y casi puedo sentir sus ojos buscando en los míos, preguntándose qué más puede quedarme por decir.

No sé cómo decirlo. Después de todo este tiempo, ni siquiera estoy seguro de que pueda hacerlo, pero tengo que romper su última regla, porque, si sabe todo lo demás, necesito que también sepa esto.

—Te quiero, Sol —le digo antes de perder el valor—. Y no me importa una mierda si quieres que lo haga o no.

Capítulo 57

Emilia

Nunca me di cuenta de que el dolor y la autocompasión no eran lo mismo. Pensaba que era dolor lo que sentía todo este tiempo que he estado sintiendo lástima por mí misma, pero no lo era. Así que, por primera vez en casi tres años, me permito sentir dolor.

* * *

Josh me ha dejado marchar. O a lo mejor soy yo quien lo ha dejado marchar; no estoy segura de que importe. Se fue un día después que Drew. Me dijo que me quería, pero no me dejó que le respondiera, porque no quería oírlo si iba a perderme. Después me besó la palma de la mano izquierda, me la devolvió, se metió en su camioneta y se marchó.

Creo que el adiós fue más difícil para él, porque está acostumbrado a perder gente que muere, pero no está acostumbrado a perder gente que se va, y eso es lo que yo estaba haciendo. No sé durante cuánto tiempo voy a quedarme. No sé si voy a volver siquiera alguna vez. Lo único que sé es que es el momento.

Es el momento para muchas cosas, incluso aunque no pueda hacer que sucedan todas a la vez. Y me gustaría hacerlo, porque la paciencia nunca ha sido lo mío.

Me meto entre los brazos de mi madre en una disculpa silenciosa, porque no conozco las palabras que alguna vez vayan a ser suficientes. Y cuando hablo, le digo lo que sé que es cierto: que me odio a mí misma, que no estoy bien en absoluto, que tengo miedo de sentirme de este modo para siempre, y que no sé qué hacer. Y después le digo que haga la llamada telefónica. Iré.

Al principio, voy a terapia casi todos los días. Y hablo. Y hablo. Y hablo. Y después hablo un poco más. Y después lloro. Y cuando he terminado de llorar, mis padres

vienen, y después mi hermano, y tratamos de encontrar la forma de salir arrastrándonos de este agujero juntos.

Finalmente encontramos una terapeuta que no tiene demasiada paciencia, ni tolerancia para mis mierdas. Creo que la quiero. Porque, afrontémoslo, en lo relativo a la terapia, no necesito una profesora de guardería: necesito un sargento. Me da deberes, que yo hago en serio, y si me marchó, tenemos establecido un horario para llamadas telefónicas y citas los fines de semana. Sé que realmente no hay ningún final a la vista para la terapia; al menos, no por un tiempo.

Incluso volví a intentar lo de la terapia en grupo, pero solo una vez, porque sigue sin gustarme. Sigo sin sentirme mejor solo por saber que a otra gente también le pasan cosas de mierda, así que no vuelvo a hacerlo. Y no me siento mal por ello.

Ayer me senté frente al piano, pero no toqué las teclas. Creo que me gustaría mantener ese ataúd cerrado. Me gustaría recordar que la última pieza que toqué fue bonita y perfecta, incluso aunque no lo fuera. Ni siquiera voy a tratar de actuar como si no siguiera matándome; mis habilidades para mentir no han mejorado lo suficiente como para hacerlo. Lo lamento cada día, y me pregunto si alguna vez dejaré de hacerlo.

Las pesadillas no han regresado, pero las espero cada noche. Todos los secretos y las historias están ahora fuera de mi cabeza. Todo el mundo lo sabe todo, así que supongo que mis recuerdos ya no tienen ningún poder sobre mí. Todavía tengo ganas de escribir en los cuadernos antes de irme a la cama cada noche, como si fueran pastillas para dormir, pero ya no están. Mi padre me ayudó a hacer un fuego en el patio trasero, y él, mi madre, Asher y yo nos turnamos para tirar dentro los cuadernos, hasta que el humo nos quemaba los ojos y podíamos culparlo por las lágrimas. Nunca olvidaré las palabras, pero tampoco volveré a escribirlas.

No tengo aquí la cámara que me regaló mi madre, pero utilizamos la suya, y hacemos más fotos de las que jamás necesitaremos, y tratamos de crear nuevos recuerdos. Esparcimos las pruebas por la mesa de la cocina, y le enseñé mis favoritas, y ella me enseñó las suyas, y las imprimimos y comenzamos juntas una nueva pared.

Aidan Richter sigue cautivo, pero ninguno de los abogados me deja hablar con él, a pesar de que haya confesado. Y a lo mejor en realidad no queda nada que decir. He aprendido mucho sobre el porqué de Aidan Richter; el porqué de lo que sucedió ese día. Cómo llegó a su casa. Cómo encontró el cuerpo de su hermano. Cómo la realidad se volvió tan insoportable en ese momento que su mente simplemente se quebró. Dicen que

tuvo un brote psicótico. Sé que esa es la defensa, pero no quiero oírla. No quiero entenderla, porque no puedo excusarla. No puedo perdonarla, y no lo haré. Pero mi odio tampoco volverá a estar tan claramente definido nunca. Aidan Richter no estaba más listo que yo para la mierda que le tenía preparada la vida. Simplemente se quebró de una forma muy distinta. Siento como si todo lo que he creído los tres últimos años no fuera tan cierto como pensaba que era. Como si el cristal a través del que he estado mirando estuviera cubierto por el polvo de mi propia percepción, y no hubiera visto lo que era real. Porque antes todo era blanco o negro, malvado o no. Y esa es la parte más confusa: averiguar qué es lo cierto.

Durante los casi dos años que han pasado desde que recordé, he tenido una imagen del mal en mi cabeza, y tenía su cara. Me he pasado ese tiempo planeando hacerle daño y sintiéndome justificada, como si me lo debieran. Pero, cuando fui a Brighton a buscarlo, no estaba segura de que pudiera hacerlo, así que me senté en la tierra, bajo los árboles. En el lugar donde me dio la paliza. Y esperé. Esperé las palabras. Esperé el valor. Esperé para decidir. Pero esperé demasiado tiempo, y también me arrebató eso.

Nunca llegué a verlo otra vez después de aquel día, en la galería. Nunca pude hacer que me escuchara. Tendré permiso para hablar en su juicio, sea cuando sea, pero todavía no he decidido si lo haré. Sé que todavía hay cosas que decir, pero ya no sé cuáles son, y hay días en los que echo de menos el silencio.

A veces me pregunto qué fue de la verdadera chica rusa que se suponía que yo era aquel día. Me pregunto si oyó lo que pasó, y si sabe el papel que interpretó en ello, simplemente por existir.

Una tarde Josh me llama y, con el eufemismo del siglo, le digo que estoy cansada de estar enfadada.

—Entonces, no lo estés —dice, como si fuera la cosa más lógica del mundo. Y a lo mejor lo es.

—Pero, si no estoy enfadada, ¿entonces no es lo mismo que decir que no pasa nada? ¿No significa que lo estoy aprobando?

—No. Significa que lo estás aceptando. —Toma aire y lo suelta—. No te estoy diciendo que no debas estar cabreada. Deberías estar furiosa. Tienes derecho a cada gramo de furia que sientas. —Deja de hablar durante un momento, y cuando vuelve a comenzar su

voz suena queda, y puedo oír la tensión que rodea sus palabras—. Yo también lo odio. No tienes ni idea de las ganas que tengo de matarlo por lo que te hizo, y si pensara que eso iba a ponértelo un poco más fácil, lo haría. Así que no pienses que no creo que tu odio esté justificado. Pero siempre quieres tener elecciones, y ahora tienes una, y preferiría que eligieras ser feliz. Y sé que eso suena estúpido. A lo mejor parece la cosa más imposible del mundo, pero sigue siendo lo que quiero. Se llevó el puto piano, Sol. No se lo llevó todo. Mira tu mano izquierda. Probablemente la tendrás en un puño ahora mismo, ¿verdad? —No necesito mirarla. Lo está. Él lo sabe—. Ahora ábrela y déjalo ir.

Y lo hago.

* * *

Pienso en el día que morí y en la historia que le contó a Josh su abuelo, y tres días más tarde le escribo una carta a Aidan Richter, para cuando quieran leérsela.

Me llamo Emilia Ward.

Tengo una lista de nuncas que comenzó cuando tenía quince años. Nunca volveré a ser la pianista de Brighton. Nunca estaré embarazada. Nunca caminaré por la calle en mitad de la tarde sin preguntarme si alguien estará esperando para matarme. Nunca recuperaré los meses de mi vida que pasé en rehabilitación, y entrando y saliendo de hospitales, en lugar de en recitales y entrando y saliendo del instituto. Nunca recuperaré los años que pasé odiando hasta a la última persona del mundo, incluyéndome a mí misma. Nunca volveré a no saber el significado de la palabra «dolor».

Comprendo el dolor. Comprendo la rabia. Me diste el don de comprender eso. Tú también lo comprendes. Me he pasado los tres últimos años detestando a la persona que me hizo esto, la persona que me robó la vida y me arrebató la identidad. He aprendido a detestarme a mí misma en el proceso. Me he pasado los tres últimos años fortificando mi rabia, mientras tú te has pasado los tres últimos años curando la tuya.

Nunca olvidaré lo que me hiciste. Nunca te lo perdonaré. Nunca dejaré de odiarte. Nunca dejaré de llorar por lo que me robaste. Pero ahora me doy cuenta de que no puedo recuperarlo, y ya no quiero hacerlo. Creo que puedo creerlo a pesar de lo que hiciste; o tal vez gracias a lo que hiciste. Si tú puedes curar tu vida, entonces a lo mejor yo también puedo.

No sé cómo van a castigarte. Ni siquiera estoy segura de que me importe. Ya hay demasiadas cosas arruinadas, y nada de lo que te hagan será jamás suficiente para deshacerlo. Así que a lo mejor no puedo creer en el perdón, pero creo que puedo creer en la esperanza, y me gustaría creer en el sueño de las segundas oportunidades. Para los dos.

* * *

Nada es perfecto. Ni siquiera está bien todavía. Pero a lo mejor...

Y después de cinco semanas, vuelvo a casa.

Capítulo 58

Emilia

No me he puesto mejor. Ni siquiera estoy cerca de estar bien. Lo único que he hecho es decidir ponerme mejor. Pero creo que eso podría ser suficiente.

Ahora estoy tratando de ver la magia en los milagros de cada día: el hecho de que mi corazón siga latiendo, de que pueda levantar los pies del suelo para caminar, y de que haya algo dentro de mí que merezca amor. Sé que las cosas malas siguen sucediendo. Y, a veces, todavía me pregunto por qué estoy viva; pero ahora, cuando lo hago, tengo la respuesta.

* * *

Regreso un domingo por la mañana, y esa noche voy a cenar a casa de los Leighton, inesperada pero siempre bienvenida. Me doy cuenta de que la música es de Sarah, y me hace sonreír, porque sigo odiando la música, pero no a ella. Todo el mundo está riendo, y ayudando, y quejándose, y aparte del hecho de que Tierney Lowell está poniendo la mesa, todo es igual que siempre.

Ver a Josh es mi bienvenida. No le dije que iba a volver. No dice nada cuando me ve, y yo tampoco lo hago, porque el hecho de que esté aquí es la respuesta. Nos miramos el uno al otro y hablamos en silencio, tal como siempre hemos hecho, y nadie interrumpe nuestra conversación.

—Hola... —dice la señora Leighton, con los ojos muy abiertos, cuando entro en la cocina sin nada negro puesto, llevando la misma tarta de chocolate que traje la primera vez que vine aquí a cenar.

—Emilia.

Lleno la pausa, porque todo el mundo sigue tratando de averiguar cómo llamarme. A excepción quizás de Josh, que siempre lo ha sabido.

—Emilia —dice ella, y me abraza—. Tienes una voz muy bonita.

Y a lo mejor algunas cosas ya no son igual que siempre.

Nadie nos sigue hasta el exterior cuando nos marchamos. Josh abre la puerta y sale al porche detrás de mí. Nuestros dos coches están aquí, y no tenía planeado volver a su casa; al menos, no todavía. No estoy segura de lo que estará pensando, ni siquiera de dónde estamos. No tengo ni idea de lo mucho que han cambiado las cosas para él durante las semanas que he estado fuera. Nada, algo, todo. Necesito preguntárselo, pero no me vienen las palabras, y me limito a seguir caminando. Sus pasos están justo detrás de los míos, pero no me doy la vuelta. No estoy preparada para enfrentarme a este momento, a pesar de que es tan inevitable como cada momento de mi vida que me ha conducido hasta él.

Han cambiado demasiadas cosas desde el día en que me marché de aquí, pero no soy capaz de averiguar cómo exactamente. Me siento como si estuviera volviendo a comenzar por lo que es ya... ¿la tercera vez? ¿La cuarta? No tengo forma de saberlo. Tan solo espero que, sea cual sea la vida que comienzo hoy, sea finalmente la correcta.

Me detengo cuando llegamos hasta su camioneta, pero Josh sigue caminando hasta llegar a mi coche. Se reclina sobre la puerta del lado del conductor, obviamente sin hacer ningún intento de abrirla. Tiene exactamente el mismo aspecto. Me he pasado las dos últimas horas mirándolo, pero apenas le he dicho una palabra, y las que le he dicho no tenían ningún significado. Mi voz era algo demasiado nuevo durante la cena, y me he pasado la noche hablando sin parar con todo el mundo, salvo con Josh. Él ha dicho muy poco, pero nunca ha dejado de mirarme. Observándome. Esperando a que desapareciera.

Se mete las llaves en el bolsillo y espero que su mano vaya a seguirlas, pero en lugar de eso estira el brazo para tomar mi mano y me acerca a él. Creo que va a besarme, pero no lo hace. Me rodea con los brazos y me presiona contra su pecho hasta que ya no estoy segura de que seamos dos personas diferentes.

* * *

—Has vuelto —susurra contra mi pelo, y su voz es una mezcla de gratitud e incredulidad. Inhalo su aroma, y sé sin necesidad de sentirlo que él está haciendo lo mismo.

Y entonces es cuando llega. La pregunta que me siento destinada a escuchar durante el resto de mi vida...

—¿Te encuentras bien?

Solo que esta puede ser la primera vez que no me ha importado. Porque finalmente me siento libre para responder.

—No.

—¿Lo estarás?

Se aleja ligeramente, solo lo suficiente para poder verme la cara, y estamos tan cerca en ese momento que odio las palabras entre nosotros.

No asiento con la cabeza. No le digo que creo que sí. Por primera vez desde el día en que me fui de mi casa tarareando una sonata de Haydn con el mundo a mis pies, me siento segura de algo. No, no estoy bien. Quizás ni siquiera un poco. Pero lo estaré. Estoy segura de ello.

—Sí —digo, y es como si estuviera diciendo un millar de síes. Sí, he regresado. Sí, te quiero. Sí, quiero que me quieras. Sí, voy a estar bien. Quizás no hoy, ni mañana, ni la semana que viene. Pero sí, algún día me despertaré y estaré bien. Sí.

Y entonces me besa. Dubitativo al principio, esperando algo, pero no hay necesidad alguna. Lo besaría eternamente. Lo besaré eternamente. Lo sé tal como sé mi propio nombre. Sus manos me rodean la cara, manteniéndome entera como siempre ha hecho. Y con cada roce de sus labios contra los míos, sé lo que me está dando, y lo que yo le estoy dando a él, y lo que nos costará eso a los dos.

Y, por una vez, no tengo miedo.

Las lágrimas surgen de cada parte de mi ser, pero no las detengo ni las aparto, y tampoco dejo de besarlo. Son sus lágrimas, y se las estoy entregando a él, liberándolas con mis últimos remordimientos. Los remordimientos que guardé para él, a causa de él, sobre él y todo lo que hicimos mal. Los peores de todos mis remordimientos.

Se detiene cuando saborea mis lágrimas. Se limita a mirarme, como si mi cara únicamente fuera a decirle de dónde vienen y lo que significan. Y a lo mejor es así, pero estoy esperando a que me lo pregunte. Esperando ver la mirada de confusión o reticencia en sus ojos, pero nunca llega. En lugar de eso, me seca la última lágrima con el dorso de los dedos.

—No tienes porquería negra —dice.

Y yo sonrío.

—Respóndeme a una cosa —dice Josh, un mes después de mi regreso. Me encuentro en la silla de su garaje, y estoy haciendo los deberes, no trabajando con la madera, porque voy muy atrasada con el instituto. Podría entrar en la casa y estudiar con el aire acondicionado, pero me encanta este lugar. Y estar aquí fuera, respirando serrín en el garaje de Josh Bennett con él, hace que cualquier cantidad de sudor merezca la pena.

—Lo he respondido todo, Josh. No creo que quede ninguna pregunta sin responder.

—Solo una —asegura, dejando en la mesa un destornillador y acercándose para apoyarse contra la mesa de trabajo, junto a mí. Extiende los pies lo suficiente como para que sus botas rocen ligeramente las mías.

Cierro el libro y trato de no sonreírle, porque sé lo que va a decir. Es la pregunta que he estado esperando que me haga desde el día que me perdí y acabé en su casa en mitad de la noche, antes de que él supiera siquiera cuál era la pregunta.

—¿Qué es lo que viste cuando moriste? —Tiene una media sonrisa dubitativa, casi como si estuviera avergonzado por lo que está diciendo—. Porque supongo que no fue el mar de la Tranquilidad. —Y, cuando lo miro, no estoy tan segura de que no lo fuera—. ¿Adónde fuiste?

Su tono de voz baja ligeramente, y pierde incluso el fantasma de una sonrisa.

Me observa como si no estuviera seguro de tener permitido hacerme esa pregunta, y como si no estuviera seguro siquiera de querer la respuesta. Casi puedo ver las palabras de su abuelo y las dudas de Josh al respecto dando vueltas por mi cabeza. A cada lado de mí se encuentran las luces, las herramientas, la madera, las botas y el chico que quiero seguir viendo eternamente. Y si mi mar de la Tranquilidad fuera real, sería este lugar, aquí, con él.

No digo nada de inmediato, porque tan solo quiero un momento para mirar su cara antes de entregarle mi último secreto.

Y entonces, se lo digo.

—Tu garaje.

Agradecimientos

Gracias a Dios, por encima de todo.

No hay palabras para expresar la gratitud que debo a las dos personas que hicieron los mayores sacrificios en la escritura de este libro: mis dos increíbles niñas. Me hacéis sonreír cada día, y sois ahora y siempre el mayor logro de mi vida. Gracias por darme la posibilidad de vivir en mi cabeza durante un tiempo, incluso aunque significara que no había suficiente juego y sí demasiada comida congelada. Os prometo que no quiero a Josh Bennett más que a vosotras.

Gracias a mi madre, por hacerme sentir culpable, por la terapia telefónica, por hacer de canguro de forma gratuita, por permitirme vivir la adolescencia, y por ser siempre una amiga. Te quiero. Y gracias a mis hermanas. Porque sí.

Gracias a mi familia política, por darme una semana que se convirtió en miles de palabras, y a un chico que se convirtió en un hombre increíble. Gracias a Carrie Bennefield, especialista en medios de comunicación y extraordinaria lectora beta, por todos tus comentarios y tu entusiasmo. Y, más importante aún, por no haberme denunciado por acosarte.

A Fred LeBaron, que ha sido mi animador personal desde el primer tuit que le envié: gracias por el consejo, los correos electrónicos hablando con el corazón, y por no burlarte de mí cuando tuviste que explicarme cómo encontrar un mensaje de Facebook. Hablo en serio cuando digo que todo el mundo tendría que ser tan genial como tú. Gracias, Jennifer Roberts-Hall y Kelly Moorhouse. Todos los autores deberían tener la enorme suerte de que personas como vosotras apostaran por sus libros. Os habéis convertido en verdaderas amigas.

Gracias a mi agente, Emmanuelle Morgen, por toda tu comprensión, tu paciencia y el trabajo duro; y a mi editora, Amy Tannenbaum, cuyo entusiasmo por *El mar de la*

Tranquilidad no ha menguado desde el principio. Ambas sois maravillosas.

Muchas gracias a Judith Curr por creer en *El mar de la Tranquilidad*, y al resto del equipo de Atria: Hillary Tisman, Valerie Vennix, Taylor Dietrich, Nancy Singer, Jeanne Lee, Julia Scribner e Isolde Sauer, que han trabajado incansablemente entre bambalinas para llevar este libro a las manos de los lectores. También quiero tomarme un momento para dar las gracias a los blogueros literarios que se toman el tiempo de leer y reseñar libros respetuosamente cada día. Los comentarios honestos y considerados que dais no tienen precio. Tengo una deuda de gratitud hacia aquellos que leyeron este libro muy pronto y ayudaron a que encontrara un público: Mayrse; Aestas Book Blog; Mollie Kay Harper de Tough Critic Book Reviews; Reading, Eating & Dreaming; Lisa's Book Review, y cualquier otro que pueda haberseme pasado. Sinceramente, gracias.

Y un «gracias» aún mayor a todos los lectores que han descubierto *El mar de la Tranquilidad* y han convertido en su misión asegurarse de que otros también lo descubrieran. Me siento y siempre me sentiré honrada por vuestro amor por este libro.

Y, por último, solo porque cada día comienza y acaba con él, gracias a mi marido, Peter, el chico al que he amado desde que tenía diecisiete años. Nunca olvidaré cómo es el primer amor, porque yo me casé con el mío.

La vida es corta, y las listas de lecturas pendientes son largas. Sé que el tiempo es muy preciado, y te doy las gracias por emplear el tuyo con este libro.

Katja

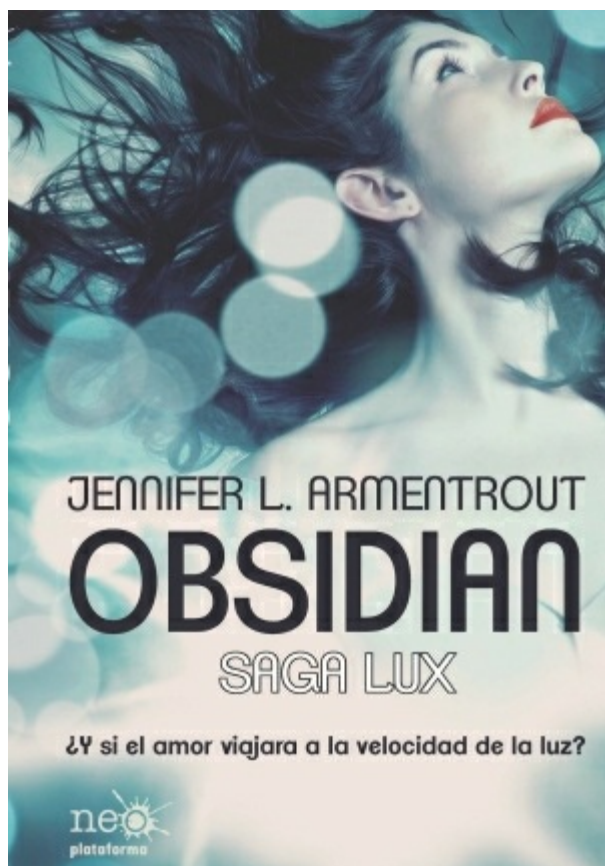
Tu opinión es importante.

Por favor, haznos llegar tus comentarios a través de nuestra web y nuestras redes sociales:

www.plataformaneo.com

www.facebook.com/plataformaneo

[@plataformaneo](https://twitter.com/plataformaneo)



Obsidian (Saga LUX 1)

Armentrout, Jennifer L.

9788415750826

448 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cuando nos mudamos a Virginia Occidental, justo antes del último curso de instituto, creía que me esperaba una vida aburrida, en la que ni siquiera tendría internet para actualizar mi blog literario. Entonces conocí a mi vecino, Daemon. Alto, guapo, con unos ojos verdes impresionantes... y también insufrible, arrogante y malcriado. Pero eso no es todo. Cuando un desconocido me atacó, Daemon usó sus poderes para salvarme y después me confesó que no es de nuestro planeta. Sí, lo habéis leído bien. Mi vecino es un alienígena sexy e inaguantable. Resulta que, además, él y su hermana tienen una galaxia de enemigos que quieren robar sus poderes. Y, por si fuera poco, ahora mi vida corre peligro por el simple hecho de vivir junto a ellos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



El suspiro del infierno (Los Elementos Oscuros 3)

Armentrout, Jennifer L.

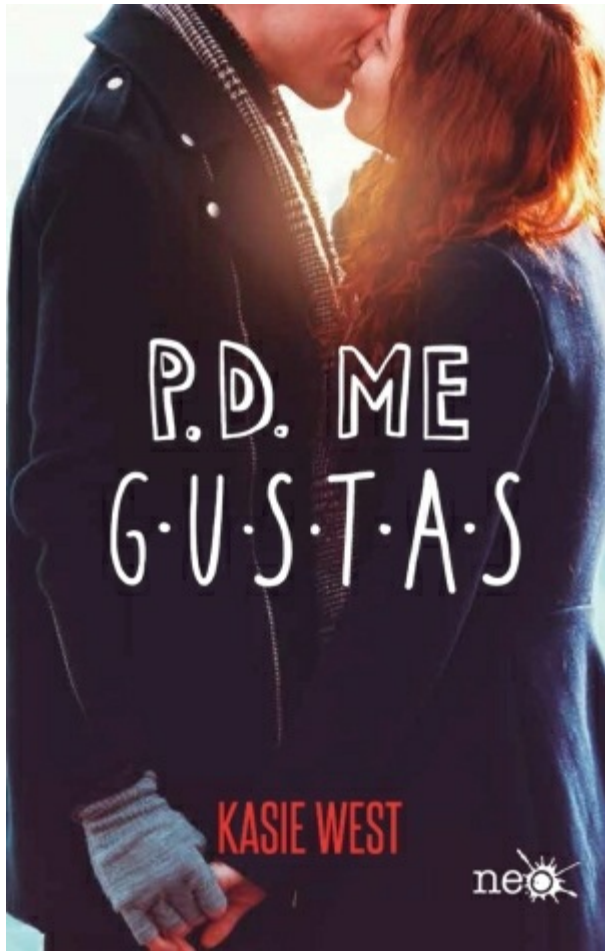
9788417114053

376 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

ALGUNOS AMORES DURARÁN HASTA EL ÚLTIMO SUSPIRO Toda elección tiene sus consecuencias, y Layla tiene que hacer frente a elecciones especialmente complicadas. Luz u oscuridad. Roth, el diabólicamente sexy príncipe de los demonios, o Zayne, el atractivo Guardián que nunca creyó que podría ser suyo. Sin embargo, la elección más complicada que debe tomar Layla es en qué parte de sí misma debe confiar. Además, Layla tendrá que hacer frente a un nuevo problema. Un Lilin, el demonio más letal de todos, anda suelto, y está creando caos entre aquellos que la rodean..., incluyendo a su mejor amiga. Para salvar a Sam de un destino mucho mucho peor que la muerte, Layla tendrá que hacer un pacto con el enemigo para salvar de la destrucción la ciudad y a todos los seres humanos. Dividida entre dos mundos y dos chicos distintos, Layla ya no está segura de nada, ni siquiera de su supervivencia, especialmente cuando reaparezca un antiguo trato que los atormentará a todos. Pero a veces, cuando los secretos están por todos lados y la verdad parece indescifrable, tienes que escuchar a tu corazón, elegir un bando y darlo todo en la lucha.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



P.D. Me gustas

West, Kasie

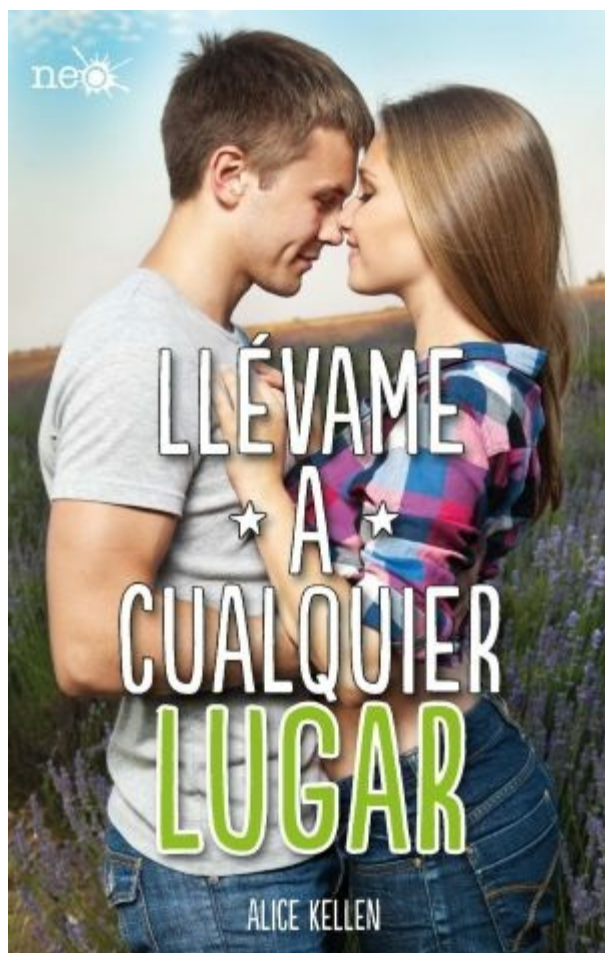
9788417114770

235 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

FIRMADO, SELLADO, ENTREGADO Para distraerse en clase de Química, Lily escribe en la mesa un fragmento de la letra de una de sus canciones favoritas. Al día siguiente, descubre que alguien escribió la continuación de la letra de la canción, y que además le había dejado un mensaje. ¡Qué intriga! Pronto, Lily y su misterioso amigo por correspondencia empiezan a intercambiar cartas enteras en las que comparten secretos, se recomiendan grupos de música y se sinceran el uno con el otro. Lily empieza a enamorarse. Pero ¿quién es él? Mientras intenta resolver el misterio y hace todo lo posible por compaginar el instituto, las amistades, los flechazos y su alocada familia, descubre que a veces es imposible poner por escrito los asuntos del corazón. Kasie West vuelve a enamorarnos con una historia de amor irresistiblemente ingeniosa, cálida y llena de luz.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Llévame a cualquier lugar

Kellen, Alice

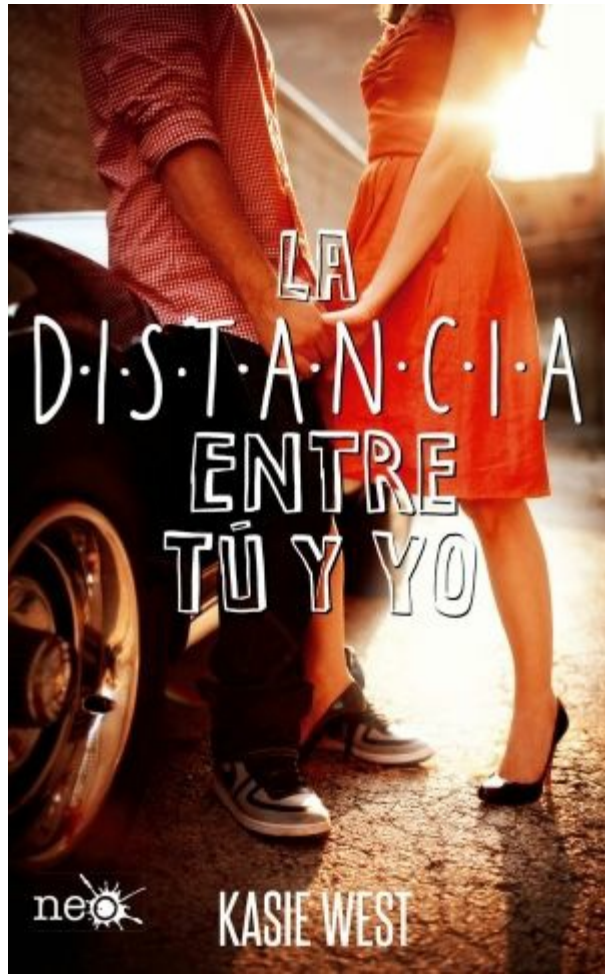
9788416096879

360 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Léane y Blake, ella francesa y él inglés, no son dos piezas de un puzle destinadas a encajar. En realidad, ni siquiera se soportan cuando el concurso de periodismo de la universidad los sitúa en el mismo punto de partida. Él valora sus sueños por encima de todo y no dejará que nada se interponga en su recorrido hacia la meta, ni siquiera el seductor acento de Léane. Ella necesita el dinero del premio y utilizará todos sus encantos para convertirse en ganadora. Ambos están dispuestos a todo, incluso a ignorar el magnetismo que poco a poco irá surgiendo entre sus artimañas y discusiones. Pero, cuando el calor de la atracción entre en su punto álgido, el frío de la realidad les demostrará que a veces los caminos más largos deben realizarse con alguien que te lleve de la mano

[Cómpralo y empieza a leer](#)



La distancia entre tú y yo

West, Kasie

9788416620784

311 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Caymen Meyers aprendió de muy pequeña que no se puede confiar en la gente rica. Y después de años estudiándolos detrás de la caja registradora de la tienda de muñecas de porcelana de su madre, nada le demuestra lo contrario. Un día Xander Spence entra en la tienda. Es alto, guapo y extremadamente rico. A pesar de su encanto y el hecho de que parezca ser la única persona que la comprende, Caymen sabe que su interés por ella no va a durar. Porque esa es precisamente una de las cosas que aprendió de su madre: la atención de los ricos se desvanece rápidamente. Pero justo cuando la lealtad y el afecto de Xander están a punto de convencerla de que ser rico no es un defecto, Caymen se da cuenta de que el dinero jugaba un papel mucho más importante en su relación de lo que pensaba. Con tantos obstáculos en su camino, ¿serán capaces de recorrer la distancia que los separa?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Portada	2
Créditos	3
Índice	4
Dedicatoria	6
Prólogo	7
Capítulo 1	8
Capítulo 2	15
Capítulo 3	24
Capítulo 4	30
Capítulo 5	38
Capítulo 6	44
Capítulo 7	47
Capítulo 8	53
Capítulo 9	56
Capítulo 10	59
Capítulo 11	66
Capítulo 12	79
Capítulo 13	83
Capítulo 14	89
Capítulo 15	104
Capítulo 16	113
Capítulo 17	119
Capítulo 18	126
Capítulo 19	135
Capítulo 20	142
Capítulo 21	147
Capítulo 22	151
Capítulo 23	155
Capítulo 24	160

Capítulo 25	166
Capítulo 26	172
Capítulo 27	177
Capítulo 28	181
Capítulo 29	186
Capítulo 30	193
Capítulo 31	200
Capítulo 32	206
Capítulo 33	217
Capítulo 34	225
Capítulo 35	238
Capítulo 36	248
Capítulo 37	255
Capítulo 38	263
Capítulo 39	268
Capítulo 40	271
Capítulo 41	278
Capítulo 42	284
Capítulo 43	288
Capítulo 44	289
Capítulo 45	292
Capítulo 46	296
Capítulo 47	300
Capítulo 48	305
Capítulo 49	318
Capítulo 50	324
Capítulo 51	333
Capítulo 52	338
Capítulo 53	339
Capítulo 54	346

Capítulo 55	362
Capítulo 56	364
Capítulo 57	368
Capítulo 58	373
Agradecimientos	377
Colofón	379